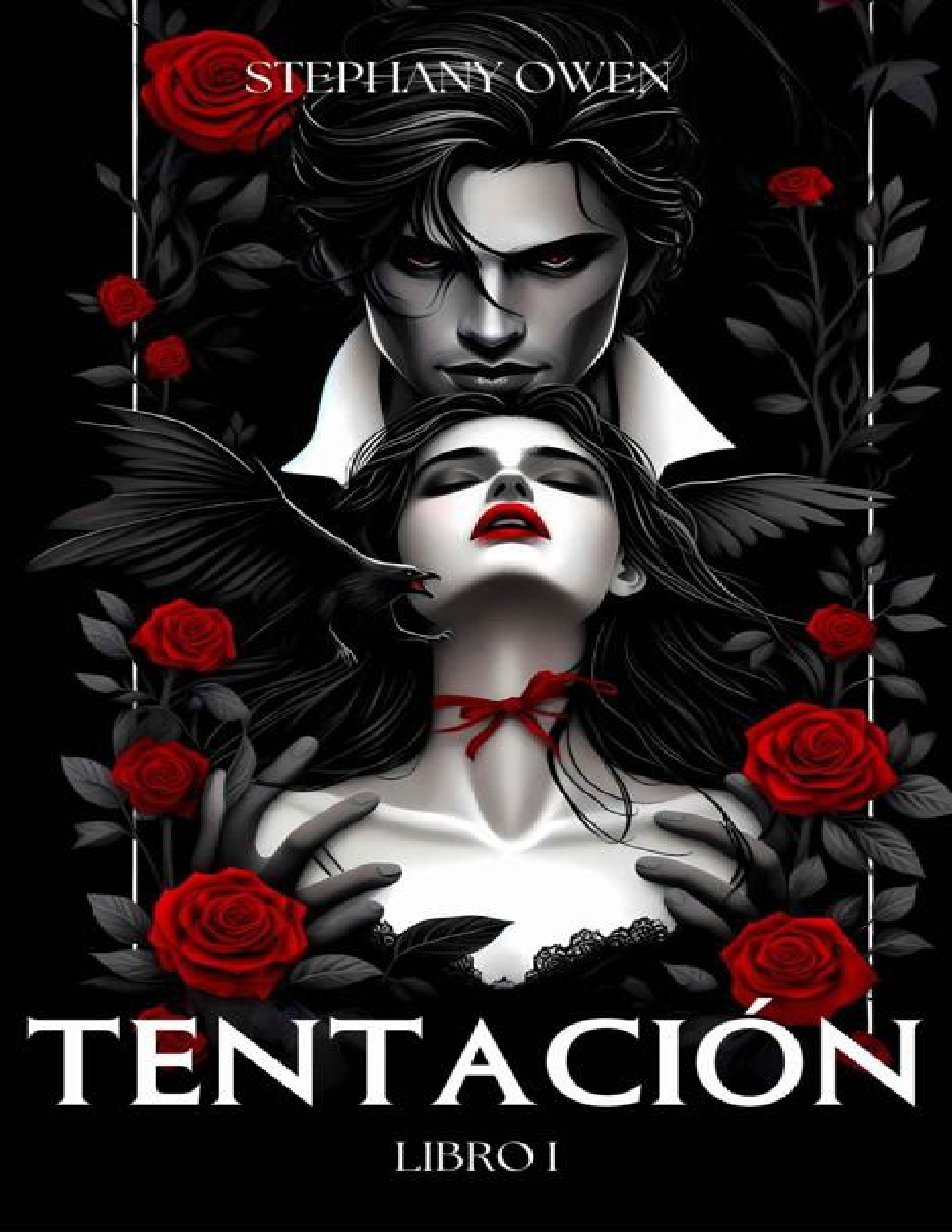




STEPHANY OWEN

TENTACIÓN

LIBRO I

TENTACIÓN

Saga Tentación - Libro I

STEPHANY OWEN

Copyright © 2024 Stephany Owen

Todos los derechos reservados.

DISCLAIMER

Esta novela la escribí en 2009, cuando tenía dieciséis años. Naturalmente, hay personajes con actitudes tóxicas y que cometen actos cuestionables para esta época.

Adicionalmente, ninguno de los personajes de esta novela es considerado "bueno" o que hace el bien. Es por eso que en muchas ocasiones verán acciones y personalidades de parte de los protagonistas que no son del todo éticas.

Por favor, leer bajo su propia responsabilidad, entendiendo el contexto en el que fue escrita la historia.

CONTENIDO

[CAPÍTULO 1: ATRAPADA](#)

[CAPÍTULO 2: ¿VAS A MORDERME?](#)

[CAPÍTULO 3: ARMA DE SEDUCCIÓN](#)

[CAPÍTULO 4: MUÉRDEME](#)

[CAPÍTULO 5: LAS HERMANAS SALEM](#)

[CAPÍTULO 6: SÚPER VILLANOS](#)

[CAPÍTULO 7: SUCCUBUSS](#)

[CAPÍTULO 8: DARIUS ROSS](#)

[CAPÍTULO 9: PECADO MORTAL](#)

[CAPÍTULO 10: ROJO Y ROSADO](#)

[CAPÍTULO 11: JESSICA RABBIT](#)

[CAPÍTULO 12: PICANTÉ](#)

[CAPÍTULO 13: TRANSILVANIA](#)

[CAPÍTULO 15: SEÑORITA ESCURRIDIZA](#)

[CAPÍTULO 16: STRIPTEASE](#)

[CAPÍTULO 17: DULCE VENGANZA](#)

[CAPÍTULO 18: INMORTAL](#)

[CAPÍTULO 19: LUNA LLENA](#)

[CAPÍTULO 20: UNA NOCHE CON EL DIABLO](#)

[NOTA DEL ORÁCULO DE TINTA](#)

[STEPHANY OWEN](#)



CAPÍTULO 1: ATRAPADA

Bowne St, Nueva York, Estados Unidos

Degusté dos tragos de vino. Me encontraba sentada junto a mis amigas en una de las mesas del salón donde se celebraba el baile de máscaras del año. Le entregué la copa a mi compañera antes de levantarme para tomar aire en las afueras del lugar. Me sentía mareada por el licor.

Atravesé el salón con atolondradas pisadas. En la puerta estaban de pie los dos hombres de seguridad, vestidos de negro y con antifaces cubriéndoles la mitad del rostro.

Con la cara pálida y sintiéndome nauseabunda, salí casi disparada por las puertas de cristal, en dirección a las calles vacías y oscuras. Todo se veía bastante solitario, excepto por un sujeto que creí reconocer. No llevaba su máscara puesta. Me pareció que íbamos juntos a la clase de inglés.

El chico estaba terminando de fumar un cigarrillo, el cual arrojó al suelo antes de darle un pisotón para apagar las cenizas humeantes. Se giró para regresar al baile.

—No deberías quedarte aquí sola en medio de la noche —me advirtió mientras entraba al gran salón.

Sospeché que me había hablado a mí, debido a que no había nadie más allí.

Sin prestarle atención, permanecí de pie en medio de la gélida noche. Necesitaba respirar, salir de la multitud.

Cuidadosamente, acomodé mi vestido de gala para sentarme en la frígida acera.

—Hola —mis oídos se inundaron de una armoniosa voz masculina que venía de alguna parte.

Giré la cabeza, mirando a todas partes, buscando la irreconocible voz. No logré ver a nadie.

—¿Qué hace una lindura como tú aquí solita? —señaló la misma voz.

Una figura masculina apareció ante mis ojos. Iba en un atuendo elegante, con una máscara negra cubriéndole la nariz y alrededor de los ojos. A la escasa distancia de un par de metros, se

hallaba ese espécimen. No parecía demasiado mayor, era un tanto más alto que yo.

No lo pensé dos veces antes de enojarme. Fruncí el ceño, preparándome para insultarlo por su atrevimiento. Planeaba decir algo como: "¿Cuál es tu problema, imbécil? Sal de mi camino". Pero no había siquiera pronunciado media palabra cuando el tipo me mandó a callar.

—Shhh, quédate muy calladita ahora —se aproximó con la misma cautela y determinación que un depredador antes de atacar a su presa.

Di marcha atrás, empezando a sentirme insegura.

Retrocedí a medida que se acercaba.

Al tratar de reconocer su rostro, adiviné las intenciones en sus ojos ensombrecidos bajo el antifaz.

Claramente iba a hacerme daño.

Cuando mis ojos se posaron en la puerta del salón, pensando en atravesarla, el individuo la bloqueó con su cuerpo.

Los hombres de seguridad ni siquiera se alarmaron. Permanecieron tan inmóviles como dos estatuas.

Precipitadamente, me eché a correr a lo largo de la calle.

Como era muy lenta, decidí dejar mis zapatos de tacón en el asfalto y corrí descalza, sin darme cuenta de que el chico de la máscara venía detrás de mí. Y era demasiado veloz.

Lo más rápido que pude, avancé en dirección recta. A mi alrededor había un montón de negocios cerrados; no muchas tiendas solían abrir durante la medianoche. La luna no se veía en ninguna parte, pero los postes de luz iluminaban el panorama.

Giré cuando llegué a la esquina. Detrás de mí podía escuchar muy cerca sus pasos, incluso su respiración. Me volví hacia atrás, solo para distinguir su deslumbrante sonrisa blanca, la cual mostraba al tiempo que me perseguía. En una de sus manos llevaba mi par de zapatillas de tacón alto.

Continué corriendo en busca de gente que me pudiera ayudar. El hombre no se cansaba de seguirme, a pesar de que yo sí estaba cansada de huir. Y mucho.

En cierto momento en el que pensé de forma razonable —y no solo me dejé llevar por el sentido de supervivencia— descubrí que no lograba identificar ninguna de las calles. Estaba perdida, no tenía la menor idea de dónde me encontraba.

¿Cuánto había corrido? No lo sabía. De lo único que estaba segura era de que el extraño enmascarado todavía me acosaba sigilosamente.

Tan pronto como tomé la siguiente esquina, me encontré con una vereda atestada de personas.

Los vi apoyados contra sus automóviles, bebiendo cerveza o conversando en grupos. La cuadra estaba totalmente iluminada, repleta de discotecas, bodegas y licorerías.

Disminuí el paso, sintiéndome segura alrededor de todos esos desconocidos. Ya no veía por ninguna parte al imbécil que me perseguía.

Respiré agitada, tratando de sosegarme. La gente no me miraba. Era como si fuese invisible, como si ni siquiera estuviera ahí. Caminé apresurada en busca de ayuda, intentando captar la atención de alguien con apariencia de buena persona que me ayudara a regresar a la fiesta o a casa.

Entonces presentí de nuevo que aquel misterioso hombre se encontraba a mis espaldas. Al volver mi mirada atrás, me di cuenta de que tenía razón.

Él se desplazaba como si no estuviera interesado en mí, pero yo sabía que me estaba

acorrallando y que sus intenciones no eran buenas. El sonido de la música alta vibró en mi pecho, el bullicio de la muchedumbre me atormentaba. Me sentía tan pequeña y sola...

Las personas del lugar me ignoraban. Era prácticamente inexistente.

¿Cómo podían pasar por alto el hecho de que había una chica corriendo en medio de la calle, siendo perseguida por un tipo que llevaba máscara?

Tropecé torpemente con algunos sujetos mientras avanzaba entre la ruidosa multitud. Incluso así, seguía siendo imperceptible para todos.

—¡Ayúdenme! —balbuceaba sin aliento a cada individuo que pasaba cerca de mí.

Nadie me veía.

Solté una maldición antes de hallar una esquina en la que podía girar. Y lo hice, solo para darme cuenta de que era un estúpido callejón sin salida. Vacío.

No había alcanzado a llegar al final del callejón cuando tropecé, tambaleándome sobre mis pies. Dos segundos más tarde, caí al suelo sobre mis codos y rodillas, los cuales sangraron de inmediato.

Él estaba ahí, con la sonrisa más maligna que jamás había visto, acortando la distancia entre ambos, aprovechándose del hecho de que ahora estaba tumbada sobre el asfalto, indefensa.

Me di la vuelta para quedar acostada sobre mi espalda. En el momento en el que me apoyé en el asfalto para incorporarme, lo sentí caer encima de mí como una maciza roca.

Era un tipo rígido y fuerte, todo su endurecido cuerpo estaba aplastando el mío. No pude evitar respirar su exquisito aroma. Aunque era extremadamente delicioso, no me detuve a pensar en lo bien que olía. Estaba presa del pánico, temblando. Agotada, débil, sin aliento y a punto de echarme a llorar.

¿Qué iba a hacerme? ¿Iba a violarme?

Me olfateó como si eso le proporcionara placer, como si fuese comida. Aspiró aire audiblemente, sin soltarlo.

Me estremecí de miedo.

No pasó un segundo más cuando sus labios se apretaron contra mi cuello y su lengua rozó la piel que recubría mi garganta. En ese momento sentí una punzada de intenso dolor.

Eran sus dientes, perforándome la piel.

Pude sentir cómo se abría mi carne, dando paso a que la sangre corriera dentro de su boca a borbotones. Él estaba bebiéndola.

El dolor era terriblemente insoportable, sin embargo, había una nota placentera dentro de esa agonía. Litros y litros de mi sangre caliente fluyeron desde mi garganta mientras él la engullía. Aún podía sentir sus húmedos labios y lengua presionando la herida, succionando.

Más dolor, sufrimiento.

Dentro de mí algo hacía arder mi cuerpo, como si se trataran de llamas. Todo se veía borroso, el suelo daba vueltas. Cuando se quitó el antifaz, no logré distinguirlo con claridad, porque mi visión se estaba tornando de color negro.

No obstante, lo peor vino después...

El desmayo no calmó mi dolor, sino que, al contrario, lo intensificó. Tenía la sensación de que estaba siendo quemada viva. Me incendiaba. Estaba muriéndome de la manera más cruel y lo sabía.

Ése fue mi último recuerdo antes de despertar.

Aún sin abrir los ojos, escuché voces. Eran insoportablemente ruidosas, mis oídos dolían.

No sabía cómo, pero podía olfatear cada cosa que me rodeaba. Sabía que las paredes eran

de madera sin haberlas visto, porque podía olerlo. Sabía que estaba lloviendo, debido a que percibí el aroma a humedad. Olía cada partícula que flotaba por el aire. Y olía a... sangre.

De repente, una perforadora punzada de hambre me hizo doblarme. Mi estómago mandaba dolorosas señales y mi garganta se sentía seca y agrietada, al igual que mis labios.

Aún podía escuchar las voces. Parecía tratarse de un grupo de jóvenes conversando en algún lugar cercano.

Cuando abrí los ojos, la luz hirió mis retinas. Lo único que podía vislumbrar eran destellos provenientes del bombillo, haciéndome daño en la vista. Parpadeé unas cuantas veces hasta que mi visión se normalizó. Todo lucía nítido y colorido, como en alta definición.

Me di cuenta de que me hallaba recostada en un colchón que descansaba sobre un suelo alfombrado. El lugar era enorme: una gigantesca habitación de color vino. Había una cama tipo litera a un lado de mi colchón y, a lo lejos, un par de sillones y un sofá, sobre los cuales estaban sentados un grupo de chicos jóvenes.

Al menos han de tener mi edad, pensé, o un poco más.

Ellos miraban televisión, se reían y se divertían mientras que yo no tenía la menor idea de dónde estaba o qué estaba sucediendo.

Me dolía la cabeza y me sentía terriblemente enferma. Débil, extraña, hambrienta, sedienta y muy asustada. Me senté sobre el colchón, colocando mis pies descalzos en la alfombra fría. A un lado, hallé mis zapatos de tacón negros.

En seguida, vi a un chico acercarse. Su cabello era castaño claro, su sonrisa encantadora.

—Hola —me habló, ladeando la cabeza cuando llegó hasta mí.

¿Quién era?

Estuve varios minutos callada antes de poder responder.

—¿Hola?

—¿Qué tal? ¿Todo bien? Soy Donovan —su voz era suave y tentadoramente hermosa.

Me hizo sentir que estaba dentro de un sueño.

No sabía qué responder o, mejor dicho, qué preguntar.

—¿Dónde estoy? ¿Quiénes son ustedes? —expresé al resto de los jóvenes, que me contemplaban como si fuese un animal de circo.

Tan pronto como el joven delante de mí expandió su sonrisa un poco más, advertí aquellos alargados colmillos, filosos y mortales.

Tragué saliva con pánico.

Cuando él lo notó, puso las manos sobre mis hombros. Cálidas y gélidas manos, si es que eso es posible.

—No tengas miedo, no te haremos daño —aseveró—. ¿Sientes hambre o sed?

Asentí con la cabeza, sin hablar.

—¡Adolph! La chica tiene hambre —Donovan alzó la voz para hablarle a otro de sus compañeros.

El aparentemente mayor de los chicos se levantó del sofá, dejando su lata de cerveza en la mesa, y alcanzó un recipiente de color negro en el refrigerador. Se acercó a paso lento antes de entregarme la bebida. Me sonrió con cierto aire paternal.

Destapé el termo que tenía en las manos al tiempo que todos me observaban. Bebí un trago. Sabía muy bien. Nuevamente, tomé un sorbo, y luego otro, con absurda desesperación. Hasta que dentro de mi boca distinguí un sabor metálico, a hierro.

Me paralicé y parpadeé con miedo. Mis dedos tiritaban tanto que dejé caer el vaso sobre la

alfombra.

—¿Sangre? —inquirí, estupefacta.

El líquido que derramé era prácticamente invisible, porque era casi del mismo color que la alfombra. Todo mi cuerpo trepidaba, mis rodillas se sacudían. No sabía qué pensar. Me moví hacia atrás, tratando de escaparme de la pandilla de psicópatas que me habían dado sangre para beber.

Sin embargo, cuando mi lengua rozó accidentalmente mis dientes, descubrí el filo de mis colmillos.

¡Maldita sea! ¿Qué está pasando aquí? Me pregunté.

El chico y la chica que habían permanecido en el sofá hasta ese momento, se aproximaron hacia mí, como si fuera alguna especie de espectáculo.

—¿Crees en vampiros? —cuestionó esta última.

Ella tenía el cabello teñido de rubio, corto hasta el cuello, e iba vestida con tacones y un vestido rojo bastante sensual.

El muchacho que la acompañaba traía el cabello repleto de rizos castaños. Era tan apuesto como Donovan y Adolph, aunque su rostro parecía bastante más adusto. La camiseta sin mangas que tenía puesta me permitió contemplar sus musculosos brazos.

¿Por qué se habían juntado tantos jóvenes guapos en una sola habitación?

¿Era una convención de belleza? ¿Una secta satánica en la que cambiabas tu alma a cambio de sensualidad infinita? ¿O simplemente una agencia de modelaje para... vampiros?

No, no puede ser.

No existe tal cosa como los vampiros. El resto, posiblemente sí.

—Llévenme a casa —ordené. Mi voz sonó ahogada por el terror.

—Escucha, cálmate. No puedes ir a casa, eres uno de nosotros. Tú sabes lo que eres —decía Donovan—, sabes lo que somos.

Le eché una mirada a lo que parecía ser una puerta de salida antes de que Adolph se moviera para bloquearla con su cuerpo. Se apoyó en esta con los brazos cruzados en el pecho.

—No podemos dejarte salir. De ahora en adelante, si no te quedas con nosotros, correrás peligro.

Solté una carcajada histérica. Definitivamente estaba conmovida.

Todos me vieron extrañados.

—Están locos, todos están locos —protesté.

—Bien, puedes creer lo que quieras, pero no te dejaremos ir —me dijo la única chica del grupo.

En ese preciso instante, Adolph se apartó de la puerta para dejar entrar a otro muchacho.

Cuando esta se abrió, un joven desmesuradamente sexy la atravesó. Y, por supuesto, también tenía colmillos. Lo noté porque llevaba en su cara una amplia sonrisa radiante. Aquellos jeans pegados a sus piernas me hicieron olvidarme de toda mi histeria. Era atractivo como el infierno.

Estaba estupendamente bien formado, tal como un atleta. Cada vez que se movía, su camiseta se apretaba a sus músculos. Tenía el cabello oscuro, corto y desordenado, los ojos grises, las cejas espesas y los labios sonrojados, carnosos...

Mis pensamientos tomaron un rumbo peligroso.

—Hey —saludó mientras entraba, sosteniendo una botella de cerveza en la mano.

Me paralicé. No porque me hubiera provocado pensamientos lujuriosos, sino porque

reconocí su voz.

Fue él quien me mordió.

Con cautela, lo vi aproximarse.

—¿Qué tal está la nueva pupila? —interrogó, parándose delante de mí.

Me contempló de cerca antes de elevar mi barbilla con sus dedos para examinarme la cara.

Le di una bofetada tan pronto como sus manos alcanzaron mi rostro.

—Fuiste tú —le reclamé—. Fuiste tú, imbécil. Tú me hiciste esto.

Por primera vez, me las arreglé para hablar en un tono más imponente, furioso. El sujeto, sorprendido, tocó su mejilla lastimada. Luego de mirarme con los ojos bien abiertos, empezó a reírse a carcajadas.

—Lo siento —se excusó de manera burlona—. ¡Wow! Nunca creí que una mujer pudiese hacerme esto alguna vez.

Parecía incrédulo.

Donovan se carcajeó.

—Siempre hay una primera vez, Joe —departió, sin poder contener la risa.

—Él es Joseph, mejor conocido como Joe —aclaró Adolph, señalando al tipo majadero y sexy que tenía frente a mí—. Y él es Alan —se refería al chico más joven, con cabello rizado y expresión seria—. Ella es Nina. Creo que Donovan ya tuvo el placer de presentarse..., y yo soy Adolph.

—Es como nuestro jefe —manifestó Donovan, refiriéndose a Adolph.

—Yo... yo soy... —tartamudeé.

—Angelique —Joe completó la frase en un tono presumido y pedante mientras se tumbaba sobre el sofá.

—Debo irme a casa —les avisé.

—Esta es tu casa ahora —señaló Adolph—. Tus padres creen que estás desaparecida desde la noche de la fiesta.

—¡Y lo estoy! —alegué. Luego pensé: *¿Desde la noche de la fiesta?*—. ¿Cuánto tiempo llevo aquí?

—Dos noches.

—Dos noches que he dormido en el suelo gracias a que ocupaste mi cama —gruñó Joe desde el sofá.

—Fue tu culpa —me defendí.

No me respondió.

A pesar de que eran chicos extraños, con colmillos y bebedores de sangre, parecían gente amigable. Excepto por Joe, claro. Él era más bien un fanfarrón.

—Ahora... ¿Quieres un poco de sangre para cenar? —Ese era Alan—. Tendrás que ir a cazar, ya sabes.

Sin previo aviso, mis rodillas se doblaron, dejándome de hinojos sobre la alfombra con las manos aferradas a mi estómago. De verdad tenía un hambre feroz. Debía saciarla antes de seguir perdiendo fuerzas.

Sentí la sed crecer poderosamente dentro de mí, cada vez más primitiva.

En el suelo seguía aquel vaso térmico...

Un instinto que no pude controlar me hizo tomarlo entre mis manos.

Me rendí ante mis impulsos. Revisé si había algo de sangre en su interior y bebí las últimas gotas carmesí que quedaban en el recipiente.

Eso era lo que necesitaba, únicamente sangre.

Vi a Nina correr hacia el refrigerador. Ella regresó con otro de esos vasos y se arrodilló frente a mí. Prácticamente le arranqué el recipiente de las manos. Frenéticamente, bebí hasta el fondo. Tragué hasta la última gota sin siquiera respirar.

—¡Vaya que estás sedienta! —se burló Alan.

—Si quieres algo de alimento humano, todavía puedes comer. Tal vez puedo preparar waffles o espagueti —se ofreció Donovan.

Increíblemente, al escuchar hablar de comida, sentí náuseas. La sangre sabía diferente ahora. Me agradaba, saciaba mi sed. Y eso era horrible.

—¿Es sangre de un muerto? —articulé, aterrorizada.

De todas formas, no pude evitar lamer mis labios para saborear los restos en ellos.

—Exacto —respondió Alan naturalmente.

Tragué el nudo en mi garganta mientras que Donovan me ayudaba a ponerme de pie.

Hundí el rostro en mis manos salpicadas con sangre y empecé a llorar. Las lágrimas brotaron sin mi consentimiento.

Para mi sorpresa, Donovan me rodeó con sus brazos, tratando de consolarme. En cambio, yo me asusté tanto que retrocedí, liberándome de su agarre.

Era un desconocido, un chupasangre o posible sectario... ¿Qué hacía abrazándome?

—Perdón, yo... —quise disculparme por ser grosera con Donovan y por llorar tan espontáneamente, pero ni siquiera pude.

—Mira —me explicó Adolph—, ahora eres diferente. No vas a envejecer, necesitarás beber sangre de personas para vivir, no volverás a ver a tu familia y vivirás con nosotros. Además, por nada del mundo puedes hablarle a nadie sobre lo que somos. Debes tener cuidado de que ni una sola persona lo descubra. Y, lo más importante, jamás volverás a ser como eras antes. No hay vuelta atrás.

El imbécil que me había mordido me contemplaba desde el sofá, con las manos detrás de su cabeza y las piernas extendidas, sin decir nada.

—No soy un vampiro. No soy un monstruo como ustedes.

Ellos me observaron en silencio, serios.

Joe se puso de pie y empezó a reírse.

—Ya lo aceptará —espetó, caminando hacia nosotros mientras se quitaba la chaqueta.

Se detuvo frente a un armario antes de quitarse los zapatos y la camisa. Mi corazón dio un vuelco, acelerándose. No conseguí apartar mis ojos. No pude dejar de admirarlo.

Al menos estoy viva, pensé cuando sentí los latidos en mi pecho.

Observé detenidamente, sin poder disimular, cómo ese tal Joe se cambiaba la ropa. Se colocó un par de zapatos negros de gala, una camisa blanca de mangas largas y un chaleco encima de esta.

¡Oh, Dios! Es tan atractivo...

Al verlo se me olvidaba todo.

Donovan se aclaró la garganta ruidosamente, sacándome de mis pensamientos.

—¿A dónde vas? —consultó Adolph a Joe.

—Ya sabes, a divertirme —contestó mientras se aplicaba un poco de perfume, el cual inundó la habitación de innumerables fragancias.

Caminó cerca de mí, dejándome hipnotizada con su aroma.

Era evidente que había notado mi interés y la forma en la que me dejé encantar por sus

atributos. Me lanzó una sonrisa pícara. Fruncí el ceño.

Es un maldito, sonó la voz de mi cabeza.

Es otro de esos chupasangres... ¿Como yo?

—Adiós —dijo galantemente.

—¿Puedo ir contigo? —le sugirió Nina.

—Adelante —estuvo de acuerdo Joe.

Ella agarró su bolso, entrelazó un brazo al de Joe y abandonó el lugar junto a él. Advertí cómo Alan se tensaba, cruzando los brazos sobre su pecho.

—¿Vamos a cazar? —le preguntó Adolph, a lo que Alan respondió asintiendo.

Ambos miraron a Donovan.

Este suspiró.

—Bien, me quedaré a cuidar a la chica.

—De acuerdo. No llegaremos muy tarde. Diviértanse.

—¿Quieres darte un baño o algo? —me preguntó Donovan una vez que estuvimos solos—. Te prestaré ropa mía o de Nina. No creo que se moleste.

Fui hasta al cuarto de baño. Lo único que había dentro era una bañera blanca en medio de cuatro paredes vacías. Y aparte de eso, un pequeño estante con una gran cantidad de productos de higiene que jamás pensé que un vampiro podría tener.

Demoré unas dos horas allí dentro, quería hacer tiempo para idear un plan para huir, pero no se me ocurrió nada que no terminara con mi muerte.

Elegí colocarme la ropa de Donovan, debido a que la de Nina era demasiado atrevida para dormir rodeada de hombres.

Él me estaba esperando afuera. Parecía cansado mientras miraba la televisión desinteresadamente, tumbado en un sillón. Al verme, me recibió con una sonrisa.

Se puso de pie para coger dos latas de cerveza, ofreciéndome una. Con cierta desconfianza, la acepté.

Al parecer, a los vampiros les gustaba beber otras cosas además de sangre.

Dándome por vencida, me arrojé al sofá a su lado.

Luego de terminar esa cerveza, sentí más sed.

Sed de sangre.

Cuando Donovan lo notó, fue tan amable de calentar para mí sus últimas reservas de sangre.

Tan pronto como el líquido tibio descendió por mi garganta, casi pude sentir la piel caliente de un humano, mis dientes enterrados en su cuello...

Podía imaginarme el nervioso corazón de una persona muriendo tras mis mordidas, podía sentir cómo consumía cada gota de su adrenalina, transportada a través de esa deliciosa sangre roja.

Mi cuerpo se estremeció en el momento en el que descubrí que ya no era yo. Había cambiado.

Después de todo, quizás sí era como ellos.

Tal vez sí soy un chupasangre.

—¿Te gustaría compartir sangre conmigo? —prorrumpió repentinamente Donovan.

¿Qué clase de propuesta era esa?

—¿Qué? —murmuré antes de empujar el recipiente de sangre hacia él—. ¿Acaso quieres un poco?

Él sacudió la cabeza.

—Hablo de algo diferente.

—No lo entiendo. ¿Cómo funciona?

—Tú me muerdes y pruebas mi sangre. Yo hago lo mismo contigo. No es para beberla, como lo harías con un humano, es solo por placer —me explicó—. Digo, si no te importa.

No iba a dejar que nadie pusiera de nuevo sus dientes en mi cuello. No esta vez.

Negué.

—Quiero dormir.

¡Sorpresa! Pensé. Los vampiros sí duermen.

Al menos yo tenía sueño y me sentía muy cansada.

—Utiliza la cama de Joe. No creo que tenga ningún problema.

—Yo creo que sí.

—Solo aparenta ser odioso, te aseguro que no le importará.

Derrotada, me recosté en la cama de Joseph.

Tenía sueño, pero no tenía la intención de dormir realmente. Aparenté quedarme dormida mientras esperaba a que Donovan lo hiciera.

Pasaron incontables horas en las que él permaneció tumbado sobre el sofá, fingiendo ver la tele.

Hasta que escuché en la distancia cómo su respiración se relajaba paulatinamente.

Perfecto.

A hurtadillas, me puse de pie y abrí la puerta principal.

¿Realmente había sido tan sencillo?

Me sorprendí mucho al ver lo que había del otro lado...

Me encontraba en esa misma calle donde había estado la última vez que fui humana.

Supuse que era de madrugada, puesto que las discotecas, bares, nightclubs... todo estaba lleno de gente, al igual que la última vez. Las personas danzaban en medio de la calle, totalmente ebrios.

Con precaución, terminé de salir, cerrando la puerta detrás de mí. Me adentré en la muchedumbre. Pero cuando examiné a esas personas detenidamente, mi rostro palideció.

No eran personas, todos ellos tenían colmillos. Eran chupasangres.

¡Por Dios!

¿Cuántos de ellos había en la ciudad?

En ese momento supe por qué ninguno me había ayudado aquella noche.

Malditos vampiros.

Bueno, soy una de ellos ahora.

Temerosa, seguí adelante. Solo debía continuar caminando e irme a casa, donde todo sería igual que antes.

Esto tiene que ser una pesadilla o una mala broma, me dije, incapaz de creer lo que realmente estaba ocurriendo.

Esta vez los vampiros sí me observaban. Me seguían con la mirada cuando caminaba.

—¿Eres nueva aquí? —me dijo un sujeto que me tomó por el brazo—. ¡Muérdeme, chiquita!

¡Qué asqueroso!

Aunque era apuesto, todos los vampiros parecían serlo.

Aun así... Tiré de mi brazo para zafarme de sus grandes manos.

Salí de ahí, viva al menos.

La siguiente avenida parecía vacía y silenciosa. De pronto, mi sentido del olfato se alteró. En el aire había un ligero y penetrante aroma a humano, a sangre. Mi agudizado oído advirtió muy, muy fuerte, los latidos de un corazón mortal, comprimiéndose y expandiéndose.

Para mí fue como el sonido de una música tranquilizadora, como la lluvia o el crujido que hacen las hojas secas cuando se rompen bajo tus pisadas. O tal vez una melodía de piano.

Ahí estaba: un chico joven, alto, con buen parecido. Iba caminando con las manos en los bolsillos de sus vaqueros, relajado, escuchando música en su iPod. Poseía un corazón humano que bombeaba sangre a cada parte de su cuerpo y un aroma atrayente.

Un impulso primitivo surgió dentro de mí, como si fuera un animal salvaje. Empecé a temblar de pies a cabeza. Sabía que mis ojos se habían vuelto bestiales, que mi mirada era igual a la de un león hambriento acechando a un pequeño y frágil ciervo en medio de la selva. Se tensó mi mandíbula y cada músculo de mi cuerpo.

Intenté ignorar al muchacho, intenté olvidarme de su apetitoso olor y de la sensación de la sangre en mi lengua. No obstante, no podía pensar. Me asaltó una repentina, descontrolada sed.

Sin poder dominar mi cuerpo, me abalancé sobre él. No pude evitarlo.

Cuando le salté encima, mis colmillos dolieron con urgencia, queriendo enterrarse en su cuello. Gritó, aterrorizado. Pero en mí no había piedad. Yo no era yo misma, solamente era una indómita chupasangre, un monstruo. Nada podía detenerme en ese momento. Era simplemente instinto. Necesitaba... alimentarme.

Muy dentro de mí, sentía miedo. Mi parte humana suplicaba por ser liberada de ese instinto de matar.

Fue doloroso saber que el adolescente probablemente no quería morir tan pronto, que tenía una familia que lo esperaba en casa esa noche, que estaba muerto de miedo, que me imploraba que no le hiciera daño. Y, aun así, no tuve dominio de mí misma.

Hundí los dientes en su cuello. Mis alargados colmillos afilados se enterraron en su piel como si se tratara de un tierno trozo de carne, apetitoso y suave.

La sangre que palpitaba recorriendo sus venas salió disparada a chorros hacia el interior de mi boca. Se sentía caliente...

El sabor era sencillamente mejor de lo que había imaginado. Era como comer tu comida favorita después de días de ayuno. Satisfacía todos mis sentidos, saciaba mi sed y calmaba mi hambre.

No pude parar, no pude. La tentación era mucho más fuerte, incontrolable, y el placer tan desmedido que nada me podía hacer reaccionar.

Salvo la muerte.

Sentí su vida abandonando su cuerpo bajo la poderosa mordida de mis dientes y mi ataque mortal.

Por un segundo regresé a mi estado normal, recuperando el sentido. Contemplé el cadáver desangrado entre mis brazos, mis manos y mi boca bañadas en su sangre. Mi pecho temblaba al tiempo que las lágrimas empezaban a caer sin control.

Maté a una persona, me acusaba a mí misma, de rodillas junto al cadáver. *Maldita sea, maté a una persona.*

En ese momento deseaba despertar. Despertar en mi cómoda cama y descubrir que todo había sido una pesadilla, que nada era cierto. Continué sollozando. Hasta que vislumbré entre las sombras a otro individuo.

Era otro humano, lo sabía. Podía percibir su calor corporal incluso desde la distancia. La

sangre corriendo por sus venas, su organismo en movimiento, el aroma de su sudor.

Era la silueta de un hombre, acercándose desde la oscuridad. Quería correr y alejarme para no volver a caer en el mismo deseo salvaje, para no tener que matar a otra persona.

No pude hacer más que parpadear y respirar.

Este individuo alzó su mano, en la que parecía empuñar una pistola. Escuché el estruendo del arma al ser disparada y, un instante después, sentí el dolor atravesándome.

Desperté en mi cama.

—Gracias a Dios —exhalé en voz alta—. Fue un sueño, solo un sueño.

No había ni una sola herida en mi cuerpo. Estaba fresca, limpia, usando mis cómodas pijamas.

Me levanté con cierta emoción. Después de todo, había sido un sueño excitante y bastante estimulante. Apoyé mis blancos y descalzos pies en el suelo antes de dirigirme directo hacia el espejo.

Al ver mi reflejo, me impresioné. Yo era diferente. Mi cuerpo lucía más pálido que nunca, igual que una resplandeciente luz. Mis labios eran más rojos que de costumbre y... también mis ojos, eran del mismo color de la sangre.

Tragué saliva.

Insegura, salí al pasillo, encaminándome hacia las habitaciones de mi familia. Pronto noté que estaban vacías.

Fui a la cocina, donde hallé a mis padres desayunando junto a mi hermanita de once años, Serenity. Antes de que en mi cara se dibujara una sonrisa por el dulce retrato familiar que estaba presenciando, una incómoda punzada atravesó mi estómago.

No puede estar pasando esto.

Otra vez esos instintos primitivos me estaban volviendo loca. Fui consciente del olor de la sangre, de mi lengua deseando probarla, de mis colmillos queriendo morder con urgencia.

No podía matar a mi familia, no podía hacerlo. ¡Antes me suicidaría o ataría!

¡Por Dios! Necesitaba controlarme.

Intenté respirar profundo para calmar el dolor de la necesidad. Pero aquello sólo empeoró la situación. Si no hacía algo, en cualquier momento iba a devorarlos a todos.

El hambre fue más fuerte que yo. Se apoderó de mi cuerpo.

Era toda mi familia la que corría peligro. Y yo su amenaza.

Me observaron ahí de pie, a punto de cometer un asesinato, solo que aún no lo sabían.

Me abalancé sobre mi propio padre. La sangre bajo su piel era tentadora. Me hacía agua la boca.

¡Que alguien me detenga, por favor! Gritaba para mis adentros.

De pronto, vi cómo mi hermana menor y mi madre se acercaban para defender a papá. Las dos tenían enormes colmillos que sobresalían de su boca.

Aquello me impactó tanto que dejé a mi padre escapar.

Serenity y mamá me acorralaron, listas para atacar.



CAPÍTULO 2: ¿VAS A MORDERME?

Entonces desperté realmente.

Aquello sí había sido un sueño, estaba muy segura.

No abrí los ojos de inmediato. Sin embargo, me di cuenta de que estaba plácidamente recostada sobre un firme y suave torso. Por alguna vergonzosa razón, me encontraba encima de una persona.

Era un hombre, lo sabía por ese olor masculino tan familiar. Su piel era cálida al tacto.

Apreté los párpados con fuerza. No me atrevía a separarlos por la vergüenza que sentía de enterarme quién estaba debajo de mí. No quería ni imaginar la razón por la cual había dormido con alguien.

Sin previo aviso, un dolor agudo sacudió mi hombro. Pinchazos se extendían por toda la longitud de mi brazo y...

Olfateé sangre.

Abrí los ojos.

Lo primero que vi fue un musculoso cuello y un abdomen masculino estupendamente constituido. Seguidamente, elevé la mirada hacia su rostro, el cual se hallaba increíblemente cerca del mío. Al igual que sus apetitosos labios y sus ojos grises oscuros, intensos, deslumbrantes... Admiré su barbilla, cubierta por una incipiente barba rasposa, y sus cejas pobladas y masculinas alzadas, dedicándome una expresión coqueta de incredulidad.

Oh, por Dios.

Era Joe.

De un salto, traté de apartarme. El problema era que aquella maniobra resultó imposible de realizar. Al intentar ponerme de pie, algo tiraba de mí hacia abajo.

Él se encontraba pegado a mí. Mejor dicho, estábamos amarrados el uno al otro con una estranguladora soga.

Cuando hice un esfuerzo por levantarme, su peso me lo impidió. Mis manos estaban atadas

en mi espalda, al igual que las tuyas. No era capaz de moverme.

—¡Hasta que te despiertas! —dijo con una sonrisa astuta.

Solo entonces me di cuenta.

Él llevaba su pecho desnudo, estaba descalzo y únicamente tenía puestos unos pantalones ajustados.

Yo en cambio estaba en... ropa interior.

Mis mejillas enrojecieron, haciendo arder mi cara. Creí que moriría de vergüenza.

—No sabes lo molesto que fue tenerte durmiendo encima de mí —empezó Joe—. Parece que tienes muchas pesadillas. Además, has impedido que escape. Estoy atado a ti y tú solo dormías y...

Sus palabras se apagaron lentamente. Dejó de hablar cuando se percató de que estaba inmersa en mis pensamientos, sin prestar atención a nada de lo que decía.

—Oye, ¿al menos podrías fingir que me escuchas? —atendí a su voz, que tenía una nota fingida de dramatismo.

—Suéltame —demandé, casi segura de que él me había puesto en esa situación. O al menos de que era su culpa.

Me agité encima de su cuerpo hasta que el dolor me hizo gemir. Observé por el rabillo del ojo mi lastimado hombro izquierdo.

Por supuesto. Ahí estaba la herida de bala.

Recordé todo. La sangre, la mordida, el disparo.

—Créeme, yo más que nadie quisiera liberarme de ti —me contestó Joseph. Y su odiosa entonación me hizo sentir ofendida.

A mi alrededor todo estaba oscuro, aún era de noche.

Me encontraba en una habitación vacía, tan diminuta que creí que el aire se acabaría de un momento a otro, a pesar de que había dos ventanas medianas por las que se vislumbraban las cimas de los rascacielos en las calles iluminadas de Nueva York.

Joe y yo estábamos tumbados contra el suelo.

—No entiendo... —murmuré—. ¿Qué hacemos aquí?

—Tuviste la genial idea de escapar de casa en la noche, mataste a un pobre, inocente humano y fuimos capturados por cazavampiros. Todo gracias a ti —enumeró mis hazañas con sus labios casi presionando los míos. Luego de examinar mi semblante, soltó una carcajada—. En serio, deberías ver tu cara en este momento —se burló.

Contuve el aliento. Era incómodo tener que respirar sobre el cuello de ese sujeto.

—Soy una asesina —susurré con la voz temblorosa.

—Ya te acostumbrarás —añadió él, tensándose debajo de mí—. Ahora escucha, me voy a levantar. Así que ten cuidado.

De forma hábil, comenzó a utilizar sus piernas para erguirse. Apoyó la espalda contra una de las paredes para que le sirviera de soporte. En un breve instante, estuvimos de pie uno frente al otro.

Las únicas opciones que teníamos era estar juntos o más juntos. Una difícil elección, considerando las sogas que nos mantenían unidos. Mi abdomen desnudo tocaba el suyo, también desvestido y endurecido por todos esos músculos rígidos.

Estaba casi segura de que mis mejillas lucían más ruborizadas de lo que nunca habían estado. Me avergonzaba que él tuviera que verme tan de cerca, que mi corazón delatara mi nerviosismo latiendo acelerado encima de su pecho, que pudiera oír mi respiración fuerte y clara.

Me avergonzaba llevar ropa interior tan atrevida y no poder hablar sin que mi aliento golpeará su piel. Todo era tan incómodo...

Cuando Joe empezó a agitar sus hombros, supe que trataba de desatar sus muñecas.

Era algo tentador sentir sus músculos tensándose contra mí.

Mechones de mi cabello castaño claro me molestaban en el rostro, dándome comezón en la nariz y en las mejillas.

—Oye, ¿podrías...? —Antes de que pudiera terminar la frase, Joe ya lo sabía.

Utilizó su rostro para sacar los cabellos del mío. Apoyó su mejilla contra mis pómulos, masajeándome con su rasposa barba en forma de una caricia.

—¿Mejor? —preguntó.

Asentí, meneando la cabeza con rapidez de manera nerviosa.

Él continuó moviéndose para soltarse, pero parecían ser esfuerzos en vano.

—Maldita sea —refunfuñó cuando comenzó a hastiarse.

Su voz retumbaba en mis oídos demasiado cerca, demasiado alta.

—¿Te importaría bajar la voz, cariño? —murmuré con un deje de sarcasmo.

—Lo siento, pero no suelo hacer lo que me piden.

Era un claro mensaje de: "Por supuesto que me importaría".

—Lo imaginé —resoplé.

—Tranquila, la próxima vez que estemos en una situación como ésta, te aseguro que será mucho más agradable —no hablaba en serio, se burlaba de mí.

Entrecerré los ojos, furibunda.

Su cuerpo tembló mientras se reía de forma burlona e irónica.

Debía admitirlo, su sonrisa era hermosa y tenía una mirada... Uff...

¿Qué estoy pensando? ¡Qué patrañas!

Lo odio por convertirme en una asesina como él. Me dije en la mente. Aunque no me faltaba mucho para confesárselo en la cara. Era un idiota.

—Vamos, no te enojés —siguió mofándose antes de cambiar el tema—. Ayúdame a caminar hasta esa puerta, puede que esté abierta.

Se dio la vuelta para que la puerta enfrentara su espalda. Yo di pasos hacia adelante al tiempo que él se movía hacia atrás, hasta que alcanzó la perilla. Advertí cómo trataba de girarla con sus manos detrás de la espalda.

—Bueno, está cerrada —informó.

—¡Oh! ¿De verdad? —fingí sorpresa—. Nadie secuestra a unos vampiros y les deja la puerta abierta, ¿o sí?

Sonrió.

—Me gusta tu actitud —confesó—. Eres malvada a pesar de tu carita inocente.

Contuve una sonrisa. Quería parecer irritada.

—Y ahora, ¿qué hacemos? —interrogué, aparentando enojo.

—No lo sé.

Buena respuesta.

—Genial —usé mi sarcasmo—. Pensé que eras más inteligente.

—¿Qué esperabas? Soy guapo, no pidas más.

—Tienes razón —resollé con ironía filosa.

—Al menos la mayoría de las chicas está de acuerdo con eso —sonrió.

Arrugué la nariz cuando la herida en mi hombro ardió, justo en el momento en que mi brazo

rozó el suyo. El dolor fue casi insoportable. Él lo notó.

—Ya sanará —comentó, estudiando la profundidad de la incisión.

—Cierto —afirmé—, somos inmortales.

—No creas tanto eso.

—Ah, ¿no? ¿No somos inmortales?

—Algo así, pero no exactamente —explicó—. Los de nuestra especie no somos tan inmortales. Podemos sanar más rápido que los humanos y somos más fuertes. Más rápidos también. Pero con una herida letal pudiéramos morir al igual que ellos. Si la bala te hubiera dado en el pecho o la cabeza, ahora estaría sosteniendo tu bonito cadáver. Se utiliza el término inmortal para referirse a que no moriremos de vejez, debido a que seremos eternamente jóvenes. No obstante, sí existen los vampiros inmortales, de esos tipos pálidos que leen mentes y tienen súper poderes. Ellos son de los rangos más altos, los que llevan siglos y siglos existiendo, a diferencia de tú y yo, y los chicos. Todos nosotros somos vampiros jóvenes convertidos por otros vampiros jóvenes. Somos bastante humanos después de todo. Humanos que se han detenido en el tiempo y beben sangre.

Su sonrisa se borró repentinamente, así como si sus pensamientos hubiesen tomado otro misterioso rumbo.

El ambiente se tornó silencioso y durante muchísimo tiempo ninguno de los dos dijo una palabra. A pesar de que estábamos tan cerca que podía escuchar cada vez que respiraba, evitamos mirarnos a la cara por alguna razón. Bajé mis ojos a su pecho, no había demasiadas alternativas.

Estaba exhausta, incómoda y mi espalda dolía por el tiempo que pasé de pie. Que sinceramente, no tenía ni idea de cuánto era. Pero ya podía ver en las ventanas el cielo aclararse poco a poco. No resistí el cansancio y, sin darme cuenta, reposé la cabeza en el hombro de Joe, quien tenía la mirada fija en algún punto elevado.

Mi nariz se hundió en su cuello de forma involuntaria. Durante numerosos minutos, lo único que hice fue observar el modo en que la vena bajo su piel palpitaba y sus terminaciones nerviosas se ponían en contacto con la sensibilidad de su garganta.

Admiré con extrema fascinación cómo se movía su manzana de Adán cuando tragaba. No había otra cosa más interesante a la que contemplar y aquello era mucho más que simplemente entretenido. No me preocupé por disimular cuando aspiré ruidosamente su esencia con mi nariz pegada al hueso de su garganta. Olía masculinamente a perfume caro, sudor y sangre.

Hmm, delicioso. Gimoteó mi subconsciente.

Tenía mucha curiosidad de saber si su sangre sería como la de un ser humano. El impulso de pasarme la lengua por los labios fue incontrolable. De un segundo a otro, quería morder su cuello. Mi mandíbula se tensó y sentí como mis colmillos crecían, doliendo por la necesidad. No era una necesidad como la de antes, no era como el hambre y la sed. Era más bien como... Deseo.

Quería probarlo por puro placer. Me hipnotizaba el tentador grosor de su cuello, su tez blanca sonrosada, su musculatura y arterias palpitando debajo de toda esa piel. Cada mínimo movimiento, me incitaba más a querer morderlo.

Sin pensar, hundi mis labios todavía más en el sendero entre su garganta y su clavícula. Cada vez se me hacía más difícil controlarme. Mordí mis labios para no tener que hacer lo mismo con su cuello, pero de verdad lo deseaba. Deseaba probarlo. Estaba segura de que no me arrepentiría luego.

Totalmente enajenada, abrí ligeramente la boca, dejando escapar mi aliento mientras intentaba conseguir sus venas con mis colmillos.

—¿Vas a mordirme? —murmuró Joe, con una sonrisa en la voz.

Inmediatamente intenté saltar, dando un paso hacia atrás. Al notar que no podía moverme, recordé que seguía atada a él. Mi corazón se aceleró por la embarazosa escena.

Cuando Joe bajó la mirada para examinar mi cara, escondí el rostro, tratando de ver hacia el suelo.

Sí, iba a mordarlo, definitivamente sí.

—No te culpo, sé que soy irresistible, pero creo que deberíamos llegar a la casa primero.

Lo observé extrañada.

Él contenía la risa.

—Creo que necesitas saber que compartir sangre con un vampiro es algo tan íntimo como tener sexo —enunció, aún con esa sagaz sonrisa.

—Donovan —susurré, recordando su propuesta.

Me había pedido que compartiéramos sangre.

Nuevamente, a Joe le parecía muy gracioso. Se carcajeaba a más no poder.

—No lo hiciste con Donovan, ¿o sí?

Sacudí la cabeza negativamente para después responder.

—Le dije que no.

—O sea que te lo ha propuesto —no fue una pregunta—. No creí que ese chico fuera tan hábil. ¿Aprovechase de una desinformada vampiro? Suena a algo que yo haría. Sabes cómo es esto: primero el mordisco y luego la cama.

Una oleada de alivio recorrió mi cuerpo.

¡Qué suerte que le había dicho a Donovan que no! Y qué suerte que Joe me impidió mordarlo a tiempo.

Suspiré.

Muy callada, vi que el cielo era cada vez más claro. Se hizo un silencio ominoso durante un largo momento.

—Necesito saberlo —rompí la quietud abruptamente—. ¿Moriremos cuando salga el sol?

Y ahí estaba de nuevo esa risotada engreída. Odiaba que se riera de mí.

Negó con la cabeza.

—Será irritante y molesto, pero no moriremos —aclaró.

—Está bien, te creo.

—No tienes opción. Necesitas saber muchas cosas sobre nosotros, pequeña aprendiz de vampiro.

Joe hizo un brusco movimiento y sus manos se soltaron de su espalda. Me sonrió ampliamente, presumiendo su hazaña. Mi cuerpo se tensó cuando me rodeó la cintura con los brazos para desatarme a mí también. Deshizo los nudos con sus dedos y en seguida nos separamos. Fue un gran alivio.

Lo primero que hice fue correr a buscar mi ropa, que se hallaba tirada en un rincón. Empecé a ponerme los grandísimos pantalones de Donovan al tiempo que Joe me escudriñaba con los brazos cruzados sobre su pecho.

—Lástima —lo escuché compadecerse—, tienes lindas bragas.

Mis ojos se agrandaron al tiempo que mi rostro se ruborizaba de forma visible. Terminé de vestirme con la camisa de Donovan tan rápido como pude.

—Solo bromeo —continuó hablando, riéndose.

La ropa de Joe no estaba, pero al menos él todavía llevaba pantalones.

—¿Y tu ropa y zapatos? —cuestioné.

—De hecho, solo te desvistieron a ti. Yo ya estaba así. Una sensual mujer me estaba comenzando a desnudar cuando me atraparon.

—Bien, “Don Juan”, no quiero escuchar los detalles. Quiero saber si esos cazavampiros piensan hacernos daño.

—No —contestó—, realmente piensan matarnos, pero... Por favor, todo el mundo sabe que nosotros somos los depredadores y ellos la presa. Jamás podrán con nosotros, mucho menos ahora que nos desaté.

—Yo digo que si te atraparon una vez, pueden hacerlo de nuevo.

—No, cariño. No lo harán dos veces. Además, la primera vez hicieron trampa —hablaba al tiempo que forcejeaba con la cerradura, intentando abrirla—. ¡Maldición! Estúpidos cazadores de vampiros —rezongó, propinándole una patada a la puerta cuando descubrió que no podía abrirla—. ¿Qué dices? ¿Nos lanzamos por la ventana?

Lo miré con asombro. Hasta donde sabía, estábamos en lo alto de un edificio. A juzgar por lo que se vislumbraba a través de la ventana, unos once o dieciocho pisos.

Joe se burló de mi expresión.

—No, los vampiros no podemos hacer eso —respondió a lo que supuso que preguntaría.

—No me gusta tu sentido del humor —mentí.

Si me gustaba, era divertido. Excepto cuando el objeto de burla era yo.

Inesperadamente, la puerta se abrió. Del otro lado apareció el tipo que, reconocí, me había disparado. Llevaba una estaca de madera en las manos. Cerró la puerta detrás de él.

—¿Crees que es buena idea encerrarte con vampiros? —preguntó Joe, muy calmado.

—He matado a muchos más que ustedes dos... con mis propias manos —informó el sujeto de la estaca, sonriendo.

Era un hombre de mediana edad, alto y corpulento. Con el cabello corto, de color dorado.

Sentí sed al instante.

—Acabemos con esto rápido, ¿sí? —el tono de Joe era desafiante—. Si no nos dejan ir, nos beberemos toda su sangre con un poco de vino y lasaña.

—Inténtalo —lo retó el humano—. Son unos sucios asesinos. Chupasangres, malditos demonios. ¿Se sienten bien con ustedes mismos haciendo lo que hacen?

Siendo justos, el tipo tenía razón. Nunca creí que estaría tan de acuerdo con un sujeto que me disparó, me secuestró, me quitó la ropa y me amarró al cuerpo de un vampiro. Pero, increíblemente, decía toda la verdad.

Yo era un monstruo. Tal vez merecía estar ahí atrapada. Había matado a un joven, también merecía ser asesinada. Y esa bestialidad dentro de mí salía a relucir cada vez que estaba cerca de un vivo.

Intenté no respirar para suprimir mi instinto de atacarlo.

Segundos más tarde, entraron a la habitación dos sujetos más y una chica. Todos ellos armados.

Joe sonreía con los brazos cruzados sobre el pecho, confiado.

Cuando la única mujer del grupo le disparó con una ballesta, logró esquivar la estocada. Se tomó justo el tiempo necesario para que la flecha no le impactara.

En cuanto a mí, estaba siendo dominada por la sed y rabia. Sentía ira contra mí misma por ser lo que era, pero también contra ellos por agredirme sin saber lo difícil que era ser una bebedora de sangre. En mi caso, no tuve la posibilidad de elegir.

Me moví de forma sigilosa, igual que un gato en la oscuridad. Fui primero por la chica de la ballesta y la mordí en la muñeca. Bebí su sangre mientras que Joe acorralaba a los hombres, dándoles mordidas para defenderse. Ellos tenían un arsenal de armas, nosotros solo colmillos. Ah, y contábamos con fuerza sobrehumana.

Cuando la mujer falleció entre mis brazos, aún me sentía sedienta. Salté sobre el tipo de cabello dorado a la vez que enterraba mis dientes en su cuello. Sus manos se aflojaron despacio, soltando la pistola. Joe acabó con el resto. Los matamos a todos.

La imagen de mí misma sujetando a un hombre sin vida, con mis dientes, me desconcertó.

Acabé traumatizada.

No fui capaz de moverme, me temblaba todo el cuerpo. Mis ojos se humedecieron, estaba a punto de llorar.

Contemplé toda esa sangre, mis manos manchadas, la ropa de Donovan húmeda de ese líquido espeso, escarlata... Todavía podía saborear los restos de esa sustancia en mi boca. Toda la habitación tenía aquel olor a hierro.

Joe me tomó de los codos para alzarme, sabiendo que no me encontraba bien.

—Vámonos antes de que vengan más —me ordenó con preocupación—. Este lugar debe estar repleto de esos cazadores.

Prácticamente, me hizo el favor de caminar por mí. Me rodeó la cintura con uno de sus brazos y me pegó a su costado al mismo tiempo que me arrastraba, obligándome a mover los pies.

Salimos a un gran pasillo. El edificio parecía en ruinas. Corrimos hasta los elevadores, pero no funcionaban. Así que tuvimos que dar marcha atrás en busca de unas escaleras. Al hacerlo, nos percatamos de que detrás de nosotros venían otros como ellos, otros cazadores persiguiéndonos con armas.

—¡Corre, Angelique, por aquí! —me indicó Joseph cuando halló una puerta que comunicaba con las escaleras.

Emprendimos nuestro descenso. Estaba tan mareada que más de una vez me tambaleé y Joe tuvo que atajarme antes de que me desplomara contra los escalones.

Mientras más bajaba, las escaleras parecían hacerse más y más largas. Sentí que habían pasado interminables horas desde que habíamos empezado a descender. A nuestras espaldas, las pisadas de los cazadores se escuchaban como golpes graves.

Finalmente, conseguimos llegar hasta la planta baja con vida. Yo jadeaba para recuperar el aliento. Estaba exhausta. Joe, en absoluto. Él seguía radiante, como si jamás hubiera hecho ningún esfuerzo físico, siendo quien hizo la mayor parte del trabajo al arrastrarme escaleras abajo.

Justo antes de poner un pie fuera de la entrada principal de la edificación, en las calles seguras, donde esos tipos no podrían darnos caza frente a toda esa gente, me detuve. El sol ya había salido y su resplandor me cegaba. El calor de los rayos que se filtraban dentro me quemaba más bien de forma dolorosa.

Sentí mucho temor de exponerme directamente a la radiación solar. Ahora sabía a qué se refería Joe cuando dijo que era molesto. No obstante, era mucho más que eso. Era como sufrir quemaduras en todo el cuerpo. Creí que me derretiría si daba un paso al exterior sin ninguna protección.

Clavé los pies en el suelo, justo en medio del arco de la salida. Paralizada, me rehusé a salir.

—No te va a pasar nada, lo prometo —testificó Joe—. El sol no te hará daño, ellos sí —

señaló a la manada de humanos armados que corrían hacia nosotros.

Convencida o no, tuve que intentarlo y exponerme a la tortuosa radiación de luz solar.

Nos aventuramos a correr debajo del sol y... ¡Oh! ¡Vaya que era desagradable! Se sentía como cientos de pinchazos en la piel y hacía que mis ojos ardieran, impidiéndome ver correctamente.

Por otro lado, deseaba no toparme con ningún humano más en el camino, o las consecuencias serían fatales.

—¿Pedimos un taxi? —cuestionó Joe antes de volver su mirada hacia mí—. ¡Oh! Cierto, no puedes...

No terminó la frase, pero sabía que quería decir que no era capaz de dejar a algún humano vivo. Me estremecí al pensar en lo que le sucedería al pobre taxista si sus pasajeros eran dos vampiros.

Tan pronto como comenzamos a alejarnos caminando, los cazadores de vampiros desaparecieron sin dejar rastros.

—¿Joe? —le llamé.

—¿Qué?

—Soy un monstruo, no puedo... No puedo controlarme.

Cuando dejó de caminar, me detuve también. Sorprendentemente, ya no sonreía. Me contempló de una forma...

Bueno, no voy a pensar en eso.

Alzó una mano y me sobresalté cuando sentí las yemas de sus dedos sobre mis labios. Con su dedo pulgar, limpió los rastros de sangre en mi boca.

—Es normal. Los primeros días te puedes considerar peligrosa, después serás capaz de estar rodeada de personas —me tranquilizó.

De forma brusca, tiró de mi brazo para que continuara avanzando. Por suerte, las calles parecían estar más solitarias de lo normal porque era demasiado temprano. De todas formas, estuvimos obligados a tomar los atajos menos concurridos debido a mi condición de asesina.

Una vez más, atravesamos aquel barrio repleto de vampiros. Observé cautelosamente a todos esos chupasangres que me escrutaban con malicia. Como recordaba, casi al final del callejón, se hallaba ese lugar. El lugar donde vivía Joe. Solo que nunca me había dado cuenta de que la fachada lucía como un comercio abandonado. Incluso tenía un gran letrero en letras de neón, brillantes e iluminadas, que decía "Bourbon Street Cafe".

Del bolsillo trasero de su pantalón, Joe sacó una llave pequeña y plateada. Igual que un caballero, sostuvo la puerta abierta para que entrara primero.

¡Vaya sorpresa! Joe no parecía del tipo amable; quizás solo estaba acostumbrado a seducir.

Entré asustada. Allí estaban todos. Alan y Nina se encontraban acostados juntos en la cama de abajo de la litera. Me pregunté si eran hermanos, por la confianza que percibí entre los dos. Donovan se levantó del sillón antes de aproximarse de forma apresurada hasta mí. Adolph permaneció tumbado en el sofá.

Escuché cuando Joseph cerró la puerta tras él. Pasó junto a mí y, sin decir una palabra, se arrojó en su cama.

—¿Cómo les fue? —profirió Adolph, sonaba molesto—. ¿Se divirtieron?

Esperé a que Joe dijera algo, pero no lo hizo.

Donovan seguía parado frente a mí. Algo me decía que estaba dudando en qué hacer.

—¿Por qué te escapaste? —me riñó—. ¿Sabes lo peligroso que es?

—Mira, Angelique —dijo Adolph, poniéndose de pie—. No puedes salir de aquí. Al menos durante unos días tu sed de sangre será incontrolable y muchos humanos estarán expuestos contigo cerca. Si algún cazador te ve, te atraparé. Y puede que no corras con suerte la próxima vez. O lo que es peor, si algún otro vampiro te ve poniendo en peligro nuestro secreto, te asesinará. Y será aún más terrible si es uno de los vampiros mayores. Nos matarían a todos. Así que mejor ten cuidado y deja de hacer tonterías antes de que nosotros también nos veamos involucrados.

Me sentí como una niña pequeña siendo reprendida por sus padres.

—Lo siento. —Agaché la cabeza.

Había querido escaparme realmente. Sin embargo, ahí estaba de nuevo, con el grupo de vampiros.

—Joseph, no quiero saber cómo lograron atraparte a ti —lo acusó Adolph. Este último sonrió perspicazmente desde su cama.

—No, no quieres —afirmó antes de levantarse—. Mi cama huele a chica —se quejó, posando sus acusadores ojos en mí, sabiendo que era la responsable de eso.

Colocó una toalla sobre su hombro desnudo y entró al baño.

—Yo... —comencé a hablar—. Necesito saber más sobre lo que somos.

—Te entiendo —balbuceó Adolph, un poco más amable—. Donovan te explicará algunas cosas.

Donovan me tomó de la mano y me condujo hasta la mesita que había cerca del refrigerador, junto a la pequeña cocina eléctrica.

—¿No te hicieron daño? —me interrogó.

Si un disparo en el hombro cuenta...

Negué con la cabeza.

—No sé por dónde empezar... —prosiguió—. ¿Ves a Adolph? Él es el mayor de nosotros, lleva cincuenta y dos años teniendo veintidós. ¿Entiendes? Quiero decir, fue convertido en un vampiro hace cincuenta y dos años, cuando tenía veintidós. Yo fui convertido hace apenas dos años, cuando tenía diecinueve. Y, pues... aún tengo diecinueve. No envejecemos.

—Lo sé —aseveré—. Digo, eso de que no envejecen.

—Mucho mejor —continuó—. Nina tiene físicamente dieciocho, pero hace cinco años que es vampiro. Es decir que, si sumas su edad, ahora tendría unos veintitrés años. ¿Lo entiendes?

Asentí. Era matemática para idiotas.

—Alan fue convertido hace diez años. A pesar de que lleva más tiempo que yo siendo vampiro, tiene apenas catorce años físicamente. Sé que aparenta más edad, pero es uno de los vampiros que ha sido convertido más joven. Son pocos los casos como el suyo.

Vaya, ¿catorce años? Honestamente, lucía más adulto. Yo le habría calculado unos diecisiete o dieciocho. Parecía mayor que yo e incluso que Nina.

—¿Y Joe? —sabía que Donovan estaba por decirlo, pero no pude frenar mi curiosidad.

—Tiene veinte años. Y menos de un año siendo vampiro.

Eso significaba que era un vampiro novato. O algo así. Aunque la verdadera novata era yo.

—Esta calle —Donovan interrumpió mis pensamientos—. Aquí solo vivimos vampiros. Todos esos bares, discotecas, clubes..., durante el día son solo escondites de vampiro, madrigueras. Y durante la noche trampas para atrapar indefensos humanos. Las personas se sienten atraídas por la música, la fiesta, el ambiente... y terminan viniendo aquí, donde se convierten en nuestro alimento. Tenemos algunas reglas en el barrio, pero hay más tiempo para

explicarte eso, al igual que las reglas del hogar. Por nada del mundo debes hacer que los humanos sospechen sobre lo que somos. Ya hay suficientes cazavampiros en el mundo. Por otra parte, los vampiros superiores, los más poderosos, asesinan a cualquier imprudente que exponga en público nuestra condición.

—Cuando tu hambre se normalice, podrás integrarte nuevamente a la sociedad —expuso con calma—. Por ahora debes ocultarte por lo menos una semana. Salimos a cazar casi todas las noches. No te preocupes, te enseñaremos a hacerlo. Durante el día llevamos una vida casi normal. Algunos trabajamos y, en el caso de Alan, estudia en la universidad. Solo asegúrate de salir bien cubierta. Tú entiendes: gafas de sol y camisas con mangas largas. La luz solar es bastante incómoda. Con respecto a tu familia... Lo siento mucho, no puedes volver a verlos. Ellos se darían cuenta de que has cambiado. Tal vez quieras dejarles una nota que diga: "Papá, mamá, me he escapado de casa. Los visitaré a menudo, los quiero".

—¿Puedo hacer eso? —me refería a visitarlos.

—No es conveniente —rechazó la idea—. Al menos no durante mucho tiempo. Se darían cuenta de que no creces y eso no es muy bueno.

—¿Y lo de compartir sangre entre vampiros...? —me apetecía escuchar qué tenía Donovan para decir al respecto.

Lo vi ruborizarse.

—Lo siento —se adelantó—. Supongo que Joe te lo ha contado. Los vampiros hacemos eso antes de... de hacer el amor. Es algo muy íntimo. Siento habértelo pedido, de verdad. No quería aprovecharme de ti, me comporté como un idiota.

—¿Y qué interesa? Si eres un asesino, lo menos que debería importarte es ser un desgraciado que se aprovecha de los demás —fui descortés.

Por algún motivo, estaba enojada.

—Necesitamos alimentarnos, lo sabes. No es tan fácil como ser un asesino y ya.

Claro, trataba de convencerme de que éramos los buenos. Sin embargo, ambos sabíamos que no era así.

—¿Algo más? —inquirí, un poco más furiosa que antes.

—Creo que es todo. El resto lo sabrás luego —su voz no dejaba de ser perfecta y apacible.

Cuando me levanté de la silla, vi que Alan y Nina conversaban en voz baja, acostados boca arriba uno al lado del otro en la cama. Segundos después, el muchacho cambió de posición, situándose encima de ella. Los labios de él le rozaron el cuello ligeramente. Los dos se lanzaban miradas de... ¿Ímpetu? Tal vez.

Entonces son pareja, pensé.

¡Qué raro...! ¡Pero si Alan tenía catorce y Nina dieciocho!

No obstante, eso era lo que más me tenía sin cuidado. Alan parecía más grande. Además, si contábamos su edad de vampiro, técnicamente... tendrían casi la misma edad de vida, ¿no?

Aparté la vista de inmediato.

Tan pronto como posé mis ojos en otro lugar, vi a Joe saliendo del baño. Llevaba unos jeans limpios, salpicados de agua y ajustados a sus piernas; el torso desnudo, el cabello húmedo y aplastado goteándole encima, y la toalla sobre su hombro.

¡Santo Dios! Debería ser ilegal verse tan deseable.

—Mi turno —me aproximé a Joe y le quité la toalla húmeda del hombro para entrar con ella al baño.

—Bien —respondió. Podía sentir la sorna oculta en su tono, queriendo relucir—. Solo no te

preguntas en qué partes de mi cuerpo estuvo esa toalla cuando te estés secando.

Pretendiendo que no había escuchado eso, me encerré dentro del cuarto de baño. Mi rostro encendido, sonrojado.

Me retiré la ropa de Donovan antes de dejarla en el suelo. La habitación seguía llena de vapor, húmeda y caliente.

Al entrar en la bañera, el agua tibia me reconfortó. Percibí un ligero ardor en el hombro cuando me cubrió completamente. A pesar de que la herida todavía dolía, se veía mucho mejor. Se había cerrado de forma notoria desde la última vez que la había visto. Supe entonces que sanaría más rápido de lo que imaginaba.

Después de terminar de asearme, noté que no había traído ropa limpia conmigo. Me envolví con la toalla lo mejor que pude, haciéndome a la idea de enfrentarme a tener que salir de ahí cubierta únicamente por un trozo de tela húmedo.

Fue un alivio darme cuenta de que Joe estaba dormido.

De igual manera, Adolph descansaba en la litera de arriba y Alan en la de abajo junto a Nina.

A diferencia de Donovan, que no me quitó los ojos de encima ni un segundo cuando me vio aparecer. No disimulaba al inspeccionarme minuciosamente desde el sofá.

Me paré frente a él, cruzando los brazos sobre el pecho en un intento por esconder mi cuerpo.

—Yo... quería... solo... —tartamudeé.

—Ropa, claro —concluyó el vampiro sin dejar de verme. Lo cual se estaba volviendo cada vez más incómodo.

Se puso de pie y se movió nerviosamente un par de pasos. Parecía inquieto por algo.

Tan pronto como se irguió delante de mí, entendí que debía apartarme para dejar que caminara hasta el armario.

Traté de dar una zancada hacia la derecha, pero no me había movido siquiera un centímetro cuando sus brazos envolvieron mi cintura. Mis latidos se aceleraron mientras él me apretaba contra su cuerpo lo suficientemente fuerte como para que no pudiera irme a ningún lado.

Llevó una de sus manos a la parte baja de mi espalda, ayudándose con esta para mantenerme cerca. La otra mano la deslizó por encima de uno de mis desnudos hombros, retirando el cabello mojado que lo tapaba.

Había una minúscula separación entre sus labios y los míos.

¿Qué debía hacer? ¿Resistirme a un chico apuesto y sexy? ¿O dejar que pasara lo que tuviera que pasar?



CAPÍTULO 3: ARMA DE SEDUCCIÓN

Dejé que mi cuerpo decidiera por mí. Fue estimulante sentir las caricias de sus dedos sobre mi piel desnuda y húmeda.

Olvidé que debía respirar durante largos segundos. Contuve el aliento, petrificada, hasta que percibí la suavidad de sus jugosos labios palpando los míos. Utilizó su boca para abrir la mía y adentrar su lengua en ella.

Su sabor era extraordinario.

El beso se volvió perenne y ardiente mientras nuestras lenguas se encontraban, cazándose la una a la otra con movimientos exasperados. Sus firmes manos me apretaban cada vez más fuerte. ¡Sabía besar muy bien!

Gemí dentro de su boca antes de apartarlo con rudeza para tomar aire. A pesar de esto, yo todavía tenía ganas de más. Sus apetitosos labios lucían tentadores, más enrojecidos e hinchados que antes. Sospeché que los míos también.

Intercambiamos una mirada de... "eso no debió pasar".

No obstante, no me arrepentía. Y estaba segura de que él tampoco.

—Perdón —se disculpó—. Lo siento, fui impulsivo, perdón.

—Está bien. —Giré la mirada al decirlo.

En ese instante caí en cuenta de que Joe no estaba durmiendo. Nos vigilaba desde la comodidad de su cama con los ojos entornados y sonriendo de forma malintencionada, malévola.

Para mi sorpresa, Nina también estaba despierta. La chica rubia le dio un beso en la mejilla al cuerpo dormido de Alan antes de salir de abajo de las sábanas.

Ellos lo habían visto, el beso.

Sentí que mi cara enrojecía de vergüenza.

La joven se dirigió hasta el armario para seleccionar alguna prenda y arrojarla en mi dirección. La atrapé a tiempo.

—Creo que deberías vestirme, a menos que te guste ser acosada por todos los chicos de esta

casa.

No está mal... Todos ellos son tan bien parecidos... Me traicionó la vocecita dentro de mi mente.

Horrorizada, me reproché a mí misma por los indecentes pensamientos que cruzaban mi cabeza.

¿Qué estoy diciendo? Debo estar enloqueciendo.

Nerviosa, le eché una miradilla a Donovan antes de volver al cuarto de baño para ponerme la ropa.

Si la idea era no ser acosada por los chicos de esa casa, definitivamente ese nuevo atuendo no iba a funcionar. Era un pijama de Nina. Un cortísimo vestidito de tirantes, de color púrpura, con encaje y sensuales adornos. La tela era prácticamente transparente.

No quería salir así, pero... no tenía otra cosa. Cuando abrí la puerta, asomé primero la cabeza para estar segura de que ninguno de los vampiros me estuviera viendo. Salí casi a hurtadillas.

Abracé mi cuerpo, sintiéndome casi desnuda.

Donovan lanzó unas sábanas nuevas y una almohada sobre el sofá.

—Si quieres, puedes dormir en el sofá. Yo dormiré en el suelo. Ahora que es de día, quizás necesitas descansar —sonó su cordial y sensual voz.

Claro, los vampiros duermen de día. ¿Cómo no se me ocurrió antes?

Cuando volteé a ver a los demás, todos parecían dormir. Sobre Joe no estaba segura, porque se estaba cubriendo los ojos bajo uno de sus brazos.

El galante Donovan estaba brindándome el sofá que, deduje, era el lugar donde solía dormir. En seguida se movió para bajar por completo las persianas, permitiendo que la habitación se tornara más oscura y fría.

—¿Estás seguro de que no te molesta...?

—En absoluto —me cortó.

—Puedes dormir en mi cama si gustas —esa era la voz de Joe, quien había dejado de cubrir sus ojos y me observaba desde las sombras.

—¿De verdad? —cuestioné, absolutamente asombrada.

¿El sujeto pedante que se había quejado de dormir en el suelo estaba ofreciéndome su cama?

No era que fuera a aceptar usarla, pero... ¿De verdad estaba haciendo esa sugerencia?

—Por supuesto —me respondió. Incluso en la oscuridad, su sonrisa brilló—. Puedes dormir aquí, junto a mí.

Se movió a un lado del colchón, dejando un espacio libre que era... ¿para mí? Me hizo señas con las manos, indicándome que fuera a recostarme a su lado.

¡Oh, no! ¡Por supuesto que no! Pensé tan alto que creí que las palabras se habían escapado de mis labios. De nuevo, me había sonrojado.

—Oye, ¿qué te pasa? —me alteré—. Sabes que no voy a hacer eso jamás, ¿verdad? Antes dormiría con un hombre lobo.

Oí la risa divertida de Joe.

—Inténtalo, esos tipos son divertidos.

Pese a su risa, había algo en su tono de voz que me decía que no estaba bromeando.

Fijé los ojos en Donovan, pidiéndole con la mirada que respondiera a mi futura pregunta antes de tener que formularla en voz alta.

Donovan sonrió, como si hubiera leído mi mente.

No podía hacer eso, ¿o sí?

No, porque yo no podía, ¿cierto?

—No —aseguró el vampiro a mi lado—. Los hombres lobo no existen.

Joe seguía largando risotadas perversas, como si lo disfrutara.

—Gracias por tu ofrecimiento, Donovan, pero no puedo permitir que duermas en el suelo. Y menos si es por mi culpa. —Tomé las sábanas y almohada para arrojarlas en la alfombra.

—Eres testaruda —protestó, entre risas—. No voy a consentir, de ningún modo, que duermas en la alfombra. —Alzó la ropa de cama y la devolvió al sofá, sin darme otra alternativa que obedecerlo—. En serio, no acepto un no por respuesta. —Me escudriñó con una ceja levantada.

—Supongo que en el sofá hay espacio para los dos —No podía creer lo que dije.

—Zorra —ese fue Joe, susurrando por lo bajo.

¡Maldito! ¿Cómo se atreve?

—¿Sabes qué, Joe? No creas que no te oí. Y, a mi parecer, creo que te sientes celoso porque voy a dormir con Donovan y no contigo.

—¡JA! —rezongó—. El mundo se acabaría antes de que Joseph Blade sienta celos, pequeña.

—¡Como sea! —hablé en voz alta, totalmente indignada.

Me arrellané en el sofá.

Donovan se acostó en la alfombra, a mis pies. Y se envolvió con sus sábanas como si de verdad tuviera mucho frío.

—¿Estás bien allí? —le murmuré al oído.

—Perfectamente —lo escuché contestar.

No pasó mucho tiempo hasta que me quedé dormida. En mi cabeza no había sueños, no había nada. Ni una ilusión, ni la más mínima imagen que me recordara algo de mi vida humana. Exclusivamente voces que me gritaban una y otra vez que era una asesina chupasangre. Debía hacerme a la idea o, de lo contrario, sería más doloroso.

Había perdido todo en una sola noche. Mi vida se me escapó de las manos en tan solo un segundo. Todo se había ido: mis viejos amigos, mi familia, mi casa, mis estudios... Nada me quedaba. Y la idea me destruía por dentro.

Si tan solo esa noche no hubiese salido a tomar aire... Si no le hubiese insistido a mis padres para ir a esa fiesta...

Debo aceptar lo que soy. Sonó el eco de mi voz, rebotando en las hipotéticas paredes de mi mente y secando mi corazón igual que una flor marchita.

Las voces de Donovan, Adolph y Joe interrumpieron mi ensoñación. También oía agudas conversaciones en las afueras de la casa, agua goteando desde el grifo de la bañera, un auto pasando por la avenida principal, la cacofonía de las mordidas de una persona mientras masticaba comida, las pisadas sobre la alfombra, la respiración regular de los vampiros y cada estridencia minúscula que se paseaba por el aire.

El sofá olía a Donovan y las sábanas a colonia de mujer. Además, el aire estaba impregnado de aroma a pancakes, con sirope de maple y mantequilla derretida, para ser exactos.

Mis ojos tardaron varios minutos en acostumbrarse a la luz. Aún era de día.

—Hola —Nina entró por la puerta principal.

—¿Qué tal el trabajo? —se interesó Donovan.

—Es bueno, aunque termina doliéndote la espalda después de hacer varias horas de maniquí viviente. Y la gente es... ya sabes, irritante. Tratan de hacerte reír, maldita sea.

—Te prepararé una deliciosa comida —me avisó Joe con gentileza al verme despierta.

Me extrañó escuchar su tono simpático.

¿Me preparó una deliciosa comida? Eso quería verlo.

Sobre la mesa había un plato de pancakes humeando. Y, algo normal... Un vaso de sangre para acompañarlo.

—No te dejes engañar, chica —objetó Nina—. A Joe se le quema el cereal. A juzgar por el aspecto de ese platillo, apostararía a que Donovan fue el responsable.

—Así es —concordó Adolph antes de beber de un vaso que traía en las manos.

Me puse de pie al tiempo que me enrollaba entre las sábanas. No quería que ellos se fijaran en mi sensual pijama.

—¿Dónde está Alan? —sentí curiosidad.

—Universidad —respondió Donovan—. Adolph y yo vamos de salida, camino al trabajo. Estaremos de vuelta antes del anoecer.

El apuesto vampiro se acercó a mí para despedirse. Luego de susurrarme un sensual “adiós” al oído, sus labios tocaron los míos levemente. Fue un beso casi inocente, apenas un ligero roce.

¡Por Dios! Ese chico no tenía derecho a hacer eso. Pero, era excesivamente encantador...

Por razones obvias, todo el mundo lo vio hacer eso.

Los ojos claros de Donovan se clavaron en los míos con cierta complicidad. Si no fuera porque todos seguían observándonos, habría saltado a besarlo de nuevo.

Adolph agarró las llaves, se colocó unos anteojos oscuros, un abrigo y esperó a que Donovan saliera tras él.

Solo quedábamos Nina, Joe y yo.

—¡Cariño, mi ropa es tu ropa! Elige lo que quieras —Nina abrió el armario, repleto de sus provocativas prendas.

—Ya me gustaría verla con otro de tus atuendos —canturreó Joe entre risitas.

Aún envuelta en las sábanas, fui hasta el gran armario. Examiné cuidadosamente sus costosos vestuarios sensuales. Yo solía vestirme femenina y provocativa, pero nunca tanto. Nina era más bien como un arma de seducción.

En uno de los rincones más alejados, encontré unos jeans negros, ajustados al cuerpo y a la cadera, con el área de las rodillas rasgada. Esos eran perfectos. Sin embargo, no había ninguna blusa sin escote. Elegí una que tenía una pronunciada abertura en el pecho y una cazadora que presentí que era de Donovan para ponérmela encima.

Me cambié rápidamente en el cuarto de baño y salí descalza.

—¡Oye! —Joe me inspeccionó con la mirada, de arriba abajo—. ¿Te di permiso de usar mi ropa?

¡La chaqueta, claro! Era de él.

—¡Oh! Pensé que era...

—¿De tu noviecito Donovan? —preguntó de forma acusadora, alzando la ceja.

—Sí, solo... ¡No es mi novio! —Comencé a quitarme su abrigo.

—No hace falta, puedes quedártela. Por hoy, supongo.

Fue un alivio que dijera eso, porque no quería mostrar aquel marcado escote.

—¡Gracias! —hablé entre dientes antes de sentarme en la mesa y darle un bocado al

pancake.

—Entonces, ¿tú y Donovan ya...? —interrogó Nina al tiempo que acortaba la distancia entre nosotras.

—¿Ya qué? —me defendí, ruborizándome.

—¡No te hagas la tonta! ¿Son algo? ¿Hicieron algo? Porque ese beso de anoche fue intenso. *Trágame tierra. ¡Qué vergonzoso!*

Aclaré mi garganta y me quedé muy calladita, haciendo tiempo mientras masticaba.

—¡Vamos! ¿A que sí pasó algo? —Nina golpeó mi hombro cariñosamente, como lo haría una amiga.

Forcé una sonrisa torcida.

—De hecho, no —contestó Joe, cambiando los canales de la TV con el control—. Él se acostó a dormir en el suelo y ella en el sofá. Bastante romántico, ¿no crees?

—Uhh. Donovan está por atacar, no te preocupes, mi querido amigo —le advirtió Nina de manera escandalosa y graciosa.

Fingí ahogarme con la comida para no tener que hablar. Pretendí estar tosiendo.

Joseph se giró en mi dirección.

—Si querías que te diera respiración boca a boca, no tenías que hacer una escena. Podías habérmelo pedido y ya.

Esta vez realmente me ahogué con mi propia saliva.

—¿Qué.. qué te...? —mi voz se entrecortó por la tos—. Hey, ¿qué pasa contigo? No todas quieren probar tus labios, querido.

—Ah, ¿no? —su tono fue de sincera sorpresa, como si honestamente pensara que nadie podía resistirse a sus encantos.

No es que no tuviera unos labios provocativos y un cuerpo mortalmente delicioso...

Incluso podría comérmelo como a un bocadillo, pero...

No, ¡qué diablos! Era un idiota.

O tal vez no me atrevía a confesarle cuán irresistible era.

—No, Joe, quizás no todas quieren contigo —se animó Nina a respaldarme.

En uno de esos momentos de eterno silencio, se me ocurrió preguntar cuál era el trabajo de Donovan y Adolph.

—Son detectives privados —me aclaró la chica—. Siempre se necesitan chicos como nosotros para que cubran los casos de personas que aparecen muertas por ataques de vampiros, ¿entiendes? Cuando un vampiro deja una víctima fallecida, Adolph y Donovan ocultan las pistas o implantan falsas, pretendiendo hacer una investigación para que nadie sospeche de nosotros. Luego se inventan que la víctima se ha suicidado o fue atacada por lobos. Lobos de Nueva York, por supuesto —ella se rio ante la idea.

—¿Y tú? —indagué sobre su trabajo—. ¿Siempre eres maniquí viviente?

—Para nada —negó la vampiriza—. Trabajo solo ocasionalmente, cuando quiero ganar algunos dólares. Soy modelo casual.

—Modelo de cartones de leche —se burló Joe. Nina lo fulminó con la mirada— ¡Oh, mira esto! —exclamó mientras tomaba en sus manos el diario de esa mañana, contemplando la página principal con interés—. ¡Qué guapa saliste en el diario!

—¿Quién, yo? —curioseó su amiga.

Él largó un resoplido.

—Tú no, tonta. Ella —me señaló con la barbilla.

¿Yo? ¡Mierda! ¿Por qué estaba en el diario?

—Angelique Moore, joven desaparecida de diecisiete años. Padres la buscan desesperados —leyó en voz alta Joe—. Interesante, ¿verdad? Ella no es modelo y aparece en primera plana. Qué gracioso. ¿No lo crees, Nina?

Ella puso los ojos en blanco.

—¡Joe, no sé tú, pero creo que esto nos meterá en problemas!

Cuando le arranqué de las manos aquel enorme papel gris, vi mi fotografía en blanco y negro en una pequeña esquina de la página.

—¿Por qué lo dices? —cuestionó el vampiro.

—Lo sabes —insistió ella—. La chica no podía desaparecer.

—Deja de decir tonterías —bufó. Su expresión pasó a ser seria por primera vez.

—¡Está bien, ignórame! Luego verás las consecuencias.

No entendía de qué estaban hablando. Solo sabía que mi corazón se había quebrado en pedazos al imaginarme a mis padres destrozados, buscándome como locos.

Cuando anocheció y todos habían regresado a casa, comenzaron a alistarse para salir. Se estaban vistiendo con prendas que les hacían ver tan provocativos como elegantes.

—No estarás pensando en ir a la fiesta más nombrada del año en esas fachas, ¿o sí? —me dijo Nina, sacando de su guardarropa un insinuante vestido.

Era alarmantemente corto, con un escote detrás que iba desde los hombros hasta la parte baja de la espalda. Era de color rosa opaco y de tela cómoda. Después de vestirme en el baño, me puse mis zapatos de tacón y unos aretes que hacían juego con el collar que Nina me entregó.

Perfume, peinado, labial, bolso de mano y estaba lista para salir, sintiéndome increíblemente atractiva; igual que una diosa. Lo cual no era demasiado bueno, porque cuando me sentía de esa manera, solía portarme mal. Algo como seducir chicos para rechazarlos luego. Eso siempre me divertía. Pero esta vez quizás me sentiría algo cohibida por la gran cantidad de piel que mi vestuario dejaba a la vista.

Una vez que terminé de cambiarme y arreglarme, primero me sentí glamorosa, luego avergonzada. Al verme aparecer, los chicos volvieron sus cabezas hacia mí, sin molestarse por disimularlo en lo más mínimo.

—¿La fiesta de alta sociedad en el Excelsior Hotel? —pregunté para desviar la atención—. He ido a muchas fiestas allí. ¿Para qué vamos?

—A darnos un banquete, preciosa —habló Joe con picardía, en un tono juvenil y travieso que lo hacía verse... muy, muy apuesto.

Así vestido podría confundirse con una estrella de cine. Su frase de chico guapo que terminaba con la palabra "preciosa" me hizo derretirme en un instante. Pero mantuve la compostura.

Donovan me rodeó la cintura con un brazo antes de acercarme peligrosamente a él.

Su mano descansaba sobre mi espalda desnuda y se sentía tan bien que no protesté ni puse ninguna resistencia a su tacto. Mi estómago revoloteó, inquieto. Sus labios rozaron mi mejilla de forma tierna. Fue un beso muy cerca de la boca, sugestivo. Un segundo más tarde, le di un empujoncito cariñoso en el pecho para avisarle que se alejara. Lo entendió perfectamente.

—Ya sabes las reglas —recordó Joe—. Romanticismo y esas cosas, se hacen fuera de casa.

—No quiero arruinarles la fiesta, pero es cierto —exclamó Adolph, sonriendo.

¿Acaso Alan y Nina sí tenían permitido romper las reglas? Quise preguntar. No obstante, si

Donovan no había protestado, tampoco lo haría yo.

De todas formas, lo de nosotros no era romanticismo. No era nada, simplemente un beso en la mejilla. Un beso inesperado, candente, cerca de los labios. Nada más que eso.

Siendo sincera, a Donovan también lo habría devorado como un succulento bocadillo. Pero nadie tenía por qué saberlo.

Salimos de casa en parejas. Nina tomada de la mano con Alan, al igual que Donovan conmigo. Adolph y Joe caminaban adelante, uno junto al otro con cierta molestia.

Igual que otras veces, la calle de los vampiros se encontraba repleta de fiesta, alcohol y desenfreno.

A escasas cuerdas del hotel, la noche parecía más iluminada que de costumbre. Desde la distancia, mi agudizado sentido del oído atendía al sonido en vivo de violines que provenía del interior del lugar. Escuchaba también, por debajo de la música, conversaciones animadas, el cristal de las copas colisionando cuando brindaban y cada risotada que largaban esas acaudaladas personas.

Al caminar junto Donovan me sentía extraña. No sabía qué pensar. ¿Qué pretendía este chico? ¿Cuáles eran sus intenciones?

Él avanzaba con mi mano dentro de la suya cuando, de pronto, la soltó para rodearme el cuerpo con su brazo entero mientras deslizaba sus labios desde mi oreja hasta mi cuello, acariciándome con ellos. Casi como besándome, pero un poco distinto. Respiraba en la piel de mi garganta, provocándome leves escalofríos. Hasta que esas caricias se convirtieron en besos y mordisquitos inofensivos... placenteros.

—Esta noche luces hermosa —susurró en mi oído.

No pretendía seguir alentando sus juegos.

—Entonces, ¿tú y yo...? —me costó acabar la frase—. Somos... es decir... ¿Qué somos?

Oh, no. ¿Acababa de convertirme en la pesada que pregunta "qué somos" luego de veinticuatro horas de conocer al sujeto?

Donovan dejó de besarme y siguió caminando. Se mantuvo callado durante extensos segundos. El silencio se hizo tan largo que pensé que no respondería.

—Pensé que solo era... Ya sabes, somos amigos —finalmente aclaró.

Caí en la realidad de golpe, como si me hubieran despertado de un sueño con una jarra de agua fría. Honestamente, había esperado más de él.

—Entiendo —acepté, soltando su mano y apartándolo de mí. No me gustaba la idea de ser... ¿Amigos con derechos? Jamás lo había hecho anteriormente y no iba a empezar ahora, ¿o sí?—. Amigos, comprendo. Solo juegos. Un beso por aquí, otro por allá, no significa nada.

Donovan se arrepintió enseguida de haber dicho eso, porque:

—¡Oh! —aclamó—. De verdad lo siento. No sabía que para ti esto significaba algo. Yo... perdón. Si quieres, puedo dejar de hacerlo. Es solo que...

¿A qué quería llegar? Me pregunté con sincero interés.

—No pasa nada. Déjalo así —intercambié una mirada con él—. ¿Al menos podrías controlar tus labios un poco?

—Me gustas —confesó—. Me gustas mucho, si es eso lo que quieres saber. No te estoy usando.

Sí, eso era exactamente lo que quería escuchar.

¡Vamos, no quería un casamiento, llevaba un día conociéndolo!

Lo único que quería era que me dijera que estaba intentando dar el primer paso. Que no era

un juego, que realmente le gustaba y que estaba dispuesto a llegar a conocerme mejor. Simple. A mí nunca me había gustado perder el tiempo.

Hice que se detuviera por un instante para besarlo en los labios. Lo hice con cautela y pasión. Ese chico tenía muy buen sabor. Sonrió de forma cautivadora antes de continuar andando.

En la recepción del hotel, Joe y Adolph se adelantaron para hablar con la encargada en el mostrador.

—Déjenme adivinar... —expresó la "ocupada" mujer al mismo tiempo que conversaba por teléfono y pintaba sus uñas en un color rojo fuerte—. Tres habitaciones para... ¿tres parejas? —alzó una de sus delgadas cejas rapadas.

Joe soltó una risita tonta y nerviosa.

—No, no soy gay, señorita —la corrigió—. Vinimos porque tenemos reservaciones para la presentación en sociedad de la hija del Sr. Alexander Ó Connor. De hecho, puedes llamarme después de que acabe la velada, estaré disponible para ti.

Le quitó el bolígrafo de las manos y anotó lo que parecía ser su número de teléfono. Los dos intercambiaron una astuta miradilla.

La mujer preguntó nuestros nombres antes de dejarnos entrar al salón donde se estaba llevando a cabo la celebración.

Todo era muy... aristocrático.

Extrañamente, mi sed estaba bajo control. Todavía pensaba en saltar encima de todas esas personas y beberme hasta la última gota de su sangre, la diferencia era que esta vez no lo hacía. Merecía créditos por ello.

—¿Te sientes bien? ¿Controlada? —me interrogó Adolph cuando pensó que estaba comenzando a vacilar.

Asentí con la cabeza. Tenía miedo de abrir la boca para hablar y que ese aroma entrara en mi organismo, volviéndose demasiado irresistible.

—Mira y aprende —intervino Joseph—. Espérenme en el aparcamiento, le voy a enseñar a la chiquilla cómo se hace esto.

Nos marchamos de forma discreta al estacionamiento del hotel y aguardamos reclinados contra el capó de un vehículo durante minutos. Finalmente, vi aparecer a Joe, acompañado de una chica que se aferraba a su cuello. Ella besaba apasionadamente hasta la última parte de su cuerpo, mientras que él respondía toqueteándola.

Desde la distancia, noté que conducía a la dama hacia un rincón oscuro. Entrecerré los ojos con repugnancia al ver que Joe instalaba sus manos en las nalgas de la mujer al tiempo que descendía con besos hasta sus senos. Y, como es obvio, la hacía retorcerse de placer.

—¿De verdad quieren hacerme ver esto? —me quejé.

—Es seducción —explicó Nina—. La mejor arma de nosotros los chupasangres. Los tontos humanos se sienten inexplicablemente atraídos por nuestra belleza y caen envueltos en esa trampa —la escuché hablar al tiempo que mis ojos seguían a Joe, quien se encontraba haciendo un trabajo profesional de "seducción". Luego, cuando se entregan a nosotros, aprovechamos para utilizar el arma mortal... ¡Saz! Mordemos directo a su cuello.

Y en el mismo instante en que ella lo dijo, Joe mordió la garganta de la mujer. Esta gritó adolorida, aunque nadie iba a escucharla. La música se oía por encima de su voz. Y lo más probable era que si alguien la escuchaba, especulara que se estaba divirtiendo. Aquella dama de

peinado abultado y largo vestido negro, convulsionaba de angustia entre los fuertes brazos del vampiro. Minutos y minutos de agonía pura. Yo también había vivido lo mismo no mucho antes.

Somos del bando de los malos. Pensé al mismo tiempo que innumerables incógnitas cruzaban por mi confusa mente. Para mi asombro, ser de los malos cada vez me parecía más excitante. Es decir, ¿quién no ha deseado andar con una banda de sexys vampiros inmortales, apuestos y jóvenes, que se la pasaban mordiendo cuellos por ahí y seduciendo humanos?

No sabía por qué, pero cada segundo que pasaba, la idea me agradaba más. Cada vez me sentía más como una de ellos. Estaba absolutamente dispuesta a vivir de esa forma. Podía despilfarrar mi vida haciendo cualquier cosa y luego cambiar de parecer las veces que quisiera, porque tenía todo el tiempo del mundo por delante.

Podía asistir cada noche a cada fiesta y experimentar la movida nocturna como ellos lo hacían. Podía ser cualquier persona que deseara ser. Tal vez incluso podía volverme alocada y bailar con vampiros guapos en nightclubs cuando me apeteciera. Sonaba como un auténtico incentivo...

Asimismo, estaba sola en el mundo con un grupo de "adolescentes". ¿Qué joven no ha deseado alguna vez que sus padres se esfumaran al menos un día? Muchos en algún momento lo hicieron. El mundo era mío y el tiempo era lo que me sobraba. Algo tan significativo como el tiempo, ahora valía lo mismo que la vida de un insecto.

La mujer del vestido negro falleció desangrada. Su cadáver estaba pálido, inmóvil, y en su cuello se podían distinguir los vestigios de la sangre.

Joe, tras asegurarse de que su víctima estaba inconsciente, introdujo las manos en el escote de la mujer. Más concretamente, entre sus senos, sustrayendo de ese lugar unos cuantos billetes enrollados.

—¿También robamos? —cuestioné, horrorizada.

—¿Robamos? —repitió Donovan, extrañado—. Ellos están muertos, no necesitan dinero.

—¿Lo viste? —me susurró Alan—. Ahora te toca a ti. Nos divertiremos un rato y acabaremos con la fiesta antes del amanecer. Será divertido.

—¡Oh, sí! —exclamó Nina con emoción—. Vamos por esas copas de vino.

—Solo ten cuidado de no morder en público —me advirtió Adolph.

Mientras Joseph se encargaba del cadáver, volvimos al interior del gran salón de festejo. La decoración era elegante, las copas que ofrecían tenían licores caros. Había una banda de violinistas y jóvenes apuestos coqueteando con chicas. Además, se percibía un aroma a flores y sangre humana flotando en el aire, el cual activó mis instintos como los de un salvaje animal carnívoro.

Necesitaba algo que apaciguara mi sed, algo que me hiciera apagar el sonido sugestivo de los latidos débiles de un frágil mortal.

—Toma —Donovan acercó una copa de vino a mis labios, haciéndome beber de ella—. Te ayudará a olvidarte de la sangre por un rato.

Y era cierto, funcionaba para distraer mis sentidos. Lo único que degustaba mi lengua era ese semiamargo vino. Nada más podía oler el alcohol en el interior de la copa de cristal. Eso fue relajante.

—Ahora ve a ligarte a unos cuantos muchachos para asegurar nuestro banquete, chica —intentó convencerme Nina—. Será mejor que te apresures, antes de que te deje sin candidatos. Por cierto, el rubio alto con la camisa azul es mío.

Ella se marchó, transitando sensualmente hacia aquel joven en el que había puesto su

atención. Alan se encogió de hombros, apretando la mandíbula.

—¡Maldita sea, nunca va a dejar de molestarme que haga eso! —se quejó, contemplando cómo su novia coqueteaba con otro.

—¿Por qué no lo intentas tú? —me insistió Adolph.

—Yo... Sí, lo haré, pero debo tomarme unos cuantos tragos primero —acerqué la copa que Donovan tenía en sus manos a mi boca y bebí un poco más.

En pocas horas, la distinguida gente de la fiesta estaba siendo poseída por los hechizos de mi grupo de vampiros. Hasta las damas más solemnes se arrastraban detrás de cualquiera de nuestros chicos. Ellos invitaban a bailar a cada joven del lugar mientras que Nina arrasaba con todos los hombres. Era una profesional del coqueteo, con licenciatura en seducción y maestría en sensualidad. Envidiable.

Lo mejor de todo era que yo también sabía cómo jugar ese juego. En mi antigua escuela, utilizaba mis tácticas para atrapar a los hombres más codiciados. Sabía exactamente cómo hacerlos caer rendidos a mis pies, sobre sus rodillas...

—¿Bailamos? —me pidió Donovan al tiempo que me tomaba de la cintura y me transportaba a la pista.

La música era lenta. Él sujetaba con una mano la copa y con la otra mi columna desnuda. Sus dedos se sentían fríos sobre mi piel. Me deleité con su aroma, con la suavidad de su tacto y los movimientos de su cadera al bailar. A pesar de que su cuerpo era gélido, provocaba que el mío se encendiera. Hacía mucho tiempo que un chico no me hacía sentir tan bien. A su lado me sentía segura, protegida, acalorada, nerviosa y pequeña. Y yo le gustaba, no podía pedir más.

Una vez más, presionó sus labios contra mi cuello. Su respiración me tentaba, su aliento se resbalaba a través de mi piel.

Luego de esa canción, regresamos a la mesa. Cada uno de mis compañeros ahora estaba con su pareja humana o, mejor dicho, su cena. Tanto Adolph como Alan tenían bonitas mujeres acompañándolos. Nina charlaba de forma entusiasta con el chico alto de la camisa azul. Joe se unió más tarde, solo y borracho, con marcas de labial en el cuello de la camisa. Tenía los labios hinchados y enrojecidos.

—¿Qué tal? ¿Se divierten? —comentó, sentándose junto a nosotros.

Adolph besó a su chica mientras que Alan observaba a Nina con atención. Donovan puso una mano sobre mi rodilla.

—¡Joe! ¡Mírate! ¿Puedes, por favor, dejar de beber? —se quejó Nina.

Cogí un cóctel de la bandeja que sostenía uno de los camareros. Bebí un poco. Era de piña, sabía delicioso.

Por instantes, mi mente se alejaba y mi punzante hambre me dominaba. Esos chicos mortales estaban tan cerca... Eran tan jugosos, tan comestibles.

Debo controlarme en público. Me amonesté.

Terminé de beber el cóctel de un sorbo. El ardiente líquido hizo que sintiera dolor de cabeza. Requería más alcohol, de lo contrario, lo próximo que bebería sería la sangre caliente de nuestros invitados humanos. Pedí otra copa y engullí en contenido como si fuera agua.

—¿No crees que estás bebiendo demasiado? —musitó Donovan.

—Quizás —reconocí—. Pero... tú entiendes.

Asintió. Sabía que lo hacía para someter mis impulsos.

—Bailemos, linda —dijo Joe.

¿Me lo dijo a mí?

Se levantó, rodeó la mesa caminando y extendió su mano.

Intercambié una discreta mirada con Donovan antes de ponerme de pie para ir con el vampiro a la pista. Cuando sonó un vals, deduje que no era la música preferida de Joe, porque hizo un mohín de disgusto. Sin embargo, no le dio importancia.

Las luces descendieron y aunque el salón parecía poco iluminado, estaba segura de que en realidad lucía mucho más oscuro de lo que podía darme cuenta. Mi nueva visión desarrollada podía atravesar el velo de la espesa oscuridad.

Me estremecí con un escalofrío tan pronto como las firmes manos de Joe se desplazaron hacia la parte baja de mi espalda.

Me abrazó con tanto ímpetu que me inmovilizó. Aplastó mi pecho contra sus costillas al mismo tiempo que usaba sus dedos para acariciar mi espina dorsal.

—Joe, por favor —manifesté antes de empujarlo con mi ineficaz fuerza. Su cuerpo no se movió ni un milímetro—. No me dejas respirar.



CAPÍTULO 4: MUÉRDEME

—¡Ah, lo siento! —se disculpó Joseph, cogiéndome de la mano para hacerme girar en un paso de baile.

Por un instante perdí estabilidad, balanceándome sobre mis tacones.

Él me atrapó en el momento correcto, largando una risa atractiva. Del mismo modo, me reí. En ese lugar, esa situación y ese momento, mis destrezas para la danza se habían desvanecido. Parecía poseer dos pies izquierdos. Algo curioso, considerando que siempre fui una óptima bailarina con un elevado sentido del equilibrio.

Sin embargo, no pude evitar pisotear con las puntas de mis pies los lustrados zapatos negros de Joe. Si bien él también me tropezó un par de veces, viniendo de su parte tenía más sentido, dado que estaba tambaleándose de la borrachera.

Bailamos hasta que la tonada terminó. Ese era el Joe agradable que no conocía, el que posiblemente solo salía a la luz en estado de ebriedad. Inclusive me hizo desternillarme de risa con algunas cosquillas luego de que nos distanciamos al finalizar nuestro baile. Por alguna razón inexistente, los dos nos reíamos como idiotas mientras volvíamos a la mesa.

—¡Qué divertida es esta fiesta! —vociferé al oído de Donovan, cerciorándome de que escuchara por encima de la música alta. Me apoderé de su bebida. Era una copa de algún licor de color escarlata brillante. Ni siquiera reconocía lo que estaba catando, solo sabía que era alcohol y no sangre—. ¡Oh, Donovan, qué guapo eres! —me recliné en su hombro.

Él se reía.

¡Oh, cielos! Yo también estaba ebria.

Tan ebria que hasta yo misma lo sabía. Me pregunté cuántos se habrían estado riendo de mí. Me ruboricé.

—Pero, Joe, tú eres mucho más sexy —persistí, dejando escapar palabras que más tarde no recordaría.

—Lo sé, preciosa. Tú igualmente eres brutalmente sensual. Una diosa —admitió un

distraído Joe. Lo escuché con dificultad.

La sonrisa de Donovan se desdibujó, sus labios formaron una línea recta. Cuando quise beber otra vez de su copa, me lo impidió.

—Deja de tomar.

—Vamos, cariño. Dame un poco.

Negó con la cabeza.

—Está bien, adiós —le dije después de levantarme de la silla.

Mis ojos se posaron sobre un chico humano tan guapo como Tom Welling o como el dios de Jensen Ackles. ¡Ese era mío! Totalmente mío. Sería mi cena esa noche.

La velada, desde mi punto de vista, marchaba fenomenal. Siempre se me había antojado emborracharme para hacer cosas disparatadas, teniendo la perfecta excusa de que andaba pasada de tragos. Era una noche ideal para hacer locuras.

Fui directamente hacia el bombón mortal que se encontraba reclinado sobre la barra del bar. El joven no me perdió de vista mientras avanzaba en su dirección.

—¿Qué hace un tipo como tú aquí solito?

¡Oh! ¡Qué pervertida sonaba citando a Joe!

—Buscando chicas como tú, supongo.

—¿Qué me dices? ¿Bailas? —le pregunté al tiempo que enganchaba los dedos en las solapas de su abrigo.

—¿Bailar? Mejor vamos a mi habitación, nena.

Me congelé ante su oferta. Tuve miedo hasta que recordé que era él quien debía temer.

El plan “seducir y luego cenar” estaba desarrollándose tal como Joe me había enseñado.

Cuando entré con ese individuo al ascensor para ir a su suite, comenzó a besar mi cuello y a tocar mis muslos. Apreté los dientes al sentirlo cerca. Abrí la boca. No conseguí reprimir esa mordida, clavé mis colmillos con excesiva fuerza en su tierna carne. Su cuerpo se desplomó en el suelo. Me situé encima del muchacho desmayado para seguir consumiendo toda su sangre. Respiré agitada después de percatarme de que su corazón había dejado de latir. No obstante, todavía quedaba más sangre. Y más sed.

Absorbí una vida más para la lista.

Las puertas del elevador se abrieron. Del otro lado estaba Joe. Me vio a mí y luego al cadáver.

—Por lo que veo, has estado portándote mal —profirió.

—Un poco. —Salí del reducido espacio, abandonando a mis espaldas al fallecido.

—Angelique —me dijo Joe—. Ven aquí.

Me aproximé al vampiro, sintiéndome mareada a cada paso que daba. Descansé mis manos en su pecho antes de que él las cubriera con las suyas. El pasillo se encontraba vacío. Era un elegante corredor bien iluminado.

—Estamos solos —murmuró en voz baja.

—Podemos jugar un rato.

¿Cómo pude haber dicho eso?

No volveré a embriagarme. Me prometí.

—Eso me gusta —su tono era seductor, su sonrisa pícara y con cierta depravación traviesa.

Dos solitarios jóvenes en un hotel que habían bebido algunas copas de más y que podían hacer cualquier cosa.

De un instante a otro, pasé a estar acorralada entre su cuerpo y la pared empapelada, sus

brazos encerrándome.

Oh, ¡qué ardientes ojos, qué perfecta sonrisa, qué apetecibles labios!

¡Era como un tentador pecado!

Durante esos maravillosos minutos de proximidad y locura, lo único que circulaba por mi mente era él.

Hasta que la culpa comenzó a deslizarse en medio de mis deseos y recordé a mis padres. Si me hubieran visto así, probablemente me habrían castigado por el resto de mi existencia.

Sin tocarme, ni siquiera rozarme, Joe se había aproximado hasta el punto de que me robaba el aliento cuando respiraba. Necesitaba, con desesperación ansiosa, sentir su cuerpo contra el mío. Ese omnipotente cuerpo que estaba tan cerca, pero que no me tocaba. Nada más me abrazaba con el candente fervor que emanaba.

Mis alcoholizados sentidos querían que el vampiro frente a mí me acariciara. Me urgía con vehemencia que lo hiciera. Si hubiese estado sobria, jamás habría aprobado tal comportamiento. Habría ordenado a Joe sacar su trasero de mi camino. Claro que, en esa ocasión en particular, con las copas subidas a la cabeza, temía de lo que yo misma pudiera hacer.

Esa sacudida de cosquilleos en el interior de mi vientre se intensificó cuando sus manos, determinadas a tocarme, recorrieron mi espalda y, con fiereza, me aprisionaron contra él.

Cada parte de mí experimentó el vivo hormigueo causado por el tacto de su piel; y por la tentación que me quemaba al sentir su peso sobre mí o cada músculo tenso y rígido golpeando mi cuerpo con denuedo inhumano.

Él sabía perfectamente cómo hacer las cosas. Sabía cómo llevar a una persona al límite del placer en una situación tan ridículamente ardiente.

Sin poder oponer resistencia a mis invasores deseos, toqué su pecho con una intemperancia que nunca había sido propia de mí. Jamás había sido tan capaz de actuar de manera tan insinuante.

Advertí cómo Joe también se estremecía con cada fricción de nuestra piel. Me acarició una pierna, tratando delicadamente de llegar hasta la parte trasera de mi rodilla y alzar mi muslo, el cual situó alrededor de sus caderas.

Entretanto, acomodó su nariz cerca de mi clavícula mientras respiraba sobre mi piel. Dentro de mí crecían unas intensas ansias que solo habría sentido estando en tal estado de embriaguez.

Un afilado dolor me traspasó, recorriendo mi espalda como una descarga eléctrica. Era el dolor más placentero que podría existir. Provenía de mi cuello. Se debía a que el vampiro acababa de hundir sus dientes en mi garganta.

Aunque sentí el mordisco hasta en lo más profundo de mi ser, el potente dolor no me hizo gritar, sino gemir de puro goce. Pleno y vivo júbilo me consumía desde mis adentros.

Él bebía mi sangre por segunda vez, salvo que ahora era sangre de vampiro. Aunque todavía no tenía clara la diferencia.

La destemplanza en mi cuerpo aumentó, convirtiéndose en un alarmante frenesí. Categóricamente, había algo sexual en aquella mordedura. Despertaba dentro de mí ardor, dolor, el más indómito placer... Sentí nuestros latidos al unísono y el fuego de mi sangre fluyendo desde mi cuello hasta su boca.

Por puro instinto, mis colmillos crecieron, ávidos e impacientes. Había algo que mi cuerpo anhelaba aún más que sentir sus dientes atravesándome la piel y sus labios pegados a mi cuello mientras se ayudaba con la lengua para tragarse mi sangre.

Apreté las manos en sus hombros, sin voluntad alguna para negarme a su desenfreno.

Delirantes impulsos me hacían empujarlo con fuerza, pero él no respondía a mis arrebatos. En cambio, permanecía en la misma posición, profundizando la mordida. Mis dedos se clavaron en su piel. Le rodeé el cuello con un brazo antes de enterrar mis uñas en la parte alta de su espalda, dibujando líneas sobre sus músculos al tiempo que estos se contraían.

No podía hacer otra cosa que liberar grititos ahogados. Quería más y más. Rodeé su pierna con la mía, igual que una serpiente enrollándose en las ramas de un soto. Sus dedos retozaban con mi vestido, como si vacilara en... ¿quitarme la ropa? Deslizó a través de mis hombros los tirantes que sostenían la prenda mientras jugueteaba con el broche de mi sujetador. Un torbellino de sensaciones se acumuló en mi vientre, como si la pasión se desbordara de mi cuerpo.

Abrí los ojos después de haberlos tenido cerrados durante varios minutos de agonía satisfactoria. Y visualicé la vena sobresaliente de su cuello, la cual pulsaba debajo de aquella capa de piel.

¿Qué clase de enferma deseaba tanto hincar los dientes en algún cuello?

Sospeché que cualquier vampiro, claro, sin contemplar las posibilidades de que esas cosas existieran.

Vamos a ver... Si consideraba el hecho de que yo era una de ellos, era bastante probable que existieran los chupasangres. Sin embargo, también estaba la teoría de que estuviera loca. O tal vez había estado soñando todo ese tiempo. O quizás mis secuestradores hacían un excelente trabajo haciéndome creer que todo era real.

Un primitivo instinto me hizo reaccionar de una forma que ni siquiera vi venir. Algo tan rápido como la luz, tan repentino como la más salvaje necesidad, me asaltó. De repente, me encontraba envuelta en su sangre.

En menos de medio segundo, había hundido los dientes en su garganta. Cuando le perforé la piel con mis famélicos colmillos... ¡Oh! Fue todavía más excitante. Joe dejó escapar un gemido gutural tan pronto lo sintió. No se lo había esperado.

¿Cómo es que me había privado antes de hacer esto?

Probar su sangre fue algo tan íntimo, tan privado, tan dulce y tan tóxico que debía haber algo prohibido en estar haciéndolo en ese preciso momento. Cada magnífica, deliciosa gota, me causaba placer con su sabor. El exquisito sabor de Joe. Nada podría ser más succulento.

Su sangre estaba ardiendo, quemaba como ácido en mis adentros. Me proporcionaba una dosis adictiva de satisfacción incontrolable. Y era mucho más que eso. Era como si con cada gota que mi lengua saboreaba estuviera revelándome sus intimidades y secretos más recónditos. Como si estuviéramos ambos desnudos, conociendo los rincones ocultos de nuestro cuerpo y descubriendo las sinuosas curvas por primera vez. Mientras más sangre ingresaba en mi organismo, más estimulada me sentía.

En mis oídos resonaban sus gruñidos, los cuales me hacían sentir tan salvaje, desbocada e impaciente... ¡Por los cielos! Necesitaba todavía más, mi cuerpo lo reclamaba a gritos.

Aún con sus dientes en mi cuello, Joe recorría mi figura con sus manos. Pasaba los dedos por los laterales de mi cuerpo y me oprimía más contra sí mismo. Toqué sus brazos, palpando sus músculos con ferocidad y deseo palpitante al tiempo que enterraba las puntas de mis dedos en ellos.

Más tarde, conseguí meter mis manos en el interior de su chaleco. Estaba perdida, inconscientemente absorta en el mágico y placentero mundo de Joe. Comencé a tirar de su camisa, sacándola de su pantalón para así poder introducir mis dedos bajo la tela y tocar su abdomen desnudo.

La piel debajo de su ropa estaba caliente. Sus abdominales se sentían sólidos. Se estremeció debido al contacto al mismo tiempo que me tocaba en lugares casi prohibidos. Por ejemplo, mis muslos, cintura, el costado de mis pechos, el largo de mi espalda y mis caderas.

Jadeé cuando desenterró los dientes de mi nuca, como si me doliera más que hubiera dejado de mordirme. De inmediato, pasó su lengua por encima de las incisiones hechas por los colmillos, relamiendo las últimas gotas de sangre que brotaban de las hendiduras. Me siguió lamiendo repetidas veces el cuello.

Sentí escalofríos al percibir el roce de su lengua deslizándose por mi garganta. Hasta que también dejé de mordarlo. Como su sangre seguía corriendo, me vi obligada a lamer su cuello.

No pretendíamos manchar nuestra indumentaria con sangre, ¿verdad?

Él terminó de bajar los tirantes que mantenían el vestido sobre mis hombros, pero yo... necesitaba sus labios. Que me besara, que me tentara con ellos, que mi boca saboreara la suya. No obstante, Joe parecía más preocupado por deshacerse de mi ropa.

Si tan solo hubiese tenido sus labios en el momento que los deseé...

Si tan solo se hubiese mostrado interesado en probarme...

Si en ese instante hubiese buscado mi boca con la suya...

Me habría dejado llevar por el éxtasis y por mi estado de ebriedad.

Pero no. Él no mostró el más mínimo interés por besarme, haciéndome sentir como una cualquiera.

Recobrando el poco pudor y dignidad que me quedaba, contuve un gemido. Hice un esfuerzo descomunal para no sucumbir a sus caricias.

—Joe —balbucí, con una voz que apenas brotó de mis labios—. Joe, detente. Estamos borrachos. No estamos pensando con claridad, podría pasar cualquier cosa.

Agarré sus brazos, intentando frenar sus maniobras y recuperar la cordura. Por un momento se resistió a detenerse. Insistía, manoseando mi cuerpo hasta que notó el empujón que le di. Pese a que apenas logré alejarlo unos pocos centímetros, conseguí que parara. Lo aparté de encima.

—Tienes razón —murmuró—. Maldita sea, no puedo con mi alma. Estoy demasiado borracho.

Suspiró. Casi sentí que era un suspiro de decepción.

Por mi parte, también exhalé lentamente, pero de alivio.

Gracias a Dios había logrado mantenerme lejos de sus caricias, de sus mordiscos, de su piel, de su calor, de su cuerpo, de su belleza, de su perfección, de sus labios, de...

Está bien, no debo seguir pensando en ello.

La cabeza me empezó a doler con intensidad. El mareo se agudizó mientras escuchaba gritos provenientes del piso de abajo. Gritos desde el lugar donde se celebraba la fiesta de alta sociedad, alaridos de gente aterrada.

¡Oh, no! Pensé. El hombre muerto en el ascensor. Debían haberlo visto.

Hasta ese momento llegaban mis recuerdos de esa noche. Luego de eso, no supe qué pasó.

Efectos del alcohol, supuse.

Me desperté en una cama de la guarida de vampiros. Podía oler que Donovan y Nina se encontraban en la cercanía. También olfateé la sangre que seguramente acababan de beber para el desayuno.

Era la cama de Joe. Lo sabía porque su aroma impregnaba las sábanas. Olía tan masculino, tan sensual... Olía a él más que a otra cosa.

Abrí mis párpados con cautela, sabiendo que la luz me disgustaría. La primera mirada fue borrosa, pero luego de parpadear, mi visión se aclaró, dejando entrar los colores y luces.

¡Sorpresa! Joseph se hallaba acostado a mi lado.

Estaba despierto, lo supe por el movimiento agitado de su pecho. Ambos nos arropábamos con la misma manta. Era de día y él aún llevaba la misma ropa de la noche anterior, justo como yo se la había dejado. Con la camisa por fuera del pantalón y la corbata resistiendo a desanudarse. No alcancé a ver más que sus labios y su barbilla recientemente rasurada, porque se estaba cubriendo más de la mitad del rostro con un almohadón.

Se encontraba cerca de mí, muy cerca. Vi cómo se humedeció los labios con la lengua. Fue un movimiento tentador e incitante.

—Dime que no pasó —articuló, tendido de costado.

¿Que no pasó qué?

Un segundo más tarde, reparé en el significado de sus palabras.

Disimuladamente, inspeccioné debajo de las sábanas, tratando de hallar algo anormal en el contexto. Ambos vestíamos lo mismo que durante la noche. Salvo que yo estaba descalza, mientras que él seguía con los zapatos puestos.

De modo que supuse que la respuesta era negativa.

No me acosté con él.

Bueno, me acosté *junto* a él, no *con* él.

Habíamos dormido uno junto al otro, solo eso. No había pasado nada entre los dos, ¿o sí?

Aun así, no me arriesgué a responder. No estaba tan segura.

De pronto, mi dolor de cabeza se volvió intolerable.

En serio, jamás volveré a emborracharme, me reprendí en la mente.

El cuello de Joe tenía encima una tira de algodón pegada con cinta adhesiva quirúrgica. Asustada, me llevé las manos a la nuca y toqué el pequeño recuadro de gasa que cubría la herida que sus colmillos me habían dejado.

Cuando retiró la almohada de su cara, su rostro lucía cansado y, a juzgar por sus párpados hinchados, deduje que acababa de despertar. Su cabello negro estaba desarreglado y greñudo. Me dirigió una sonrisita exhausta.

—¿Tú recuerdas algo? —preguntó, sosteniendo su sonrisa.

Antes de responder, medité por un segundo.

Sí, recordaba algo.

Recordaba el mordisco, la sangre, el momento íntimo que pasamos enloquecidos por los efectos del alcohol. Luego los gritos y... nada más. Mi mente se quedaba en blanco después de ahí.

¡Yuk! ¿Cómo pude llegar a... compartir sangre con Joe?

Maldito alcohol. Gracias a ello, había sido mordida por ese hombre una vez más.

Particularmente, me preguntaba...

¿Hasta qué punto recordaba Joseph lo que sucedió? Porque, a juzgar por su tono de voz, me daba la impresión de que escasamente sabía su nombre.

—Parece que anoche los dos quisieron divertirse —intervino Nina al tiempo que caminaba hacia nosotros.

Joe y yo nos sentamos sobre el colchón. Él se puso una mano en la cara antes de deslizarla hacia su cabeza, entrelazando los dedos en su cabello revuelto.

—Recuérdame no beber tanto la próxima vez —dijo, todavía esbozando una sonrisita.

—Lo haré —respondió ella.

—¡Ouch! —protestó el vampiro, tocándose el cuello como si le doliera—. Sí que sabes morder fuerte. —Me miró con malicia.

—Eres un irresponsable, Joe —Donovan por fin habló. Su mirada desprendía furia.

—¿Estamos en problemas? —cuestionó el acusado.

—Puede que sí —agregó Nina—. Digamos que no éramos los únicos vampiros en la fiesta.

—Fue un caos cuando vieron el cadáver de Noel Ó Connor en el elevador —espetó Donovan—. Había otros como nosotros en el lugar. Ellos sospechan que hay un nuevo vampiro.

—Si nos encuentran los vampiros mayores, le cortarán la cabeza al vampiro nuevo y al responsable de haberlo creado —informó Nina.

Adiviné que cuando decía "vampiro nuevo", se refería a mí. Y cuando hablaba de "el responsable de haberlo creado", se refería a Joe.

—¿Por qué? —cuestioné—. ¿Por qué quieren cortarnos la cabeza?

—Porque Joe, como siempre, es un imprudente —se quejó Donovan con cierta alteración—. Debiste deshacerte del cadáver, maldito idiota.

Joseph se levantó de la cama.

—Ella era la responsable de su comida, no yo.

—Ella no sabía lo que había que hacer y estaba ebria —me defendió—. En lugar de hacer lo que te correspondía, estabas más preocupado por hincarle el diente a Angelique.

—¿Quieren colgarnos porque maté a ese Noel? —interrogué, confundida.

—No —expuso Donovan con severidad—. No puedes crear a un vampiro nuevo si no tienes la autorización de un vampiro mayor. Es decir, de un Zephyr. Está prohibido. Los matarán a los dos porque Joe te ha convertido. Y ellos lo han descubierto.

—Entonces, ¿por qué lo hicieron? —protesté—. ¿Por qué me convirtieron en un vampiro si estaba prohibido? O, ¿por qué simplemente no pidieron aprobación para hacerlo?

—No fuimos nosotros, fue Joe —reveló Nina mientras andaba de aquí para allá, con la típica gracia de una bailarina de ballet.

—Joseph solicitó una autorización para hacerte como nosotros —explicó Donovan—. Pero los Zephyrs se la negaron. De todas formas, siguió adelante con su plan. Por tal motivo, somos los principales sospechosos. Saben que hace poco iniciamos la petición de un permiso. —Hizo una pausa para observarme con austeridad—. Si ellos te ven, todos seremos castigados. Somos un grupo, como una familia. Cuando se desobedecen las reglas, se castiga a todos sus integrantes. Los de nuestro tipo andamos en pandillas o manadas, para mayor protección; y para hacer más fácil la tarea de cumplir con el código de los vampiros. Un vampiro solitario es algo muy peligroso. Y un vampiro nuevo también.

—Como siempre, es tu culpa —le reclamé a Joe—. Me hiciste un monstruo, me alejaste de mi vida y de mi familia... ¿Todo para que un grupo de poderosos vampiros arranquen mi cabeza y acaben con mi corta segunda vida? ¿Qué querías de mí? ¿Acaso no podías cumplir las reglas y dejarme siendo una chica normal que se graduaría, trabajaría, se casaría, tendría hijos, envejecería y moriría más tarde como el resto de los mortales?

Era claro que me había sobresaltado. Toda esa situación era una mierda. Había matado gente, me habían alejado de mi perfecta vida y me habían arrebatado a mi familia. Me estaba convirtiendo en otra persona. Alguien que yo misma no podía reconocer en el espejo.

—Basura —insulté a Joe, quien se quedó paralizado ante mi tono serio y colérico. Esta vez se lo decía de la forma más sincera, con verdadera ira dentro de mí—. ¡Eres una basura!

Me puse de pie para dejar la cama. Contemplé mi aspecto, sintiéndome desnuda. No podía dejar de pensar en lo mucho que mis padres se habrían espantado al verme así.

Por un instante me pareció haber lastimado a Joe con mis palabras. Algo en su expresión parecía haber cambiado. Un atisbo de tristeza se asomaba en sus ojos.

Supé deshacerme de la lástima tan rápido como llegó. Sacudí de mi cabeza la tonta idea de que había sido muy dura con él.

De repente, el vampiro de cabello negro acortó la distancia entre los dos, con firmes pasos.

—¿Sabes qué es lo que quería de ti? —su semblante era muy serio cuando pronunció esas palabras—. ¿Sabes por qué quería hacerte inmortal? —Tragué saliva antes de que continuara—. Ellos lo saben. Donovan lo sabe. ¿Por qué no se lo preguntas?

Miré a Donovan durante algunos segundos. Tenía mucha curiosidad por saber la respuesta. Aguardé a que dijera algo, pero no lo hizo. Se quedó callado. Regresé la mirada a Joe, encogiéndome de hombros.

Él puso los ojos en blanco, largando un resoplido de frustración.

—Te hice como yo porque quería hacerte mi pareja. Te elegí para que estuvieras conmigo, pero... —hizo una pausa, vacilando—. ¡Dios! ¡Cómo me equivoqué contigo! Lo único que haces es quejarte igual que una mocosa. Nunca estaría con una chiquilla como tú. ¡Qué bien que te fuiste con Donovan, que al menos puede soportarte!

La furia se apoderó de mí. Me hizo enojar tan rápido que sentí mi rostro enrojecer. Fruncí el ceño, apretando los labios.

Y lo empujé. Supe que había utilizado mucha fuerza cuando su rígido cuerpo se tambaleó sobre sus pies. A continuación, retrocedió, poniendo más distancia entre nosotros.

¿Qué clase de patán le decía eso a una chica? Era un insolente.

—¿Por qué no se te ocurrió preguntar mi opinión antes de arruinarme la vida? —gruñí, casi a gritos—. Yo nunca, jamás, sería pareja de un tipo como tú.

—Eso dices ahora —me contradijo en voz baja.

—Ella tiene razón —refutó Donovan—. Eres una basura. ¿Cómo puedes tratarla así?

—Joe no tiene solución —impugnó Nina.

—¿Puedo preguntar cómo terminamos en la misma cama este ridículo y yo?

Joe empezó a registrar el armario con una mueca de cabreo en el rostro.

Donovan se aclaró la garganta y Nina alzó las cejas, observándome con astucia.

—Deberías haber visto cómo se comportaban anoche —me dijo—. Ustedes mismos se acostaron juntos cuando llegamos.

Avergonzadísima, vi hacia el techo.

—¡Oh, no! Chicos, por favor, no me dejen beber tanto nunca más.

—Eres más agradable cuando estás ebria —farfulló Joe al tiempo que sacaba una toalla de un cajón.

Hice rodar los ojos. Él sabía cómo irritarme. Hallaba la fórmula perfecta para sacarme de quicio y hacerme perder los estribos.

El vampiro estaba a punto de entrar al baño cuando se escuchó que llamaban a la puerta con un golpeteo repetitivo.

—Yo voy —vociferó, dudando por un instante.

Después se precipitó a toda velocidad hacia la entrada.

Tan pronto como Nina se interpuso en su camino, la apartó bruscamente. Ella lo persiguió apresurada. Ambos parecían estar en una carrera por llegar primero a la puerta.

Los vi correr como un par de fieras, peleándose para abrir.

Donovan se percató de mi confusa expresión. Sin siquiera palabras, me entendía. Sabía la pregunta que rondaba mis pensamientos.

¿Por qué la prisa por abrir?

—Son las reglas de la casa —me ilustró calmadamente—. Si se tratase de un humano, el que abra primero se lo queda. Parece que ambos están hambrientos.

Joe consiguió ganarle a Nina. Sin un mínimo asomo de caballerosidad, se deshizo de la chica, empujándola hacia un costado antes de abrir, sonriente. Divisé la línea de luz solar que se filtró desde afuera.

—Este es un café, ¿no es cierto? —musitó una lánguida voz femenina proveniente del exterior.

Recordé el letrero que había en la fachada. Decía "Bourbon Street Cafe " en letras fluorescentes, con un enorme símbolo de una taza humeante. Incluso había un menú del lado externo de la puerta. Solo entonces comprendí que no era más que una desdeñosa trampa. Igual que todos los supuestos bares, discotecas y tiendas de esa calle. Tan solo eran una emboscada para atrapar humanos. Gente como yo, como la que había sido.

—Viniste al lugar correcto, preciosa —contestó el vampiro, apartándose ligeramente del marco de la puerta para que la desconocida entrara. Aunque pasaron varios segundos, la joven seguía sin moverse—. ¡Vamos, no voy a morderte!

—O puede que sí... —susurró Nina con un gesto de rabia.

Estaba convencida de que Joe había escuchado a Nina, solo que sabía disimularlo muy bien con su encantador aspecto de "no voy a morderte".

Insegura, la pequeña mujer morena atravesó el umbral. Palideció cuando vio las camas, la tele, el sofá, los sillones, el armario... Lucía verdaderamente aterrada. El vampiro cerró detrás de ella.

La asustada mortal tragó saliva, petrificada.

—No... no es un café —tartamudeó cada palabra.

—No, no lo es —coincidió su depredador—. Aún así, puedes divertirte con nosotros. Además, ¿qué querías? ¿Un café? También tenemos de eso aquí.

—Pero...

—Vale, eso sonó como un sí —declaró Joe—. Vamos a jugar un pequeño juego, ¿quieres?

El aspecto de Joe era terroríficamente seductor. Casi me tambaleé de miedo al imaginarme en el lugar de su víctima. Agarró a la mujer de la cintura antes de besarle el cuello como un maníaco.

Para mi asombro, ella no se resistió. Por el contrario, correspondió al beso tremendamente bien.

Donovan y Nina se encogieron de hombros al tiempo que compartían una mirada de resignación. Un momento después, le dieron la espalda a la escena.

Cuando estaba a punto de hacer lo mismo que ellos, me llamó la atención la forma en la que Joe besaba a su rehén: en los labios, en el cuello, en el rostro, en los brazos, en los hombros... No pude evitar recordar la situación de la pasada noche. Los dos habíamos tenido un momento tan íntimo que hasta me repugnaba pensar en ello.

Involuntariamente, sentí envidia de la inocente muchacha. ¿Por qué las besaba a todas, menos a mí? ¿Qué tenían ellas que yo no tuviera? ¿Había algo mal en mí? ¿En mis labios?

¡Pero si no tengo mal aliento! Me quejé dentro de mi mente.

Aún así, no me había besado.

No era que hubiera querido besarlo, al menos no de forma consciente. Tampoco deseaba besarlo alguna vez, ni mucho menos. No obstante, mi ego se preguntaba por qué. ¿Que tenía yo que no le dieron ganas de besarme?

Sacudí de mis pensamientos el tema. No estaba interesada en probar sus labios, así que no debía importarme. Retiré mis ojos violentamente de la pareja tan pronto como oí el grito ahogado de la mujer adolorida, muriéndose entre los fuertes brazos de su atacante.

No es necesario recalcar que sus brazos son fuertes, Angelique. Gruñó una vocecita en mi cabeza.

Todo acabó tan rápido como comenzó. Después de que Joe hiciera desaparecer el cadáver de su víctima, Nina comenzó a golpearlo en los brazos con los puños cerrados.

—¡Eres un estúpido, Joseph Blade! —gritaba, con una burlesca mueca que realmente demostraba que su ira era fingida—. Yo tendría que haberme bebido la sangre de esa mujercita.

—Te gané, admítelo —decía su amigo entre risitas pícaras.

Por su parte, Donovan se encontraba sentado en el sofá. Cuando fui a tumbarme a su lado, se puso de pie sin disimular, con una hosquedad impropia de él.

Genial. ¿Desde cuándo los hombres me rechazaban así? Me pregunté.

Minutos más tarde, en medio de peleas sin sentido entre Joe y Nina, la puerta principal se abrió. Del otro lado aparecieron los dos vampiros restantes del grupo.

—Tomen todo lo que puedan —irrumpió la voz de Adolph—. Nos vamos ahora.

Donovan y Nina afirmaron con la cabeza antes de ir a buscar un par de mochilas que tenían previamente preparadas. Joe y yo estábamos más bien confundidos.

—Nos buscan los vampiros, quieren matarnos —declaró Alan con extrema calma.

—Si sabían esto, ¿por qué no me dijeron para hacer mis maletas? —reclamó Joseph.

Yo no tenía ropa para empacar. Únicamente mis zapatillas negras de tacón, las cuales busqué con la mirada por toda la habitación. Nina salió a la calle, persiguiendo a Donovan y Adolph.

—Los espero en el auto —nos avisó Alan mientras salía por el umbral, disparado como una exhalación.

—Espera, ¿qué auto...? —Joe alzó la voz, pero antes de que pudiera terminar la frase, el muchacho ya se había marchado.

Con prisa, me arrodillé para buscar mi calzado debajo del sofá. Como no lo hallé, rebusqué debajo de las camas y, finalmente, en el baño, al mismo tiempo que Joseph empacaba sus pertenencias más preciadas.

Me frustré cuando pensé que tendría que irme descalza.

—¿Buscabas esto?

Volteé a ver a Joe, que tenía una ceja levantada mientras sostenía mis zapatillas con dos de sus dedos. Corrí hacia el vampiro para arrebatárselas de las manos. Me las puse al tiempo que abandonaba el lugar, saltando en un pie.

El vehículo era un Chevy Impala del 1967 con cuatro puertas y de un color negro oxidado debido a la vejez. Donovan iba de copiloto, Adolph en el asiento del conductor, Nina y Alan atrás. Como a duras penas entrábamos en los asientos traseros, Nina se sentó en las piernas de Alan.

Cuando todas las puertas estuvieron cerradas, Adolph puso en marcha el auto clásico.

—¿Dónde conseguiste esta nave? —siseó Joe, refiriéndose al coche.

—Era de una de nuestras víctimas —respondió Alan.

Entonces recordé que viajaba con una pandilla de ladrones.

—Y, ¿adónde se supone que iremos? —siguió Joe.

—Un grupo de hechiceros van a protegernos de los vampiros.

—¡JA! —me reí histéricamente—. ¿Un grupo de hechiceros? ¿Ahora me dirán que esas cosas también existen? ¿Y van a protegernos de los vampiros? ¡Cómo no...! ¡Si nosotros somos los vampiros!

—Mejor no hables —Joe, que se encontraba a mi lado, me cubrió la boca bajo una de sus manos.

Me quejé, haciendo sonidos y balbuceando palabras incomprensibles contra la palma de Joe. Hasta que mordí sus dedos. No con mis colmillos, no con la intención de hacerlo sangrar, más bien de manera suave para que me soltara.

—¡Ooouch! —gruñó, apartando la mano de mis labios—. Controla esos dientecitos, Angelique.

Lo miré furibunda.

Nadie se molestó en explicarme sobre los hechiceros que luchaban contra vampiros.

Cayó la noche mientras aún conducíamos hacia algún destino que desconocía. Mis párpados pesaban. Empecé a sentirme adormecida por el sueño. Me preparaba para quedarme dormida cuando escuché que Adolph soltaba una maldición por lo bajo.

A continuación, aceleró a máxima velocidad, como si estuviéramos en una persecución.

Y lo estábamos.

En el reflejo del retrovisor, vislumbré otro auto. Un Mustang Cobra, clásico también. Aquel estilizado vehículo aceleraba cada vez más. Observé al conductor en su interior. Era un tipo sombrío de amarillos ojos diabólicos. Su piel era pálida, blanca como los copos de nieve. Su cabello tan negro como el carbón y sus labios tan rojos como la sangre. Estaba rígido, igual que una estatua frente al volante de su Mustang.

Con solo verlo, sentí escalofríos. Era sencillamente aterrador, como ver a un fantasma. Sin embargo... ¿Qué tan atemorizante podía ser ver a un fantasma ahora que era un vampiro? No me detuve a pensar en la respuesta. Mi preocupación se centraba en ese mortífero hombre pálido detrás de nosotros. ¿Era un vampiro también? ¿Un Zephyr? No estaba segura. Me abracé a mí misma, como si el frío me hubiera invadido. De forma inesperada, temblé.



CAPÍTULO 5: LAS HERMANAS SALEM

Los neumáticos de nuestro vehículo chirriaron contra el asfalto al tomar una curva cerrada. Adolph aceleró aún más.

Nina, quien hasta ese momento había estado durmiendo en los brazos de Alan, se despertó sobresaltada, con el corazón en la boca.

El Mustang nos seguía de cerca mientras tratábamos de dejarlo atrás. Por un espeluznante momento, me perdí en los ojos felinos del conductor que nos acechaba.

Súbitamente, salí disparada hacia adelante cuando el otro auto nos embistió por detrás, chocándonos de manera intencional.

Afortunadamente, Joe actuó rápido y, con sus reflejos de superhéroe, interpuso su brazo delante de mí, impidiendo que estrellara mi nariz contra el espaldar del asiento delantero. Era agradable sentirse protegida.

Nina chilló de pánico, mostrando una vulnerabilidad atípica de ella. Era la primera vez que no parecía tan fría y dura como aparentaba.

Continuamos avanzando durante incalculables minutos de frustración. El hombre, o vampiro, nos perseguía incansablemente. No estaba dispuesto a rendirse, como si su objetivo fuera espantarnos más que atraparnos. Estuvo siguiéndonos por largas y angustiantes horas.

La escena resultaba perturbadora: las llantas desgastándose por la velocidad, el viento atroz colándose a través de las ventanas, la tensión reflejada en nuestros semblantes, y la lóbrega vía que se extendía frente al vehículo. En el retrovisor, el personaje cadavérico con la mirada fija en nosotros, aumentaba nuestra inquietud.

Mi cabello volaba descontrolado debido a la intensidad de la brisa gélida, mientras que mi mandíbula permanecía tensa, y mis ojos no dejaban de buscar señales de peligro.

Joe, con la mirada fija en la carretera, fruncía el ceño y apretaba sus puños con fuerza. Adolph, por su parte, agarraba el volante con tanta dureza que parecía que fuera a arrancarlo en cualquier momento. Donovan mostraba una rigidez inusual, evidenciando su perturbación,

mientras que Nina abrazaba el cuello de Alan, encontrando consuelo en medio de la tensión.

Aquello bien podría haber sido una escena perfecta para una película de terror, pero lamentablemente no lo era.

En un fugaz instante, recordé parpadear; lo hice en una milésima de segundo. No obstante, cuando abrí los ojos y me fijé en el espejo retrovisor, el otro auto ya no estaba detrás. Todos nos volvimos para mirar hacia la carretera. El Mustang había desaparecido entre la densidad de las penumbras. Lo habíamos perdido. ¿O tal vez nos había dado ventaja?

—No pasa nada —resonó la voz de Adolph—. Quizás solo nos estaba dando un susto.

—Pues funcionó —admitió Nina antes de unir sus labios a los de Alan.

Con el auto, Adolph dio una vuelta en "U" para devolverse.

—¿Qué haces? —le cuestionó Donovan al comprender que íbamos de regreso.

—Nos hemos saltado el camino correcto.

El vehículo descendió por una pendiente escondida en la carretera. Al final de ésta, había un letrero de madera enmohecida que tenía letras difusas hechas con pintura blanca:

"Welcome to Deadly Hall".

Nos adentramos en unas nebulosas calles que parecían tener miles de millones de años. Casas cutres, coloniales y antiguas se vislumbraban en el horizonte. Era como una dimensión paralela. Se trataba de un pequeño pueblecillo recóndito debajo de la ciudad, a la mitad del Forest Hall.

Parecía ser una acogedora aldea dentro de un bosque, con caminos sin asfaltar y senderos hechos de tierra o arena blanca. Aunque eran muy pocas las casas, más o menos una cada kilómetro, estas debían tener al menos un siglo allí en el mismo sitio. Se me hacía fácil comparar el lugar con un pueblo embrujado, o un puerto abandonado, o una ciudad vaquera y solitaria en el viejo oeste. Un lugar muerto, de esos que muestran en la ficción.

Al final de la senda, donde se terminaba la línea del horizonte y las casas se eclipsaban; había una edificación que parecía un antiguo castillo de la edad media, de piedra, con altísimas torres y ornamentos góticos o de estilo medieval. Aunque no combinaba con el resto de la aldea, era hermoso.

—Damas y caballeros... —profirió Adolph, empezando a sonreír—. He aquí nuestro nuevo alojamiento.

Aparcó en la entrada.

—Escúchenme bien —continuó en un tono de orden—. Estamos en la vivienda de las mejores cazadoras de vampiros del planeta. Es por eso que ellas no deben saber lo que somos. No debemos hacer nada que nos delate, porque oficialmente podemos considerarnos hombres muertos. Nos las arreglaremos para ocultar que bebemos sangre. Aun así, prefiero vivir con un grupo de hechiceras antes que ser asesinado de la forma más cruel por un Zephyr. Ellas nos darán protección, ahora viviremos aquí.

El silencio fue unísono y simultáneo.

Los chicos abrieron las puertas del Impala para salir. Pero yo tenía un serio problema.

—No puedo —musité, tomando el brazo de Joe antes de que pudiera bajarse.

El volteó a verme con el ceño fruncido. No fue el único que escuchó mi ahogado comentario. Los demás entraron nuevamente al coche, como si pensarán que lo que tenía para decir merecía su atención.

—¿No puedes qué? —me cuestionó Donovan, volviéndose para darme una ojeada desde el asiento delantero.

Solo entonces solté el brazo de Joe.

—No puedo ir ahí. No he bebido nada de san...

—Shhh —Joe me cubrió la boca de nuevo con su palma. En seguida, enmudecí—. Ellas pueden escucharlo todo —farfulló, retirando su mano rápidamente, como si temiera que volviera a morderlo.

—No me siento controlada —finalicé en un bisbiseo—. En todo el día no he bebido nada.

El conjunto de vampiros a mi alrededor se miraron las caras. Parecían estar preguntándose algo mentalmente.

Nina, con mucha agilidad, abrió su mochila. Sus manos trepidaban. De allí extrajo uno de esos vasos térmicos metálicos y me lo ofreció.

—Bébelo, rápido —me ordenó.

Engullí el líquido tan de prisa como pude, con una desesperación reprimida.

Aquello solo pareció haber acrecentado mi apetito, porque terminé con ganas de tomar más. De todas formas, me sentía ligeramente más capaz de dominar mi hambre.

Asentí con la cabeza cuando noté todas las miradas fijas en mí. Cinco chicos esperando una respuesta.

Llamamos al par de puertas enormes. Dos gárgolas en el pórtico me observaban con innegable sed. Seis vampiros nos mordíamos las uñas con angustia. Era comprensible que yo tuviera miedo, pero... ¿Ellos también tenían miedo? ¿De qué? ¿De las "hechiceras"? ¿Tan terribles eran?

La puerta se abrió, revelando la oscuridad en el interior de la estancia. Lo único que se apreciaba era lobreguez y sombras. Ninguno se atrevió a entrar. Simultáneamente, compartimos miradas, preguntándonos qué hacer.

Entre las penumbras, emergió una figura más negra. La silueta de una persona. Reconocí que se trataba de un hombre bajo el umbral de la puerta. La figura masculina se aclaró cuando una cascada de luz plateada bañó parte de su perfil.

Con la mitad del cuerpo furtivo entre las sombras y la otra mitad débilmente iluminada por la luna, el joven sonrió desde los adentros del recinto. Aparentaba cerca de veinticinco años, quizás. Alto, moreno, esbelto y con el cabello largo atado en una coleta detrás de la cabeza. Llevaba un complejo traje blanco y negro, nada casual. Era un mayordomo.

—Bienvenidos —sonrió con más esmero, dejando relucir sus dientes y apartándose de la puerta para que pudiéramos entrar.

De acuerdo, ¿quién quiere ir primero? Pensé con un toque de humor, tratando de restarle importancia al asunto y aliviar un poco mi tensión.

Me dio la impresión de que Joe, Nina, Alan y yo pensábamos lo mismo, porque, repentinamente, los cuatro sonreímos. Al vernos los rostros, fue como si nos hubiéramos leído el pensamiento.

Adolph fue el primero en dar el paso, seguido de Donovan. Luego Joe y Alan. Por último, Nina, que tuvo que tirar de mi brazo para hacerme mover los pies.

Las luces del recinto se encendieron tan pronto como entramos, creando una atmósfera propia de esas mansiones espeluznantes y embrujadas. No había nadie más allí, solo unos clásicos muebles vetustos, un montón de antigüedades costosas, un mayordomo y nosotros: seis chicos terriblemente asustados.

—Tomen asiento —el gallardo asistente señaló los sillones del recibidor.

Los seis, obedientes, nos sentamos en aquellos muebles de dudosa antigüedad.

Aguardamos en silencio. Adolph tenía sus ojos verdes clavados en sus manos entrelazadas. Joe estaba inquieto, igual que un niño pequeño, con su mirada gris brillante y encendida.

Parpadeé un par de veces mientras escuchaba calmados pasos golpeando las gigantescas escaleras. Desde las alturas, aparecieron las tres mujeres más góticas que jamás había visto.

Pálidas, igual que tres fantasmas. Usaban vestidos negros con corsé, mortífero maquillaje blanco con labios rojos o negros, sin una gota de rubor; ojos azules enmarcados en lápiz negro, cabelleras largas, absolutamente oscuras y lisas. Las tres eran iguales, trillizas. Tres réplicas exactamente idénticas con aspecto mortífero.

De no haber sido vampiro, hubiera pensado que eran tres vampiresas al estilo Morticia Addams. Sin embargo, olfateaba su sangre fría, casi como la sangre humana, pero con un aroma peculiar. Igual de apetecible y atrayente, solo que un poco diferente.

—¿Qué tal se encuentran nuestros invitados? —masculló una de las tres con voz aguda, femenina y suave.

—Hola —la saludó Adolph, vacilante.

—¿Por qué han tardado tanto en llamar a la puerta? Los vi llegar en el auto —expresó otra de las copias con la misma voz.

—Lo siento, mis amigos tenían un poco de miedo —admitió nuestro líder, escondiendo su cara al fijar la vista en el suelo.

—Ay, por favor. No somos unos monstruos, no mordemos a nadie —replicó una de las trillizas.

—Yo soy Agatha, ella es Helen y ella es Lorraine. Somos las hermanas Salem. Pueden quedarse aquí el tiempo que quieran. Arriba están las habitaciones, son libres de instalarse en todas las que deseen. Nosotras tenemos que salir justo ahora a patear el trasero de unos cuantos chupasangres. Si quieren algo, Harvey estará en su despacho —se referían al mayordomo.

El joven sirviente les abrió la puerta. Afuera había una limusina fúnebre esperando a las tres hermanas. Ellas se despidieron con la mano mientras sonreían y se iban andando hasta el vehículo.

Una vez que las tres mujeres abandonaron la mansión, Harvey desapareció dentro de "su despacho", supuse.

Nosotros seis nos miramos antes de tragar saliva con pánico.

—Este lugar le pone los pelos de punta incluso a un grupo de vampiros criminales como nosotros. Y ni hablar de esas tres hermanas góticas —Nina rompió el silencio. Su voz hizo eco entre las paredes gruesas.

Adolph miró a todas partes con irrefutable temor.

—Tengan cuidado con lo que dicen, por favor —rogó.

Donovan suspiró. Y vi cómo, de improviso, el cuerpo de Joe se relajaba. Se recostó cómodamente en el espaldar del sofá y se quitó los zapatos para poner los pies encima de la mesita de café.

—Oh, sí —barbulló—. Esta noche tenemos una casa exclusivamente para nosotros. Maldita sea, qué lugar más increíble. Tendré una habitación para mí solo. ¡Al fin algo de privacidad!

Nina sonrió para sí misma.

—Claro que sí, esto será genial —casi gritó—. ¿Cuánto tendremos que pagar de alquiler? ¡Mi sueldo no alcanza!

Joe agarró su par de zapatos y se echó a correr escaleras arriba. Nina salió detrás de él para

hacerle competencia. Alan y Adolph caminaron con aburrimiento hacia los escalones. Iba a seguirlos cuando noté que Donovan no parecía interesado en venir. Se quedó allí sentado, dejando escapar una larga exhalación.

—¿No vienes? —indagué, nerviosa.

Se levantó para alcanzarme. Di unos pasos más, pero me percaté de que no se movía. Se quedó atrás. Justo cuando estaba a punto de girarme para enfrentarlo, sentí su cuerpo tocar el mío por detrás. La tela de su camisa me tocaba la espalda descubierta por el escote.

Repentinamente, aquellos gélidos labios se deslizaron desde mi hombro hasta mi cuello y se detuvieron en mi mandíbula. Me estremecí hasta la punta de los pies. ¡Qué bien se sentía! Me di la vuelta para rodearle el cuello con los brazos. Él me sonrió cálidamente antes de besar mis labios. Fue un beso lento y apasionado, lleno de fuego. Un juego de lenguas extremadamente peligroso.

Dejó mis labios para regresar a mi cuello. Acarició el contorno de mi nuca con sus dedos y me mordisqueó levemente. Sus dientes me rozaban la piel, provocándome placer. Su aroma llenaba mis sentidos, su piel fría me aplacaba el calor...

Entonces descubrí sus pérfidas intenciones. Abrió la boca ampliamente, mostrando sus alargados colmillos. Iba a morder mi garganta con toda pasión, iba a beber mi sangre. Pero me opuse. Lo sujeté de los hombros para alejarlo, recurriendo a un poco de fuerza. Él suspiró con decepción.

—Lo siento, yo... —No sabía qué decirle.

—Está bien —me tranquilizó.

Su mano atrapó la mía y me condujo escaleras arriba.

Cada uno había tomado una habitación. Yo elegí una cerca de las de todos los demás, en el mismo pasillo. Era un aposento enorme con una antigua cama en medio, muebles anticuados y un balcón cuyas puertas cerré poniendo el pestillo antes de cubrirlas con las cortinas, debido a que era aterrador observar el panorama de ese lúgubre pueblo.

¿Qué clase de vampiro soy si me da miedo hasta mi sombra? Me pregunté, contemplando el techo con adornos barrocos hechos en yeso.

No podía dormir. Ni tenía sueño, ni podía controlar mi ansiedad. Sin poder soportarlo, agarré las sábanas y almohadas para salir al pasillo donde, casualmente, se encontraban Adolph, Alan, Nina, Donovan y Joe. Cada uno de pie frente a su puerta con sus sábanas y almohadas. Los seis reímos a carcajadas antes de bajar a la sala principal.

Una vez allí, nos sentamos muy juntos en la alfombra y los sillones.

—Chicos, es aburridísimo intentar dormir cuando no los escucho fastidiándome, supongo que me acostumbré a quedarme dormida hablando con ustedes. En serio, ya no me agrada tanto la privacidad —admitió Nina, sonrojándose ligeramente.

Los demás rieron, sabiendo que todos opinaban lo mismo.

Toda la noche estuvimos conversando, lo cual me dio la oportunidad para conocerlos mejor a todos. En ese momento, eran chicos graciosos y amables, no asesinos ni ladrones. Inclusive, entre palabrería tonta, pude mantener alguna que otra conversación con Joe sin insultarnos o atacarnos como perros y gatos.

Él era mucho más divertido y considerado cuando conversaba con sus amigos. Casi dejaba de lado su presumida fachada y su vanidoso ego. Claro que, secretamente, me gustaban mucho

los chicos pretenciosos. Pero estaba convencida de que habían dejado de gustarme cuando conocí a Joe.

A veces era muy irritante haciendo bromas pesadas. Eso me hastiaba. Algunas otras veces me trataba como una chica a la que repudiaba. Y otras veces solo me sonreía y me hablaba con gentileza, sin dejar de ser seductor. Es que simplemente nunca podía dejar de ser seductor, ni siquiera mientras hacía chistes o se tomaba todo a la ligera.

Sin darme cuenta, fui la primera en caer dormida. Mi mente estuvo toda la noche en blanco. También fui la primera en despertar.

Me despecé en los brazos de Donovan. Contemplé al grupo de chicos tumbados por todo el salón, durmiendo. Me escabullí del agarre del guapísimo vampiro para ir hasta algún baño cercano.

—Espera —oí la voz de Joe—. ¿Adónde vas?

—No te importa —bostecé, al tiempo que hablaba adormecida.

—¿Siempre eres tan amargada? —Se levantó del sillón.

—No, cuando me emborracho soy...

—Lo sé —me interrumpió—. Sé cómo eres cuando estás ebria.

A pesar de que comenzó a largar suaves carcajadas, noté cómo intentaba reprimir su risa. Inevitablemente, sonreí.

—Con Donovan tampoco eres tan malhumorada, ¿verdad? —insinuó.

Negué con la cabeza.

—Creo que es más bien algo personal contigo —bromeé, elevando las comisuras de mis labios.

De pronto, reparé en la herida de colmillos en su cuello. Aún no se había cerrado. Cuando recordé que yo había sido la responsable de aquello, mi sonrisa se desdibujó. Me recorrió un escalofrío al acordarme de aquella noche. Bueno, lo poco que recordaba, que cada día se hacía más borroso. No aparté la vista de su garganta. Él sabía lo que miraba.

Impulsivamente, toqué mi cuello, palpando las incisiones que Joe me había hecho.

Algo me decía que él estaba recordando lo mismo que yo. Su amplia sonrisa maliciosa, su mirada astuta, la forma en la que se humedeció los labios con la lengua... Sus gestos cómplices me hacían saber que, de la misma manera, estaba rememorando la mordida. Para él podía haber sido entretenido, pero para mí era vergonzoso.

Sin dejar de observarme, Joseph pasó por mi lado, golpeando mi hombro con el suyo deliberadamente.

¿Cómo podía ser tan arrogante y sexy al mismo tiempo?

—¡Oye! —me quejé, chillando al tiempo que me frotaba el hombro ligeramente adolorido.

El estúpido vampiro ni siquiera se giró para verme. Siguió su camino escaleras arriba.

Minutos más tarde, recogí un poco de ropa de Nina y busqué un cuarto de baño en el pasillo de arriba. Examiné puerta por puerta, hasta que lo encontré. Y...

Oh, no. No estaba vacío. Claro que no.

Había un jacuzzi, un lavamanos ornamentado y una alfombra en el suelo. Además, las estanterías estaban repletas de productos para la higiene personal. Una gran ventana con las cortinas abiertas dejaba entrar mucha luz solar, que resultaba molesta y cegadora. También había un par de encimeras, y por supuesto, no podía faltar, un Joe medio desnudo con una toalla alrededor de sus caderas.

Mis mejillas ardieron, ruborizándose. Sentí la presión de mi estómago avergonzado.

—No sabía... Lo siento —tartamudeé.

Comencé a cerrar la puerta de vuelta, pero me detuvo.

—¿Por qué no te quedas? —sugirió, con la más persuasiva de las sonrisas.

¡Oh, por Dios! ¡No!

Mi maldito corazón no dejaba de latir con increíble prisa. Y sabía que Joe podía percibirlo.

En una milésima de segundo, me rodeó la cintura con sus brazos, metiéndome a la fuerza en el cuarto de baño antes de cerrar la puerta conmigo dentro. Mi respiración era discontinua y esporádica.

—Podemos bañarnos juntos —propuso.

Sacudí la idea de mis pensamientos, intentando no formular una respuesta. No iba a pensar en eso, claro que no. ¿Qué clase de proposición me estaba haciendo?

Sabiendo que mi pecho latía exasperado sobre el suyo, quise alejarme lo antes posible. Sin embargo, no lo conseguí, porque sus musculosos brazos me apretaban contra su rígido, despiadado y sugestivo cuerpo. Me revolví inútilmente, tratando de liberarme.

—¿Estás borracho? —pregunté. Fue lo único que se me ocurrió.

—Oh, sí, lo estoy —respondió de forma atemorizante y jocosa.

¿De verdad lo estaba?

En ese momento ni siquiera podía pensar lo suficiente como para darme cuenta de que Joe no había bebido nada desde la última vez que yo lo había hecho. Es decir, desde la fiesta en el hotel.

Nunca sabía cuándo hablaba en serio y cuándo no, porque todo se lo tomaba con el mismo sentido del humor.

—No me mientas —repuse, nerviosa.

—¡Pero claro que estoy borracho! ¿No ves lo que estoy haciendo? —Me presionó más fuerte contra él.

Por un instante me pareció muy lógico que estuviera ebrio.

—Pues, suéltame, borracho —impugnó.

Negó con la cabeza.

Sonreía, sin parecer ebrio en absoluto.

Acarició mi cabello de forma sensual.

Un minuto más y... pasaría algo de lo que luego estaría arrepentida.

—Entonces, ¿qué? ¿Nos bañamos juntos? —repitió con esos deliciosos labios curvados hacia arriba.

Estaba poniéndome a prueba, adiviné por fin. Me quería engañar haciéndose pasar por ebrio para ver cómo reaccionaba ante sus encantos sin los efectos del alcohol de por medio. ¡Wow! Eso fue un razonamiento rápido y admisible.

Yo también podía jugar con él, ¿no? Claro que podía. Desde el fondo de mi ser, saqué lo más seductor que tenía, intentando actuar de la misma manera. Con voz coqueta, le dije:

—Joe, ahora no. Es muy temprano para eso.

En ese momento supo que ambos estábamos jugando el mismo juego. Contuvo una risotada.

—Hmm... Eso suena interesante... ¿Esta noche entonces? —Se mordió los labios, esperando mi respuesta.

—Claro, esta noche, por supuesto. —Le acaricié el pecho con los dedos.

Decir esas palabras me hizo ruborizarme. Al parecer, mi mano no tenía intención alguna de apartarse de sus succulentos pectorales.

—Me parece bien, es una cita —confirmó, después de mordisquear mi oreja—. Esta noche, aquí en este baño, para un par de borrachos como tú y yo.

Me dejó ir.

Tan pronto como logré liberarme de sus brazos, sentí alivio. Conseguí lo que quería, que era quitármelo de encima.

Lo de la cita de esa noche era algo que ambos sabíamos que no iba a suceder. Tan solo jugábamos, ¿cierto?

Más tímida que nunca, me escapé de ese lugar a toda velocidad. Al estar fuera, mi rostro perdió ese color vibrante. Todavía llevaba la ropa de Nina colgando en una mano y mi corazón seguía acelerado. Me horroricé cuando una sonrisilla se curvó en la comisura de mis labios.

De repente, Nina apareció en el pasillo con su mochila en el hombro y una cara adormilada. Me había visto cerrar la puerta detrás de mí.

—¿Ya utilizaste el baño? —Me apartó para entrar.

—¡No...! —protesté.

Muy tarde.

Ella abrió y encontró a Joe, quien la miró con los brazos cruzados en el pecho. Por suerte, aún la toalla resguardaba sus caderas.

—Estoy empezando a sentirme acosado —bufó el vampiro.

Nina también se sonrojó, cerrando la puerta tan rápido como pudo. Entornó los ojos al tiempo que me observaba, preguntándose algo. Imaginándose algo.

Era obvio. Me vio salir de una habitación donde había un chico a medio vestir y luego sonreír igual que una idiota.

Espero que no lo malinterprete.

Sus ojos se llenaron de malicia.

Para mi paz mental, no hizo ningún comentario al respecto. Se limitó a irse caminando hasta el otro baño al final del pasillo.

Alrededor de las diez de la mañana, dos asistentes llegaron. Una de ellas nos preparó un inmenso desayuno mientras que la otra se paseaba de aquí para allá limpiando la mansión. Las hermanas brujas todavía no aparecían.

Fue un día lleno de tensión. Debíamos evitar las conversaciones sobre cualquier cosa que nos involucrara con vampiros. Teníamos que ocultar nuestros instintos y contener nuestra sed. Pese a que estas tres mujeres no se mostraron durante todo el día, se suponía que fuésemos precavidos.

Adolph nos recordaba constantemente que las paredes podían escuchar. En especial dentro de una mansión de hechiceras. Al final, en presencia o no de las tres mujeres, conseguimos salir de fiesta esa noche. No sin antes hacerme escuchar una larga charla de cómo cazar con precaución.

¡Por favor! Éramos vampiros malvados. ¿Quién necesitaba precaución?

A pesar de la enorme distancia que nos separaba de la ciudad, llegamos sin problemas a la celebración. Los dulces dieciséis de una chica llamada Lucy. Ninguno de nosotros sabía quién era. Aun así, figurábamos en la lista. Esas eran las ventajas de ser un vampiro.

En comparación con la fiesta para estirados de la última vez, esta estaba bastante encendida. La música, los tragos y el ambiente eran más modernos.

La gente aglomerada en la pista de baile me dificultaba el traslado de un lugar a otro. A pesar del frío, todos ellos sudaban, acalorados por el roce de sus cuerpos mientras danzaban y el enérgico ejercicio que eso conlleva. Adicionalmente, el espacio parecía bastante más reducido cuando le agregabas un montón de adolescentes alocados y borrachos.

No podían faltar aquellas parejas besándose y toqueteándose a escondidas en los rincones. Mis compañeros se sentían como pez en el agua, al igual que yo. Hacía menos de un año, casi todas mis amigas celebraban sus dulces dieciséis y yo asistía a un sinnúmero de fiestas de ese tipo. Solo restaba divertirse y terminar de bebernos la sangre de aquellos chicos.

La música tan alta hacía vibrar mi pecho. El olor del alcohol ya me había mareado, aunque no tanto como el aroma de la sangre fresca de todos esos apetitosos humanos. A eso se le sumaba mi desenfrenada sed, que necesitaba urgentemente ser saciada. Pero debía permanecer en el banco de la paciencia, porque aún no era el momento.

Mientras caminábamos entre la muchedumbre, tiré del brazo de Donovan para que se quedara junto a mí debido a mi problemilla de "vampira salvaje desenfrenada". Le pedí que nos sentáramos. Y lo hicimos en una de las mesas vacías. Cuando escondí mi cara en su pecho, olfateé aquella sutil fragancia a colonia masculina. Una diferente a la de Joe, aunque igual de buena.

Por un segundo él se mostró confundido sobre lo que estaba haciendo. Luego se dio cuenta. Necesitaba aislar mi olfato de toda esa provocativa comida (humanos). Su cuerpo se sentía frío. Perfecto para mí, una amante de las bajas temperaturas. Su aroma me llenaba hasta lo más profundo al tiempo que sus ojos me estudiaban con detenimiento. Inesperadamente, sus brazos me envolvieron.

No vi a Joe acercarse, porque tenía la cara hundida en el pecho de Donovan. Sin embargo, alcancé a percibir su aroma mientras se aproximaba. Lo que me permitió imaginármelo andando con esos aires engreídos: Su rostro y cuerpo llenos de confianza, su peculiar forma de moverse, sus músculos tensándose, su sonrisa blanca con unos colmillos apenas visibles, su cabello negro ligeramente desordenado, y su mirada traviesa con esos ojos grises juguetones...

Sentí su mano en mi hombro desnudo. Mi piel se heló cuando me tocó. Transfirió una buena dosis de adrenalina a mi interior. Saqué la cara del traje de Donovan para mirarlo. Él seguía con su mano sobre mí. Ya veía venir sus indirectas machistas, su característica risa de patán, su voz presumiendo la chica que estaba a punto de echarse...

No me apetecía escuchar aquello, así que mi expresión fue dura cuando me volví a verlo. Sorpresivamente, sin asomos de borrachera y con su más galante sonrisa, me dijo:

—¿Quieres bailar?

Parpadeé tantas veces como pude, intentando comprender lo que eso significaba.

¿Qué pasó con los ultrajes? ¿Con aquello de presumirme a la cara algo que ni siquiera me importaba? ¿Las insinuaciones, los comentarios morbosos?

¿Quieres bailar? Eso sonaba tan caballeroso, tan distinto a Joe... Y me desconcertó. Estaba más preocupada dándole vueltas al asunto que por responderle. Y, como no dije nada, me agarró ambas manos y me sacó del regazo de Donovan para conducirme a la pista de baile.

Sonaba un fresco hip hop electro. Joe puso sus manos alrededor de mi cintura y yo, espontánea y distraídamente, rodeé su cuello con mis brazos.

Entablamos un baile mientras que nuestros cuerpos se tocaban. Estábamos tan juntos que no

podía sentirme más cerca jamás de alguna persona. Nuestras piernas se entrelazaban cuando nos movíamos, su olor me atraía. Clavé mi mirada en su rostro. Primero en sus ojos, luego en sus labios, sin poder ignorar lo cerca que estaban ni la sensación de sus manos puestas en mi cintura, atrayéndome hacia él cada vez más.

No iba a negar que mis movimientos eran sensuales, característicos de mi provocativa forma de bailar. Sincronicé mis labios con la canción, simulando cantar directo en su rostro, como si cada palabra que decía se la estuviera dedicando, sin importar su significado.

Nos divertíamos como cualquier otro par de chicos. Él sonreía al verme. Tenía los ojos fijos en algún punto de mi cara, aunque no sabía qué era exactamente lo que miraba. Era más bien como si intentara no verme a los ojos sin tener que desviar el rostro. No pude ignorar la sensación del roce de su cuerpo, ni el calor que emanaba.

Tan pronto como la canción acabó, se apartó de mí. Soltó una pequeña carcajada antes de dejarme marchar, casi con alivio. Mi sonrisa se borró al percatarme de que no podía interpretar nada de lo que él hacía, decía o insinuaba.

Me llevó de vuelta a la mesa antes de retirarse sin decir nada.

No había ni una gota de sudor en mi cuerpo. Debido a esto, mi maquillaje continuaba intacto. Pero me dolían los pies, llevaba días utilizando zapatos altos.

Al sentarme junto a Donovan, comenzó a repartir repetitivos besos cortos encima de mi boca. Cedí a ese sabor tan grato y a la suavidad de aquellos succulentos labios.

Más tarde, desde la mesa, vi la actividad de los demás. Nina se reía con Alan, Adolph conversaba con una chica en la barra y Joe bailaba descontroladamente con más de cinco mujeres a la vez. Entretanto, Donovan no se movió de su silla durante toda la velada. Empecé a pensar que era un poco aburrido, o tal vez introvertido.

Permanecí a su lado, observando cómo tomaba cócteles al tiempo que yo me limitaba a beber agua o soda. La experiencia me había hecho aprender. No me quedaban ganas de beber alcohol de nuevo, al menos no por un tiempo. No obstante, a medida que la noche avanzaba, sentía que cada vez perdía más el control y que ni siquiera el olor de Donovan podía desviar mi atención de toda esa sangre que esperaba por mí.

El vampiro miró su reloj.

—Ya es hora —me dijo—. Ve por ellos.

Sonreí de alegría. Examiné con los ojos cada rincón del salón, tratando de localizar a un chico guapo al cual seducir para luego beber su deliciosa, tibia sangre.

Lo hallé. Había un joven de piel oscura y bonitos ojos claros, recostado a una pared. Bebía de una botella de cerveza.

Sabía cómo acercarme con la perfecta determinación y audacia. Caminé de forma sugestiva hasta él. Lucía como una perfecta víctima, apartado de la multitud, con su bonito pelo cayéndole en el rostro, su saludable corazón latiendo para mí y su adorable mirada posada en mis curvas, igual que un gatito embelesado.

Lo tengo, pensé.

—Hola, caballero —le saludé después de haber acortado la distancia entre los dos.

Tracé la línea de su mandíbula tensa con mi dedo índice, tal como lo haría una de esas damas promiscuas que aparecen en televisión. Él estaba nervioso, podía sentirlo.

—¿Quieres tomar algo? —me ofreció antes de presionar su boca contra la botella.

—¡Oh, no! Prefiero estar a solas con este apuesto hombre —toqué su pecho. Era fácil seducirlo. La presa perfecta.

—¿Por qué no? ¿A dónde quieres ir? —interpeló.

—¿Qué tal por allá? —señalé la noche, en las afueras del salón.

En el jardín había una piscina rodeada de flores y antorchas clavadas al suelo. Un ambiente demasiado romántico para beber sangre, pero no para morder un cuello.

Mis pensamientos dieron un vuelco. Me pregunté repentinamente si Joe, en ese preciso instante, estaría acostándose con su próxima víctima, como solía hacerlo.

Por el contrario, mis planes no contemplaban el sexo.

Seducción empezaba a parecerme una hermosa palabra. Era la que saciaba mi sed, al menos.

Tentación, en cambio, era la palabra más odiosa.

La mayoría de las veces, la tentación era más fuerte que la voluntad. Es por ello que cuando muerdes la manzana, te destierran del paraíso. Primero placer, luego miseria.

Poco a poco, estaba convirtiéndome en un ser repulsivo. ¿Cómo podía parecerme tan satisfactorio hacer el mal? Asesinar gente a diestra y siniestra. Cada vez que era consciente de ello, cerraba los ojos y mordía mi labio hasta sentir dolor.

El muchacho fue atraído por mí, la tentación. Lo guié hasta la parte trasera de los arbustos, donde nadie podría observarnos. Ahora parecía estar más cómodo conmigo.

Nos devoramos con besos y mordidas. Mi lengua recorrió su boca con sabor a cerveza, mis labios se colmaron de un placer incoloro y desteñido. Lo único que me apetecía era tener su sangre, nada más que eso.

Mi cuerpo temblaba por el apremio. Solo un poco de dulce sangre caliente llenando mi boca, era todo lo que deseaba. Incluso me sentía bastante débil debido al hambre. Hambre de ese líquido escarlata, lógicamente. Lo necesitaba delirantemente para mantenerme en pie.

El joven que me besaba logró aprovecharse de la situación, tocándome las piernas y espalda con lujuria. Descontroladamente, seguí jugando con su lengua.

Y obtuve lo que quería.

Cuando mis dientes rompieron sus labios, detuve mi beso para saborear la calidez del líquido que brotaba de la incisión. Sabía a éxtasis y remordimiento. Pasé mi lengua por encima de su labio roto, esperando beber toda la sangre posible.

Solo un poco más, murmuré en mi cabeza, cerrando los ojos con fuerza.

De improviso, el más inesperado dolor atravesó mi estómago.

Apreté mis párpados al sentir punzadas dolorosas en todo el abdomen. Tan pronto como abrí los ojos, sin saber lo que sucedía, descubrí que el sujeto empuñaba una navaja enterrada en mí. Mi boca se abrió por los intentos de quejarme, pero solo conseguí largar un gemido poco audible.

—Muere, cría de vampiro —espetó, riéndose al tiempo que sacaba su arma del interior de mi cuerpo, deslizándola fuera de mi abdomen y perforado vestido.

—¿Qué demonios...? —hablé con muchísima dificultad.



CAPÍTULO 6: SÚPER VILLANOS

El joven se limpió la sangre de los labios mientras yo me llevaba las manos a la herida.

—¡Qué asco! He besado a un vampiro. —Escupió.

—Qué raro, yo te vi disfrutándolo —recalqué, con la voz ronca y entonación adolorida.

Con los ojos entreabiertos, fijé la mirada en su cara. No logré disimular mi mueca de profundo dolor.

Él, de manera tosca, tomó mis manos manchadas con mi propia sangre. Después deslizó fuera del bolsillo de su pantalón un par de esposas. Sin darme cuenta, permití que cerrara uno de los aros alrededor de mi muñeca. No obstante, cuando intentó enganchar mi otra mano, di un fuerte tirón que lo hizo tambalearse.

Oh, sorpresa...

El inofensivo mortal estaba muy bien armado. A la velocidad de un rayo, se movió para apuntarme en la cabeza con una pesada arma de fuego. Dejé de respirar al sentir el frío metal contra mi frente.

—¿Qué te parece esto? ¿Cazador cazado? —gruñó.

—No puedo creer que besé a un cazador de vampiros aficionado —batallé para ocultar la aflicción en mi voz.

—También lo has disfrutado, nena.

Descansó sus labios en mi cuello al tiempo que se ayudaba con su mano libre para intentar llevar mis manos detrás de mi espalda.

Me reí de sus intentos. No lo logró. Le di un golpe con el codo, hundiéndolo en sus costillas.

—Ay, zorra. —Se dobló de dolor después de soltarme las manos—. ¿Quieres ponérmelo difícil, entonces?

¿Qué debo hacer? Me cuestioné. ¿Huir o enfrentarlo?

Aun siendo mortal, el sujeto podía sacar provecho de la pistola, la cual apuntaba a mi cabeza. Sin pecar de ignorancia, sabía que podía matarme. Pero incluso con esa arma, lucía más indefenso que yo.

Mi hambre ahora se sentía tan aguda y desmesurada que no estaba segura de poder evitar un par de mordidas que estaban por presentarse.

Súbitamente, sentí un contundente golpe en el costado de mi cabeza. La empuñadura del arma impactó mi sien y me hizo caer al suelo. Un líquido caliente comenzó a empapar mi rostro. Era mi propia sangre.

—¡Sucio! —lo insulté, tratando de contener las lágrimas.

La sangre se deslizó hasta mi boca. Al probar el sabor metálico en mis labios, algo se encendió en mí. La sed se intensificó y una fuerza descomunal creció desde mi interior, impulsándome a lanzarme a su cuello.

Lo agredí con una letal mordida y, como era de esperarse, una bala se le escapó. Tendida en el suelo, con el cazador debajo de mí, bebí su sangre.

Él se revolvía, tratando de hacerme más daño mientras yo soportaba un dolor terrible en mi tobillo. La bala me había alcanzado justo allí. Sin embargo, la sangre del mortal me hacía sentir vigorizada.

Escuché pasos aproximándose. No era una sola persona, eran muchas. Chicos y chicas emergieron desde todas partes, rodeándome. Una vez que dejé inconsciente al cazador al que estaba mordiendo, sin estar segura de si había muerto o no, me levanté con dificultad. Mis ojos se llenaron de lágrimas debido al dolor que me causó erguirme con el tobillo magullado.

—¡Oh, por Dios, la vampira mató a Charlie! —gritó una mujer, avanzando hacia nosotros junto a su pandilla.

El grupo de jóvenes formó un círculo amenazante a mi alrededor. Adiviné que eran los amigos de Charlie y que también podrían ser cazadores.

Uno de ellos se precipitó hacia mí. Era más grande que yo, corpulento y macizo. Parecía medir más de dos metros. Me invadió el miedo al ver el deseo de matarme reflejado en sus ojos. Me sentí acorralada, sin escapatoria, ya que estaban a mi espalda, a mis costados y delante de mí. Eran demasiados para que pudiera enfrentarlos sola.

El tipo gigante me capturó. Consiguió sostener mis manos detrás de mi espalda, reteniéndome. No pude moverme siquiera un poco.

Me arrastraron hasta el lugar más oscuro y remoto del jardín, donde acabarían conmigo.

—Oh, querida, no debiste hacerle daño a nuestro amigo —habló una voz femenina.

El hombre que me tenía atrapada sujetó una estaca de madera, apuntándola hacia mi pecho.

—Morirás por jugar con fuego.

—Suéltense o tendrán el mismo destino que su amigo Charlie —amenacé.

Aunque, por mi lastimosa voz, repleta de pánico, supe que mi amenaza no funcionaría.

El grandullón negó con la cabeza.

—No, no, no... ¡Mira cómo tiemblo! —me provocó. Sabía que ahora estaba más indefensa que ellos—. ¿Qué vas a hacer? ¿Morderme?

Fruncí el ceño, sintiéndome pequeña, lastimada, molesta y con ganas de llorar.

—Por monstruos como tú, soy tan infeliz. Matan todo a su paso, se han llevado todo lo que alguna vez he querido. Y, ¿todavía algunos de ustedes siguen creyendo que son los buenos? —balbuceó ese sujeto a la vez que cargaba su pistola con balas absolutamente plateadas.

Prensé los dientes.

Cerré los ojos cuando vi el arma de fuego aproximándose a toda velocidad hacia mi cara. Recibí otro golpe directo en el pómulo. Fui lo suficientemente fuerte como para no llorar.

—Deberías estar feliz de que no podamos matarte en presencia de toda esa gente que está

en la fiesta. —Puso su arma de fuego dentro de mi boca—. Pero... no te alegres aún, porque la celebración está por terminar. Pronto los invitados tendrán que salir del lugar y te incineraremos viva. Es una lástima que seas linda, porque luego del inesperado incendio, no quedarán más que tus cenizas, amiga mía.

Sus amigos cazadores estaban detrás de él con los brazos cruzados sobre el pecho. Me miraban con odio.

Tan pronto como extraje el arma de mi boca, mi cuerpo se inclinó hacia adelante e instintivamente solté una mordida. Traté de herir su cuello, pero el tipo se echó hacia atrás y me sujetó de los hombros.

—Ohh, tranquila, cuidado con los dientes —se burló, riéndose.

Nuevamente, intenté morder, aunque el esfuerzo fue infructífero. El hombre, irritado, regresó la pistola al interior de mi boca.

No tardó en amanecer. La música cesó y los sonidos dentro del salón se apagaron poco a poco. Había llegado mi hora. El cazador dejó de apuntarme con su arma antes de pedirle un encendedor a uno de sus compañeros.

Una vez que encendió la llama, aproximó el artefacto a mi cara. Sentí el calor contra mis mejillas. Podía oler el gas y percibir el desagradable ardor en mi piel. Ellos estaban dispuestos a destruirme, como si hubieran asistido a esa celebración con el único propósito de asesinarme. Tenían armas, estacas, ballestas, pistolas... Fuego.

Un muchacho que aparentaba menos edad que yo, se me acercó con una botella de plástico. Tan pronto como la destapó, mi olfato se inundó de un penetrante aroma a combustible... Gasolina.

Aterrorizada, me moví para ponerme de pie y salir corriendo. Sin embargo, el dolor en mi tobillo no fue lo único que me impidió levantarme, sino también el hombre fornido, que me arrojó nuevamente al suelo con su intrépida rudeza.

El muchacho de la botella vació el contenido de la misma en mi cabeza. Cerré los ojos mientras el líquido frío se deslizaba por mi cuerpo y mi cabello mojado se adhería a mi piel.

No podía pensar en nada, solo quería llorar. No quería imaginarme la espantosa forma en la que moriría. Mi cuerpo trepidaba al tiempo que mis ojos se humedecían, pero sin llorar. Ni una lágrima. El cazador de vampiros delante de mí sostuvo en sus dedos el mechero con fuego. Solo debía acercarlo a mí para que terminara convertida en carbón.

Con una media sonrisa en el rostro, soplé aire y la pequeña llama se extinguió. Se rieron de mí.

—¡Vaya! Así que quieres jugar, linda vampiro —largó uno de ellos.

Pese a que sabía que eso no iba a funcionar, me ayudaba a ganar tiempo. Ahora que mi vida estaba por terminarse, cada segundo me parecía valioso.

Bajo la tenue luz del creciente amanecer, vislumbré mi salvación. El más atractivo de los chupasangres apareció corriendo, con los ojos fijos en ese mechero apagado.

Los cazadores se volvieron hacia él sin mostrar ningún atisbo de sorpresa.

—¿Ya la tienen? —indagó el mismísimo Joe.

Palidecí, mi corazón se saltó un latido.

¿Era uno de ellos?

—Sí, Joseph, aquí está —confirmó el grandullón, apartándose del camino para que el vampiro me examinara.

Me escrutó de arriba abajo. Yo me encontraba empapada de combustible y ensangrentada.

Después de fruncir el ceño, miró sus uñas con mucha calma, tratando de parecer indiferente.

—Adiós, mundo cruel —dije con una resignación burlona.

¿Cómo podía ponerles gracia a mis últimos minutos de vida?

—¿Van a quemarla ahora? —persistió el vampiro.

—Sí, Joe, estamos perdiendo tiempo —se quejó una chica con voz mortificada.

—Podrían haberme avisado.

—Te vimos ocupado. Ahora, ¿podemos proseguir?

Apaciblemente, Joe acomodó su corbata de lazo antes de hablar.

—Me pregunto... —espetó—. ¿Tenían ustedes idea de que esta chica es mi amiga?

—¿De qué estás hablando? —Una mujer de cabello corto se mofó, convencida de que estaba bromeando.

—La chica vampiro es mi amiga.

—¿No estarás pensando en dejar con vida a esta sanguijuela? Ha matado a Charlie.

Desafiante, el grandullón se puso de pie delante de Joe, bloqueándole el paso.

—Lo sé, ha matado a Charlie, pero es mi amiga. No solo ella, también unos cuantos vampiros más. Y eso no es todo, yo mismo he asesinado a otros como ustedes. Así que, déjenla en paz. No quiero tener que usar la fuerza bruta. O los colmillos —Joe expuso sus enormes y afilados dientes.

—¡Puto imbécil! —gritó el hombre gigante al tiempo que lo atacaba con una estaca.

Antes de que el arma de madera pudiera tocarlo, Joe alcanzó a detener a su agresor, tomándolo de la muñeca.

—Buen intento.

Aproveché la distracción para echarme a correr. No obstante, en cuanto me levanté, más de cinco cazadores se abalanzaron sobre mí. Me sujetaron de los brazos y pies al tiempo que soltaba mordidas histéricas, sin conseguir herir a nadie.

—Raúl, libera a mi amiga antes de que me canse de ser tan bueno. Puedo hacerles mucho daño —la amenaza de Joe fue tan cruda y real que me congeló los huesos incluso a mí.

Ellos vertieron sobre mi cuerpo el combustible de otra botella. El hombre fornido, Raúl, se volvió hacia mí con el encendedor en la mano, mostrándome el fuego. Me encogí, asustada como una niña, sin recordar que yo era la mala en este asunto. No debía mostrar debilidad.

Puse mi cara más ruda.

A pesar de la situación, me alegró saber que Joe no estaba de acuerdo con mi doloroso asesinato, sino que había venido a salvarme la vida.

Gracias al cielo.

Como Raúl le había dado la espalda, no pudo ver mientras Joe lo acechaba. Tan pronto como le clavó los colmillos en el hombro, mi atacante gritó, dejando caer el encendedor. La pequeña llama se disolvió.

Sonreí de manera perversa, sintiéndome extrañamente contenta. Hasta que el resto de los cazadores se arrojaron sobre Joe como perros salvajes. Pese a que aquello me asustó, no lo manifesté.

Los movimientos del vampiro fueron sumamente ágiles al esquivarlos. Seguidamente, les propinó algunos golpes que casi los dejó sin conocimiento. Ellos terminaron adoloridos en el suelo.

—Pueden huir ahora, les estoy dando ventaja —gruñó, desafiante.

Me reí con ganas cuando todos se escabulleron espantados, revelando su cobardía. Incluso

abandonaron a su amigo Raúl, quien se retorció en el suelo por el dolor de la mordida.

—Es tuyo —Joe me dedicó una sonrisa mientras señalaba a Raúl con la mirada—. Puedes beberte toda su sangre si quieres.

En ese momento comprendí lo que había aterrorizado a los cazadores. Había más vampiros. Nina, Adolph, Alan y Donovan venían caminando tranquilamente.

—¡Hey, eso no es justo! —protestó Nina—. Nunca me dejas ninguna víctima a mí. ¿Ahora le darás a ella el postre?

—No, el postre lo tendrá cuando llegemos a casa —rebatí el vampiro malintencionadamente.

Observé a la criatura humana revolviéndose de dolor. Cerré los ojos, lamentándome desde lo más hondo de ser, inevitablemente, la asesina que era. Hice que mis sentidos se dejaran llevar antes de abalanzarme sobre el cazador. Como sentía cierto desagrado hacia él, preferí morderlo en la muñeca. Y bebí hasta que me sentí satisfecha.

Después de aquel episodio, destruimos todas las pruebas que pudieran exponer nuestra condición de "Súper villanos".

En el castillo de Deadly Hall nos esperaban tres hechiceras sentadas en la sala principal.

—¿Dónde estuvieron? —curioseó una de las trillizas.

—Salimos de fiesta. Ustedes entienden —no tardó en responder Joe.

—Solo queríamos divertirnos un rato —alegó Adolph en tono de disculpa.

—¿Cómo esperan que les brindemos protección si se la pasan saliendo toda la noche? Si quieren nuestra ayuda, deberían colaborar —reprochó la hechicera.

—No siempre nuestros poderes pueden alcanzarlos. Al parecer, fueron lejos, porque no logré localizarlos. No lo vuelvan a hacer, no sin nuestro consentimiento —reprobó otra de las réplicas góticas.

Yo había lavado ya el combustible de mi cuerpo y cubría mi rostro bajo la sombra de la capucha de un sweater que me dio Alan para ocultar mis heridas.

De forma inesperada, la habitación se inundó de una nube de humo que salía de ninguna parte, y las tres mujeres desaparecieron en un haz de luz.

Era temprano cuando nos tumbamos en los sofás y en la alfombra para dormir. Los seis estábamos completamente agotados.

Joe se encontraba acostado en un sillón junto al mío, lo suficientemente cerca para que pudiera escuchar mis murmullos.

—Joe —susurré con vergonzosa curiosidad—. ¿Estás despierto?

—Lo estoy —indicó antes de esconder su cara bajo una almohada—. ¿Qué quieres?

—¿Cómo te conocían esos cazadores? No entendí su relación —indagué.

—Ahhm, no es de tu incumbencia.

—Joseph —me rendí—. Por favor.

Lo oí suspirar.

—Antes era uno de ellos, eran mis amigos. Yo también cazaba —susurró, retirando la almohada de sus ojos—. Fui convertido en vampiro poco después. Nunca notaron mi cambio. Hasta el día de hoy, jamás se imaginaron que era un chupasangre. Creían que dejé el clan para ir a estudiar en la universidad. Así que en ocasiones ayudaba a los vampiros que capturaban a escapar sin que lo notaran, mientras evitaba que mis viejos amigos salieran lastimados. Los vi en

la fiesta y mencionaron que Charlie se había ido con un vampiro. Supe que eras tú cuando no te vi por ninguna parte. Y, por supuesto, eres la única vampira con tan poca experiencia para no reconocer a un cazador. Sabía que intentarían matarte. Lamento haber llegado tan tarde.

—Y ya que hablamos de esto... ¿Cómo puedo reconocer a un cazador?

—La mayoría de ellos llevan tatuajes, marcas en sus muñecas o sobre su cuello que indican que son cazadores. Y, claro, siempre están armados. Algunas veces traen collares, gargantillas o pulseras con amuletos o dijes para la protección —habló con calma y condescendencia—. Ahora, por favor, duérmete, Angelique. Estoy muy cansado. ¡Ah! Y sería bueno escuchar un: "¡Oh, gracias por salvarme, Joe! ¡Eres mi héroe!" —imitó una versión graciosa de mi voz.

Me reí tan alto que temí despertarlos a todos.

Luego suspiré con resignación.

—Gracias, Joe, me salvaste la vida.

Él me miró sonriendo, esperando que terminara la frase. No lo hice.

Alzó una ceja. Le respondí imitándolo.

Se rio suavemente.

—¿Eres mi héroe? —me burlé— ¡Por favor!

—Me debes la vida —contestó con humor—. Y cobro con intereses.

—No lo quiero imaginar. Ahora, por favor, duérmete, Joe. Estoy muy cansada —lo imité de forma jocosa.

Me cubrí la cara con mis sábanas mientras escuchaba su tranquila risa.

La humedad de unos labios sobre mi cuello me sacó de mi profundo sueño. Estos acariciaron mi garganta al tiempo que unas manos jugaban con mi cabello. Desperté, consciente de que Donovan me estaba besando. Le correspondí a los besos.

—Buenos días, hermosa —murmuró.

No pude evitar sonreír.

—Ven —prosiguió.

Tiró de mis brazos para alzarme del sillón y me hizo seguirlo escaleras arriba, hasta la habitación en la que guardaba sus cosas. Cerró la puerta al entrar. Vacilé. Me atrapó por la cintura antes de capturar mis labios con pasión. Entrelacé mis dedos en su pelo mientras lo besaba. Su aroma me atraía y sus labios parecían llamarme.

Abrazándome con mucha fuerza, se las arregló para bajar poco a poco el cierre del vestido en mi espalda. La prenda se mantuvo en mi cuerpo a pesar de estar abierta, pero bastaba con que la deslizara hacia abajo para tenerme en ropa interior.

Me quedé muy quieta, sin saber qué hacer. Donovan observó mi rostro con algo de preocupación antes de volver a besarme con vehemencia. En medio de un juego de ingenuos mordisquitos y candentes caricias con su lengua, besó mi cuello, hombros, mejillas, boca, mandíbula... Entretanto, sus manos se posaron "inocentemente" sobre el borde de mi vestido, comenzando a retirarlo.

Mi mente y mi precipitado corazón tuvieron un debate contra mis desatinadas hormonas. Aún dudando, lo aparté cariñosamente, empujándolo con cautela.

Él no se retiró por mi fuerza, sino por mi rechazo.

Traté de subir el cierre de mi vestido, pero no pude hacerlo por completo porque mis manos no alcanzaban la parte alta de mi espalda. Donovan me ayudó.

—Yo... tengo que ir a darme un baño. —En cuanto me moví hacia la puerta para irme, el

vampiro me agarró un brazo.

—Entiendo que no estés preparada para esto —me abordó—. Solo dímelo y esperaré.

No era que no estuviera preparada, era algo más. No era que Donovan no fuese guapo y ardiente, sino que sentía que no debía pasar lo que él quería que pasara. Además, aún no estaba segura de si lo que pretendía era mordirme, llevarme a la cama, o ambas.

—Sí, espérame un poco —mascullé, con duda.

Soltó mi brazo. Le di un corto beso en los labios y salí de su habitación cojeando, porque la herida en mi tobillo todavía dolía, al igual que la puñalada de mi estómago. El resto de las magulladuras prácticamente habían sanado, pese a que las marcas no desaparecieron del todo.

En el pasillo hallé Alan y Joe, quienes me vieron salir del dormitorio de Donovan.

—¿Te acostaste con Donovan? —soltó Joe de súbito, sin ninguna delicadeza.

Fruncí los labios y alcé una ceja.

—¿Te importa con quién me acueste? —contraataqué.

Alan profirió una risotada.

—Claro —declaró Joe con sarcasmo, alargando la palabra.

—Oh, niña, qué mal te ves. ¿Te han dado una paliza? —se escuchó una voz al fondo.

Advertí que era una de las hechiceras. La mujer estaba sola, sin sus hermanas.

—¿Cómo te has hecho esto? —continuó la dama gótica, acercándose mientras estudiaba mis heridas.

Los rostros de mis amigos perdieron color.

—Me caí —largué sin pensar.

—¿Cómo te caíste? —la mujer interrogó, levantando una ceja.

Me encogí de hombros.

—Anoche resbalé por las escaleras.

—¿Te empujaron?

Negué con la cabeza.

—Solo perdí el equilibrio.

Resignada, se alejó, marchándose escaleras arriba hacia el tercer piso.

—Eres buena —musitó Alan.

—Eso intento —le sonreí.

Al parecer sería un día tranquilo en el castillo. Me di un baño, desayuné, vimos un poco de televisión y estuvimos aburridos gran parte de la mañana. Las brujas no nos permitieron salir porque “había vampiros acechando”.

A media tarde, recibimos una visita inesperada. El mayordomo Harvey apareció en la cocina justo cuando debatíamos si las hamburguesas sabían mejor con mostaza o sin ella.

—Están buscando a Joseph Blade en la entrada —nos avisó el hombre.

—¿Esperabas visitas? —le preguntó Adolph a su amigo.

El segundo sacudió la cabeza, negando a su pregunta. Y salió disparado a la sala.

Un par de minutos más tarde regresó. Y no estaba solo. Lo acompañaba una mujer alta, de ojos verdes felinos y cabello castaño, largo hasta la cintura. Su piel estaba bronceada de forma perfecta. Era esbelta, con una carretera de curvas inimaginablemente envidiables.

Aparentaba más edad que Joe. Su sensual cuerpo y caderas voluptuosas me hacían sentir como una niña de diez años. A su lado me veía tan pequeña, tan infantil, tan delgada e inferior...

¿Quién era esa?

Busqué respuestas en los rostros de todos. Pese a que Joe sonreía, Adolph parecía brutalmente furioso. Los demás se mostraban fastidiados de verla.

—¡Oh, Deborah! —exclamó Joe—. Me disculpo, creo que no conoces a la chica nueva del clan. Ella es Angelique.

La dama con andar seductor, vestido rojo de diablo, botas de tacón largas y un gran escote, vino hacia mí con su mano extendida.

—Gusto en conocerte —esbozó la sonrisa más plástica e hipócrita que jamás había visto—. Soy Deborah Russel.

—Moore, Angelique Moore —me presenté, intimidada.

—Si necesitan algo, estaremos en mi habitación —aclaró Joseph—. Traten de no necesitarme.

Esa mujer no era su cena. Ella también era un vampiro. Joe no deseaba su sangre, la deseaba a ella. Debí imaginar que pasaba algunas de sus noches con una que otra vampiresa.

La pareja abandonó la cocina.

Temí por la rabia de Adolph, su rostro había enrojecido.

—Oh, oh —cantó Nina—. Blade está en problemas.

—Es un imprudente —musitó Donovan.

—Si salimos de esto vivos, lo mataré —Adolph habló con los dientes apretados—. ¿Cómo se le ocurre traer aquí a una vampira?

—Bueno, podemos esperar a que las brujas se den cuenta y nos asesinen, o podemos huir por la carretera en nuestro auto y dejar que Joseph se acueste con su diablo hasta que esas trillizas lo descuarticen —dijo Nina de manera humorística.

—También podemos irrumpir en su cuarto y sacar a esa mujer de aquí —sugerí tímidamente.

—Joe es mucho más obstinado que eso. No dejará que toquemos a Deborah, o que la echemos de aquí. Y lo más seguro es que las hechiceras ya sepan de su presencia —alegó Adolph—. No hay nada que podamos hacer. Quizás esperar a que ella se largue de aquí. Luego podremos pensar en nuestras cenizas enterradas en ese jardín.

—¿Quién es esa Deborah? Quiero decir, ¿cómo la conocen? ¿Es un vampiro mayor?

—Tiene unos doscientos años, creo —dijo Alan.

—Ella se acuesta con Joe algunas veces. Él se acuesta con muchas —explicó Nina—. Adolph también la conoce desde hace bastante tiempo.

—Sabes cómo es esto, los vampiros nos conocemos entre todos —ratificó Donovan.

Excepto por mí, pensé. Ellos no sabían de mi existencia y yo solo conocía a seis. Eso si contábamos a la tal Deborah entre mis conocidos.

Estuvimos todo el día hechos un manojo de nervios. Mientras Joe hacía gritar a su vampiresa en su dormitorio, comencé a imaginar cómo se vería mi lápida en el cementerio que se vislumbraba desde el balcón de mi habitación.

Finalmente, luego de varias horas, el irresponsable Blade apareció a medio vestir, con su mujer diabólica unida a sus labios. El resto de nosotros aguardamos en el salón principal mientras se despedía de ella con múltiples besos en el cuello y frases repulsivas.

—Volveré pronto —le susurró Deborah al oído.

Lástima que pude escucharlo.

—Oh, por favor, será un placer —contestó él, guiándola fuera antes de cerrar la puerta.

No llevaba camiseta, escasamente vestía unos pantalones ajustados. Y estaba descalzo. Se

dejó caer pesadamente sobre el sofá, soltando un profundo suspiro.

—Esta mujer sí que es buena en la cama. En serio. —Vio el semblante iracundo de Adolph—. Estoy dispuesto a recibir tus golpes, pero al menos déjame disfrutar del grato momento que acabo de pasar.

—Seguro —respondió Adolph, entornando los ojos.

—No me mires así. Deberías ver cómo se mueve.

—Cállate, Joe, nadie quiere escuchar los detalles sucios —incredó Nina.

—No me importa, ha valido la pena —exhaló, satisfecho—. Ahora... Creo que tengo una cita atrasada contigo, nena. —Me miró.

Fingí que no me estaba hablando a mí. Agaché el rostro para ocultar el rubor sobre mis pómulos.

Donovan, que estaba a mi lado, tomó mi barbilla en sus dedos para elevarla antes de darme un ligero beso en los labios.

—¿Has hecho citas con mi novia? —le preguntó a Joseph.

El enrojecimiento de mis mejillas se hizo más notable.

¿Desde cuándo era su novia?

—Para nada, amigo. Al contrario, ella ha hecho una cita conmigo —lo provocó el otro vampiro—. Se suponía que sería ayer en la noche, en el baño de arriba, ambos desnudos.

¿Cómo pudo revelar aquello? Quería estrangularlo.

Donovan mantenía una pérfida calma.

—De acuerdo, no queremos otro enfrentamiento. Así que, Joe, será mejor que olvides tu cita con Angelique —comentó Nina entre risitas.

¿Qué era tan gracioso?

Dirigí una mirada fulminante hacia Joe, quien, sin inmutarse, me devolvió una sonrisa encantadora e irónica.

Por fortuna, nuestra conversación fue interrumpida por Harvey, que atravesó la sala como un rayo para abrir la puerta principal. Del otro lado aparecieron Agatha, Lorraine y Helen.

Palidecí. Uno nunca sabía de dónde saldrían esas tres.

—Hola —saludó una de ellas—. ¿Qué han hecho en nuestra ausencia?

—Hemos estado divirtiéndonos —informó Joe, que siempre tenía algún comentario insensato por hacer.

Advertí el deseo de Adolph de matarlo en ese mismo instante.

—Me alegro mucho por ustedes. Estaba preocupada de que se aburrieran demasiado y se largaran esta noche —confesó la amable bruja.

Ellas no tenían la menor idea. No habían visto a Deborah entrar a su casa, ni escucharon nuestras conversaciones sobre vampiros. Los latidos de mi corazón se normalizaron al darme cuenta de que mi vida no corría peligro. Fue un alivio.

Donovan volvió a besarme frente a todos, incluidos los chicos, Harvey, las hermanitas Salem y el gato negro que una de ellas sostenía en brazos.

El felino saltó de su regazo, alejándose como una sombra veloz. Corría con la cola alzada, tan ágil como un puma. Con un maullido, desapareció de mi vista.

Las hechiceras se alinearon en fila con sus atuendos góticos y sus largas melenas cayendo en cascada sobre sus cuerpos. La del medio buscó mis ojos con los suyos. Su mirada era tan penetrante e imponente que aparté la mía con nerviosismo. Los ojos de ella parecieron oscurecerse repentinamente.

Su cabello ondeó violentamente, como si una ráfaga de viento lo hubiera agitado, aunque no había ni un rastro de brisa. Su rostro lucía más pálido que de costumbre, mostrando tensión en cada fibra de su ser. Y justo en el hueco de su garganta, la piedra preciosa que adornaba su cuello comenzó a resplandecer, lanzando destellos de un deslumbrante tono rosa por todo el recinto.

Estaba ocurriendo algo muy extraño. Su mirada permaneció perdida en la inmensidad. Una oleada de aire frío saturó el lugar al tiempo que la mujer cerraba los ojos, apretándolos mientras tomaba de las manos a sus hermanas. Creí notar que perdía estabilidad.

—Tuvo una visión —afirmó su hermana—. ¿Qué viste?

No lo reveló. Volvió a verme a los ojos, como si supiera algo oculto sobre mí, como si conociera todos mis secretos.

Temí que fuera cierto.

—Cuídense —explicó conclusivamente la hechicera—. Cuídense, todos ustedes. No salgan de aquí a menos que quieran morir.

Era una advertencia, pero sonaba como una amenaza.



CAPÍTULO 7: SUCCUBUSS

En medio de un humo negruzco, las tres mujeres góticas se esfumaron, igual que un trío de brujas. Esas con escobas, hechizos y pociones mágicas.

—Ya escucharon —concluyó Adolph—. No podemos salir de aquí, y no recomendaría tampoco traer invitados.

Le arrojó una punzante mirada a Joe, haciendo énfasis en sus palabras para que la indirecta fuera captada por el receptor.

—¿Por qué? No nos han matado —se defendió el atacado, sonriendo.

—Porque no querrás que lo hagan, ¿o sí?

—¿*Que lo hagan*? —repitió el vampiro de cabello negro, alzando una ceja—. Claro que sí, que lo hagan conmigo. Siempre fantaseé con trillizas.

¡Vaya asqueroso patán!

—¿Joe, puedes callarte? —me aventuré a comentar.

—¿Celosa?

—Por supuesto —expresé de forma irónica al tiempo que sonreía amarga y fingidamente.

Los seis volvimos nuestras cabezas al escuchar que alguien se aclaraba la garganta.

Era Harvey, que gracias a sus destrezas para no hacerse notar, nos había sorprendido a todos.

Había estado allí de pie todo ese tiempo.

—No me gusta que hablen mal de mis jefas —declaró desde la lejanía, en un tono de voz misterioso, que nos dejó llenos de incertidumbre—. ¿Las llaman brujas e invitan vampiros en su ausencia? Eso se ve muy mal.

Adolph se puso tan blanco como la sal.

Harvey sonreía casi de manera indulgente, pero detrás de esa máscara había cierta malicia. Negó con la cabeza, adivinando lo que pensábamos.

—No voy a decir nada —indicó el mayordomo—. Eso no será necesario.
Fruncí el ceño, confundida.
¿A qué se refería?

Esa noche no hubo cacería, ni fiestas, ni sangre, ni seducción, ni muerte. Solamente una película de televisión, con palomitas de maíz y snacks en la oscuridad de la noche. Todos juntos recostados sobre la alfombra, encima de nuestras almohadas. Lo que sin duda significaba: intimidad.

En otras palabras, muchos besos entre Donovan y yo, disimulados roces de nuestros labios entre las penumbras: húmedos, suaves, cálidos y apasionados, acompañados de caricias candentes.

No había acabado la película cuando caí rendida por el sueño, recostada en el pecho de... ¿Mi novio?

Esperaba despertar en los brazos de Donovan, descansando en el mismo sitio, sobre su corazón, tumbados en la alfombra. En lugar de eso, lo hice en mi dormitorio en el castillo, sobre esa enorme cama de madera antigua. A través del balcón se filtraba la hiriente luz solar, quemando mi piel, bañándome de una dolorosa cascada de energía.

Aunque entre mis brazos no estaba Donovan, no dejó de hacerse notar. Me encontré inesperadamente abrazada a un afelpado oso de peluche, con la frase "I Love U" grabada en su patita derecha y una nota de papel colgando de esta con el nombre de Donovan.

A eso le llamo: conocer el lado romántico de un vampiro. Pensé al tiempo que sonreía.

Antes de hacer cualquier cosa, apoyé mis pies en el suelo para correr a cerrar las cortinas. De lo contrario, mi piel empezaría a humear o a derretirse, quizás. Bueno, tal vez estaba exagerando, pero esa era la sensación que tenía cuando me tocaba esa luz caliente.

Después de una cita con el baño y el peine, me coloqué una falda roja a cuadros de Nina y una camisa blanca con otro marcado escote. Acompañé el outfit con una bufanda y un abrigo largo, adquirido del armario de Donovan.

Aquel fue un "día normal": comida, encierro, televisión, bromas entre nosotros, besos con mi nuevo novio, aburrimiento y conversaciones poco profundas. Todo eso mientras Harvey vigilaba cada uno de nuestros movimientos o palabras con disimulo. El gato negro aparecía y desaparecía de vez en cuando como una sombra, las hermanas Salem seguían sin mostrarse, Adolph ordenaba una y otra vez que no dejáramos el castillo, Nina continuaba con sus ocurrencias, Joe con sus actitudes de fanfarrón presumido; Alan trataba de no rogarle a Nina y Donovan me suministraba agasajos cada vez que podía.

Cuando todos se retiraron a sus habitaciones, Donovan y yo permanecimos acurrucados en el sofá, degustando nuestros labios una vez más para saborear lo que ya conocíamos.

Sentada a horcajadas encima de su regazo, acaricié su fuerte espalda. Él sostenía mi peso con una facilidad absurda al tiempo que trazaba con sus carnosos labios una línea de besos en mi cuello. Yo contemplaba su rostro manchado de mi lápiz labial por todas partes.

El momento, más que adorable, fue hermoso, ameno. Hasta que Donovan lo interrumpió para pedirme que me marchara al dormitorio, sola.

Era un caballero, me convencí a mí misma. No quería que fuéramos más lejos. Quería esperar al momento correcto, ¿cierto?

Lo obedecí con total hastío.

No conseguía dormir. ¿Qué tanto hacían los chicos encerrados en sus habitaciones?

Ese horrible cuarto ni siquiera se asemejaba al mío en casa, el cual contaba con una laptop sobre el escritorio, conectada a internet, una TV con quinientos canales, un teléfono móvil con trescientos contactos para comunicarme, un equipo de sonido con un volumen exagerado y algunos esmaltes de uñas para hacerlo más entretenido. Eso era lo que una adolescente promedio debía tener para sobrevivir entre cuatro paredes. No muebles de hace diez siglos, sin electrodomésticos, una cama en la que entraría una familia completa y decoración barroca.

Sin poder tolerar el encierro, fui en búsqueda de mi novio. Al no encontrarlo en el piso inferior, decidí llamar a su habitación.

Nadie contestó, nadie abrió. Así que lo hice yo. Giré el picaporte y empujé la puerta despacio.

No estaba ahí.

Le pregunté a Adolph si lo había visto, su respuesta fue negativa.

Alan y Nina probablemente estaban muy ocupados recreando alguna escena de una película para adultos, así que no quise importunarlos.

De modo que... ahí estaba yo, obligándome a llamar a la puerta de Joe.

Cerré el puño, preparándome para golpear la madera. Lo hice un par de veces hasta que el vampiro abrió. Tenía aspecto de chico adormilado: el cabello revuelto, la camiseta arrugada, calcetines blancos y pantalones negros que dejaban apreciar sus esculturales piernas a través de la tela.

Inexplicablemente, mi estómago se agitó internamente, igual que una lata de coca cola a punto de estallar.

Él hizo un mohín de disgusto al verme, como si tuviera algo muy desagradable en la cara.

—Hola —dijo con suavidad—. Veo que tus heridas no han mejorado demasiado.

Inspeccioné rápidamente mi rostro con mis dedos, sin darle importancia.

—Hola —respondí con timidez.

—¿Qué quieres?

—¿Has visto a Donovan? —solté tan rápido como pude.

—Oh, déjame pensar... Creo que se ha perdido en mi habitación. —Eché un vistazo dentro, con su característica ironía—. No, no está aquí —quiso tomarme el pelo. Luego su semblante cambió. Me contempló con los ojos entrecerrados y aquella expresión irritada que solía hacer—. ¿Por qué tendría que haber visto a tu enamorado? Antes de que digas nada... No, definitivamente no me acostaría con él. ¿No deberías saberlo tú? En serio, qué lástima que hayas perdido a tu chico. —Fingió tristeza de manera soberbia.

—Joe, no juegues. Busqué abajo y en su dormitorio. No estaba en ninguna parte. Adolph tampoco lo ha visto.

—Lo siento, adiós. —Cerró la puerta en mi cara de un portazo.

—¡Ah, Joe! ¡Te odio, eres imposible! —le grité desde el otro lado.

Esperé unos segundos, con la esperanza de obtener alguna respuesta. Como no fue así, me retiré.

Justo cuando estaba a mitad del pasillo, encontré a Nina y Alan contra una pared. No paraban de besuquearse.

Al notarme, se detuvieron y me saludaron. No tardaron en ofrecermé pasar el rato frente al televisor, como era de costumbre. A esa actividad pronto se unieron Joe y Adolph. Los cinco hablamos toda la madrugada, hasta quedarnos dormidos en los sillones.

Donovan apareció en la mañana, recostado junto a mí como si hubiera estado ahí toda la

noche.

Transcurrieron unos tres días similares, tanto que las misteriosas desapariciones de Donovan a medianoche siguieron ocurriendo.

Fueron días sin poder salir, ni siquiera al jardín. Es decir, días sin beber sangre.

Aquella cuarta noche, sentí que no podría controlar mi sed por mucho más tiempo. Estaba tan débil que apenas podía caminar. Los demás parecían lidiar muy bien con ello. Lucían poco o nada hambrientos.

En cambio yo, sentada en el suelo de mármol de la cocina, rodeando mis rodillas con mis brazos al tiempo que mordía mi labio inferior con tanta fuerza que empezaba a romperse, anhelaba escaparme para conseguir algunos humanos para cenar.

—Maldita sea, salgamos a conseguir sangre —se quejaba Joe.

—Nadie va a salir de aquí —la voz de Adolph fue autoritaria.

—Ella necesita sangre —intervino Alan, señalándome con la mirada.

—No creo que suceda nada si salimos una noche —aseveró Donovan.

Adolph parecía encolerizado.

—Al menos podríamos darle sangre de uno de nosotros, eso va a ayudarla un poco —sugirió Nina.

Los chicos se giraron a verla, que esa noche en particular vestía una mini falda de color negro y un crop top que dejaba ver su musculoso abdomen plano. También traía una curiosa peluca de largo cabello negro.

—Eres una genio, Nina le Boursier —Donovan sonrió.

Precipitado, el muchacho buscó un cuchillo en la barra de la cocina. Tan rápido como pudo, cortó su muñeca y se puso de rodillas frente a mí, acercando su mano a mi boca.

Mi labio inferior sangraba porque mis dientes lo habían perforado, mi cabeza dolía, mi apetito no cesaba. Abrí la boca y bebí su sangre, tratando de saciarme. Sabía a Donovan. Pese a que era reconfortante, no calmaba mi sed como debería. Bebí un poco más..., y un poco más, comprobando si podía satisfacerme. No obstante, debía soltarlo antes de que acabara desangrado.

—Ya es suficiente —intervino el líder vampiro.

Cerré los ojos antes de detenerme.

Donovan tomó un pañuelo, con el cual cubrió su herida.

Mis oídos escucharon el lejano sonido de un vehículo aparcando en la entrada del castillo.

—¡Mierda! Llegaron las hermanas Salem —expresó Alan.

Con las pocas fuerzas que me quedaban, corrí hasta mi habitación y me encerré allí. Estaba segura de que no podría controlarme si tenía a esas mujeres cerca. Bebería de ellas. Y nos metería en problemas a todos.

No alcancé a escuchar lo que sucedía afuera, las paredes eran demasiado gruesas para poder entender cualquier cosa.

Tras extensas horas de intriga, las cuales estuve tumbada en la cama, haciendo lo posible por dejar de lado mi necesidad de sangre, llamaron a mi puerta.

Tuve que hacer un esfuerzo sobrehumano para ponerme de pie antes de abrir. Del otro lado estaba Joe.

—Hey —sonrió débilmente—. ¿Estás bien?

Asentí en un movimiento rápido.

Cuando estaba a punto de volver a cerrar la puerta contra su nariz, alzó la mano para empujarla.

Sin autorización, entró.

—¿Te sientes bien? —susurró despacio, alargando las palabras.

Sacudí la cabeza, negando.

Joe apartó unos cuantos cabellos que caían en mi rostro. Ante su desmedida cercanía, retrocedí.

—Angelique, muérdeme. —Avanzó dos pasos hacia mí—. Es necesario si quieres sentirte mejor.

—No —me escuché decir a regañadientes.

—No estoy mintiéndote, estás muy débil, deberías beber un poco de sangre. Sabes que si me muerdes, vas a sentirte mejor —sonaba considerablemente sincero.

Cada paso que daba en dirección a mí, me hacía echarme hacia atrás. No me dejaba escapar de su mirada, igual que un depredador.

—Joe, vete, no me siento bien.

Al notar mi desdén, agotó su último recurso para no dejarme huir. Me atrapó, reposando sus manos a cada lado de mis caderas. Juntó su cuerpo con el mío.

Mi vientre se encontró con su pelvis. Un cosquilleo asfixiante me invadió al tiempo que mi corazón se aceleraba tres veces más de lo normal. Joe podía sentirlo, porque mi pecho estaba aplastado contra su torso.

Acarició mi mejilla con la suya, rasposa por aquella barba minúscula que empezaba a crecer. Hundió su nariz en la profundidad de mi cuello, acariciándome con su rostro. Me inundé de su esencia masculina, su aroma a dioses. Mis labios trepidaban, palpitando de necesidad.

Él se las arregló para deslizar sus manos por debajo de mi camiseta. Las puntas de sus dedos apenas rozaban mi espalda desnuda. Sus palmas me ocasionaron ardor al tacto. Me estremecí con cada roce.

—Joe —balbuceé en un suave murmullo inentendible. Las palabras se negaban a salir de mis labios—. ¡Joe...!

A duras penas logré empujarlo suavemente para apartarlo. Con mis manos sobre su pecho, trataba de separarlo de mí, haciendo fuerza. Sin embargo, no servía de nada.

A pesar de mi debilidad, traté de forcejear, resistiéndome. En mi piel sentía sus manos incitándome, sus expertos dedos recorriendo mi columna con caricias.

A medida que él avanzaba, yo retrocedía, en sus brazos. Me estaba acorralando, conduciéndome hasta la cama.

Mordí mis labios para reprimir ese gemido ahogado que quería salir de mi garganta. Mi respiración sonaba intranquila, entrecortada.

—Joe, enser... —antes de poder concluir la frase, tropecé con el colchón y caí de espaldas sobre las suaves almohadas.

Acto seguido, Joe se abalanzó sobre mi cuerpo.

Su sangre comenzó a apetecerme cuando se aproximó tanto que podía oler su piel. Me hacía revivir en mi mente el recuerdo de su sabor. Mi imaginación regresó a aquella noche en el hotel..., cada sensación, el líquido descendiendo por mi garganta.

Ahora, aún más famélica debido a la sed acumulada durante días, se me hacía agua la boca. No podía dejar de admirar los gruesos músculos de su cuello.

Aunque mis colmillos ardían con urgencia, sabía que no podía dejarme llevar.

Por más que intenté reprimirlo, no lo logré. Gruñí de placer.

Lo siguiente que sentí, fue su lengua lamiéndome el cuello, los hombros, la línea de la

mandíbula... Me estaba saboreando. La sensación de humedad de su ardiente boca me provocaba escalofríos desde los pies a la cabeza.

—Detente, Joe —solté en un lamento, al tiempo que me retorció entre sus brazos, gimiendo. Mi voz era débil.

Al escuchar mis desesperadas súplicas, sujetó mi rostro entre sus manos, obligándome a ver sus ojos. Quise girar la mirada a otra parte, pero su firme agarre no me lo permitió. Sus ojos grises tenían cierto brillo, al mismo tiempo que lucían profundos y ensombrecidos.

—Mírame —susurró al fin—. Mírame a los ojos y dime que no me deseas, Angelique.

No, no podía decirlo. Las palabras se rehusaban a salir.

¿Por qué no podía decirlo? ¿Por qué ni siquiera podía pensarlo? ¿Acaso no era la verdad?

¿O es que realmente lo deseaba?

Cuando sus labios tocaron mi oreja, gemí en voz alta.

—Tomaré eso como un sí. Me deseas, ¿verdad? —murmuró de vuelta.

Una vez más me forzó a ver su cara. Sus dedos apretaban mis mejillas dolorosamente. Estudiaba mi rostro, como si quisiera conocerlo. Me exploraba con sus ojos de forma amenazante.

Mientras estaba debajo de él, soportando su peso, me acarició los labios con las puntas de sus dedos. Aquello causó que mi cuerpo reaccionara impulsivamente, inclinándose hacia adelante para atrapar sus labios con los míos. Cuando el vampiro apartó su rostro, jadeé, sintiéndome abatida. Me estaba dando por vencida.

Te deseo tanto, Joseph Blade.

Si lo admitía en voz alta, estaría perdida. Le daría más poder sobre mí, alimentaría su ego, su codicia.

Poco a poco, deslizó mi camiseta hacia arriba, deshaciéndose de esta expertamente. Contempló la desnudez de mi abdomen y el sujetador que apretaba mis pechos antes de resbalar mi falda a través de mis piernas, retirándola por completo en pocos segundos. Lo único que restaba era mi ropa interior.

Sentí sus gruesos jeans rozando mis muslos. Él seguía vestido, con todas sus prendas.

Si estaba esperando a que le arrancara la ropa, debía saber que aquello no iba a suceder.

No obstante, mi cuerpo me contradijo...

Traicioneras hormonas vampíricas, me quejé para mis adentros.

Algo incontrolable y desenfrenado me hizo mover las manos. Ansiaba desaparecer de mi camino su ropa. Tan pronto como Joe sintió que mis dedos alzaban su camiseta, me lo impidió. Agarró mis muñecas, llevándolas a cada costado de mi cabeza. Se apoyó en la cama contra ellas, para no cederme movilidad.

Cuando la punta de su lengua acarició mi abdomen, sentí que moriría de placer.

Su tacto fue tan impactante que inundó mi vientre con andanadas de adrenalina. No podía respirar.

Una de sus manos me liberó para aventurarse hacia mi espalda. Desabrochó el sujetador con más facilidad de lo que yo hubiera podido hacerlo.

Retiró la prenda lentamente mientras me veía a los ojos, como aguardando por mi aprobación, o desaprobación.

Después, hizo descender la mirada hacia mis desnudos pechos, con los ojos envueltos en llamas.

Todo mi cuerpo palpitaba, anhelante. Rogando por más.

Besó mis costillas, subiendo hasta mis senos con su lengua. Mi espalda se arqueó al tiempo que sus manos se detenían en la liga de mis bragas. Estaba determinado a deshacerse de esa prenda también.

Mi endeble intención de hacer que parara me hizo reaccionar.

—Joe —fue lo único que alcancé a decir en un tono lastimero, suplicante.

—¿Hmm? —atendió a mi llamado al tiempo que seguía tocándome.

—Joe —seguí gimoteando—. Detente, Joe. Donovan va a enfurecerse.

Funcionó.

Sus manos dejaron de moverse. Buscó mi mirada. Sus ojos destilaban fuego, ira.

—Bien —bufó con frustración—. Anda a revolcarte con tu noviecito Donovan.

Se apartó, se puso de pie y salió dando furiosos trancos. Dio un portazo al cerrar la puerta del cuarto.

Me dejó sola y desnuda.

Me envolví entre mis sábanas.

¿Cómo pudo dejarme así?

Me sentía furiosa e inexplicablemente abatida.

De acuerdo, yo le había pedido que se marchara, pero al menos podía haber sido un poco más considerado, ¿no?

Me sentía avergonzada, expuesta, sedienta. Excitada. Vulnerable e incluso dolida.

Maldije a Joe en mi mente unas mil veces.

Lo maldije porque mi cuerpo tenía su olor, porque todavía sentía sus caricias en mi piel, porque había dejado marcas invisibles en cada parte de mí, porque pudo saborearme como nadie lo había hecho, porque me hizo gemir de placer, porque era tan sexy que dolía verlo, porque sabía exactamente cómo hacer las cosas, porque logró dejarme con más sed de la que antes tenía, porque me hizo sentir ese estúpido cosquilleo ahogado dentro de mí...

Porque era tan orgulloso, patán, presumido y fanfarrón; porque no sabía lo que pensaba de mí, porque dejé que me desnudara, porque se aprovechó de que estaba tan hambrienta y débil, porque...

No podría acabar nunca la lista de por qué maldecir a Joseph Blade en un momento como ese.

Seguramente él también me estaría maldiciendo al mismo tiempo.

Volví a vestirme con mi indumentaria poco conservadora. El rubor en mis mejillas seguía encendido como una chispa. Me senté en la cama en plena oscuridad. Observé el balcón con la palpable tentación de huir en busca de sangre.

Me abracé a mí misma, envolviéndome con las sábanas mientras trataba de postergar mi nociva sed.

Cerré los ojos, notando cómo mis pensamientos traicionaban mis sentidos. Detrás de mis párpados imaginaba, recordaba y reflexionaba cosas sin coherencia alguna...

Cuando giré la mirada hacia un costado, reconocí al osito de felpa de Donovan. Prácticamente me había olvidado de su existencia cuando Joe me había empujado a la cama apasionadamente.

El animal de peluche tenía una inocente carita, que probablemente me observaba con desaprobación acusatoria. Casi sentí que era Donovan quien me miraba, culpándome de algo. Su afelpado amigo había sido testigo de algo muy personal, que nadie debía saber. Mucho menos Donovan.

Genial. Pensé con ironía. Ahora mi conciencia me quiere abrumar.

Estuve durante minutos, horas, quién sabe, con los ojos cerrados, mordiendo mis labios para soportar la abusiva necesidad que me afligía, hasta que otra vez llamaron a mi puerta.

Esta vez no la abrí. Permanecí acostada, ignorando el golpeteo contra la madera, pensando en que no quería arriesgarme a que fuera Joe del otro lado, con ganas de más juegos.

—Angelique —sonó una voz desde afuera—. ¿Puedo pasar? Soy yo, Donovan.

No respondí.

Él abrió con cautela, como si tratara de hacer silencio. Lo observé con recelo. En sus manos traía uno de esos vasos térmicos.

—¿Por qué no contestabas? —inquirió al tiempo que se sentaba en el colchón junto a mí.

Cuando me encogí de hombros, supo que no le respondería.

—Te traje sangre.

—¿De dónde la sacaste?

En respuesta, también se encogió de hombros antes de ofrecerme el vaso. Bebí la sangre con impaciencia, hasta la última gota en el fondo. Me relajé los labios, casi satisfecha.

—Gracias —le dije honestamente.

Cuando me incliné para besarlo, no rechazó el beso, pero tampoco lo respondió. Al darme cuenta de su indiferencia, me aparté. Busqué una explicación en sus ojos.

—Bésame cuando no huelas como Joe —gruñó con amargura.

Se levantó con aparente calma y abandonó mis aposentos.

—Donovan... —le insistí, pero ya se había ido.

Ahora con menos debilidad, pude salir de la habitación para darme un baño. El agua tibia y espumosa debía eliminar el olor a Joe, su sabor, las marcas de su lengua, de sus dedos sobre mi piel...

Al terminar mi ducha, fui en búsqueda de Donovan, pero no lo encontré. Era cerca de la medianoche, justo la hora en la que solía desaparecer.

Era muy sospechoso.

Tropecé con Adolph en el pasillo.

—¿Dónde se mete ese chico cada noche? —me quejé en voz alta.

El vampiro me miró por el rabillo del ojo, sonriendo.

—¿Quién? ¿Donovan?

—Exacto.

—¿Quién sabe? —su semblante cambió al decirlo—. Solo espero que no esté fuera de casa. Veo que ya te sientes mejor.

—Uh, sí. Donovan me dio... ya sabes —no terminé la frase, no quería que las hermanas escucharan.

—¿Donovan te dio más de su sangre? —susurró muy bajo.

Negué.

—No, me dio sangre humana en un recipiente —respondí en murmullos.

—¿Cómo rayos...? —no concluyó la frase. En lugar de eso, cambió el tema—. Ven, vamos a ver una película. Nina y Alan ya están abajo.

En el salón también se encontraba Joe. Me percaté de que evitaba cruzar miradas conmigo.

De todas formas, ¿cómo iba a mirarlo a los ojos sabiendo que momentos antes me tuvo desnuda en sus brazos?

Me avergonzaba pensar en ello.

Ambos estábamos enojados, la tensión se propagaba en el aire a nuestro alrededor.
Yo estaba furiosa por su actitud, mientras que él lo estaba por quién sabe qué mierda.
¿Era porque lo había rechazado?

Si esa era la razón, Joe era un imbécil. Un inmundo, peligrosamente sexy, imbécil.

Nina apareció con un recipiente de nachos con queso y tres latas de cerveza debajo de su brazo.

—Creo que necesitaremos más bebidas —se dio cuenta, sonriendo con tranquilidad mientras nos contemplaba a Adolph y a mí.

—Yo voy a buscarlas —se Alan ofreció antes de retirarse.

Cuando regresó con una lata extra para su amigo y otra para mí, la acepté antes de tumbarme en la alfombra a beber.

Mis padres no hubieran aprobado esto, dije en mi cabeza.

Pero ellos no estaban. Nadie me impediría hacerlo.

Después de terminar esa cerveza, me levanté para ir por la segunda. Nina atrapó mi brazo, evitando que me moviera.

—Oh, no, niña —refunfuñó—. Me pediste que no te dejara beber tanto. ¿Debo recordarte que te embriagas fácilmente?

Resignada, volví a sentarme, situando el plato de nachos sobre mis piernas.

—Nina —intervino Joe—. ¿Podrías decirle a Angelique que me pase los nachos?

Con sorpresa en el rostro, ella nos contempló a ambos, desplazando sus sagaces ojos desde Joe hasta mí.

—¿Por qué no lo haces tú?

—Simplemente no quiero. ¿Le preguntarás o no?

Enrojecí de furia.

Caminé hasta el otro sillón y le entregué los malditos nachos.

—Nina, ¿podrías decirle al señor Blade que se comporta de forma infantil? —solicité, observándolo directamente a los ojos con odio.

—¡Chicos! —la muchacha casi gritó—. Si andan de malas, contraten un mensajero. ¡Yo renuncio! Los dos son tontos e infantiles.

—Así que han estado peleándose, ¿o me equivoco? —se burló Alan.

Esa noche fui a dormir en mi dormitorio. No quería permanecer ni un minuto más con Joe en la misma habitación.

A mitad de la madrugada, desperté con una creciente angustia en el pecho. No tenía sueño.

Oí voces en el pasillo.

Eran Adolph y Donovan.

Como no lograba entender lo que murmuraban, me puse de pie y caminé a hurtadillas.

Mi intención era salir a saludarlos, pero mis planes cambiaron cuando escuché algo que captó mi atención. Aplasté el oído contra la puerta, esperando que no se percataran de mi presencia.

—Ella me lo dijo, desapareces cada noche —le reclamaba Adolph a mi novio—. ¿En dónde has estado?

No oí la respuesta de Donovan.

—Dime de dónde sacaste la sangre —siguió el vampiro líder—. No creo que trabajes para los Zephyrs.

—Adolph —profirió Donovan—. Sucede que soy un Succubus.

¿Qué mierda era eso?

Más silencio.

—Podrías habérmelo dicho —discutió Adolph, resignado—. Solo... ten cuidado. Sabes lo peligroso que es que uno de nosotros se aparte de los demás. Deberías haberme informado. No es seguro que estés fuera cada noche. Espero que esto no nos ponga en riesgo, porque no me gustaría tener que matarte.

—No me matarías, Adolph, no lo harías. Aun así, debo decirte que hago esto desde antes de estar con ustedes. Nunca ha sido un problema.

Escuché un suspiro. De Adolph, supuse.

—Solo cuídate —le advirtió. Lo oí alejarse dando zancadas.

Cuando pensé que ambos se habían marchado, salí al pasillo.

Me equivoqué.

Donovan se hallaba recostado contra la pared, con los brazos cruzados. Sonrió al verme.

—Hola —le saludé después de acercarme—. ¿Llegaste más temprano esta noche?

—¿De qué hablas? —cuestionó—. No estuve en ninguna parte, tan solo permanecí en mi habitación.

Me mintió.



CAPÍTULO 8: DARIUS ROSS

—Donovan, ¿qué es un Succubus? —lo interrogué sin rodeos.
Abrió los ojos ampliamente.
—¿Lo escuchaste todo?
—Lo suficiente —aseveré—. Dime, ¿qué es eso que eres?
—No es nada —contestó antes de darme un corto beso con sus labios cerrados.
—Dímelo.
—No lo haré. —Volvió a besarme con suavidad.
—¿Por qué? —Empecé a enojarme.
—Porque no necesitas saberlo —apartó algunos cabellos de mi rostro y me dio otro beso, un poco más extenso.
—Gracias por la información, me ha servido de mucho. —Lo alejé, empujándolo débilmente para abandonar el recinto.
Me atrapó de la cintura desde atrás.
—Angelique, en serio, no tienes que saber cosas como esa. No es necesario. —Presionó sus labios contra mi cuello.
—No creas que soy tan inocente, Donovan. —Me giré para enfrentarlo y junté mi boca a la suya. Apoyé una mano sobre su mandíbula al tiempo que con la otra acariciaba su pecho—. Puedo escuchar cualquier cosa.
Él se mostró desconcertado por mi repentino cambio de actitud. Sus músculos se tensaron, sacudió la cabeza.
—No voy a decirte.
Se marchó hacia su habitación, dejándome sola, sin imaginar que yo no planeaba descansar hasta averiguar lo que era un Succubus.
En mi camino hacia la biblioteca del castillo, me sorprendió encontrar a Nina y Alan juntos en el sofá del salón, a medio vestir, durmiendo uno encima del otro. La escena me provocó

ternura.

Una vez en la biblioteca, me di cuenta de que el sitio estaba abarrotado de literatura vampírica. Había una gran cantidad de tomos sobre ellos: sus orígenes, poderes, jerarquías, rangos, debilidades y especialmente cómo matarlos.

Matarnos, me recordó una voz dentro de mí.

Encontré el término Zephyr:

"Vampiro de alto rango con mucha antigüedad y edad avanzada, poseedor de elevados poderes y prácticamente del todo inmortal. Encargado de dar órdenes a otros vampiros en clanes o independientes, de procurar que otros humanos no sean transformados sin consentimiento y de proteger la clandestinidad de su condición de vampiros de la comunidad mortal. Creador de leyes e importantes códigos y juramentos de su raza. En su mayoría son príncipes, reyes o líderes de grandes territorios. Son conocidos por asesinar de las formas menos piadosas a los quebrantadores de las leyes y beben sangre de humanos y otros vampiros. Comparten algunas características con los Succubus".

Buena definición, pensé. Aunque mencionaba la palabra Succubus, no me decía nada. Indagué en otro libro con un extraño símbolo en la fachada y me percaté de que eran ejemplares de conjuros en otro idioma, con páginas arcaicas y ambarinas que contenían símbolos complejos en cada una de sus hojas.

Al pasar otra página, escuché un ruido a mis espaldas. Me volví y vi algo que me dejó patidifusa: una diminuta puerta en la pared acababa de abrirse, dando paso a Harvey. La entrada secreta volvió a ser invisible en segundos mientras él colocaba un sillón para ocultarla.

—Hola, neófita de vampiro —saludó el hombre.

Me sentí atrapada con las manos en la masa. ¿Acaso Harvey lo sabía todo? Aunque no lo pregunté en voz alta, pareció leer mis pensamientos y respondió.

—Por supuesto que lo sé todo, pequeña. ¿Me tomas por estúpido? —contestó con esa voz hipnotizante y jactanciosa.

—¿Eres un cazador? —le pregunté, empezando a sentirme amenazada.

—No, solo soy un mayordomo. ¿Qué no me ves? Gano muy bien y me acuesto con trillizas.

—¿Les has hablado de esto a ellas? —me refería a las hermanas Salem y al hecho de que sabía lo que era.

—No es necesario. Como te dije, no tengo que hacerlo. No les contaré sobre lo que son. Ahora, te invito a la salida, niñita.

Sujetó mi brazo antes de echarme de aquella sala de manera agresiva, demostrando su superioridad física.

La noche fue inquieta y durante el día la tensión entre Joe y yo persistió. En el desayuno, no cruzamos palabra alguna. En el almuerzo, intercambiamos insultos. Mientras jugábamos billar en la sala de juegos, me lanzó miradas llenas de presunción y arrogancia, y yo, incapaz de sobrellevar su fanfarronería, le di un empujón antes de retirarme a mi habitación para dormir, a pesar de que aún era de día.

Al despertar, encontré a Nina maquillándose frente al espejo del pasillo. Vestía de forma sugerente y llevaba una peluca rosada brillante, de cabello corto. Otra de sus extravagancias y travesuras.

—¿Ya tenemos permiso para salir? —cuestioné.

Ella trazó el borde de sus labios con un lápiz color púrpura.

—No —contestó—, pero me saldré con la mía.

Joe deambulaba por el corredor, medio arreglado, con una corbata sin anudar colgando de sus hombros y la camisa arremangada hasta los codos.

¿Por qué tenía que ser tan elegante y encantador? Era una maldición.

—Joe, ¿a dónde vas? ¿Puedo unirme? —le preguntó Nina.

—No —respondió—. Voy a pasar la noche con Deborah. A menos que quieras...

—Ni lo menciones —lo silenció ella—. No, gracias.

El vampiro trataba de contener una risa.

—Hey, Nina, ¿puedo acompañarte? —solté de repente.

Ella se giró para mirarme, examinándose con detenimiento.

—Bueno, pero no deberías ir en pijamas.

Sonreí.

—Estaré lista en dos minutos.

No fueron exactamente dos minutos, pero me vestí rápidamente con un sensual vestido carmesí, dejé mi cabello suelto alrededor de mi cara y, por supuesto, no podían faltar unos labios escarlata provocativos.

Cuando me uní a Nina, me percaté de que Joe me observaba con los ojos entornados, sin apartar su vista ni un segundo. Las comisuras de mis labios se elevaron de forma involuntaria.

En ese momento, Donovan irrumpió en la escena.

—Vas a salir, ¿verdad? —reconocí su voz.

Después de agarrarme de la cintura, me atrajo hacia su cuerpo, y nos besamos apasionadamente. Sus labios se mancharon de rojo. Joe abandonó la sala apresuradamente.

—Sí —admití—. Esta noche es para mí.

—Espero que te comportes bien.

—Lo haré —respondí antes de depositar otro beso en sus labios.

Un instante después, me estaba acariciando el cuello con diminutas mordidas.

Nina compitió en piedra, papel o tijera contra Joe para decidir quién utilizaría el automóvil. Y resultamos ganadoras.

Ella tenía ganas de conducir, así que me senté en el asiento del copiloto mientras emprendíamos el largo paseo de regreso a la ciudad. Durante el viaje, entablamos una agradable conversación, compartiendo nuestros gustos y experiencias con hombres que nos habían interesado en el pasado. La charla se detuvo cuando aparcamos en un callejón oscuro.

Decidimos entrar en un nightclub. El lugar estaba atestado de hombres, en su mayoría borrachos, y chicas semidesnudas bailando en el escenario con luces rojas que iluminaban de forma tenue el lugar. Había mucho alcohol y bastantes humanos apetitosos. También pude percibir algunos vampiros sentados en las mesas, contemplando a sus presas.

Nina era bien conocida en el lugar, muchos hombres la saludaron por su nombre, tanto trabajadores como clientes en la barra. Ella devolvió cordialmente los saludos.

—¿Has traído a una amiga hoy? —le preguntó a la vampira uno de los camareros.

—Sí, quizás puedas ayudarla a conocer a alguien esta noche. Es nueva en esto, ya sabes —explicó la chica mientras recibía una bebida que ni siquiera había pedido.

—Y, ¿qué te gustaría tomar, muñequita? —me ofreció el hombre corpulento de la barra.

Estaba a punto de responder, cuando Nina me lo impidió.

—Oh, no, ella no va a beber esta noche, se emborracha con facilidad.

—Ah, lo entiendo —replicó el sujeto.

Tan pronto como mi amiga desapareció con una víctima, aproveché el momento para disfrutar tranquilamente de dos cócteles, esperando que algún chico guapo se acercara para poder cenar esa noche.

El ambiente era oscuro y la música salvaje. Nunca en mi vida había estado en un lugar como ese, donde el olor a alcohol y sangre impregnaba cada rincón. Me sentía orgullosa de mí misma por mantenerme tan controlada como era posible.

No pasó mucho tiempo antes de que varios candidatos se acercaran ofreciéndome un trago, un baile, o directamente invitándome a ir a la cama. Los rechacé a todos, puesto que eran tipos desagradables y claramente ebrios.

Hasta que apareció una presa interesante. Estaba sobrio, tenía buena apariencia, de al menos unos veintiocho o veintinueve años. Por su traje deduje que era un poderoso empresario. Tampoco lucía tan joven como para ser un cazador.

Me sorprendí al escuchar que con voz amable y total delicadeza, el hombre me ofrecía dinero a cambio de que pasara la noche con él.

—No quiero tu dinero —negué rotundamente—. No soy una prostituta. Si prefieres, puedes pagarme con otra cosa.

Lo seduje, me condujo hasta su auto y, una vez dentro, lo maté. A pesar de que no tenía intención de acostarme con él, tuve que darle unos cuantos besos antes de que me dejara hundir mis colmillos en su garganta.

De camino a casa, sentada en el asiento del Chevy mientras mantenía una agradable conversación con Nina, se me ocurrió hacerle una pregunta.

—Y, ¿cómo conoces a todos esos hombres? —inquirí, refiriéndome a los del club.

Su mirada se oscureció; sus ojos verdes clavados en la carretera reflejaban una sombra de su pasado. Apretó el volante con más fuerza y su mandíbula se tensó.

—Yo trabajaba ahí —confesó.

—¿Cómo? ¿De...? —iba a sugerir camarera, pero lo malinterpretó.

—Sí, era una prostituta —hizo una pausa—. Hace mucho tiempo, mi padre era dueño de ese lugar. Cuando tenía doce años, mi madre murió. Desde entonces fui obligada por mi padre a trabajar para darle fama a su sucio negocio. Era solo una niña.

Se encogió de hombros, como si ya no le importara.

—Crecí de esa forma, hasta que un día llegó Adolph —continuó—. Él pagaba por mis servicios y mi sangre. Me mordió tantas veces que una noche terminé siendo esto —su voz sonaba calmada y sin interés, a pesar de que su mirada era dura.

—Lo siento, ha debido de ser horrible —me compadecí.

—Lo fue, pero no te lamentes. Cuando me convertí en esto, asesiné a mi padre.

Se me revolvió el estómago al escuchar esa terrible historia.

¡Y yo que a veces me quejaba de mi vida!

—Nina... —dije al cabo de un momento, curiosa—. Si muerdes a alguien... y este no muere, ¿se convierte en uno de nosotros?

—Es probable —contestó—. Sin embargo, no es tan sencillo. Es necesario morder varias veces a una persona para que adopte nuestra condición. Creo que tiene algo que ver con la sangre contaminada. Mientras más veces muerdas a alguien, más contaminado estará su organismo.

—¿Cómo es que Joe...? —repliqué, sin poder terminar la frase.

—Él también tuvo que morderte unas cuantas veces, solo que no estuviste consciente para presenciarlo —testificó—. Incluso, algunas personas mantienen relaciones con vampiros y son

mordidos constantemente sin efectos secundarios. Al parecer, en casos poco frecuentes, se ha logrado desarrollar una especie de inmunidad.

Personas que mantienen relaciones con vampiros, repetí en mi mente para hacerme a la idea.

Llegamos a casa casi al amanecer. Donovan me estaba esperando en el salón principal mientras sostenía una conversación con Alan. Joseph seguía sin regresar.

Antes de dirigirme a mi habitación a acostarme, deposité un beso de despedida sobre los labios de Donovan, mi "novio" improvisado.

Pasé otra madrugada acurrucada debajo de las cobijas, observando cómo el cielo pintaba de tenues colores mi ventana. Estaba a punto de cerrar los ojos e intentar conciliar el sueño, cuando escuché un golpeteo en las puertas corredizas del balcón, que estaban cubiertas por largas cortinas.

Abrí los ojos y miré hacia el techo, tratando de identificar el origen del sonido. El golpeteo continuó, ahora con más intensidad, como si alguien afuera estuviera intentando llamar mi atención.

Vacilante, me puse de pie y me acerqué cautelosamente hacia el balcón. Con cada paso, mi corazón latía con fuerza debido al pánico que sentía. ¿Quién podría estar allí y por qué intentaban contactarme de esa manera?

Respiré profundo y sentí cómo mi corazón se paralizaba justo antes de apartar la tela de las cortinas.

¡Oh, Dios!

Del otro lado había un muchacho, probablemente de mi edad. Pálido, tan pálido como la luz, tan traslúcido como el cristal...

Era esbelto e incluso podría haber sido muy apuesto si no fuera por esa blancura descomunal que teñía su piel. Sus ojos eran tan azules como los míos, mientras que su cabello corto de color marrón estaba bastante desordenado. Sus labios eran alarmantemente descoloridos, lo que le daba un aspecto espeluznante.

Vestía como si hubiera sido sacado de las obras de Shakespeare en el mismísimo siglo XVI: Un traje a la antigua, un jubón negro y volantes en las mangas y en el cuello de su camisa blanca. Completaba su atuendo con pantalones cortos y brillantes zapatillas de cuero.

Cuando me vio del lado de adentro, dejó de golpear el vidrio. Con cautela, apoyé una de mis manos en el cristal. Él hizo lo mismo, poniendo su palma sobre la mía, únicamente separadas por una puerta transparente que se empañaba con mi aliento. El suyo era invisible.

El extraño me saludó con la mano y pude leer en el movimiento de sus labios la palabra "hola".

—Hola —dije en respuesta, deshaciéndome de todo el miedo.

"Ábreme", leí nuevamente el movimiento de sus labios. No podía escucharlo porque las puertas impedían el paso del sonido.

Dudando, decidí dejarlo entrar. Él no parecía ser una mala persona, ni mucho menos un vampiro. Por alguna razón, había algo en su semblante que me decía que no quería hacerme daño.

Una vez que los cristales estuvieron completamente abiertos, una ráfaga de viento atrajo un aire gélido, y el chico permaneció de pie en el exterior. Me aparté un poco para permitirle ingresar, sin estar del todo segura de por qué lo hacía.

—Hola —repitió con amabilidad—. Soy Darius Ross.

—¿Quién demonios es Darius Ross? —las palabras se me escaparon de la boca.

—Soy alguien que debe advertirte sobre ciertos peligros —aseveró—. No debes contarle a nadie que me has visto, nadie puede saber que he estado aquí.

—¿Por qué?

—No preguntes por qué, solo no hables de mí —me alertó con su voz armoniosa y tranquila.

—¿A qué viniste?

—Vine a prevenirte, quiero advertirte que no confíes en todos los que viven en esta casa, no todos son lo que parecen —dijo al tiempo que se alejaba caminando hacia el balcón.

—¡Espera!

El chico saltó de la barandilla de la terraza, dos pisos hacia abajo. Cuando me asomé para buscarlo con la mirada, había desaparecido por completo. Solo podía divisar el cementerio antiguo con sus lápidas de cemento y flores marchitas, y el pueblo de Deadly Hall en la distancia.

Darius Ross se había esfumado.

Ahora, ¿cómo mierda iba a saber en quién confiar y en quién no? Incluso ese tal Darius me daba escalofríos y levantaba mis sospechas.

¿Y si era un Zephyr?

Con cientos de incógnitas en la cabeza, regresé a la cama, cayendo inmediatamente en un profundo sueño.

A eso del mediodía, me encontraba recién despertando. Había bajado a descansar con Donovan en el sofá, llena de dudas acerca de él y de todos los que me rodeaban. Saber que era un Succubus no sonaba nada bien; tal vez eso era precisamente lo que Darius Ross había querido advertirme.

De repente, Joe entró por la puerta principal, despidiéndose de su acompañante. Deborah, la diabla. Escuché cómo se besaban antes de que el vampiro ingresara a la mansión. Estaba totalmente ebrio, apenas podía mantenerse en pie. Pese a que solo había pasado una noche fuera, lucía terriblemente descuidado. Su cabello negro parecía enmarañado y su ropa desordenada, como si se hubiera vestido a oscuras, lo cual era muy probable.

—Dios, esa mujer te está acabando, Joe —exclamó Nina, horrorizada al verlo en ese estado.

Él se arrancó la corbata del cuello y se dejó caer en un sillón.

—Maldita sea, todo me da vueltas.

Pocos minutos más tarde, se quedó dormido. Yacía tranquilamente con los ojos cerrados, los labios sonrosados y el cabello sobre su rostro.

—Donovan, dime, por favor, ¿qué es eso que eres? —le rogué aquella noche.

Me tenía atrapada en sus brazos, contra la pared. Tan pronto como quiso besarme, giré la cara.

—Dímelo —exigí con más firmeza.

—Angelique —su voz sonaba hastiada. Me acarició el rostro con los dedos—. Por favor, no insistas más. Confía en mí.

—Quiero saber lo que es un puto Succubus. De lo contrario, no podré confiar en ti —elevé mi tono.

—¿Un Succubus? —interrumpió desde alguna parte la voz de Joe. Acababa de despertarse —. Angelique, no me digas que tu novio es un Succubus.

Cuando el vampiro se aproximó a nosotros, Donovan se alejó de mí, lanzándole una ojeada rápida.

Prácticamente corrí a los brazos de Joseph.

—Joe, dímelo. Dime qué es un Succubus —le supliqué, agarrándolo de los hombros.

Donovan estaba detrás de mí.

—¿Qué obtendré a cambio si te lo digo? —insinuó Joe con una sonrisa perversa.

Lo solté.

—Nada —contestó Donovan por mí—. Angelique no te dará nada a cambio, y no vas a decir nada.

—¿Y si yo quisiera contárselo de todos modos?

—Angelique, vámonos —me ordenó Donovan, mostrando agitación.

—¿Por qué estás tan nervioso? —articulé con cierto enojo, frunciendo el ceño. Aunque en realidad quería decir: "¿Cómo te atreves a decirme qué hacer?".

—¿Dejarás que tu novio te domine? —Joe me incitaba a enfadarme aún más.

—Angelique, ven —Donovan me tomó del brazo, acercándose a él.

—Suéltame —me negué con voz firme, pero calmada.

—¿Te quedarás con Joe? —preguntó, mientras le echaba un vistazo al vampiro de cabello negro.

Blade mantenía esa burlona sonrisa torcida.

—Tu novia quiere estar conmigo —aseguró en tono sardónico.

—Ya quisieras —resopló el Succubus.

—¿Ah, no? A ella le gusta estar a mi lado, por si no lo sabías —siguió provocándolo.

—Eso es lo que tú desearías —me defendió.

Joe se reía, mordiendo su labio inferior.

—¿Por qué crees que yo la he mordido y tú no? Eso sin mencionar que ella también me mordió a mí —hizo una pausa desafiante mientras se mofaba de manera satírica—. Oh, espera, todavía hay más. He admirado su ropa interior de encaje sobre su linda piel, ¡vaya que es sexy! También he visto y tocado partes de su cuerpo que tú solo puedes imaginarte en tus desagradables sueños húmedos, amigo mío.

Tuve que respirar profundamente para asimilar toda la información que había soltado sin ningún tacto.

De pronto, Donovan me apartó del medio con delicadeza justo antes de lanzar un puñetazo directo a la boca de Joe.

El vampiro se tambaleó hacia atrás y sus labios comenzaron a sangrar, pero no se quedó de brazos cruzados. Por primera vez, lo vi furioso. Frunció el ceño con verdadera ira e intentó abalanzarse sobre Donovan impulsivamente. Sin embargo, me interpose entre los dos, poniendo mis manos sobre el pecho de Joe para empujarlo en sentido contrario y evitar que atacara.

Finalmente, Donovan se marchó, visiblemente enfadado.

—¡Infeliz! —vociferó Joe—. ¿Las chicas tienen que defenderte?

Lo empujé al sillón, intentando calmarlo.

—¿Puedes decirme qué es un Succubus, Joe? —casi grité.

Él continuaba repitiendo en voz baja las palabras "maldito imbécil". Estaba ardiendo de rabia, aunque yo también me sentía enfadada por lo ocurrido.

¿Qué había sido todo eso?

Con cuidado, limpié la sangre que le caía en la barbilla utilizando mis dedos.

—Succubus quiere decir que tu puto noviecito te engaña todos los días —reveló por fin, encolerizado—. Es uno de esos malditos vampiros que invaden los sueños de las mujeres. Entran a sus cuartos por la ventana durante la luna llena, se acuestan con ellas y luego dejan marcas de colmillos en su cuello. ¿Estás feliz? —por un instante ignoré lo que dijo para continuar removiendo la sangre que brotaba de su boca—. Y no me toques.

Se levantó bruscamente, apartando mis manos de él. Por poco hizo que me cayera al suelo.

Mi rostro enrojeció por la furia contenida contra Joe y Donovan. Sentí ganas de gritar.

Joseph subió las escaleras y, segundos más tarde, oí el portazo cuando entró a su habitación.

Fue entonces cuando le di vueltas en mi cabeza a sus palabras.

"Succubus quiere decir que tu puto noviecito te engaña todos los días", repetí sus acusaciones en mi mente.

Increíblemente, esas no eran las palabras que me molestaban.

"Y no me toques". Aquella era la frase que verdaderamente me había provocado todo ese enojo.

Me obligué a apartar mis pensamientos de Joe y a reflexionar sobre Donovan. Era un Succubus, como uno de esos personajes que aparecen en las películas de vampiros. Se metía en los sueños de las mujeres, se acostaba con ellas y las mordía.

¿Debería molestarme? Me pregunté, confusa.

La principal razón para sentirme ofendida era el hecho de que me lo había ocultado y no tenía intención de confesármelo.

Por otra parte...

¿Realmente me estaba engañando, o simplemente veía a esas mujeres como víctimas? ¿Las dejaba con vida después de morderlas? ¿Eran muchas o solo una? ¿Era un adicto sexual? ¿Con cuántas se habría acostado antes?

Solo si obtenía esas respuestas sabría si tenía motivos para enfadarme o no.

Me merecía explicaciones claras y honestas.

Decidida, me encaminé escaleras arriba en busca de Donovan. Necesitábamos hablar.

En el pasillo me encontré con Joe, quien había recobrado su apariencia de siempre. Había tomado un baño, su cabello húmedo todavía goteaba y estaba peinado hacia atrás. Ya no tenía sangre en la boca, apenas se notaba el golpe que Donovan le había dejado marcado en los labios. Vestía una camiseta ajustada, pantalones negros y unas zapatillas. Su exquisito aroma inundaba el aire. Sin embargo, su aspecto perfecto no logró disipar mi furia.

—Muévete —me dijo con tono irritado cuando me interpuse en su camino.

Como se dirigía a la dirección contraria, nos encontramos frente a frente de manera inevitable.

—Se dice permiso —le arrojé una mirada odiosa, sin apartarme.

—Como sea —balbuceó de forma apenas inteligible, para después atropellarme con su cuerpo, obligándome a quitarme de en medio.

—¡¿Hey?! —me quejé—. ¿Qué sucede contigo? Si estás ardido porque no pudiste devolverle el puñetazo a mi novio, ve a lanzarte por la ventana. No quiero tener que ver tu cara de idiota todos los días. Y si piensas seguir comportándote como un...

Antes de poder terminar, Joe me silenció arrojándome contra la pared con bastante fuerza. Mi espalda golpeó el muro, causando un ruido ahogado. Aunque me asusté, traté de no demostrarlo. Él me sostenía de los hombros, privándome de la capacidad de moverme.

—Me gustaría saber por qué sigues actuando como un cretino —dije con rabia.

Desde tan cerca, su rostro lucía aún más atractivo.

—¿Quieres saber por qué me comporto como un completo imbécil? —alzó la voz en medio del pasillo, sujetando mi rostro con una de sus manos para forzarme a ver sus ojos. Su agarre me lastimaba—. Porque te deseo —susurró, seduciéndome con la mirada.

Comenzó a mordisquear levemente mi cuello y mis hombros, sabiendo que aquello me haría perder el sentido común.

Lo empujé con todas mis fuerzas, haciendo que chocara contra la pared contraria del estrecho pasillo. Él sonrió, pero lo fulminé con la mirada.

Utilizar la fuerza bruta fue su mejor arma. Se precipitó hacia mí y me levantó con tanta facilidad como a una pluma, ubicándose sobre su hombro igual que un saco de verduras. No pude hacer nada para detenerlo, así que golpeé su espalda una y otra vez, revolviéndome como loca. Conmigo encima, caminó hacia su habitación. De un momento a otro, me lanzó sobre su cama, que tenía un intoxicante aroma a él.

Cuando situó su cuerpo encima del mío, lo aporreé en el pecho con mis puños, con la poca fuerza que me quedaba.

—Me encanta cuando te pones salvaje —murmuró, mostrándome sus dientes y colmillos al sonreír.

Continué golpeándolo mientras me movía descontroladamente bajo su pecho.

—Eres el ser más repugnante de la tierra —lo insulté.

Ni siquiera yo misma me lo creí al decirlo.

—¿Dirías lo mismo si hago esto?

Puso una mano sobre mi cuello para ayudarse a acercarlo a su boca.

Incliné la cabeza hacia atrás, exponiendo por completo mi garganta. De esa manera, comenzó a repartir placenteras e inofensivas mordidas sobre mi piel.

—Sí, sigo diciendo lo mismo —gruñí con voz temblorosa.

—Eres una chiquilla histérica —afirmó—. ¿Por qué no admites de una vez que también me deseas?

Puse mis manos en su rostro, sobre su áspera barba corta. Lo sujeté con firmeza.

—Y tú, ¿por qué no me besas? —pregunté por fin.

Sí, por fin.

Esbozó una sonrisa todavía más amplia, de satisfacción absoluta.

—Estaba esperando que me lo pidieras.

Finalmente, sus labios frenéticos se apretaron contra los míos. Eran suaves y tenían un sabor adictivo, superando a cualquier otro chico que hubiera besado antes. Su beso fue apasionado, repleto de deseo y placer. Nos besamos con desesperación, con una necesidad ardiente y un fuego que nos consumía, entregándonos a la furia desenfrenada del momento.

Él mordía mis labios de forma provocativa e incitante mientras nuestras lenguas jugaban un peligroso juego, cruzando la línea de salida. La suya se movía con ferocidad, acariciando la mía, explorando mi boca. Fueron continuos minutos de delirio y ardor. Un cosquilleo doloroso atravesó mi vientre, haciéndome temblar.

Lo sentí arremeter contra mi boca de manera irracional, cruel. Por un instante creí que podría volverme adicta a su sabor y a sus labios carnosos, los cuales mordí con fiereza al tiempo que sus musculosos brazos me estrechaban.

Un instante después, su mano subió hasta mi pecho, apretándolo a través de mi ropa. Clavé mis uñas en su espalda, gimiendo de goce dentro de su boca.

Escuché crujir la tela de mi blusa cuando me la arrancó, desgarrándola sin clemencia. Mi sujetador quedó expuesto. Esa noche llevaba un conjunto de color granate con un sugestivo encaje.

Me moví, rodando sobre él hasta sentarme a horcajadas encima de su cuerpo. Y volví a besarlo de manera violenta.

—Sí —jadeé—. Sigues siendo un perfecto idiota.

Nos encontrábamos inmersos en una danza de atracción y rechazo, jugando a odiarnos.

Levanté su camiseta. Esta vez me permitió hacerlo. Ocultando el temblor en mis manos, me esforcé para que la tela se deslizara por su cuerpo.

Con una sonrisa de victoria, me ayudó, terminando de retirarla por su cuenta.

Me deleité con la imagen de sus pectorales y abdominales bien formados. Besé su pecho desnudo, llenándome de placer cuando lo escuché soltar un gemido.

—Y tú eres infantil, molesta y... —dijo entre besos—, secretamente perversa —logró jactarse al fin las palabras.

Empecé a descender con mis besos hasta su vientre, notando cómo su respiración se agitaba. El movimiento de su abdomen lo evidenciaba. Me detuve un momento para apoyar mi cabeza contra su pecho y auscultar su corazón, que también palpitaba apresurado. Me entusiasmé por no ser la única en esas condiciones. Sentada sobre sus caderas, le acaricié el abdomen con las puntas de mis dedos, trazando las líneas de sus definidos músculos.

—Definitivamente, eres perversa —aseguró nuevamente.

Una vez más, presioné mis labios contra los suyos, para después deslizarlos hasta su cuello. Mi cabello largo hacia una cortina sobre su rostro, oscureciendo sus facciones. Él me rodeó con sus brazos, apretándome con firmeza.

Había jurado que ése sería mi último beso antes de marcharme y dejarlo sufriendo. No obstante, no podía parar. Cada toque de su boca era mejor que el anterior, más apasionado.

Aproveché que me faltaba el aire para dejar ir sus labios. Con un ágil movimiento, me levanté de la cama y agarré mi blusa, solo para darme cuenta de que no era más que un trozo de tela sin forma. Joe la había roto en dos.

—Oh, no —lo escuché gruñir—. No irás a ninguna parte.

Con rapidez, me sujetó de los brazos, tirando de ellos para regresarme a su cama.

—Joe —musité sin aliento.

—Ahora no irás a decirme que Donovan esto, que Donovan aquello, que debemos detenernos porque hemos bebido y toda esa mierda —me reprochó.

Se quedó callado, esperando mi respuesta.

Rodeé su cuello con mis brazos.

—Fuiste tú quien lo nombró esta vez —proclamé, refiriéndome a Donovan.

Joseph esbozó una sonrisa ardiente, atrapó mis muñecas por encima de mi cabeza y besó mi cuello con furia.

—¿Qué pasó con esa nena inocente? —inquirió, deteniéndose para ver mis ojos al responderle.

—Nunca existió —revelé.

Advertí en la expresión de su rostro que no daba crédito a lo que estaba escuchando ni a lo que yo estaba haciendo.

—¿Has bebido hoy? —se mofó, con una risita coqueta.

Respondí con otra risa maliciosa.

No, no había tomado ni una sola copa.

Tan solo estaba muriendo por tenerlo.

—Te aviso que, si estás ebria, me aprovecharé de ti de todas formas —me lo dijo en tono burlón, mostrando una sonrisa traviesa y sin apartar la mirada de mis ojos.

Pero algo en su actitud me decía que estaba hablando en serio.



CAPÍTULO 9: PECADO MORTAL

Los dedos de Joe se movieron hasta el botón de mi pantalón y lo desabrocharon con urgencia. Después, deslizó el cierre hacia abajo.

Antes de continuar desvistiéndome, besó mi abdomen descubierto. Una poderosa oleada sacudió el interior de mi vientre, tan placentera como insoportable. Sentí que mi pecho se cerraba dolorosamente. El aliento de Joe sobre la piel desnuda de mi ombligo me quemaba. Sus jadeos excitantes y su peso sobre mi cuerpo me hacían palpitar de necesidad.

Entrelacé mis dedos en su cabello, sin poder soportar el ardor dentro de mí.

—Así que... yo soy tu próxima víctima —departí en voz baja y sorprendentemente sensual.

—Sí —gruñó contra mi piel—. Contigo iré directo al infierno, nena. Eres todo un pecado mortal.

Como una manzana prohibida, pensé.

Estaba a punto de romper todas mis reglas, de cometer un grave error, pero me propuse disfrutarlo como si fuera el último de mi vida.

Igual que un depredador, el vampiro escaló sobre mi cuerpo para regresar a mis labios. Descansó una mano sobre mi muslo y separó mis piernas para acomodarse entre ellas. Presionó el bulto de su pantalón contra mi pelvis, mostrándome cuánto me deseaba.

Mientras besaba su cuello, no logré controlar la fuerza de una de mis mordidas. De pronto, su sangre empezó a brotar hacia el interior de mi boca.

Al sentir el dolor que le provocaron mis colmillos, profirió un grito ahogado por los besos. Sus dedos apretaron mis caderas, dejando marcas en mi piel.

Yo necesitaba más.

Aún bebiendo de su sangre, empujé su cabeza hacia mi cuello, rogándole sin palabras que me mordiera sin piedad. Y eso fue lo que hizo.

Me vi obligada a enterrar mis dientes más profundamente en su piel para reprimir un grito que quería escaparse de mi garganta.

Ahora los dos nos saciábamos el uno al otro. Aquello se sentía como probar nuestros más peligrosos secretos, enterrados en lo más hondo de nuestro ser. Empezábamos a conocer cada diminuto detalle de nuestra alma, si es que teníamos alguna.

En cierto punto el sabor de la sangre se convirtió en algo tan revelador que decidimos detenernos. Los colmillos de Joe se deslizaron fuera de mi garganta al tiempo que los míos hacían lo mismo. Inmediatamente, recorrí su herida nueva con mi lengua, limpiando los últimos rastros de sangre. Él repitió mi acción.

Besamos nuestros labios ensangrentados, que aún tenían el sabor del otro.

Retrocedió bruscamente, arrodillándose en la cama para arrancarse el cinturón y desabrochar su pantalón. Cuando mis manos buscaron el borde de sus jeans, intentando bajarlos, me agarró las muñecas, apretándolas ligeramente antes de apartarlas.

—Eres impaciente —murmuró con una sonrisa triunfante.

Comenzó a halar mi pantalón fuera de mis piernas hasta que me tuvo en ropa interior. Su palma descansó sobre mi vientre bajo al tiempo que sus ojos se detenían en los míos, estudiando pacientemente mi reacción a su tacto. Como si estuviera esperando una señal para seguir.

Cuando su mano se movió más abajo, dentro de mis bragas, gemí por la sensación de sus dedos sobre mi humedad.

—Me deseas, Angelique —su risa fue profunda y suave. La risa de alguien que sabía que había ganado.

No pude responder. Yo había perdido, me había rendido.

Tan pronto como hundió un dedo en mi interior, grité. Y cuando movió su mano para estar más profundo, mis caderas se elevaron.

—Calma, con calma —gruñó en mi oído.

Entonces trató de hundir un segundo dedo. Y esta vez solté un quejido de dolor. Él detuvo sus caricias, alejando su mano.

—Entiendo —habló mientras se quitaba los jeans.

Mis temblorosos dedos le ayudaron a bajar sus bóxers a través de sus musculosas piernas. Enmudecí al admirar la belleza de su cuerpo excitado.

En poco tiempo los dos estuvimos completamente desnudos.

Ayudándose con una mano, guio su miembro hacia mí. Y frotó la punta suavemente contra mi entrada, tentándome. Torturándome.

—Joe —solté un lastimero quejido.

No podía soportarlo más, mi cuerpo estaba adolorido por no tenerlo.

—¿Qué es lo que necesitas, Angelique?

—Por favor —le supliqué.

Siguió frotándose contra mí.

—Dilo en voz alta, ¿qué quieres?

—A ti —suspiré, dándome por vencida.

Cuando empujó su miembro dentro de mí, grité con fuerza. De inmediato, su boca cubrió la mía, tratando de ahogar mi voz.

—Shh —me sostuvo entre sus brazos con firmeza—. ¿Estás bien?

—Sí —gimoteé, aferrándome a su espalda.

En ese momento me embistió una vez más, entrando más profundamente en mí, llenándome. Y comenzó a moverse, despacio pero contundentemente.

Mientras aceleraba poco a poco el ritmo, nos convertimos en una sola persona. Yo me moví

con él, encontrándome con sus caderas mientras lo oía gruñir de satisfacción. Él trataba de acallar sus gemidos besando mis pechos o mi boca, sin saber que me estaba volviendo loca escucharlo.

—Ah —el dolor mezclado con la satisfacción me hizo llorar. Mordí su hombro—. No puedo... más...

—No te contengas —murmuró cerca de mi oreja, manteniendo el ritmo de sus embates.

En ese mismo instante, potentes oleadas de placer hicieron vibrar mi cuerpo, debilitándome. Mis piernas sucumbieron al temblor que surgió desde mi interior.

—¡Joe! —grité su nombre con la voz entrecortada y ronca.

Al escucharme lloriquear de éxtasis, comenzó a empujar con más furor, más profundamente, como si hubiese estado esperando por mí. Un último golpe de su cadera contra la mía lo hizo largar un sonido áspero desde su garganta.

—¡Ahgf, Angelique! —jadeó, su respiración era errática.

Agitado y sin aliento, dejó caer suavemente su cabeza sobre mis senos, sintiendo cómo mi pecho se movía pesadamente y mi corazón latía a mil por segundo. Estaba sonrojado de forma increíble.

Lo que acababa de suceder había sido absolutamente majestuoso. Había descubierto sensaciones nuevas, que jamás había experimentado. Había tenido consciencia de partes de mi cuerpo que ni siquiera imaginé que podrían sentirse.

Fui irresponsable, tonta. Me comporté de manera irracional, seduje a un hombre.

Aquello no había sido más que un desliz, un traspie. La estupidez más grande y complaciente que pude cometer. La tentación más irresistible y cercana al paraíso a la que me había enfrentado.

Agotados y aún respirando con dificultad, volvimos a besarnos, como si no hubiéramos tenido suficiente.

—¿Por qué no me dijiste que eras virgen? —lo sentí murmurar contra mi cuello. Su voz transmitía una especie de ondas vibratorias que me erizaban la piel.

Rodeé sus hombros con mis brazos mientras trataba de averiguar en su expresión qué había significado para él lo que acababa de pasar entre los dos.

—¿Cómo lo supiste? —musité con cierto nerviosismo. Miedo, en realidad.

—Digamos que tengo experiencia —sonrió y me dio un corto beso en los labios—. Si te soy sincero, nunca sospeché que fueras virgen.

—Bueno, ya no lo soy —aunque mi voz sonaba ligeramente arrepentida, no lo estaba.

—Eso me consta —me dedicó una sonrisilla antes de acariciar mis mejillas con sus manos. Fue un gesto tan íntimo que me estremecí—. ¿Te arrepientes?

Negué con la cabeza, con timidez.

—¿Tú?

—Por Dios, ¿cómo hacerlo? —respondió—. Me volviste loco, Angelique. Me hiciste perder la cabeza.

Apreté los labios para reprimir una sonrisa de victoria.

Enseguida, me envolví con las sábanas para salir de la cama.

¿Cómo podía avergonzarme estar desnuda frente a él después de lo que habíamos hecho?

Sentí su mirada clavada en mi espalda al tiempo que buscaba mi ropa en el suelo. Él descansaba con la cabeza apoyada en uno de sus brazos y su cuerpo desnudo estaba cubierto bajo una manta desde las caderas hasta las rodillas.

No pude evitar admirar sus poderosos brazos, su pecho, su abdomen, su vientre...
Tragué saliva.

Cuando se percató de que estaba observándolo atentamente, dejó entrever una perfecta sonrisa blanca, dotada de afilados colmillos.

Sonrojándome, devolví mi ropa interior a mi cuerpo. Sin embargo, mi blusa se había convertido en dos trozos de tela rasgada.

Me giré hacia Joe para reclamarle lo que había hecho.

—Ahora, ¿qué me voy a poner? No tenías que ser tan salvaje —protesté en broma.

—Me gustaría verte con una de mis camisas —contestó de inmediato.

Envolviendo la sábana alrededor de su pelvis, se levantó y rebuscó entre sus cosas hasta hallar un sweater que le habría quedado extraordinariamente bien, pero que para mí era enorme. Arrojó la prenda en mi dirección.

Después de ponerme el sweater, noté que no dejaba de verme. De un momento a otro, se aproximó, elevó mi mentón con dos dedos y depositó un suave beso en mi boca. Tenía una mirada pícaro, los ojos entrecerrados y el rostro ligeramente ruborizado.

—Te ves muy sexy —aseguró.

Enrojecí de forma visible. Mi corazón se saltó un latido.

Me puse los pantalones y arremangué las larguísimas mangas del sweater antes de arreglar mi cabello con las manos. Salí de la habitación de Joe en total silencio, sin decirle adiós.

Suspiré, apoyada del lado de afuera de la puerta. Entrelacé mis dedos en mi pelo, luchando con mi consciencia, la cual me atormentaba por lo que acababa de hacer. No solo pensaba en Donovan, quien seguramente se enojaría si se enteraba de lo ocurrido, sino que también pensaba en mi familia y en la gran decepción que sería para mis padres si hubiera hecho algo así en mi vida humana. La culpabilidad estaba volviéndome loca. No era arrepentimiento, era culpa.

Esa misma noche, me encerré en mi habitación y me acosté en la cama, incapaz de conciliar el sueño.

¿Quién podría dormir con tantas cosas en las que pensar? ¿Por qué demonios Joe no salía de mi cabeza?

Justo cuando estaba a punto de quedarme dormida, percibí por segunda vez un golpeteo en las puertas del balcón. Irritada, me levanté de la cama y abrí las cortinas. Allí estaba de nuevo Darius, con su tez pálida y su aspecto desaliñado. Lo dejé entrar.

—No es Donovan de quien debes desconfiar —casi gritó.

Me sorprendí por su actitud.

—¿Acaso me espías? —rezongué con el mismo tono que él usó—. ¿Quién se supone que eres para decirme en quién confiar y en quién no? Si quieres advertirme de algo, ¿por qué no te dejas de rodeos y me dices quién es la persona en la que no debo confiar? Y, ¿qué te importa si me hago daño o confío en gente peligrosa, Darius Ross?

—Solo dime Darius —puntualizó—. Es mi trabajo advertirte, si quieres o no tomarme en cuenta, es tu problema. Te aviso que las cosas se pondrán feas.

Lo vi regresar al balcón y marcharse, saltando desde las alturas.

¿Quién se cree este chico? Pensé antes de largar un resoplido.

La siguiente noche, me paseaba por la casa, caminando de un lado a otro, llena de ansiedad. Mi garganta estaba envuelta en una bufanda para ocultar la mordida reciente, mientras que Joe escondía la suya levantando el cuello de su abrigo.

Donovan, como era costumbre, había desaparecido a esa hora, Adolph había salido a algún lugar y Alan estaba absorto mirando el único televisor de la mansión.

En cambio, Nina...

—¡ANGELIQUE MOORE! —vociferó desde el cuarto de lavado.

Entorné los ojos y fruncí el ceño al oír mi nombre. Rápidamente, me dirigí hacia ella.

La vi allí erguida, con los ojos verdes despidiendo fuego. Estaba enfurecida. Llevaba una peluca de color azul brillante de cabello liso, corto hasta el cuello.

—¿Qué demonios has hecho con mi ropa? —señaló, enseñándome los restos de la blusa que Joe había desgarrado.

Sintiéndome terrible, le dediqué una mirada de disculpa. Me mostró un trozo de tela antes de arrojarlo a la papelera. Luego me examinó con descaro y duda, alzando una de sus cejas, como si fuera un detective inspeccionando una escena del crimen.

—¿Te acostaste con Donovan?

Sacudí la cabeza, negando de manera insistente. No obstante, mi inquietud era evidente.

—Eso aún no pasa.

—¿Te acostaste con Joe? —contraatacó.

Me sobresalté, mis ojos se abrieron ampliamente.

—Nina, por favor. ¿Qué cosas dices?

Largué una risilla nerviosa.

Ella me miró con malicia.

—¡No lo puedo creer! —chilló—. ¡Sí lo hiciste!

Tiró de mi bufanda, desenvolviéndola y dejando mi cuello descubierto. Sus labios se separaron de asombro al ver mi nueva mordida.

Le arrebaté de las manos la prenda.

—¿Cómo sabes que no fue con Donovan? —refuté, prácticamente derrotada.

—Te pusiste nerviosa cuando mencioné a Joe —argumentó—. Lo hiciste, puedo verlo. Todas las evidencias están en tu rostro, en tu expresión. —Me tendió un jersey que sacó de la cesta de ropa—. Y, ¿por qué el sweater de Blade está inundado con tu olor?

Maldije las habilidades vampíricas.

¡Estúpido olfato súper desarrollado!

—No hice nada con él —repliqué, devolviendo la bufanda a mi cuello.

Cruzó los brazos sobre su pecho.

—Admítelo de una vez, Angelique. A menos que tengas otra explicación para eso —señaló su blusa en la basura—. Era mi favorita.

—¡Lo siento! —alcé la voz con frustración.

De verdad me sentía mal por haber dañado algo que no me pertenecía.

La vampira sonrió.

—Puedes mentirme, pero sé lo que realmente pasó.

—No pasó nada —mentí antes de abandonar la habitación.

Mientras recorría el pasillo principal, Harvey se interpuso en mi camino y elevó las comisuras de sus labios. El gato negro apareció a su lado.

—Hola, preciosa —me dijo—. ¿Tienes ganas de jugar?

Su mirada se transformó, volviéndose hambrienta. Cuando amplió su sonrisa, pude ver un par de colmillos puntiagudos asomados detrás de sus labios.

¿Cómo no me di cuenta antes? ¿Cómo no pude notar que Harvey era un vampiro?

Era él en quien no debía confiar. Supuse que a eso se refería Darius.

—Vampiro, ¿eh? —balbuceé—. ¿Por qué diablos no me di cuenta?

—Sé ocultarlo muy bien.

En cuestión de segundos, el mayordomo se abalanzó sobre mí, empujándome violentamente contra la pared. El impacto fue tan poderoso que la estructura se agrietó tras mi espalda. Contuve el llanto y cerré los ojos, sintiendo cada parte de mi cuerpo adolorida.

De haber sido humana, habría perdido el conocimiento. Aún así, sentí que todos mis músculos se debilitaban y mis extremidades no respondían. Creí que me había fracturado algunos huesos.

Harvey me alzó en sus brazos y, aunque intenté resistirme, fui incapaz de impedírselo. Con una mano apoyada en mi cabeza adolorida, advertí que todo a mi alrededor comenzaba a nublarse. El hombre se dirigió hacia las afueras de la mansión, llegando finalmente a un sótano. El lugar estaba sumido en una oscuridad tan densa que ningún humano sería capaz de ver, no obstante, mis ojos de vampiro podían penetrarla sin dificultad.

Bajo esas espesas penumbras, pude distinguir a las tres hermanas mellizas, con sus semblantes de ángeles góticos y, más allá, a Adolph y Donovan, atados con cadenas a la pared de piedra. Era claramente un calabozo, con celdas por doquier y las superficies hechas de sólida roca.

—Traje a la novata —masculló Harvey.

¡Qué irónico! Un mayordomo vampiro trabajando para unas hechiceras cazadoras de vampiros. Sonaba tan absurdo que no pude evitar soltar una ahogada carcajada, aunque el dolor seguía ardiendo en mi cuerpo.

El hombre me arrojó al suelo de una de las celdas, tratándome como si no fuera más que un saco de basura.

—¿Qué salió mal? —le pregunté a Adolph, quien también estaba encerrado en la misma celda.

Las tres brujas que se autodenominaban "combatientes del mal" empezaron a encadenarnos a mí, al líder de mi banda y a mi novio Succubus.

—Fue mi error —se culpó Adolph.

—Siempre supimos que eran una manada de vampiros —exclamó con desdén una de las cazadoras—. ¿Acaso tenemos cara de idiotas? ¿Pensaron que íbamos a ayudarlos? ¡Qué ilusos! Han caído en nuestra trampa, banda de delincuentes.

—¿Harvey no es un delincuente también? —inquirí, con la esperanza de que descubrieran su verdadera identidad y lo asesinaran al instante.

—No, porque él es todo nuestro —respondió una de las hechiceras con una sonrisa siniestra.

—Como te dije, chiquita, no necesitaba decirles a mis jefas lo que ustedes eran, ni mucho menos lo que hacían. Ellas siempre lo supieron —dijo Harvey con una voz repentinamente maligna.

Terminado su discurso, se aferró a una de las trillizas y le dio un beso posesivo en la mejilla, rozando peligrosamente sus labios.

Encadenada y sintiendo dolor, me resigné rápidamente a la desesperante situación. Estábamos perdidos.

Desde la entrada superior, divisé a tres desconocidos que llevaban a tres vampiros como rehenes: Nina, Alan y Joe. Cada uno siendo apuntado con pistolas por los humanos.

¡Quién lo diría! Tres mortales amenazaban la vida de tres vampiros.

—Llegaron las sanguijuelas de sus amiguitos —declaró con desdén una de las hermanas.

A pesar de tener el cañón de un arma pegado a su sien, Joe seguía sonriendo como si nada estuviera ocurriendo, mientras que Nina parecía confundida y Alan estaba muy serio.

Los tres vampiros fueron empujados dentro de una celda frente a la nuestra. Comenzaron encadenando a Nina. Colocaron un grillete alrededor de su muñeca izquierda, sujetándola a la pared. Luego, uno de los mortales ordenó a Joe que le tendiera su mano para hacer lo mismo.

—Lástima —resopló este último con indiferencia—. Nunca hago lo que me piden.

Estupefacta, observé cómo Joe golpeaba al hombre en la cara y este volaba prácticamente hasta el otro lado del sótano, dejando caer su revólver.

¡Por Dios!

De todas formas, aquello no era suficiente para sacarnos de ahí. Aún quedaban al combate tres hechiceras, un vampiro, dos humanos y un chico herido, todos armados y dispuestos a pelear.

En un movimiento asombroso, Alan se liberó del joven que lo estaba apresando. Mi boca se abrió al ver el impresionante salto que dio. Parecía una pantera descendiendo desde un árbol. Tan pronto como aterrizó, varios metros más lejos, el suelo de piedras se fracturó bajo sus pies, provocando un estruendo al romperse en dos.

Fue un alivio saber que yo no era la única atónita; todos estaban mirando a Alan con incredulidad.

Harvey, que se encontraba a una escasa distancia de mí, me enseñó sus dientes, amenazándome. Acto seguido, me golpeó con la palma de su mano en el rostro. Sentí cómo mis colmillos crecían y cerré los ojos durante unos segundos. Cuando los abrí, me percaté de que los tres indefensos humanos estaban inconscientes en el suelo, muertos. La escena evidenciaba que Joe o Alan los habían asesinado.

¡Vaya! Eso fue rápido.

Las hechiceras lucían muy calmadas, pero cuando una de ellas soltó un conjuro en otro idioma, Joe y Alan fueron repentinamente arrojados lejos por una fuerza invisible.

—Tienen suerte de que no golpeo mujeres —murmuró Joseph en respuesta al poderoso ataque—. Espera, ¿eso es machista o feminista?

Nina, que aún tenía su mano encadenada a la pared, luchaba para liberarse.

—Alan, ¿estás bien? —gritó, aterrorizada.

—Por supuesto —le contestó su chico, poniéndose de pie.

Joe saltó sobre Harvey, empujándolo hacia el suelo.

—Deberías aprender también a no golpear a las mujeres —le gruñó al mayordomo con los dientes apretados—. ¿No te enseñó tu madre sobre la caballerosidad?

Sin previo aviso, comenzó a propinarle puñetazos una y otra vez con auténtica furia, como si no pudiera odiarlo más. Harvey demostró que no podía hacerle frente. Se revolvía en el suelo, tratando de quitárselo de encima. Después de recibir cientos de golpes, perdió el conocimiento y terminó ensangrentado.

Entretanto, Alan rodeaba a las hechiceras, merodeándolas, listo para atacar.

—¡Por Dios, Harvey! —expresó una de ellas con frustración, mientras las otras dos tenían semblantes cargados de horror y consternación.

—¡Yo sí que golpeo a hombres! —comentó otra de las tres brujas, sosteniendo una daga en cada mano antes de hacerlas volar hacia Joe y Alan.

Ambos esquivaron el ataque. Joe se abalanzó sobre una de las brujas, se posicionó sobre su cuerpo y expuso sus fatídicos y tajantes colmillos. Estaba a punto de morderle el cuello, cuando de pronto lo escuché largar un gruñido ahogado de dolor. En el momento en el que se recostó en el suelo sobre su brazo, pude apreciar una estaca de madera sobresaliendo de su pecho, en medio de sus costillas.

Oh, por Dios. Pensé con desesperación. *¿Qué le han hecho?!*

Inconscientemente, me revolví y tiré de mis brazos, olvidándome de que seguía atada a la pared. Sentía fuertes impulsos de soltarme y acabar con las brujas.

La sangre de Joe salía a borbotones, manchando su ropa y el suelo. Abrió la boca como si quisiera hablar, pero no dijo nada.

—¡Alan, haz algo! —no pude evitar gritar.

El joven se arrodilló junto a Joe antes de extraer la estaca de su pecho.

—¡Cuidado! —les avisó Adolph al darse cuenta de que una enorme piedra estaba a punto de aplastarlos.

La gran roca era controlada por las hechiceras, quienes con solo mover un dedo podían hacer levitar cualquier cosa a cualquier parte.

Mi rostro palideció al notar que ambos recibirían el impacto en cualquier momento. Me quedé petrificada, con el corazón detenido.

La tensión se esfumó cuando vi que Alan reaccionaba a tiempo. Usó su brazo para desviar la roca hacia el lado opuesto de la estancia. La piedra se hizo pedazos contra una pared.

Joe luchaba por ponerse de pie, sin éxito. Cada vez que intentaba sentarse, volvía a caer abatido en el suelo. Gemía de dolor, presionando su herida con sus palmas.

Las trillizas eran increíblemente fuertes y poderosas. Aún me costaba creer que esas tres mujeres tuvieran habilidades sobrenaturales.

No obstante, no eran superiores a Alan.

¿Por qué ese mocoso podía hacer cosas que otros vampiros no? ¿Por qué había desarrollado habilidades distintas a las mías? ¿Era un chupasangre o algo más?

Una sensación asfixiante me invadió mientras observaba a Joe, sintiendo una gran compasión al verlo herido de gravedad. ¿Se iba a morir? ¿Las estacas mataban vampiros?

No entendía por qué estaba tan preocupada, pero sentía que me faltaba el aire, que mi pecho se hacía cada vez más pequeño.

Solo es Joe. Estará bien. Me repetía a mí misma para calmarme.

Las cazavampiros arremetieron nuevamente contra Alan, utilizando sus poderes para arrojar objetos que estuvieran a su alcance. El vampiro se movía ágilmente, eludiendo los ataques.

De forma veloz, logró atrapar una por una a las brujas y las encadenó a la pared con los grilletes. A pesar de estar inmovilizadas, aquello no las privaba de sus poderes. Continuaron lanzando armas con la mirada en nuestra dirección. En varias ocasiones, tuve que esquivar alguna estaca voladora.

—Joe, levántate —dijo Alan con calma.

Advertí el disgusto en el rostro de Joe; no le gustaba que le dieran órdenes. Con una mano en el pecho, cubriendo su herida, se incorporó y tomó una daga que estaba en el suelo. A pesar de lo afligido que lucía, se arrastró para apuntar con el filo del arma el cuerpo inconsciente de Harvey.

—Suelten a los chicos o mi amigo va a matar a su lacayo —las amenazó Alan.

Joe presionó la cuchilla contra el pecho del mayordomo.

—Si le hacen algo a Harvey, los vamos a asesinar de la peor forma que puedan imaginarse —advirtió la cazadora.

—No creo que puedan hacer demasiado estando encadenadas —les recordó Joe con voz ronca.

—La llave —exigió Alan.

—En el collar —confesó una de ellas.

Efectivamente, en la gargantilla que llevaba colgada en su cuello tenía una llave plateada. Alan se la arrancó antes de proceder a liberarnos. Primero soltó a Nina y luego al resto. Mis muñecas estaban maltratadas por los tirones que había dado.

Una vez libres, intentamos huir y corrimos hacia las puertas de madera que daban al exterior de la mansión. Estábamos a punto de salir cuando estas se cerraron de golpe con un fuerte sonido. Alan se giró para ver a las responsables: las brujas. Seguí su mirada.

—¿Ahora qué? —preguntó Adolph.

—La llave —manifestó la mujer.

Alan entregó la llave a Adolph.

—La dejaré aquí —dijo nuestro líder, colocándola en el suelo, lejos de ellas—. Si su sirviente sobrevive, tal vez las ayude a escapar. Pero si no abren las puertas, tendremos un festín con la sangre de tres simpáticas hechiceras.

La salida se abrió, dejando pasar la luz de la luna.

Sin embargo, los problemas no habían acabado. Joe estaba letalmente herido y luchaba por mantenerse en pie. Y, al darle un vistazo al exterior, hallamos a un enorme grupo de cazadores. Eran humanos, armados hasta los dientes, con antorchas en sus manos y un aspecto terrorífico.

Oh, por favor. No pienso temerles a unos cuantos mortales. Me dije a mí misma cuando recordé que yo era la amenaza, no la amenazada.

Aunque pronto me di cuenta de que no eran solo unos pocos chicos, eran mucho más que eso. Deadly Hall era un pueblo repleto de individuos que aprendieron a cazar antes que a hablar. Nos encontrábamos rodeados de ellos, en una remota aldea de cazadores. Algo había leído al respecto en la biblioteca, sin prestarle atención en ese momento.

—Vaya, vaya, pero si es una manada de murciélagos —siseó uno de ellos.

Se trataba de un guapísimo hombre que estaba al frente de la multitud de mortales. Robusto, musculoso, con el cabello negro, los ojos verdes, una agraciada sonrisa blanca y el rostro más angelical de todos.

¿Me llamó murciélago? Puaj.

Caminé delante de nuestro grupo de murciélagos. *Quiero decir, vampiros.*

Igual que una pequeña indefensa, me sentí acobardada por la presencia del atractivo cazador de ojos verdes. Grité asustada cuando este joven me agarró del brazo, presionando rápidamente la punta de una estaca en mi espalda.

Es muy apuesto para ser tan infame, me quejé en mi mente.

—Christian, déjala ir —intervino Joe para defenderme, dando un torpe paso al frente.

¿Se conocían?

—¿Qué? ¿Tú quién eres? —respondió el muchacho que me había atrapado, visiblemente aterrorizado.

—Christian, por favor, sabes que soy yo, tu hermano, Joseph —la voz del vampiro era tranquila, aunque dejaba entrever cierto abatimiento.

¿El atractivo humano? ¿Hermano de Joe?

Ahora entendía de dónde provenía tanta belleza. Era difícil decidir cuál de los dos era más hermoso.

Pese a que Christian lucía más joven, era más robusto que su hermano.

—¡JA! —resopló—. Mi hermano ha muerto, tú eres un maldito quiróptero fratricida.

¿Un qué?

—Hermano, te lo pido, suelta a Angelique —siguió Joe.

El resto de los cazadores aguardaban ansiosamente para asesinarlos.

—¡QUE NO ERES MI HERMANO, INFELIZ! —gritó Christian.

Me estremecí de miedo.

—No te alteres, hermanito —dijo Joe un poco más despreocupado—. No hay dos iguales a mí, sabes perfectamente que tu hermano es ahora un iracundo chupasangre, pero sigo siendo yo. El mismo que te enseñó a cazar cuando éramos adolescentes, quien jugó contigo de pequeño y te enseñó a ligar con chicas. Vamos, Christian, hazme caso, deja a Angelique.

Christian tiritaba, su pulso era impreciso. Deslizó la estaca desde mi espalda hasta mi mejilla y la apoyó en mi rostro, rasguñándome ligeramente mientras negaba con la cabeza.

—¡No, mi hermano murió! ¡Tú no eres Joe! —su voz temblaba—. ¡MI HERMANO HA MUERTO! ¡Tú no eres Joseph! ¿Me escuchaste?

Los demás estábamos enmudecidos, totalmente interesados en entender lo que estaba sucediendo.

Joe suspiró.

—Escúchame...

—Cállate, pedazo de mier... —Christian se interrumpió a sí mismo.

Sentí la punta de la madera afilada rasgándome la cara, el dolor cruzando mi mejilla.

—Christian, te ordeno que me escuches y que sueltes a la chica —el vampiro alzó la voz—. Entiende que no quiero tener que lastimarte.

Mi cuerpo también trepidaba, me sentía agobiada. Tenía tanto miedo que era incapaz de moverme y respiraba de forma interrumpida.

Tan pronto como Joe dio un paso adelante, Christian se movió hacia atrás simultáneamente.

—No te acerques.

Haciendo caso omiso a sus palabras, el vampiro se aproximó a su hermano menor.

—¡Dame la estaca! —ordenó.

El joven negó con la cabeza. Era evidente que estaba tan asustado como yo.

En un veloz movimiento, Joe le arrebató el arma. Ahora Christian tenía las manos vacías, pero en un acto de desesperación, decidió rodear mi cuello entre ellas, apretándome la garganta.

Chillé, ahogándome por su asfixiante agarre.

—Christian, por favor —por primera vez el tono en el que habló Joseph sonaba como la más denigrante súplica.

El mortal siguió negando. Parecía consternado o traumatizado, incapaz de creer que Joe estuviera ante sus ojos. Estaba fuera de control, posiblemente atormentado por la idea de que su propio hermano se había convertido en su enemigo natural.

Joe dio otro paso al frente, lo que provocó que el cazador cerrara aún más los dedos alrededor de mi garganta, causándome un dolor intenso y dificultándome la tarea de respirar. Cuando el aire empezó a escasear, tosí.

—¡Hermano, basta! —le rogó nuevamente Joe.

Me encontraba completamente privada de oxígeno. El humano apretaba mi cuello con tanta

firmeza que anulaba cualquiera de mis intentos por respirar. Los huesos de mi garganta dolían intensamente y anhelaba desesperadamente poder inhalar algo de aire.

—La vida de tu chica vampiro acabará aquí y ahora —afirmó Christian con una sonrisa, tratando de parecer cínico.

Me revolví entre sus brazos, intentando liberar sus manos de mi cuello, pero no lo conseguía. Mi cabeza palpitaba de dolor y los segundos sin poder respirar parecían eternos. Era una experiencia horrible, enloquecedora.

Morir asfixiada era una de las peores formas de perder la vida. Necesitas aire con urgencia y no puedes hacer nada para obtenerlo, tampoco puedes desvanecerte rápidamente para escapar de esa agonía.

Solo deseaba que todo terminara pronto. Emitía sonidos ahogados, tratando de articular palabras. Sentía que estaba a punto de desmayarme y suplicaba en silencio que alguien hiciera algo para detener esa pesadilla.

Empecé a notar que los bordes de mi visión se volvían oscuros y difusos.

Joe se abalanzó sobre su pariente de forma impulsiva, como si un primitivo instinto lo hubiera poseído. En cuestión de segundos, había clavado la estaca en el pecho de su hermano.

Su mirada se volvió salvaje al ver toda esa sangre brotando sobre sus manos. Para empeorar las cosas, llevaba varios días sin alimentarse, lo que seguramente lo empujaba a necesitar beberla.

Había algo feroz e indomable en sus ojos cuando mordió la muñeca de su hermano y bebió su sangre vorazmente.

Mientras tanto, me hallaba tumbada en el suelo, luchando por tomar aliento. Ahora me encontraba rodeada por una multitud de cazadores. No había nadie que pudiera ayudarme; me cercaban el camino. Eran todos ellos contra mí.

Sin embargo, parecían ignorarme por completo, concentrados en lo que Joseph estaba haciendo. Se preparaban para acabar con su vida.



CAPÍTULO 10: ROJO Y ROSADO

El caos estalló a mi alrededor. Los cazadores se precipitaron sobre Joe como una jauría enloquecida, sus armas en alto y sus rostros contorsionados por una mezcla de odio y determinación. El sonido de los disparos llenó el aire, retumbando en mis oídos como una macabra sinfonía.

Los destellos de las detonaciones iluminaban intermitentemente la escena, revelando la figura de Joe en el centro de la tormenta. Su cuerpo fue alcanzado por varios impactos de balas, su mirada ardía con una ferocidad inquebrantable mientras bebía de su hermano.

Cada bala que lo atravesaba parecía encender un fuego en mi pecho. Quería correr hacia él, protegerlo, detener la lluvia de disparos y sanar sus heridas. Pero estaba paralizada.

El olor a pólvora llenaba el aire, mezclándose con el aroma metálico de la sangre derramada. Los cazadores gritaban, sus voces formaban un coro discordante de violencia.

—¡Angelique! ¡Joe! —nos llamaban el resto de nuestros amigos, sin poder alcanzarnos debido a que los cazadores les cerraban el paso.

—Hermano, háblame —oí decir a Joe con voz quebrada. Seguía de rodillas junto al pálido cuerpo de su hermano—. ¡Christian, dime algo!

Le puso la mano en el pecho, intentando detener la hemorragia, luego agarró su muñeca, como si tratara de sentir su pulso. Conmocionado, sujetó a Christian entre sus brazos, acomodándolo sobre sus piernas.

—Hermanito, estás vivo, ¿verdad que sí? —Se aferró a él, empapándose de sangre mientras lo abrazaba.

Cuando la muchedumbre de humanos lo capturó, siguió aferrándose a Christian. Ambos fueron arrastrados a través de la arena, dejando un rastro carmesí.

Gateé hacia ellos al tiempo que era golpeada por los mortales.

—¡Joe! —grité cuando estuve cerca—. Joe, vámonos, nos van a hacer trizas.

Tiré de su brazo, luchando por liberarlo antes de que nos exterminaran. Evidentemente, no

era lo suficientemente fuerte como para hacer algo.

De repente, unas manos me atraparon con firmeza. Inicialmente pensé que alguien intentaba lastimarme, pero al mirar hacia arriba vi a Darius, que me ayudó a levantarme y luego desapareció misteriosamente entre la multitud de cazadores.

Mi mirada se dirigió hacia la masa enloquecida que rodeaba a Joe, lo había perdido de vista. Me adentré en medio de las amontonadas personas, empujándolas con furia, decidida a llegar hasta él.

Alan apareció de la nada, alejando a los oponentes mientras los arrojaba con una fuerza sobrehumana. De pronto, recibió una flecha en uno de sus muslos. Casi sin inmutarse, siguió combatiendo. Agarraba a los mortales desde el cuello como si fueran simples muñecos de trapo y los lanzaba a una velocidad increíble contra los demás, derribando a varios en una sola maniobra.

Sujetando a Joseph desde la camisa, logró apartarlo de la escena.

—Vamos —dijo con una serenidad imperturbable.

Al ver que el otro vampiro no se movía, comenzó a arrastrarlo lejos de la multitud. Enmudecido, Joe observaba cómo el cadáver de su hermano se perdía en el caos circundante.

Los seguí, esquivando varios ataques en el camino.

Adolph había aparcado el vehículo a una distancia estratégica y aguardaba dentro junto a Donovan y Nina. Cuando Alan forzó a Joseph a entrar al asiento trasero, me uní a ellos. El motor rugió al arrancar y nos alejamos a toda prisa, abandonando a nuestro numeroso público. A toda velocidad, dejamos atrás Deadly Hall, encaminándonos de vuelta a la ciudad a través del bosque.

A mi lado, Joe mantenía los ojos cerrados y su mano descansaba sobre la profunda laceración que la estaca le había infligido en el pecho.

—¿Estás bien? —le pregunté en voz baja.

Movió la cabeza, asintiendo en silencio al tiempo que mordía sus labios hasta hacerse daño. No obstante, sabía que algo andaba mal. Su rostro lucía pálido y su camisa estaba teñida de un carmesí oscuro.

De forma brusca, Adolph frenó el auto en alguna oscura calle.

—Sígueme —nos indicó antes de bajarse.

Los cinco obedecimos, arrancando a correr detrás de nuestro cabecilla.

No pude evitar darme cuenta de que Joe se estaba quedando rezagado. Noté que el sonido de su respiración se escuchaba cada vez más lejos. Volví la vista hacia atrás y lo distinguí a varios metros de distancia, apoyando sus manos sobre sus rodillas al tiempo que luchaba por tomar aliento. Mientras los demás seguían corriendo, regresé para auxiliarlo. Cuando me aproximé, lo ayudé a enderezarse, colocando una mano en su espalda.

—Joe, ¿qué tienes? —me preocupé—. Déjame ver.

Empecé a levantarle la camisa y pude ver la profunda magulladura en su pecho. Mi expresión debió haber reflejado lo grave que lucía. Además, descubrí un par de agujeros de bala en sus hombros y otro cerca de las costillas.

—¿Cuántas veces tengo que decirte que no me toques? —gruñó, apretando mis muñecas.

—¿Qué? ¿Por qué...? —no finalicé la oración, porque se acercó más a mí y sostuvo mi rostro entre sus manos.

Por un breve instante creí que me besaría.

—Porque cuando me tocas, siento que te quiero y no soy capaz de reconocerte a mí mismo. Maldita seas, Angelique, maldita sea lo que me haces. Por ti asesiné a mi propio hermano, por tu culpa lo maté, ¿lo entiendes? —gritaba exasperado—. Para salvarte, tuve que

matar a Christian y ni siquiera lo dudé, solo lo hice. No comprendo por qué me importas tanto, ¡no lo entiendo, joder! ¡Todo esto es una maldita locura! ¡A la mierda con todo!

Me quedé sin palabras, completamente atónita. Él me miraba con ira, sus manos cálidas aún descansaban en mis mejillas. Sin pensarlo, lo rodeé con mis brazos mientras tenía cuidado de no lastimarlo. Por un breve instante no reaccionó, hasta que me apartó con suavidad.

—Vamos —murmuró quedamente.

En un silencio opresivo, continuamos avanzando por las calles de la ciudad nocturna. En los muros y postes de luz, alcancé a ver algunos anuncios:

"DESAPARECIDA: Si la has visto, comunícate con nosotros", decían los volantes con mi fotografía, mi nombre y el número de teléfono de mis padres.

Poco a poco, comencé a reconocer los lugares por los que transitábamos. Los locales, las avenidas... Más adelante, divisé una casa que me resultaba familiar. Una hermosa y espaciosa vivienda con un porche acogedor, rodeado de plantas y adornado con flores que empezaban a marchitarse debido al descuido. Un auto deportivo reposaba en el garaje. Era mi hogar, mi antigua casa.

Incapaz de resistir el impulso, me alejé para entrar en el jardín. Necesitaba ver a mi familia.

Al asomarme por la ventana de cristal, me sentí derrotada. Mi madre sollozaba mientras discutía acaloradamente con mi padre, sosteniendo mi fotografía entre sus manos. Ambos se culpaban por mi desaparición. Sus voces elevadas, lágrimas y lamentos resonaban en el aire. Desde el pasillo, mi hermanita menor, Serenity, observaba con un rostro cargado de angustia.

Me sentí responsable de la desgracia que aquejaba a mi familia. Tuve que esforzarme para no caer en la tentación de llamar su atención, de hacerles saber que estaba bien, que no debían preocuparse.

Sentí deseos de golpear la puerta, abrazarlos con cariño y pedirles perdón. Mi madre me prepararía un reconfortante chocolate caliente, como solía hacer cuando llegaba empapada por haberme mojado bajo la lluvia durante mi infancia.

Sin embargo, no podía hacer tal cosa. Porque se encontrarían con una versión distinta de mí. Me había convertido en una amenaza para ellos, al igual que Joseph lo fue para Christian.

Lágrimas emergieron sin previo aviso, empapando mi rostro.

—Lo lamento —oí farfullar a Joseph a mis espaldas.

—¿Qué cosa? —respondí con voz quebradiza y aguda luego de una silenciosa pausa. Trataba de contener el llanto.

—Lamento tanto haberte hecho esto —explicó el vampiro de manera calmada—. Nunca debí convertirte en uno de nosotros, soy tan egoísta. Por favor, perdóname, Angelique.

Sonaba tan sincero que mi corazón se acongojó.

No dije nada, me limité a reposar mi rostro en su clavícula mientras dejaba escapar sollozos de angustia. Sentí un consuelo reconfortante al ser envuelta por sus cálidos brazos. Correspondí al abrazo con ternura.

—Quiero que se acabe esta pesadilla —balbuceé entre lágrimas—. Quiero de vuelta a mis padres, a mi hermana, a mis amigos, ¡quiero mi vida de vuelta! —respiré con dificultad—. No veré a mi hermana crecer, me perderé de sus momentos importantes, como su graduación o su primer baile. No estaré en la boda de mi mejor amiga, tampoco ayudaré a mis padres durante su vejez.

Él profirió un suspiro lentamente.

—Lo sé —habló de manera seria—. Eso es algo que nunca podré perdonarme. Pero al

menos quisiera tener tu perdón —me acarició despacio el cabello—. ¿Me perdonas, Angelique? ¿Algún día lo harás?

No le contesté, únicamente me apreté un poco más contra él. Sus labios suaves me rozaron la frente en un beso.

Me encontraba desorientada, confusa y abatida, sin saber qué pensar. Me obligué a cesar el llanto y soltarlo.

Acababa de ver una faceta de Joe que no conocía. Este era un Joe sentimental, que pide perdón y que demuestra cariño más allá de lo sexual.

—¿Dónde están los demás? —indagué, eliminando los rastros de lágrimas de mi rostro.

Aparté mi mirada de la casa, tratando de borrar los pensamientos y remembranzas que me asediaban. Tenía que acostumbrarme a la idea de que había cambiado, era diferente. No tenía que permitir que mis emociones ni las de los demás me afectaran. Debía bloquear todo signo de debilidad, porque me había convertido en un ser despreciable, un monstruo aborrecible. Incluso sin darme cuenta, sentía cómo mi corazón se volvía más frío y despiadado con el paso del tiempo.

—Creo que fueron a hablar con Erick —contestó—. Es un viejo amigo, alguien que puede ayudarnos a encontrar refugios para vampiros jóvenes como nosotros. Si nos apresuramos, quizás podamos alcanzarlos, pero esta condenada estocada me está causando un dolor insoportable. ¿Por qué mejor no regresamos al auto? Dudo que podamos llegar hasta ellos.

Nos dirigimos de regreso al vehículo y nos acomodamos en los asientos traseros. Un gruñido de dolor escapó de los labios de Joe cuando hizo un esfuerzo al sentarse.

El silencio reinó por un momento. A su lado, sentía una extraña excitación ante el simple roce de su brazo contra el mío. Sus poderosos músculos estaban en tensión, mi hombro rozaba el suyo, su calor corporal me envolvía.

¡Oh, por Dios! Deja de pensar en eso. Me reproché, intentando convencerme de hacer algo que no quería.

—¿Cómo te sientes? —rompí el silencio.

Levanté una mano para situarla sobre su frente e intentar medir su temperatura corporal. Cuando mis dedos estaban a punto de tocar su piel, me detuve y retrocedí, evitando el contacto.

Me aclaré la garganta, desviando la mirada con timidez.

Él me observó con seriedad.

—Estoy bien.

—Ustedes dos... —cambié de tema, corriendo el riesgo de estar presionando demasiado—. Tu hermano y tú eran cazadores, ¿cierto? Me preguntaba si... ¿crecieron en Deadly Hall?

—No —sacudió la cabeza—. Nacimos al oeste de Canadá y más tarde nos mudamos a Estados Unidos. Cuando tenía dieciséis años y Christian trece, los vampiros asesinaron a nuestros padres. Una manada entró en casa y papá nos obligó a escondernos. Mi hermano y yo observamos todo desde las ranuras de las puertas del armario en el que nos ocultábamos. Presenciamos cómo mataron a mi hermana mayor, a mi madre y a mi padre. No pude hacer nada para detenerlos. Desde entonces, Christian y yo nos quedamos completamente solos, hasta que nos unimos a un grupo de cazadores. Pasamos nuestra adolescencia persiguiendo chupasangres, enfrentando los riesgos que venían con ello. Y, bueno, el resto es historia. Hace más de un año, me vi involucrado en problemas mayores. Me enfrenté a vampiros peligrosos en terrenos igual de peligrosos. Mi hermano creyó haberme visto perder la vida en una pelea contra uno de ellos. Fui mordido y estuve a punto de desangrarme, pero no morí. Fui rescatado y decidí apartarme de

la vida de Christian y del mundo de los cazadores. Hace unos meses, fui transformado.

—¿Cómo pasó? ¿Cómo te transformaron? —curioseé.

—Eso no te importa —refunfuñó.

Suspiré con frustración.

¡Qué chico tan terco y odioso!

—Bueno, es una larga historia —admitió finalmente.

—Bien, no me la digas si no quieres.

En seguida, sujetó mi barbilla sin la menor delicadeza, girando mi cara hacia él para obligarme a mirarlo.

—Te ves muy sexy cuando te enfadas —me dijo, esbozando una amplia sonrisa.

Frunciendo el ceño, retiré sus manos de mi rostro y me separé de él sin dejar de mostrar mi enojo.

—Perverso, depravado —lo insulté.

—¿Yo? ¿Y qué hay de ti?

¿Yo? Sí, claro. Pensé con tono irónico.

Luego de un breve silencio en el que fingí estar enojada, me rendí.

—Hey —departí—. ¿Conoces a un tal Darius Ross?

Me miró extrañado.

—¿De qué hablas?

—Darius Ross —repetí—. ¿Te suena ese nombre?

—No, ¿por qué?

—Por nada —contesté—. Es un chico que conocí.

De improviso, oí pasos aproximarse. A juzgar por el sonido, supuse que eran varias personas. En la distancia, distinguí a Nina, Donovan, Adolph y Alan. Emergieron desde un estrecho callejón, apenas lo suficientemente ancho para que pasara una persona a la vez. Entendí por qué habían optado por no llevar el automóvil.

Los cuatro volvieron corriendo y subieron al Chevy.

—Regresaremos a casa —anunció Adolph—. Erick no está por aquí.

Una vez que estuvimos en ese pequeño refugio en la calle de vampiros, conduje a Joseph hasta al sofá, pidiéndole que se apoyara en mí para caminar.

—Quítate la camisa —le ordené. Ya sabía que su ceja se arquearía de esa manera cuando terminé de hablar. Lo interrumpí antes de que pudiera soltar un comentario malicioso—: Ni se te ocurra decirlo, Blade.

Comenzó a retirarse la prenda, desabrochando los botones uno a uno. Lo ayudé a deslizar la tela fuera de sus hombros antes de correr a buscar el botiquín.

Examiné cuidadosamente sus heridas mientras las desinfectaba. Apreté algodones húmedos en alcohol contra su piel, limpiando la sangre al tiempo que Joe soltaba quejidos de dolor.

Cuando noté todos los ojos posados en mí, me expliqué:

—¿Qué? Tomé un curso de primeros auxilios.

Entonces desviaron su atención hacia otra persona.

—Alan Black —espetó Nina en tono acusador—. Creo que nos debes una explicación. ¿De dónde diablos obtuviste todas esas habilidades?

—No estoy seguro de que quieran saberlo —respondió el acusado.

—Habla ahora, Alan —insistió Adolph.

—Bueno, yo... soy hijo de Zephyrs —declaró el vampiro. Un perpetuo silencio se apoderó del lugar, incluso Joe dejó de quejarse—. Y no tengo catorce años, tengo dieciocho. Como sabrán, vine aquí cuando tenía catorce, pero sí he crecido. La verdad es que no sé cómo nunca se dieron cuenta. Ya saben que los hijos de Zephyrs crecen solo hasta los dieciocho años.

Y eso explica muchas cosas.

—Alan, nos has engañado todo este tiempo —proclamó Nina en voz baja—. ¿Qué pasó con tu historia de que fuiste convertido en una pelea en un club?

—Lo inventé para que me permitieran estar en su grupo. Lo siento.

—Entonces, ¿eres hijo de vampiros? —intervino Donovan—. Pensé que los vampiros no podían tener hijos.

Adolph se aclaró la garganta.

—Algunos Zephyrs han logrado tener hijos. Hasta donde sé, no es tan sencillo —intervino con voz fría y estoica—. Alan, ¿quiénes son tus padres?

—Eso no importa. El asunto es que me escapé de ellos hace muchos años y, dado que no le dieron importancia, jamás pienso volver. Espero que me entiendan.

—¿Por qué no me lo dijiste? —la voz de Nina destilaba furia—. ¿Después de tantos años es ahora cuando empiezo a conocerte realmente?

—Nina, perdóname, pero... —Alan empezó a hablar al tiempo que se acercaba a su novia.

Ella se alejó antes de sentarse en su cama.

—De acuerdo, ¿alguien más tiene algo que confesar? —Adolph sonaba severo y enojado—. Porque empiezo a sospechar que nos conocemos menos de lo que imaginé.

Todos permanecemos en silencio. Terminé de vendar las heridas de Joe, luchando contra un deseo repentino e inapropiado de besar su pecho desnudo.

¿Qué demonios me estaba pasando?

Hablando de confesiones...

Recordé algo importante.

—Donovan, necesito hablar contigo —mascullé en voz baja.

La preocupación por la privacidad me embargó. Si hablaba con Donovan en ese lugar, todos los demás se enterarían. Incluso si nos retirábamos a la esquina más apartada, con sus oídos súper desarrollados podrían escuchar cada palabra.

—Ven —me instó él.

Me agarró de la mano y me condujo hasta afuera. Como aún era de noche, la fiesta en la calle seguía en pleno apogeo. Nos adentramos en la multitud, sorteamos el bullicio y finalmente llegamos a un callejón más tranquilo y despejado.

—Ahora sí, pregúntame lo que quieras.

No pude evitar darme cuenta de lo apuesto que lucía esa noche bajo la luz de la luna, con las manos en los bolsillos y caminando con elegancia.

—Joe me ha contado sobre lo que haces —farfullé con la mirada puesta en el pavimento.

—Lo sé.

—Tengo algunas dudas —comencé—. En primer lugar, ¿necesitas hacer eso todo el tiempo o simplemente lo haces por diversión?

—La verdad es que lo hago por gusto —reconoció—. No es algo que tenga que hacer para sobrevivir.

—¿Matar a todas las mujeres con las que te acuestas es parte de ello? —pregunté con curiosidad.

—No, solo bebo su sangre.

—¿Lo haces más de una vez con la misma mujer? Es decir, ¿vuelves a visitarla después de haber estado con ella previamente?

—Sí, algunas veces regreso con alguna conocida.

—¿Y haces eso de las películas? Ya sabes, ¿manipulas los sueños de las mujeres?

Donovan dejó escapar una risita.

—Hmm, no exactamente. Cuando paso la noche con ellas y las muerdo, suelen pensar que es un sueño, sobre todo si es la primera vez. Si en cambio las visito en varias ocasiones, empiezan a sospechar —¡Vaya, qué fácil era hablar con mi novio sobre sus aventuras con otras mujeres!—. Pero no tengo el poder de controlar sus sueños ni nada por el estilo. Aun así, los vampiros tenemos una especie de influencia hipnótica que es irresistible para la mayoría de los mortales, lo cual les hace ceder fácilmente a nuestros deseos o dejarles confundidos acerca de lo que experimentaron. Es como si tuvieran una especie de neblina en sus recuerdos.

Asentí ligeramente. Aunque no sabía la razón, lo que Donovan hacía no me agradaba en lo absoluto.

—¿Eres un adicto al sexo? —largué al fin.

Levantó las cejas, sorprendido ante mi comentario. Luego contuvo una leve carcajada.

—Angelique —detuvo su andar y posó sus manos sobre mis hombros—. ¿Qué clase de enfermo crees que soy? Puedes llamarme asesino, chupasangre e incluso ladrón, pero nunca me he considerado un adicto al sexo.

—Es que no comprendo por qué lo haces —repliqué—. Digo, ¿por qué te causa algún tipo de satisfacción especial? No puedo entender si es por placer, hambre o algo más. Tienes la oportunidad de salir casi todas las noches con nosotros, incluso podrías tener encuentros íntimos con tus víctimas y beber su sangre. Entonces, ¿qué tiene de especial ser un Succubus?

—Es diferente, pero no creo que lo entiendas.

—Por favor, Donovan, solo dime lo que sea que tengas que decirme y luego yo decidiré si lo entiendo. Te he dicho que puedo manejar cualquier cosa —lo reñí—. No me gusta nada lo que haces.

—No siento nada especial por ninguna de mis víctimas, tampoco voy a enamorarme de esas mujeres —alegó—. No se trata del placer que pueda obtener de ellas, sino de su energía vital. Es sobre el poder que puedo eventualmente conseguir.

Sentí un cálido alivio recorriéndome. Sus dedos acariciaron mi rostro con ternura y gentileza.

—Te quiero, Angelique —confesó—. Si tengo a una chica tan hermosa a mi lado, ¿por qué habría de desear a cualquier otra?

Nuestros labios se encontraron en un húmedo beso. Extrañaba la sensación de su boca contra la mía. Mis brazos lo rodearon al tiempo que me sujetaba la cintura, intensificando el fervor del momento.

Cuando finalmente nos separamos, me sentí satisfecha. Recuperamos la compostura y permanecimos abrazados, mirándonos a los ojos.

Dos chicos me habían dicho "te quiero" en una sola noche. Aquello era algo positivo. Sin embargo, lo que me perturbaba era que no podía evitar comparar a Donovan con... Joe. Me avergonzaba admitir incluso para mí misma cuál de los besos disfrutaba más, ¿los de Donovan o los de Joe? Evité responder a esa pregunta, no quería enfrentarla.

—¿Hay algo que debas confesarme? —preguntó de repente, su tono llevaba una carga de

seriedad.

Una inquietud momentánea se apoderó de mí.

—¿Como qué? —inquirí, hecha un manojo de nervios.

—No lo sé, solo pregunto —sus palabras me dieron la impresión de que sabía más de lo que estaba dispuesto a admitir.

—¿Lo sabes? —demandé, tratando de poner a prueba su respuesta.

—¿Qué cosa? ¿Que te acostaste con Joe? —reparé en que trataba de no parecer furioso, aunque claramente lo estaba.

—¿Qué? No, yo no... —tartamudeé—. No me acosté con él.

Donovan me miró fijamente, parecía estar evaluando mis palabras.

—Angelique, no soy estúpido. Esa noche no estuviste en tu habitación y a la madrugada te vi salir de su cuarto con su ropa puesta —me delató.

—No pasó nada —mentí por segunda vez.

—Ah, ¿no? Vaya, debo ser muy malpensado entonces —siseó con sarcasmo—. ¿Qué me dices de esto? —desdobló la bufanda que envolvía mi cuello—. Desde esa noche has utilizado bufanda, y ha de ser casualidad que aún esa cicatriz se vea reciente —prosiguió con ironía.

Mi mente trató de encontrar una respuesta adecuada, una excusa. Me había descubierto.

—Donovan, no significó nada —dije apresuradamente.

—Para mí significó mucho —me reprochó—. Significó que optaste por tener sexo con él antes que conmigo. Sin mencionar que me lleva ventaja en muchas cosas. Quizás debería intentar emborracharte una noche y probar suerte.

Forcé una sonrisa.

Donovan tenía ventaja en una cosa: me había besado antes. Sin embargo, la comparación que usó resultaba absurda. Joe era innegablemente atractivo, pero no volvería a ocurrir nada más entre nosotros.

—Él no es competencia para ti —traté de tranquilizarlo—. Como mencioné antes, nunca tendría una relación con alguien como Joe.

Él reanudó nuestro beso, esta vez de forma más feroz. Mordisqueaba mis labios con tanto fervor que tuve que esforzarme para mantener el ritmo. Mis manos acariciaron su espalda mientras sus dedos se enredaban en mi cabello.

De camino a nuestro refugio, no dejamos de besarnos.

Transcurrió una semana, pero apenas lo noté. El tiempo parecía volar cuando me sumergía en el disfrute. Salir todas las noches con amigos, coquetear y morder cuellos era una experiencia fantástica. Donovan y yo manteníamos nuestra relación a base de besos y coqueteos incesantes.

Joe continuaba siendo el mismo, a veces distante, a veces no tanto. Siempre seductor, gracioso y tan irresistible como patán. Le había tomado varios días recuperarse de las heridas del último enfrentamiento.

Dado que nos perseguían vampiros poderosos y un pueblo entero de cazadores y hechiceras, nuestras salidas eran moderadas. Durante el día, pasábamos la mayor parte del tiempo durmiendo, descansando de las noches intensas y salvajes que solíamos tener.

Todo parecía fluir sin problemas. Alan abandonó la escuela, Donovan y Adolph trabajaban solo ocasionalmente para no llamar la atención de los Zephyrs y, de vez en cuando, Nina salía con sus llamativas pelucas y su atuendo provocativo. A pesar de que ella aún mantenía una relación con Alan, me había confesado que le tenía menos confianza por haberle ocultado su

linaje de vampiros mayores durante tanto tiempo.

Aquella noche la sed me invadía y nadie planeaba salir de cacería, excepto Joe. Lo vi arreglándose frente al pequeño espejo, peinando hacia atrás su atractivo cabello.

—¿A dónde vas? —le pregunté.

—¿No es evidente? La noche es joven, voy a divertirme. ¿Quieres venir? —me propuso.

No vacilé en absoluto, me apetecía beber sangre.

—Por supuesto —respondí con una sonrisa de anticipación.

Hice esperar a Joe en el coche durante quince minutos mientras me vestía de manera sensual y provocativa. Antes de marcharme, le di un beso de despedida a Donovan, quien parecía reacio a dejarme ir.

Finalmente, subí al vehículo con el bolsito de mi maquillaje en una mano.

—¿Cómo me veo? —pregunté a Joe al mismo tiempo que examinaba mi aspecto en el retrovisor.

—Estás preciosa —manifestó con una media sonrisa

Me sorprendió gratamente escuchar esas palabras de él.

—No aceleres todavía, deja que me aplique el labial —le pedí—. ¿Tú qué opinas? ¿Rojo intenso o brillo rosa?

¿La tentación o la inocencia...?

—Rojo —contestó sin dudar.

Observando mi reflejo en el espejo compacto de mi estuche de maquillaje, empecé a deslizar lentamente la barra de color escarlata sobre mis labios.

Joe, que había estado mirando al frente hasta ese momento, fijó su atención en mí. Sentí sus ojos clavados en mi cara, lo cual me puso un poco nerviosa. Con cierta malicia, terminé de aplicarme el labial de manera tentadora y segura. Volví el rostro hacia él para mostrarle mi obra maestra.

—¿Qué tal? —fruncí los labios, como si me dispusiera a besar a alguien.

Me impresionó verlo tragar saliva y notar su comportamiento extraño. Sacudió la cabeza, como si quisiera despejar su mente. Luego volvió la mirada al frente.

—¿Estás intentando seducirme? —dijo en tono bromista, haciendo referencia al labial—. Te queda muy bien, por cierto —añadió con una sonrisa mientras ponía en marcha el motor.

Dejé escapar una risita.

—¡Ups! Me descubriste —respondí de manera juguetona.

Ambos compartimos una risa suave.

Nos dirigimos a un club nocturno. Una vez que llegamos, caminé a su lado al entrar, pero me tomó por sorpresa la cantidad de vampiros que había. Estaban por todas partes. Los humanos eran una minoría y muchos de ellos iban acompañados por chupasangres. Cazar en un lugar como ese sería un desafío.

Al echar un vistazo a mi alrededor, reconocí a esa mujer alta, voluptuosa, con una figura envidiable. Cabello largo, labios granates y un atuendo mucho más revelador que el mío. Era Deborah, la misma Deborah Russel con quien Joe solía acostarse. Sin darme cuenta, fruncí el ceño al verla.

La mujer tenía la mirada fija en Joseph mientras se pavoneaba, meneando sus caderas. Volví a mirar a Joe, quien parecía estar hechizado al contemplar el cuerpo de la vampireza.

—Hola, guapo —le susurró Deborah al oído cuando estuvo cerca de nosotros.

Posteriormente, lo besó en los labios, provocándolo, excitándolo, controlándolo... Besó

cada parte de su rostro, tenía dominio total sobre él.

—Hola, preciosa —respondió el vampiro, con los labios todavía adheridos a los de ella.

Me invadió una extraña sensación en el pecho, fruncí el ceño más pronunciadamente.

—Gracias por venir esta noche, de verdad estaba aburrida —la voz de Deborah hipnotizaba a Joe como el silbido de una serpiente. Era como una cobra venenosa—. ¿A tu acompañante le importaría si nos perdemos un rato?

Al menos la víbora tenía claro que yo era su acompañante.

—No, a ella no le importará —asumió Joe y se abrió paso entre la multitud para marcharse junto a su diabla.

Casi dejé caer la mandíbula de indignación. Agarré su brazo antes de que pudiera irse.

—¿Vas a dejarme aquí sola? —interpelé, incrédula.

—Diviértete —sonrió, alejándose.

Con la boca abierta y el ceño fruncido, lo maldije en voz baja.

Es un sucio.

¿Me había traído consigo solo para abandonarme? Sabía que se encontraría con su diabla y aun así me permitió venir. ¿Para qué? Para hacerme presenciar cómo se iba al infierno con esa mujer. Y, además, en un lugar donde era casi imposible conseguir beber sangre.

Es un insensato, ridículo, idiota, estúpido, imbécil. Un maldito patán, un puto desgraciado. Repetía esas palabras en mi mente.

¿Acaso no tenía derecho a estar furiosa? Por supuesto que sí. ¿Ahora qué iba a hacer sola en ese lugar? ¿Ligar con vampiros? ¿Bailar en el tubo? *Por favor.*

Quería tomar el auto para largarme, pero Joe tenía las llaves y no tenía ni idea de dónde demonios se había metido. Por otro lado, no quería arruinar su momento de pasión con su vampira. Aunque, pensándolo bien, la idea de dejarlo frío mientras intimidaba con Deborah me resultaba tentadora.

—Maldita sea —me quejé en voz baja.

En ese instante recordé que estaba rodeada de vampiros con oídos agudos.

—¿Algo anda mal, preciosa? —me habló uno de ellos.

Cuando me volví para mirarlo, únicamente pude distinguir su torso bajo una camisa blanca. Era un hombre altísimo. Mis ojos viajaron hacia arriba para encontrar su rostro. El sujeto medía más de dos metros, un auténtico gigante. Atractivo, eso sí, aunque un poco mayor para mí. Lo ignoré y me dirigí a la barra.

Pasé varias horas maldiciendo a Joseph, furibunda.

Ese imbécil se va a enterar de quién soy, se las verá conmigo. Gruñí para mis adentros.

Decidida a salir de ese lugar y tomar un taxi, me levanté de la alta silla. Estaba a punto de dar un par de zancadas cuando alguien tiró de mi brazo. Giré en redondo, casi saltando por el susto y la sorpresa. Ahí estaba de nuevo Darius Ross, apareciendo de la nada.

Y, *¿ahora qué?* Me pregunté, con una mezcla de intriga y molestia.

—¿Otra vez tú? —mi voz denotaba mi tediosa desgana.

—Si estás de mal humor porque tu compañero te dejó tirada, puedes llevar tu irritación a otro lado —rezongó.

—Eso es precisamente lo que estaba haciendo, me largo.

La furia se escapaba de mi interior. Hice un esfuerzo por relajarme. Quizás estaba siendo hosca con la persona equivocada.

Suspiré, resignada.

—De acuerdo, ¿qué quieres?

—Solo vine a hacerte compañía, ¿es eso un delito? —preguntó con más confianza de la que debería—. Pensé que sería buena idea, más aún cuando tu amante te ha plantado.

Me eché a reír a carcajadas, de forma exagerada.

—¡Oh, sí! ¿Mi qué? ¿Mi amante? —hablé entre risas—. Es lo más absurdo que he escuchado en mi vida. ¿Joe? ¿Mi amante? ¡Qué cosas dices! ¿Estás pensando con coherencia últimamente, Darius?

—Como sea, lo que tú digas —desestimó mis palabras con ironía—. Ahora dime, ¿por qué le preguntaste a Joe sobre mí, cuando te pedí explícitamente que no mencionaras mi nombre a nadie?

Mi sonrisa se desdibujó. Hice una mueca de asombro.

—¿Cómo sabes eso? —alcancé a decir.

—Te dije que te vigilo. Siempre te merodeo, como sabrás.

—Oh, eso suena aterrador —fingí una voz grave.

¿Cuántas cosas habría visto? Era peligroso que ese Darius supiera tanto de mí.



CAPÍTULO 11: JESSICA RABBIT

El aire estaba impregnado de una mezcla de olor a cigarrillo y alcohol, mientras la música resonaba a volumen ensordecedor entre las paredes, llenando el interior de mi cabeza. Entre las voces de la gente, lograba distinguir el sonido apagado de algunos besos. Darius, por su parte, mantenía una expresión de preocupación perpetua.

—Como sea, gracias por venir, pero yo me voy —le expliqué, alejándome entre la multitud al tiempo que evitaba el contacto con los vampiros del club.

—No es una buena idea que te vayas sola a mitad de la noche —atendí a la lúgubre voz de Darius a mis espaldas.

Me giré para enfrentarlo.

—¿Qué es eso? ¿Una amenaza? —dije—. Voy a tomar un taxi y dejaré a Joe con su diablo.

—No seas obstinada, quédate —insistió afectuosamente el muchacho—. ¿No quieres tomar algo?

—Un poco de sangre como entrada no estaría mal —rezongué con amargura.

—Siéntate, no voy a consentir que vagues por ahí a estas horas. Vamos a esperar a Joe —reiteró con firmeza—. Pide un Bloody Mary y cierra la boca.

De manera sorprendente, logró persuadirme para quedarme. Sin embargo, durante el resto de la velada, no hice más que quejarme tercamente de Joe y maldecirlo hasta que empecé a sentirme agobiada.

—Estamos a punto de cerrar, señorita —me informó un camarero vampiro mientras frotaba un pañuelo sobre la superficie de la barra del bar.

—Nos vamos —resonó el gruñido de Joe, que apareció entre los chupasangres avanzando hacia la salida a grandes zancadas.

—¡No iré contigo a ninguna parte! —le contradije, tratando de seguirle el paso—. Me voy con Darius.

—¿Con quién? —interrumpió bruscamente su andar para verme a la cara.

Busqué con la mirada a mi acompañante, quien parecía haberse desvanecido.

—¿En dónde se metió? —pregunté para mí misma en voz alta, escudriñando la sala con agudeza.

Joe largó una risotada satírica.

—¡Qué lástima! Parece que tu amiguito te ha abandonado. Tendrás que venir conmigo —afirmó al tiempo que caminaba hasta el aparcamiento. Avancé tras él—. ¡Quién lo hubiera dicho! ¡La dulce nenita siendo infiel a Donovan!

—¿Qué? ¡No estoy engañando a Donovan! —exclamé, sintiendo una oleada de cólera—. Pero ¿sabes qué? No tengo que darte explicaciones a ti.

—¡Oh, Donovan! ¡Oh, Darius! —se mofó antes de hacer una mala imitación de mí.

Levantó un poco su camiseta por debajo del chaleco mientras se manoseaba el abdomen con perspicacia, de forma burlona y socarrona, insinuando que lucía así al hablar de ellos.

En otra situación, podría haber estallado en carcajadas, pero en ese momento la rabia crecía dentro de mí, encendiéndose como una chispa.

—¿Por qué no te largas con tu diabla y me dejas en paz? —mis gritos retumbaron en el estacionamiento vacío—. Eres insoportable, Joseph Blade.

Sin perder la serenidad, el vampiro siguió avanzando hacia el Chevy Impala. Palpó sus bolsillos en búsqueda de las llaves.

—¿Mi diabla? Eres tan graciosa —espetó con astucia y un deje de ira—. Mira quién habla de insoportable.

—No entiendo por qué me trajiste aquí si tenías planeado dejarme sola con un montón de vampiros.

—¿Cuál es el problema? ¡Veo que no perdiste el tiempo! —me acusó, frunciendo el ceño. Hablaba con los dientes apretados, furibundo e irascible, igual que un perro rabioso.

Resoplé, indignada.

—Adiós, tomaré un taxi.

Me di la vuelta, zarandeando mi cabello para irme con dignidad. El golpeteo de mis tacones hacía eco mientras me retiraba.

De súbito, los brazos de Joe me rodearon y me empujaron con determinación contra el auto. Mi espalda impactó contra el metal y los cristales de las ventanas produjeron un ruido ahogado. A pesar de que sentí un dolor agudo atravesando mi columna, mi furia era mayor.

—Déjame adivinar —lo provoqué, gruñendo las palabras cerca de su boca—. Estás ardido porque *algo* no funcionó bien en tu noche de sexo.

El ademán de enojo en su rostro se hizo más severo. Tenía los rasgos endurecidos y la mandíbula rígida. Me miraba con odio, su respiración era intranquila. Posó ambas manos en el vehículo, a cada lado de mi cabeza, haciendo una barrera que no me permitiría escabullirme.

—Eres tan retorcida —siseó, prensando los dientes con más dureza.

Su expresión me intimidó. Parecía que realmente estaba a punto de perder el control.

Ambos queríamos estallar de ira, gritarnos e insultarnos de modo indecente. Y, al mismo tiempo, ansiábamos devorarnos el uno al otro.

Esa misma furia brutal fue la que usó para atrapar mis labios con los suyos. Me besó con tanta efusividad e intensidad que mi cuerpo se debilitó. Mis labios tiritaban, envueltos en una ráfaga de deleite. Él los separó, adentrándose con su lengua en mi boca de manera desenfrenada.

Cuando apretó más su cuerpo contra mí, un gemido gutural salió de mi garganta.

Tracé el contorno de sus labios con mi lengua al tiempo que me aferraba a su camisa. Su

pelvis aplastando la mía me proporcionaba calor, incendiándome. Cada parte de mí comenzó a arder. Me sentía frágil mientras me fundía en sus brazos.

Tomó entre sus dientes mi labio inferior y me suministró mordidas minuciosas, satisfactorias. El sabor de su boca era sublime. Nunca el whisky me había agradado tanto como en ese momento. Era como el aderezo que le proveía de dulzura a la fiera y crueldad de sus besos. Mi labial rojo estaba siendo arrastrado por las huellas de sus labios, que también se mancharon de escarlata.

Respiramos con dificultad después de separarnos.

—No te pases de listo, vete a la mierda —murmuré sin aliento.

Sí, disfrutaba de hacerme rogar.

No iba a dejar mi disgusto de lado solo porque sus besos fueran provocativos y su cuerpo estuviera más equipado que el de un dios griego en cuestión.

En mi segundo intento por marcharme, forcejeé para liberarme de sus brazos.

—¿Por qué no le dices a Donovan que te acompañe a casa? —gruñó en mi oído con sarcasmo insidioso.

—¿Acaso estás celoso?

—Sí, maldita sea, ¡estoy celoso! —alzó la voz antes de asaltar de nuevo mis labios.

¡Qué imposible resultaba pensar cuando Joseph Blade acababa de confesar que estaba celoso!

Mi corazón no dejaba de latir apresurado, como si me encontrara a punto de saltar de un avión sin paracaídas, como si me hallara al borde de la muerte en una arriesgada hazaña.

De forma violenta, me hizo girar hasta quedar aplastada de frente contra la puerta del automóvil. Mi abdomen golpeó la ventana y su pecho se juntó con mi espalda.

Su mano en mi cintura se deslizó lentamente hacia mi vientre, abriéndose paso entre el vehículo y mi cuerpo. Sus dedos descendieron, apretándose contra la parte más sensible de mi cuerpo a través de mi vestido.

Un jadeo ahogado delató mi deseo. Al escuchar ese suspiro de rendición, un sonido de victoria se escapó de la garganta de Joseph. Fue casi como una risa.

Con su otra mano apartó el cabello de mis hombros delicadamente para depositar un suave beso en mi cuello.

—Déjame complacerte, Angelique —susurró cerca de mi nuca. Su aliento sobre mi piel me hizo estremecer—. Harás que me vuelva loco, lo juro.

En respuesta, arqueé la espalda mientras separaba ligeramente las piernas. Levanté un brazo y acaricié su barba corta con las puntas de mis dedos.

Él presionó su palma contra mi feminidad a la vez que dos de sus dedos me frotaban ahí abajo, torturándome. Cuando gemí con fuerza, rogándole por más, me cubrió la boca con su otra mano.

—Shh, van a oírnos —murmuró en mi oreja, causándome escalofríos.

A través de la ropa, comenzó a estimularme con movimientos circulares y suaves. Después aumentó el ritmo justo en el punto que ardía de dolor por el anhelo. Estaba tan mojada que la humedad traspasaba la tela hasta sus dedos.

Mordí suavemente su palma sobre mis labios, provocándolo al tiempo que ahogaba mis gruñidos de placer en ella.

El interior de mi vientre se apretó y espasmos de éxtasis cruzaron por mi abdomen antes de recorrer mis piernas. Cuando creí que me desvanecería en sus brazos, se detuvo, haciéndome

sufrir. Lloré de necesidad contra su mano.

Mis lamentos se convirtieron nuevamente en goce cuando las puntas de sus dedos se introdujeron ligeramente en mí. La tela del vestido rozaba mi interior, su mano se movía a un ritmo tortuoso.

Tan pronto como sentí un duro bulto creciendo en su pantalón, apretándose contra mis nalgas, lancé la cabeza hacia atrás, reposándola sobre su hombro.

Continuó tocándome de manera experta, haciendo que mis bragas se humedecieran cada vez más. Hasta que no pude seguir soportándolo. Un calor ascendió desde mis talones hasta el interior de mi vientre. Trepí en sus brazos al mismo tiempo que mis muslos se cerraban alrededor de su mano, justo antes de que mis piernas cedieran, debilitándose.

En el instante en el que solté un grito, su boca reemplazó a su mano, atrapando mis lloriqueos de placer en un excitante beso. Su lengua amortiguó el sonido. Con un brazo rodeó mi cintura, evitando que cayera. Sostuvo todo mi peso para que mi cuerpo no se deslizara al suelo por la fragilidad que me había causado aquel potente orgasmo.

Me sentía ligera, liviana, casi como si flotara.

Luego de esperar algunos segundos a que me recuperara, el vampiro sujetó mi codo mientras abría la puerta trasera del vehículo. Con cierto salvajismo, me arrojó al asiento.

Supe en ese momento que él no permitiría que me saliera con la mía.

La malicia que ese hombre despertaba en mí era inapropiada. En lo más profundo de mi ser amaba que se comportara de manera tan masculina, seductora y apetecible. Me hacía tiritar como una pequeña presa asustada. Y estaba dispuesta a interpretar el papel de su víctima.

Furiosamente, se trepó encima de mí. Cuando su pecho comprimió el mío, me concentré en sentir sus latidos sobre mi corazón. Sus labios humedecieron los míos con urgencia. Era como si hubiese una necesidad acumulada en ellos que había estado aguardando por salir. Sus manos se desplazaban a través de mis curvas.

Perdí por completo la compostura al sentirlo tan cerca, al observar su rostro con esos penetrantes ojos grises que parecían ocultar tantos secretos. Su calor, su aliento rozando mi piel y su peso sobre mí eran una combinación abrumadora.

Joseph era el tipo de hombre que debería llevar consigo una etiqueta que advirtiera: "Peligro: irresistible".

Cuando sentí que pasaba su mano despacio por encima de mi ombligo, arqueé la espalda instintivamente, exponiendo mi cuello. Él aprovechó aquello para trazar un camino de besos en mi garganta. Los escalofríos que recorrieron mi piel eran como atormentantes sacudidas.

A continuación, sus dedos se aferraron al escote delantero de mi vestido, dispuestos a desgarrarlo.

—¡Con cuidado! —lo detuve—. No quiero tener que llegar a casa desnuda.

Esbozó una sonrisa ardiente antes de deslizar cuidadosamente los tirantes de mi vestido hacia abajo. Jadeé.

Tiré de su corbata, muriéndome de ganas por arrancársela para luego dejar su torso desnudo. Rápidamente, se despojó del chaleco y desabotonó los puños de su camisa. Sin demora, le ayudé a retirar la corbata y a desprender varios botones, que salieron volando.

De nuevo, había caído en su trampa.

Debía admitir que su estrategia de seducción era atrayente. Incluso sabiendo que me atraparía en sus garras, caminé precipitadamente en su red hasta acabar devorada.

Una vez más, él había ganado este juego. Y tal vez me agradaba la idea de que tuviera la

delantera. Después de todo, quizás la recompensa sería compartida.

Enmudecí cuando abrió el botón de sus pantalones.

Tan pronto como le regresé un beso impetuoso, lo oí gemir. Ese sonido me hizo palpar desde lo más profundo.

¡Por Dios!

Sus dedos se enterraron con fuerza en mis caderas, los míos en su suave cabello. Los exquisitos roces de su piel me hacían perder el juicio.

—Sé mía, Angelique —me susurró.

—¡Si, Joe! —respondí de manera obediente, entre gemidos.

—Necesito...

De un momento a otro, un placentero dolor erizó la piel de mi cuello. Me había mordido. Me enloqueció sentir mi sangre fluyendo hacia su boca.

Aquello despertó una sed primitiva en mí, un instinto que me dominaba. Mis afilados colmillos ardieron mientras contemplaba su hermoso y apetecible cuello.

Entreabrí los labios antes de besar su manzana de Adán, preparándolo para la mordida. Como un estallido, su succulenta sangre llenó mi boca en el mismo momento que hundí mis dientes en su garganta.

No nos detuvimos hasta saciarnos, hasta debilitarnos el uno al otro.

Una vez que sus colmillos salieron de mí, su mano sujetó con fuerza mi muslo, separando mis piernas. Seguidamente, apartó mi ropa interior con sus dedos y sentí un violento calor dentro de mí cuando me penetró de manera exigente.

Un grito se escapó de mi boca.

Comenzó a moverse, sus embestidas eran rápidas y fuertes. Contundentes. Mi cuerpo se sacudía de placer con cada golpe de su cadera. Era como si cada vez se introdujera más profundamente. Mis gemidos se unían a sus gruñidos de satisfacción, al mismo ritmo que empujaba.

Cuando murmuró palabras inentendibles en mi oído y apretó mis muslos con más ímpetu en un último embate, mis piernas también temblaron, sucumbiendo a la satisfacción de sentir que se corría en mi interior.

—Sí —concluyó.

Su cuerpo se desplomó sobre el mío, agotado. Gotas de sudor le recorrían la sien. Nos tumbamos inmóviles. Los dos luchábamos para recuperar el aliento, respirando con dificultad.

—¿Te lastimé? —jadeó.

Negué rápidamente.

En el preciso instante en el que un dulce beso alcanzó mis labios, lo rodeé con mis brazos, deseando no tener que separarme nunca más de él.

—Joe, te amo —admití con una voz apenas audible, interrumpida por jadeos. Las palabras habían brotado de mi boca de forma involuntaria.

¡¿Qué has hecho, Angelique?!

¿De dónde salió eso? ¿Lo amo? ¿Cómo que lo amo? ¿Por qué dije semejante cosa? No, no lo amo, ¿verdad? Me debatía internamente, aterrorada y enteramente avergonzada.

Él guardó silencio durante algunos segundos. Lo único que podía oír era su respiración errática.

—Eso no es cierto —rebatí con calma, después de haber recuperado el aliento por completo.

Podía haber esperado cualquier respuesta de su parte: que me insultara, que se riera de mí, que me diera las gracias e incluso que me correspondiera. Todo excepto que me llamara mentirosa.

Mi rostro se sonrojó tanto como el suyo. Lucía aún más apuesto con aquel tono carmesí en sus labios hinchados.

—¿Cómo puedes saber si no es cierto? —interrogué, temerosa.

Aunque se lo había preguntado a él, de cierta forma la pregunta también era para mí.

—Lo sé —dijo en un murmullo mientras devolvía sus pantalones a su lugar—. Porque después de haberte acostado conmigo, irás a darte un revolcón con Donovan.

—No duermo con Donovan —aclaré tímidamente—. No he estado con nadie más. Eres el único, Joe.

Abandonó mi cuerpo, saliendo del auto.

—Escúchame, Angelique —levantó la voz—. No me amas, no te amo. Tú y yo solo tenemos sexo, nada más. —Comenzó a abrochar los pocos botones intactos de su camisa—. Vístete, nos vamos.

Debí haberme esperado una reacción como esa. Suspiré de furia.

Acomodé mi vestido en su lugar mientras él entraba al asiento del conductor, con la camisa entreabierta y la corbata descansando sobre sus hombros. Aunque su mirada a través del espejo retrovisor fue apenas perceptible, no pude evitar notar que me examinaba discretamente.

Descalza, salté desde el asiento trasero al del copiloto, equilibrándome con una mano en el hombro de Joe. Él apretó el volante e introdujo la llave en el contacto, hasta que el motor hizo ese sonido que indicaba que estaba encendido. Traté de poner bajo control mi maraña de cabello con mis dedos al mismo tiempo que el auto aceleraba.

—Es cierto —reconocí de pronto—. Lamento haber dicho palabras que realmente no siento. Fue un impulso del momento, perdón.

Los nudillos de Joseph se volvieron blancos cuando cerró los dedos con más fuerza sobre el volante. No dijo nada. En su lugar, encendió la radio, justo en el momento que sonaba "Hey Baby" de No Doubt.

Tan pronto como aumentó el volumen al máximo permitido por el coche, mis oídos quedaron aturdidos. Pero eso era lo que necesitábamos los dos: no hablarnos, no escucharnos, no mirarnos.

Me mantuve en silencio durante todo el trayecto, sumergida en mis pensamientos mientras miraba distraídamente por la ventana y escuchaba canciones de Muse, Panic! At the Disco y Black Eyed Peas. De vez en cuando, lanzaba un vistazo por el rabillo del ojo al vampiro inmortal sentado a mi lado.

A medida que comenzaba a amanecer, las calles empezaban a lucir más concurridas. Una vez que nos detuvimos frente a la guarida y bajamos del vehículo, la luz solar lastimó mis ojos y mi piel.

Una sensación de vergüenza me invadió al adentrarme en casa en ese estado; mi cabello estaba desordenado, el maquillaje corrido y una marca de colmillos reciente adornaba mi cuello. Además, junto a mí caminaba Joe, con su camisa a medio abotonar y arremangada hasta los codos, la corbata suelta en su cuello y manchas de labial en el rostro.

Para mi alivio, los chicos dormían.

Sin mediar palabra, Joe se dirigió a la ducha.

Donovan descansaba plácidamente en el sofá. El cabello le caía sobre el rostro y llevaba

puesta su ropa de salir, incluso sus pesadas botas. Mientras esperaba mi turno para el baño, me acurruqué a su lado.

Inesperadamente, me quedé dormida.

—¿Podemos hablar? —oí decir a Donovan tan pronto como desperté horas más tarde. Estaba reclinado en una pared con las manos en los bolsillos—. ¿Cómo te fue anoche?

Me aclaré la garganta antes de hablar, incorporándome.

—Estuvo bien —balbuceé con timidez—. Pero no fue tan divertido.

—Supongo que la razón es que no es muy bueno en la cama —soltó con aparente calma.

—Donovan —hice una pausa mientras presionaba mis párpados bajo mis palmas—. Joe y yo no...

—Sigue mintiendo si eso te hace sentir bien, pero no conseguirás engañarme. —Se aproximó y sus brazos me rodearon con fuerza, aplastándome contra su pecho—. No quiero saber lo que hicieron, tampoco me importa. El asunto aquí es que... eres mía, Angelique —nunca antes había usado un tono tan posesivo—. Escúchame bien, no quiero que ese infeliz vuelva a tocarte, ni que ponga un solo dedo sobre ti. No permitiré que sigan viéndome la cara de idiota. A partir de ahora, no pasarás tiempo a solas con él.

Así que quería prohibirme estar con Joe...

¡Vaya ironía!

No tenía derecho a coartar mi libertad.

Quizás parte de la culpa recaía en mí por no haber establecido los términos de nuestra relación cuando se tornó romántica.

—Mira, yo... voy a demostrarte que entre Joe y yo no pasa nada, pero lo hago solo porque quiero —musité cerca de sus labios—. No porque te deba explicaciones sobre lo que hago o dejo de hacer.

En respuesta, me robó un beso en la boca.

A media tarde, me encontraba a solas con Alan. Los dos intercambiábamos chistes sobre cualquier cosa que captara nuestra atención en la pantalla del televisor y discutíamos entre risitas.

—Y bien, ¿ya te has decidido? —intervino espontáneamente el Zephyr, al tiempo que alcanzaba algún aperitivo en el refrigerador.

—¿Qué? —pregunté, sin comprender a qué se refería.

—Ya sabes, sobre lo que estabas pensando hace dos minutos.

Arrugué la frente, confundida por su comentario.

—¿De qué estás hablando? —bebí un sorbo de soda.

—Acerca de Joe y Donovan. Eso es lo que rondaba tu mente, ¿o no?

Casi escupí el trago que tenía en la boca.

—¿Cómo supiste que estaba pensando en eso?

—Digamos que a veces indago en las mentes de los demás.

—¿Lees mentes?

—Así es, escucho los pensamientos de las personas —afirmó—. Después de todo, soy hijo de Zephyrs.

Mis ojos se abrieron de par en par debido al asombro. ¿Qué otras habilidades tendría?

—Hmm... Nada relevante, uno que otro poder —contestó a mis pensamientos.

¿Los demás estaban al tanto?

—No, ellos no lo saben —volvió a responder antes de que preguntara en voz alta—. Por favor, no digas nada.

Comprendí que me llevaría un tiempo acostumbrarme a su peculiar habilidad.

—¿Cómo lo haces? —murmuré, sin dar crédito a lo que acababa de descubrir.

—No lo sé, todo esto es nuevo para mí —explicó—. La mayoría de las habilidades las he adquirido después de cumplir la mayoría de edad.

¿Eso significaba que desde que nos conocimos estuvo irrumpiendo en mi cabeza?

—No realmente —contestó nuevamente a las palabras que no había pronunciado—. Sucede que lo hago a voluntad, no ando por la calle escuchando los pensamientos de todos sin desearlo. Puedo leer tu mente cuando quiero y como quiero. También puedo dejar de hacerlo si así lo decido.

—Entonces deja de hacerlo. Deja de hurgar en mis pensamientos.

—Está bien, pero no estamos hablando de eso —señaló—. ¿Has tomado una decisión finalmente?

Acababa de darme cuenta de que él sabía demasiado.

—Todos lo saben. No soy el único —me aclaró, como si eso fuera a hacerme sentir mejor.

—¿Qué es exactamente lo que saben?

—Que estuviste con Joe en un par de ocasiones. Y no, él no dijo nada. Tampoco necesité leer tu mente para saberlo —comentó de manera despreocupada antes de morder una manzana que traía en las manos—. Si pides mi opinión, te sugeriría elegir a Joe. Créeme, he estado en la mente de ambos chicos. Donovan no es demasiado confiable, pero no saques conclusiones apresuradas, tampoco es un mal tipo —se quedó callado algunos segundos—. No digas nada de esto, Angelique. Yo tampoco voy a decir nada de lo que he visto en tu mente, no suelo hacer eso. Puedes estar tranquila.

—¿Qué más ocultas? —indagué.

—Nada más. —Se encogió de hombros—. Bueno, nada que importe.

—Alan, eres un rufián —dije en tono jocoso—. Te quiero fuera de mi mente.

De pronto, la puerta principal del Bourbon Street Cafe resonó en respuesta a los amortiguados golpeteos de alguien desde fuera.

—Yo abro —se ofreció Alan—. Quédate callada, no hagas ningún ruido y no salgas.

Asentí, sin comprender las razones detrás de tales precauciones. Alan cruzó la habitación con pasos sosegados antes de abrir la puerta. Una intensa luz amarillenta se filtró desde el exterior e inundó el recinto con su calidez.

—¡Black! ¡Qué agradable sorpresa! —exclamó una voz masculina del otro lado de la puerta.

—¿Qué quieres?

—Angelique, ¿dónde se encuentra?

Al parecer, aquel inesperado visitante me conocía. Sin embargo, su voz no me era familiar.

—¿Quién? No conozco a ninguna Angelique —resopló Alan.

—No es verdad. No creas que puedes engañarme —aseguró el desconocido.

—Ella no se encuentra en este momento —mintió mi amigo.

Permanecí inmóvil a la vez que contenía la respiración para que aquel hombre no pudiera escucharme ni olfatearme.

—Volveré al anochecer —escuché el murmullo de su voz.

Alan cerró rápidamente la puerta.

—¿Quién era? —pregunté en voz baja.

—Problemas —respondió, tan calmado que su rostro lucía aniñado, con sus rizos castaños

en orden y hoyuelos bien marcados en sus mejillas.

—¿Qué tipo de problemas?

—Un Zephyr. Vino por ti, y si tenemos suerte, no nos aniquilará a todos.

¿Cómo podía estar tan tranquilo mientras mencionaba tales palabras?

Largó una leve risita.

—He aprendido a mantener el control en situaciones difíciles —aseguró.

Eso de responder antes de que pudiera preguntar empezaba a cabrearme.

—Lo siento —se excusó ante mis reflexiones—. Ahora, escúchame... —puso sus manos sobre mis hombros—. Tenemos que abandonar este lugar. Ellos ya saben que estamos aquí. No te sientas responsable por esto, las bandas de vampiros como nosotros nos trasladamos de guarida con frecuencia. Ponte algo bonito para salir bajo el sol, tendremos que llamar a Joe y al resto.

En realidad, el muchacho había querido decir: "cúbrete bien porque el sol te hará daño".

Dudando, tomé un par de gafas oscuras, un enorme sombrero de Nina y un largo abrigo hasta los pies. De un momento a otro, me había convertido en la versión femenina de Sherlock Holmes. Alan me miró fijamente antes de largar una carcajada debido a mi extravagante atuendo. Luego, se puso un jersey y unos anteojos. Lucía muy guapo.

A esas horas de la tarde, la calle de los vampiros comenzaba a cobrar vida. Faltaban un par de horas para el anochecer. Alan caminaba a mi lado con un andar de rompecorazones, y cuando vio a un transeúnte humano que pasaba junto a nosotros, se detuvo para hablarle.

—¿Podría permitirme su teléfono móvil? —le dijo a la tímida mortal.

La chica de ojos negros, asustada, le entregó el aparato con los dedos temblorosos y, por alguna razón, comenzó a correr un instante después. Mi compañero me mostró su nuevo teléfono celular mientras mantenía una sonrisa en la comisura de sus labios.

—¿Qué tal? —presumió—. Fue más fácil de lo que pensé.

Marcó un número. Tras unos segundos, oí algunos balbuceos del otro lado.

—Joe, necesito que traigas tu trasero y el coche de inmediato. Angelique y yo estaremos esperando en el bar de Jacob —concluyó Alan antes de cerrar la tapa del teléfono.

Mi corazón latía con expectación mientras avanzábamos entre la multitud hacia el mencionado bar de Jacob. La gente no dejaba de mirarme; con aquella vestimenta tan abrigada en medio de una ola de calor, era lógico que se detuvieran a pensar que era bastante peculiar.

Cuando llegamos al lugar, estaba abarrotado. Alan saludó a un hombre de piel morena, alrededor de los cuarenta años, que atendía la barra.

—Hey, Jacob. ¿Qué tal un café mientras mi amiga y yo esperamos? —De inmediato, salieron un par de tazas humeantes. Alan dio un sorbo a su latte—. ¿No vas a beber?

Negué con la cabeza y alejé un poco la taza. El muchacho se concentró en mí, contemplándome con atención.

—Oh, debí imaginar que no te gustaba el café —observó—. Te dije que no ando escudriñando tus pensamientos todo el tiempo. ¿Qué te parece un helado? Déjame adivinar, te gusta el de vainilla.

¡Patrañas! No lo había adivinado, lo había sacado directamente de mi cabeza.

Antes de que Alan pudiera llamar a su amigo el camarero, este ya se estaba acercando con un apetitoso helado de vainilla en una copa, adornado con una fresa.

—Pero ¿cómo...? —Alan parecía más confundido que yo.

—Lo envía el sujeto de allá para la señorita —explicó Jacob antes de guiñar el ojo.

—Cierto —comprendió Alan—. Estoy con la seductora detective Miss Holmes.

Rodeé el tazón de helado con una mano y volví mi mirada hacia el hombre al que señalaba Jacob. Era un atractivo individuo de piel pálida sentado en una de las mesas distantes. Me saludó con la mano al tiempo que me dedicaba una sonrisa.

La atmósfera era densa y caliente. Intenté ignorar el bullicio de la multitud, que me resultaba incómodo. Escuchaba las risotadas de los clientes, los latidos de las personas a mi alrededor, la música country... Un montón de mortales me rodeaban, y yo estaba sedienta desde la noche anterior. Esas personas eran una tentación irresistible.

—Actúa normal —murmuró Alan cerca de mi oído—. El tipo que te lo envió es un Zephyr, pero no sabe que eres Angelique.

—¿Normal? —repetí en murmullos—. ¿Debería devolverle el saludo? Digo, es guapo, cualquier chica lo haría.

Él soltó una risa suave.

—Sí, podrías hacerlo, pero no muestres demasiado interés —me advirtió.

Antes de que pudiera moverme, mi sentido del olfato detectó un aroma afrodisíaco que me resultaba familiar. Giré la cabeza en dirección a la entrada y vi a Joe aproximándose, vestido de forma informal con gafas de sol, jeans negros ajustados y una delgada camiseta gris.

Su cabello desordenado le daba un aspecto aún más atractivo. El vampiro poseía una presencia magnética, desprendía un aroma más deseable que cualquier otra persona en el lugar. Tenía una forma de caminar de playboy vestido de cuero y una media sonrisa que dejaba a la vista sus perfectos dientes.

Todas las mujeres en la sala posaron sus miradas en él. Inexplicablemente, sentí que mi garganta se cerraba. Tuve que resistir las ganas de gritarles a todas esas zorras que me pertenecía, que habíamos estado juntos en la cama.

Joe dirigió una mirada despectiva al Zephyr responsable de mi helado y luego a mí. Evité que nuestros ojos se encontraran.

La idea de que Joe volviera a repetirme que estaba celoso me llenaba de gusto, así que me concentré en devolver un saludo y una sonrisa al hombre que había pagado por mí, mientras sentía a Joe acercándose.

—Alan —lo llamé—. ¿Joe está celoso?

El muchacho arqueó una ceja.

—¿No te mencioné que nunca hablo de los pensamientos de otras personas?

—Por favor, solo quiero saber eso —supliqué entre susurros.

—Lo siento, averígualo tú misma.

Resignada, dejé que Joseph viniera hacia nosotros.

—¿Qué te pasó? —me dijo, admirando mi vestuario—. ¿Quieres convertirte en Sherlock?

—A los chicos les gusta —respondí, señalando con la barbilla al Zephyr.

—Te miran porque pareces un personaje salido de “¿Quién engañó a Roger Rabbit?” —resopló Joe.

—Seguro. Y solo por eso me invitan helados —dije después de probar el primer bocado de crema—. Quizá me parezco a Jessica Rabbit.

Con sensual elegancia, tomé la fresa y la saboreé lentamente. Después de devorarla, lamí mis dedos uno a uno para limpiar los restos de sirope rojo.

Le lancé una mirada maliciosa a Joe, quien sorprendentemente parecía nervioso y centrado exclusivamente en mí. Aclaró su garganta antes de apartar la vista, visiblemente desconcertado.

—¿Quieren irse o prefieren seguir tomando el té? —farfulló con ironía.

Tan pronto como Alan se puso de pie, lo imité. Los tres nos dirigimos hacia la salida. En el exterior, el Chevy estaba estacionado bajo el sol. Y allí nos esperaban Adolph, Nina y Donovan.

Nina besó apasionadamente a su novio en el momento en el que se acomodó en el asiento trasero junto a nosotros.

Donovan no me saludó, ni siquiera me miró ni pronunció palabra alguna.

Una vez a salvo en el vehículo, me quité las gafas, el pesado abrigo y el sombrero.

Joe bajó sus anteojos hasta su nariz, revelando sus indomables ojos, que me inspeccionaron de pies a cabeza en un rápido vistazo.

—Jessica Rabbit —murmuró para sí mismo en voz baja, pero me aseguré de escuchar sus palabras.

El automóvil aceleró, sumergiéndose en el tráfico. Escuchaba las bocinas de otros vehículos y podía sentir la tensión de las personas de Nueva York. Me enfoqué en la respiración agitada de Joe, quien estaba a mi lado. Mis hombros estaban apretados entre su cuerpo y el de Alan.

Luego de avanzar durante un largo rato, el cielo comenzó a tornarse púrpura mientras la luna tomaba protagonismo en el cielo. Durante todo el camino, la única que hablaba era Nina. Iba parlotando sobre cada cosa que captaba su atención y relataba una historia por cada disparate que se le viniera a la cabeza. Los demás atendíamos a su voz pacientemente.

No sabía a dónde nos dirigíamos, pero iría con ellos a cualquier lugar. Esa banda de criminales eran lo único que tenía, mi única familia.



CAPÍTULO 12: PICANTÉ

Por alguna estúpida razón no podía concentrarme en otra cosa que no fuera Joe. Entre todos los sonidos a mi alrededor, mi atención se centraba únicamente en su respiración. Observaba detenidamente cada ridículo movimiento que hacía, cada gesto y cada sutil roce con mi piel.

Discretamente, intentaba ver a través de sus anteojos o ponía mi atención en sus dedos entrelazados, o en el roce de su musculoso hombro contra el mío, lo cual me erizaba la piel. Seguía con la mirada el movimiento de su pecho al respirar y quedaba embelesada cuando su lengua humedecía sus labios resquebrajados. Su fragancia paradisiaca era hipnotizante. El rubor en su rostro lo hacía parecer acalorado, provocando que mi mente imaginara escenarios calientes.

El solo hecho de observarlo, me hacía desear poner mis manos en esos robustos brazos, besar su cuello y tener sus labios entre mis dientes.

Ahí estaba, tan perfecto y provocativo. Tentándome con su sola existencia.

Angelique, deja de pensar en él, me reprendí. Me preocupaba estar obsesionada con un hombre que tenía tanto ego como descaro, únicamente porque poseía un físico impresionante.

¡No! Me negué. Debía apartar esos sentimientos. Joe era ridículo e insoportable. Un mujeriego, charlatán, sin cerebro.

Al ver a Nina alcanzar los labios de Alan en un lento y apasionado beso, mi deseo de besar a Joseph se intensificó. Cerré los ojos por un instante, tratando de alejar esos pensamientos ansiosos.

Afortunadamente, Joe no podía leer mi mente. Además, mientras lo contemplaba, todo lo que el vampiro hacía era visualizar las avenidas nocturnas.

El cielo comenzaba a teñirse de azul oscuro y la luna brillaba con intensidad.

Cuando Adolph giró repentinamente hacia una carretera desierta, salí de mi ensoñación. Joe se quitó las gafas oscuras, apoyándolas sobre su cabello.

De pronto, escuché el chirrido de los neumáticos haciendo fricción contra el asfalto. Mi corazón dio un respingo en el momento en el que el vehículo se detuvo de forma súbita.

Jadeé por la sorpresa antes de levantar la vista. Mis ojos hallaron al Zephyr del bar de Jacob de pie frente a nuestro auto, bloqueándonos el camino. Sonreía y nos observaba despiadadamente.

—¡Genial! —exclamó Joe con falsa emoción—. El ligue de Angelique ha venido por nosotros.

De acuerdo, tal vez era el momento de permitirme tener miedo.

Había un poderoso demonio de colmillos afilados cazándonos.

Antes de siquiera poder parpadear, vi cómo el vampiro exhibía sus dientes y se precipitaba a toda velocidad hacia nosotros. En menos de medio segundo, lo teníamos frente al parabrisas, amenazándonos con una pérfida mirada.

Sobresaltada, dejé escapar el aire de mis pulmones de golpe.

—¡Adolph, pisa el acelerador! —gritó Nina con urgencia.

Nuestro líder obedeció y aceleró tan rápidamente que su cabello rizado se alborotó ligeramente con la brisa. Escuchamos un estruendo metálico y, cuando miré hacia atrás, nuestro atacante vampiro permanecía impasible en medio de la avenida.

Debía admitir que, desde la perspectiva de una víctima asustada, ya no parecía tan atractivo.

—Va a seguirnos, está interesado en Angelique —aseveró Alan, como si estuviera haciendo conjeturas, aunque estaba segura de que era un hecho. Probablemente lo había visto en la mente del vampiro.

¡¿En qué me he metido?! Me dije a mí misma.

Nota mental: "Nunca devolver el saludo a un Zephyr que te ha enviado un helado".

Al adentrarnos en un callejón, escuché el sonido de una sirena de patrulla que se acercaba. Me volví hacia atrás y noté las luces azules y rojas del coche de policía destellando. Adolph se detuvo al darse cuenta de que nos perseguían. Apagó el motor y salió del vehículo con mesura.

Desde el espejo retrovisor observé a dos agentes de policía saliendo de la patrulla, uniformados y armados. Pero no eran oficiales comunes; uno de ellos era el mismo hombre que nos había seguido en el Mustang Cobra la última vez, y el otro era el individuo del bar.

El hombre del bar se acercó a Adolph con su arma en mano.

—¡Sube, Crowley! —ordenó, apuntándolo con su revólver y abriendo la puerta trasera para que volviera a entrar al Chevy junto a nosotros.

Joe me levantó rápidamente por la cintura y me sentó en sus piernas para hacer espacio a Adolph. Una vez dentro, el oficial cerró la puerta con fuerza y se sentó al volante. Su compañero uniformado regresó a la patrulla y ambos vehículos aceleraron simultáneamente.

—Finalmente tengo el placer de conocerte, Angelique Moore —rezongó el tétrico Zephyr—. Ya sé lo que ven en ti, has causado controversia. Todos te buscan: vampiros, humanos, cazadores y hechiceras.

En un gesto protector, Joe me rodeó con un brazo. Donovan estaba excesivamente tenso sentado junto a ese paliducho vampiro.

—Muerdo por probar tu cuello, chiquita —siseó el desconocido.

Las manos de Joe apretaron su agarre con más firmeza. Me tensé en sus brazos.

El vampiro al volante me lanzó una mirada antes de señalarme con su arma, pero Donovan lo detuvo al atrapar la punta del revólver.

—No te atrevas a tocarla —le advirtió, arriesgándose a ser aniquilado.

—Qué tierno, Fox —se burló el Zephyr—. Me encantan las historias de amor, en especial los triángulos amorosos —largó una risotada irónica—. Sea como sea, no toleraremos que se

rompan las reglas. He podido notar que el joven Crowley ha perdido el control sobre su pandilla, han infringido un centenar de leyes del código en solo unas pocas noches. No debemos permitir eso, ¿verdad?

—Bartholomeo —intervino Adolph con determinación—. Podemos negociar, ¿hay algo que te interese?

—Sí, podría haber una negociación —insinuó el vampiro cuyo nombre era Bartholomeo—. Edmond parece estar interesado en ser razonable, quizás tenga un interés especial en la chica nueva. He oído que está ansioso por conocerla.

Yo era a quien él se refería como "la chica nueva", pero... ¿quién diablos era Edmond?

—Edmond es el embajador de nuestra raza, querida —respondió Bartholomeo. ¿Había estado escuchando mis pensamientos?—. Un Zephyr de gran poder y muy temido.

—No entregaremos a Angelique —dijo Nina con voz temblorosa—. Si tocas a alguno de nosotros, tendrás que enfrentarnos a todos.

Bartholomeo soltó una malévola carcajada.

—¡Ustedes son tan jóvenes! ¿Qué podrían hacerme a mí? —preguntó mientras aproximaba su pistola al pecho de Nina y seguía conduciendo con su otra mano.

Alan soltó un gruñido de furia. Expuso sus dientes a modo de amenaza y en un movimiento veloz logró doblar el brazo de Bartholomeo, causando que una bala se escapara y rompiera una de las ventanas. Bartholomeo giró violentamente el volante al tiempo que Joe aseguraba su agarre sobre mí para evitar que saliera despedida del auto.

—¿No te gusta que toque a tu chica? —inquirió Bartholomeo con sarcasmo—. Consideraré las consecuencias la próxima vez, te lo prometo. Pero ¿sabes qué? No necesito un arma para dejarlos inconscientes a todos. Aunque podría ser divertido usarla —añadió con un cinismo morboso.

Las calles que recorrimos no me resultaban familiares; todo lucía desolado y siniestro. Los faros de nuestro auto y de la patrulla que nos seguía eran lo único que mantenía el pavimento iluminado. Aún me sentía tensa y mi corazón estaba a punto de estallar. Mi cuerpo temblaba de nervios, pero las manos de Joe me calmaban ligeramente. Ansiaba descansar en su pecho y cerrar los ojos hasta que todo pasara. Sin embargo, me mantuve firme para no mostrar debilidad, ni frente al despiadado Zephyr ni ante Joe.

El vehículo disminuyó gradualmente la velocidad hasta detenerse por completo en medio de una carretera desierta. La patrulla también se detuvo en silencio. Bartholomeo apagó el motor y salió del automóvil, haciendo un gesto con la cabeza para que lo siguiéramos.

Donovan, Nina, Adolph y Alan salieron a su encuentro. Joe y yo nos quedamos atrás.

El pánico se reflejaba en cada gesto de mi rostro, algo que Joe notó de inmediato. Extendió su mano para ayudarme a bajar del auto. Cuando estuve a su lado, me besó en la mejilla de manera discreta y sincera. Aquello provocó que se me encogiera el corazón. Sentí una especie de agitación dentro de mi vientre.

—Todo va a salir bien —me susurró antes de darme otro breve y reconfortante beso cerca de la oreja, fuera del alcance de las miradas del resto.

Sus palabras me hicieron sentir como extraviada en otra dimensión, flotando por los aires en medio de nubes oscuras. Él me proporcionaba seguridad e incertidumbre, todo al mismo tiempo. Nunca antes me había sentido tan viva y tan perdida a la vez.

—Angelique, querida —me llamó Bartholomeo. El otro Zephyr seguía dentro de la patrulla—. Acércate, preciosa.

Mis piernas oscilaban de miedo ante la idea de ir hasta él. Di la primera trémula zancada y Joe tiró de mi brazo para detenerme.

Me giré para mirarlo. Negó con la cabeza.

—Está bien, Joe —lo tranquilizó Adolph—. No permitiré que nada le pase.

El viento revolvía mi cabello, haciéndolo volar sobre mi rostro. Las corrientes de aire silbaban en mis oídos como un murmullo en el vacío.

Con extrema cautela, me abrí paso hacia el vampiro de aspecto mortífero. La consternación me provocaba náuseas.

—Pero qué belleza eres, mi niña —canturreó Bartholomeo—. Eres impresionante. Con ese cuerpo, es posible que Edmond te elija para convertirte en su vampiresa.

Una vez que me tuvo delante, me agarró bruscamente, apretando mis brazos y aplastándome contra su pecho con tosquedad.

Un alarido de miedo y dolor escapó de mis labios mientras luchaba por contener las lágrimas y las ganas de vomitar.

Cuando Bartholomeo me obligó a mirar hacia el horizonte, vislumbré una sombra aproximándose. Una silueta masculina emergió lentamente desde la oscuridad. A medida que se acercaba, los faros de los automóviles arrojaban una luz tenue sobre su piel casi traslúcida.

Era un niño con el cabello rubio tan pálido que parecía blanco, labios más rojos que la sangre, ojos escarlatas y diáfanos, y un rostro de aspecto tanto inocente como diabólico. Por su altura, aparentaba tener unos once años. Vestía un traje ostentoso y avanzaba con una elegancia destacable. Una traviesa sonrisilla curvó la comisura de sus labios después de echarme un vistazo.

—He aquí los quebrantadores de reglas —proclamó el niño. Su voz era sorprendentemente juvenil para ser tan aterradora. Sus palabras salieron llenas de desprecio, como si fuera un pequeño demonio—. Permíteme presentarme, Angelique. Soy Edmond, tu dueño.

Con una sonrisa en el rostro, chasqueó los dedos y, a partir de ese instante, todo se volvió negro para mí. Perdí el conocimiento.

Cuando recobré la consciencia me hallaba junto a Donovan. Parpadeé varias veces y lo examiné con prudencia. Se acercó a mí con calma, sin embargo, no era el mismo Donovan que conocía. Este tenía una mirada perdida. Mi piel se erizó.

Frunció el ceño mientras continuaba avanzando hacia mí. Retrocedí insegura, y como un felino salvaje, saltó sobre mí. El impacto de mi cuerpo contra el suelo resonó ensordecedoramente. Donovan sujetó mis brazos y abrió su boca ampliamente, revelando sus enormes colmillos que se acercaban a mi cuello. Forcejeé y me moví frenéticamente.

Cuando los afilados dientes de color marfil tocaron mi piel...

Desperté.

Mi respiración estaba agitada. Me encontraba en un suelo metálico, mareada y con un dolor punzante en la cabeza. A mi alrededor, vi un espacio pequeño con asientos de cuero desordenados por el suelo. El techo tenía un cableado lleno de bombillas brillantes que lastimaban mis ojos. Mi cuerpo dolía horrores, mi cuello estaba húmedo.

Puse una mano sobre mi nuca y sentí el líquido entre mis dedos. Estaba manchada con mi propia sangre, y un profundo dolor en el cuello me indicaba que había sido mordida. Posiblemente habían bebido demasiado de mí, porque me sentía tan débil que a duras penas podía mantenerme despierta.

Gemí adolorida, pero todo lo que quería era sollozar. Me sentía terriblemente sola y

aterrorizada. Con mucho esfuerzo, me incorporé para inspeccionar el resto del lugar. Ventanas rectangulares y transparentes se alineaban a lo largo de las paredes metálicas.

Me encontraba en el interior de un tren destrozado, y junto a mí yacía el cuerpo ensangrentado de un humano. Perdí el control cuando el olor de ese líquido rojo inundó mis sentidos. Me ericé como un gato al que le han arrojado agua. Apreté los labios. Gateando dolorosamente, me acerqué al cuerpo inerte. Mi respiración era irregular mientras lo contemplaba de cerca. Era un hombre de mediana edad, barbudo, con el cabello largo cubriéndole gran parte del rostro.

Tomé una bocanada de aire que casi me hace perder todo el dominio de mí misma. El aroma a sangre hizo arder mis colmillos. Me incliné sobre el hombre, apoyando mis manos en sus hombros. Acerqué mi nariz al hueco de su cuello antes de abrir la boca. Sentí su piel fría bajo las puntas de mis dientes y de pronto escuché su respiración. Su pecho estaba moviéndose con urgencia, la vena de su garganta palpitaba apertiosamente y había abierto los ojos.

Gritó antes de que pudiera morderlo, pero cerré la mandíbula con rapidez y la sangre estalló en mi boca. El hombre continuó chillando mientras mi lengua saboreaba su esencia.

Sus sollozos se apagaron lentamente tras algunos minutos. No me detuve hasta que estuvo muerto y desangrado. Cuando advertí que su piel comenzaba a tornarse azulada, me retiré y relamí mis labios para quitar los excedentes de sangre.

Aún estaba llena de miedo, completamente horrorizada, temblando y con los ojos húmedos por las ganas de llorar. Recorrí el vagón, tropezando con los asientos derribados y los pedazos de latón dispersos en el suelo. Oculta entre rancios escombros, encontré la puerta corrediza que sería mi vía de escape. Con desesperación,forcé la escotilla, pero no cedió; estaba trabada. Y aunque la pateé con todas mis fuerzas, seguía intacta.

Mi cuerpo estaba tan frágil que ni siquiera podía abrir una maldita puerta. Del mismo modo, intenté abrir las ventanas corredizas, pero tampoco se movieron. Largué un grito de frustración, estaba al borde del colapso. Un nudo crecía en el interior de mi garganta, obstruyéndola.

Me precipité hacia el vagón contiguo, que estaba mucho más oscuro. Me aferré a una de las butacas por un segundo para tomar aliento antes de seguir caminando.

Casi solté un grito estridente cuando sentí unos dedos sujetos a mi hombro. Mi corazón latió apresurado, como si quisiera salirse de mi pecho, mi rostro perdió color. Di un respingo, y mi alivio fue inmenso al ver que era Joe, quien me tomó de los hombros y me miró de arriba abajo con preocupación. Respiré profundamente para calmarme.

—¿Estás bien? —preguntó en un susurro.

Su agraciado rostro estaba sutilmente iluminado por algunos pequeños resplandores que venían del exterior.

—Me han mordido —dije, traumatizada ante la idea.

—Lo sé. Perdón.

—¿Perdón?

—Perdón por no haber estado ahí para protegerte —dijo con cierta culpa—. Estoy bien, todos estamos bien. Saldremos de esto.

—¿Qué ha sucedido? —mi voz sonó áspera y aguda, como si hubiera estado llorando.

—Nos han atrapado, pero no te preocupes. Estaremos bien —expresó con la voz ronca—. ¿Vas a llorar?

Mis ojos estaban húmedos y sentía algo pesado en la garganta que me impedía hablar. Estaba luchando contra las lágrimas con todas mis fuerzas.

—No, solo estaba asustada.

—¡Oh, vamos! Puedes llorar, prometo no reirme.

Negué con la cabeza, no quería permitirme mostrar debilidad. Sin embargo, sentí cómo una lágrima mojaba mi rostro, recorriendo mi mejilla hasta disolverse en mi cuello. Joe se acercó peligrosamente y su exótico perfume me envolvió.

Puso ambas manos en mi cara y con su pulgar borró los rastros de esa gota salada. Me hizo temblar solo con el roce de su piel. Su cercanía era abrumadora, nuestros cuerpos estaban a punto de tocarse. Mis párpados se cerraron cuando sus dedos acariciaron mis labios. Me regocijé de placer.

Aún con los ojos cerrados, escuché sus palabras susurrantes.

—Angelique —hizo una pausa—, voy a besarte.

¡Oh, no!

¿Cómo podía decirme eso? ¿Me advertía que iba a besarme?

Aquello rompió la barrera que me salvaguardaba frente a su seducción. Me dejó vulnerable, como un cristal despedazándose.

¡Maldición! No puedo enamorarme de un tipo como Joe. ¡No puedo!

Pero era demasiado tarde, ya lo estaba. Ya estaba irracionalmente encaprichada por ese hombre. Me volvía loca.

Y así, la humedad, calidez y suavidad de sus labios me envolvieron. Ambos estábamos necesitados, sedientos. Con desenfreno, toqué su pecho y subí mis manos a su rostro mientras él devoraba mis labios con maestría. Me aferré apasionadamente a su nuca para corresponder a su beso con arrebato. Mordí sus labios, jugueteando, poseyendo su exquisita boca.

Atrapó mis caderas, juntándolas a las suyas. La pasión de ese beso ardía y quemaba como un fuego vivo. Él era más ardiente que las mismas llamas. Era perfecto, cautivador. Incluso sus defectos eran parte de su encanto. Su egocentrismo, vanidad, sarcasmo y su actitud presumida le conferían un carisma inefable, haciéndolo brillar como una bomba explosiva de calor y carácter.

Mi abuela francesa lo habría descrito como: "Picanté".

No solo me había dejado sin aliento y aturdida, sino aún más enamorada y delirante, como una fanática adicta a sus labios, a sus manos, a sus miradas y a esa sonrisa llena de astucia.

Un segundo más tarde, apartó el cabello de mi rostro y apoyó su frente en la mía, mirándome a los ojos.

—Te deseo —murmuró con suavidad—. Te necesito.

Perpleja, parpadeé antes de responder.

—Yo te amo —confesé por segunda vez, cerrando los ojos por el dolor que me causaba repetir aquellas palabras sin saber si sería correspondida.

—También yo —añadió sin titubear.

Estupefacta, me pregunté si había oído correctamente.

¿Qué acababa de decir?

No puede ser real, pensé. ¿También me ama? ¿Estaba hablando en serio?

Si su objetivo era provocarme un ataque al corazón, lo estaba logrando. En mi estómago se arremolinaron cosquilleos incesables.

¿De verdad? Quería preguntar con reticencia, pero no iba a arriesgarme a que se arrepintiera.

En su lugar, lo besé apresuradamente, con los labios temblando.

—Dilo otra vez —me instó en medio de un beso—. Di que me amas.

—¿Por qué? —vacilé.

—Quiero escucharte una y otra vez diciendo que me amas —contestó.

Rodeé su cuello con mis brazos.

—De acuerdo, pero solo si tú lo dices primero.

—Te amo como un loco, Angelique Moore —me besó con vehemencia—. Ahora cumple con tu parte del trato.

Sonreí.

—Te amo, Joseph Blade.

—Dilo de nuevo.

—Te amo, te amo, te amo.

—No voy a cansarme jamás de escucharte decirlo. Es tan ardiente —dijo antes de morder su labio inferior.

¡*Cielos!* Me tenía exasperada. Completamente enloquecida.

El recuerdo de Donovan me golpeó tan de pronto como un aguacero en medio del verano.

—Joe —balbuceé después de hacer una pausa—. Donovan me ha prohibido estar contigo.

—¿Y seguirás sus reglas? —indagó, receloso—. ¿También lo amas a él?

Su tono se volvió agrio y petulante.

Negué con la cabeza en silencio antes de acariciar su rostro con ternura.

—Te amo a ti.

—¿Solo a mí?

—Solo a ti.

—Quiero matar a ese maldito Succubus, lo juro —farfulló—. Aún me debe el puñetazo del otro día.

De repente, volví a la realidad al percibir pasos y captar un aroma en la cercanía. Eran los demás aproximándose. Me alejé de los brazos de Joe lo más rápido que pude; él estuvo de acuerdo. Y volví la mirada hacia distintas direcciones en busca de los chicos. Caminando desde el fondo del vagón, aparecieron entre los escombros mientras esquivaban las butacas derribadas.

Nina iba en brazos de su novio, Adolph tenía un moretón en el ojo. ¿Lo habían golpeado? Donovan iba detrás de ellos, avanzando con las manos en los bolsillos y la cabeza baja. Parecía molesto o incluso afligido, tuve la sensación de que yo era la responsable de eso.

Una oleada de remordimiento me invadió.

Él se adelantó para alcanzarme, y no supe cómo actuar cuando acortó la distancia entre los dos. Me examinó minuciosamente, tratando de averiguar si algo andaba mal.

Acto seguido, me rodeó con sus brazos al tiempo que acariciaba mi cabello e inhalaba una gran bocanada de aire. Mi cuerpo se puso rígido. Pude ver a Joe tensarse, apretando los labios y los puños con fuerza. Con desgana, correspondí a su abrazo.

—Me alegra que estés bien —fueron las primeras palabras que me dirigió desde que me había prohibido estar con Joe.

En parte me sentí feliz. Sabía que Donovan tenía razones obvias para odiarme, pero al menos se preocupaba por mi seguridad.

—¡Oh, cariño! Te has convertido en la hermanita menor que nunca tuve —me acusó Adolph—. Nunca imaginé que tendríamos que cuidarte tanto, ni que te meterías en tantos problemas.

—Lo siento —mascullé silenciosamente.

—No te preocupes —me consoló, mirándome a los ojos y poniendo sus manos sobre mis

hombros—. Nada va a sucederte, ¿entiendes? Nadie va a tocar uno de tus cabellos mientras estés con nosotros. Te cuidaremos.

Me abrazó antes de depositar un paternal beso en mi frente. Cuando Alan puso a Nina en el suelo, los dos se unieron a nuestro abrazo. Por primera vez en mi vida, sentí que tenía amigos de verdad, que realmente se preocupaban por mí.

Después de separarnos, Adolph comenzó a hurgar entre la chatarra metálica esparcida por el suelo del tren. Luego, agarró una vara de hierro de tamaño considerable y se preparó para golpear la ventana, con la intención de romperla para que pudiéramos escapar. Pero antes de que lograra hacerlo, las bombillas empezaron a parpadear, encendiéndose y apagándose.

Un chirrido estridente lastimó mis oídos. Era un ruido metálico, como una verja oxidada cuando se abre, pero mucho más potente.

¡No puede ser! Pensé con indignación.

El tren se había puesto en marcha. Lo que significaba que no podríamos escapar.

Cubrí mis oídos con las manos y perdí el equilibrio cuando el suelo comenzó a moverse.

La sacudida fue tan súbita que mis pies flaquearon, y después de tropezar, me desplomé. Iba directamente a estrellarme contra el suelo.

A pesar de que Joe se movió velozmente para atajarme, Donovan fue aún más rápido y me agarró en el aire. Sin embargo, no pudo evitar que el filo de una lámina metálica abriera la piel de mi antebrazo, formando una línea roja de sangre. Emití un bramido sordo.

—Malditos Zephyrs —refunfuñó Adolph.

El ruido de las ruedas metálicas contra los rieles había cesado. Ahora solo se escuchaba el eco del tren en movimiento dentro de los túneles.

—¿Quién está conduciendo esta máquina? —se quejó Joe.

—No lo sé, pero tal vez si llegamos hasta la cabina del conductor, podamos obligar a ese maldito a detenerse —sugirió Adolph.

—¿Y hacia dónde nos llevan? —pregunté con desasosiego.

—No lo sé. Ni siquiera tengo la menor idea de cómo llegamos aquí —me respondió.

Horas después de buscar la cabina hasta el cansancio y rendirnos, nos encontrábamos tumbados en el suelo, esperando que algo sucediera, probablemente retrasando lo inevitable: ser exterminados por poderosos vampiros de alto rango.

El tiempo pasó: minutos interminables en los que nos sentamos a hablar de tonterías. Todos estábamos angustiados, pero seguimos riendo y bromeando como si nada malo estuviera por ocurrir, como si no hubiéramos sido atrapados por Zephyrs en el interior de un tren.

Al final, la vida no era tan larga como parecía, incluso para un inmortal. Entonces, ¿por qué no disfrutar de esos momentos cuando al siguiente segundo podríamos no estar allí? Bastante sombrío, después de todo.

—Pueden quedarse con el dinero de mi cuenta bancaria si alguno de ustedes sobrevive —bromeaba Nina, recostada sobre el hombro de Alan.

—Espero que sea suficiente, tengo algunas deudas —siguió Joe en tono casual.

—¡Por favor! —interrumpió Adolph—. ¡Nadie va a morir! Entregaremos a Angelique y volveremos con vida.

Aunque era un chiste, la sola posibilidad sonaba aterradora.

—¡Oh! ¿Puedo quedarme con tus zapatos de tacón negros? —me dijo Nina entre risas—. Digo, si te vas con esos vampiros, tendrás mucho dinero, más que suficiente para comprar una colección de zapatos.

Sonreí lánguidamente. Sabía que no lo decía en serio, pero no dejaba de causarme escalofríos.

—Sabes que estamos jugando, ¿verdad? —me preguntó Joseph.

Puso su mano sobre mi omóplato, simulando hacerme un masaje para conseguir que la tensión de mis músculos desaparezca. Aquello me excitó tanto que me dieron ganas de lanzarme sobre él, revolcarnos en el suelo y luego hincarle los dientes en el cuello.

—Lo sé —contesté—. Perdón, todavía estoy afectada.

—Se nota —añadió Donovan.

Además, el sueño me estaba invadiendo. Dejé de hablar y simplemente escuché las conversaciones de mis compañeros. Por un momento, les presté atención hasta que sus voces comenzaron a sonar cada vez más distantes, y yo empecé a confundir mis sueños con la realidad. Los sonidos se mezclaban como ecos y mis párpados se volvían pesados.

Sin darme cuenta, había apoyado mi cabeza en el hombro de Joe. Entre parpadeos, contemplé su ardiente cuerpo, anhelando soñar con él. Cuando levanté la mirada para contemplar sus labios, volvió la vista hacia mí, notando que me movía. Su rostro estaba tan cerca, su sonrisa era tan encantadora y...

De un momento a otro, los bombillos se apagaron con una explosión eléctrica, seguida de un fuego que envolvía el techo y las paredes, el cual se extendió en un instante en todas direcciones.

El tren se detuvo, pero una cortina de llamas empezaba a rodearnos.

Reaccionando rápidamente, Adolph se levantó del suelo después de agarrar una pesada vara que encontró, con la que comenzó a golpear las ventanas y puertas laterales sin demasiado éxito.

Aunque los cristales empezaron a agrietarse, tomaría demasiado tiempo romperlos lo suficiente como para que pudiéramos salir. Tiempo con el que no contábamos, debido a que el incendio se expandía de forma fulminante.

Joe me ayudó a ponerme de pie.

—Esto tiene que ser una broma —gruñó.

Alan se separó de Nina por un instante y arrojó un puñetazo contra una de las ventanas. El vidrio salió disparado hacia todas partes, sus nudillos sangraron.

—¡Adolph, sal primero! Yo sacaré a las chicas —vociferó Donovan.

A través de ese diminuto agujero en el cristal, Adolph saltó al exterior antes de que las llamas pudieran alcanzarlo.

Había humo asaltando mis pulmones. Tosí mientras buscaba apoyo en el brazo de Joe.

Mientras Alan limpiaba la sangre de sus nudillos con su camisa, Donovan ayudó a Nina a salir. Cuando el Succubus se giró hacia mí para alzarme, advirtió cómo mis manos se apretaban a Joseph.

—Yo me encargo —se ofreció Joe antes de apartarlo groseramente.

Me levantó por la cintura y con cuidado me sacó del tren.

Al llegar al otro lado, caí en brazos de Adolph.

Cuando me dejó en el suelo, miré a mi alrededor. Todo estaba inusualmente oscuro. Las únicas fuentes de luz eran las llamas que se escapaban del interior del tren. Con esfuerzo, me di cuenta de que estábamos en una estación abandonada de un tren subterráneo. Era un lugar sombrío, las vías estaban demasiado oxidadas, notablemente envejecidas.

Alan fue el siguiente en aterrizar con firmeza junto a nosotros.

—Esos dos quieren matarse —me dijo en voz baja, refiriéndose a Donovan y Joe.

Tan pronto como Donovan salió del tren, Adolph nos indicó que corriéramos. Alan y Nina lo siguieron hacia las penumbras.

—Vamos, Angelique —me dijo Donovan después de agarrar mi muñeca para tirar de mí.

Me zafé de su sujeción. No daría un paso hasta ver a Joe salir.

El humo y el hollín no me dejaban distinguir nada en el interior del tren.

—No podemos dejar a Joe...

—Nos alcanzará más tarde.

—Donovan, hay mucho fuego, ¿por qué no sale? —pregunté con zozobra.

—Él puede cuidarse solo. Vamos, perderemos a los chicos.

—Ve tú si quieres —refuté—. Esperaré aquí.

—¡Dios Santo! ¿Por qué te importa tanto ese infeliz?

Entonces, mil posibilidades cruzaron por mi cabeza.

Las palabras de Alan regresaron a mi mente: "Donovan no es demasiado confiable".

Debía admitir que por un momento lo creí capaz de cualquier cosa.

¿Habría lastimado a Joe? Ambos se odiaban mutuamente, lo cual parecía muy probable.

—Porque lo amo, Donovan. Amo a Joe —confesé, elevando la voz—. Lo siento, pero...

—Cállate —me interrumpió—. No quiero seguir escuchándote.

Se dio la vuelta y se alejó con disgusto.

En ese momento apareció Joe, sin ningún rasguño. Saltó hacia el suelo y aterrizó de forma experta.

Mi rostro se llenó de alivio, a la vez que sentía una pequeña punzada de culpa en mi pecho por haber juzgado mal a Donovan.

Los dos corrimos para llegar hasta los demás.

—No hay salida —explicó Adolph después de explorar el área.

Para ese momento, cada vagón del tren había sido alcanzado por las llamas.

—¿Qué les ha parecido el viaje, mis queridos pasajeros? —resonó como un eco zumbante la voz de ese niño, Edmond.

Lo vimos emerger entre las sombras, vestido con otro elegante traje de gala y zapatos negros de cuero brillante, su cabello rubio peinado hacia atrás. Lo acompañaba Bartholomeo, quien aún llevaba el uniforme de policía.

El calor era sofocante, incluso cuando estábamos relativamente lejos del fuego. Todo estaba teñido de naranja debido al parpadeo de las llamas.

—¿Qué es lo que quieres, Edmond? —profirió Alan, cruzando los brazos sobre su pecho.

—Ustedes saben lo que quiero —contestó Edmond—. Han quebrantado las reglas del código. Podría masacrar a todo su clan, despedazarlos o incinerarlos vivos. O, si prefieren saltarse todo eso, pueden entregarme a su nueva hembra.



CAPÍTULO 13: TRANSILVANIA

—Entonces peharemos —respondió Donovan.

—No alberguen esperanzas de salir con vida. Son jóvenes e indefensos, no podrán competir contra mí —prosiguió el niño—. Si prefieren oponer resistencia, les irá muy mal.

¿Jóvenes? Pensé con socarronería. *Ese chico no es más que un mocosuelo, apenas un infante.*

—No soy solo un niño —me contradijo con un acento extranjero sofisticado—. Que no te engañe mi apariencia. Tengo mil quinientos noventa y cuatro años. —*¡Cielos! ¿Y todavía los cuenta?*—. Voy a divertirme mucho con ustedes.

Cerré los ojos y, cuando los abrí, un ejército de vampiros había surgido de todas partes. Varias decenas de esos monstruos Zephyrs se escondían en la oscuridad, observándonos con sus ojos rojos, colmillos brillantes, cuerpos pálidos y atuendos negros de pies a cabeza.

—Maldición —oí murmurar a Joe.

Corrió hacia mí, pero los vampiros lo interceptaron y lo sometieron. Lo mismo sucedió con el resto de los chicos, fueron capturados antes de que pudieran defenderse. Y yo estaba ahí, en medio de todo el revuelo, sin saber qué hacer.

—¿Qué harás para salvar a tus amigos, guapa? —me cuestionó Bartholomeo.

¡Oh, Dios mío!

¿Qué debo hacer?

¿Qué hago?

Iracunda, fruncí el ceño antes de mostrar mis dos colmillos superiores.

—Suéltalos —intenté que no se notara el espanto en mi voz.

—¿Por qué? ¿Qué harás al respecto? —me desafió el hombre.

Te mataré, pensé, aunque sabía que no tenía el poder para hacer algo así.

—Seré yo quien mate a estos cinco vampirillos de la peor forma posible. Los torturaré hasta

que me rueguen que les dé la muerte —explicó Edmond mientras caminaba amenazadoramente alrededor de mí—. Eso es lo que merecen los desobedientes. —Se acercó para levantar mi barbilla con un dedo, pero retiré el rostro a un lado—. El peor castigo será para tu creador. Mr. Blade será el último en morir. Me aseguraré de que su sufrimiento se extienda el mayor tiempo posible. Cada uno de sus amiguitos pagará por sus actos. Tendrás que observar cómo acabo con ellos de uno en uno. ¿Qué me dices de esto?

—No dejes que te manipule, Angelique —me advirtió Alan.

Mi rostro palideció al presenciar la brutal bofetada que Alan recibió en el rostro, causando que su labio se rasgara y comenzara a sangrar. Me quedé paralizada durante unos instantes, observando cómo la herida se cerraba frente a mis ojos a una velocidad completamente asombrosa e imposible.

Tragué saliva antes de hablar.

—Si liberan a los demás, me entregaré a ustedes.

—¿Qué estás diciendo? No seas ridícula, ¿puedes mantener la boca cerrada? —gritó Joe mientras braceaba para soltarse de los Zephyrs.

—Qué chica tan inteligente —señaló Edmond, sonriendo.

Lo último que vi fue su chasquido de dedos antes de desvanecerme y perder el conocimiento una vez más.

Cuando recobré la consciencia, percibí un ligero aroma a rosas. Mantuve los ojos cerrados y escuché el silencio a mi alrededor. Me concentré en cada detalle: sábanas limpias y suaves envolviéndome sobre un colchón cómodo, un tenue olor a madera, una incómoda prenda que me cubría, la luz filtrándose a través de mis párpados... Todo estaba impregnado de diversas fragancias y perfumes florales, que enmascaraban ligeramente el olor a sangre en la cercanía.

Entreabrí los ojos para evitar que la luz me cegara por completo. Me encontraba en una habitación con paredes blancas, amplios ventanales, una gran cama de roble y una mesita de noche con una lámpara elegante. Sobre la mesa había tres cosas: Un pequeño ramo de rosas en un jarrón, un vaso con sangre y... una daga con empuñadura de oro.

Mi cuerpo estaba envuelto en un colosal vestido de color dorado que parecía sacado de la época victoriana. Tras capas y capas de tela, un corsé se ajustaba a mi pecho.

¡Mierda!

¿Cómo había llegado ese vestido a mi cuerpo? ¿Qué había sucedido?

Me enfermaba la idea de que el maldito Edmond pudiera haber hecho cualquier cosa conmigo mientras estaba inconsciente gracias a sus poderes.

Al levantarme de la cama, experimenté un dolor agudo en las costillas debido a la presión del corsé. Me sentía mareada, así que bebí la sangre del vaso con impaciencia.

La habitación en la que me encontraba tenía un aire infantil, como si le hubiera pertenecido a una niña.

Con los pies descalzos, me dirigí hacia la puerta. Intenté abrirla, pero estaba cerrada con llave. Habían decidido encerrarme.

Regresé a la cama, desorientada y sintiendo la opresión del vestido.

Echo de menos a Joe, suspiré. Lo extrañaba terriblemente, lo necesitaba. ¿Dónde estaría?

Tan pronto como el pomo de la puerta comenzó a zarandearse, me preparé para cualquier eventualidad. Antes de que la puerta se abriera, tomé la daga que yacía en la mesa y la oculté entre mi ropa. Bartholomeo entró de golpe. Apoyándose en el umbral, bloqueó la salida con su cuerpo.

—Mi hermano quiere verte —anunció. *¿Su hermano?* Pensé. Al notar mi confusión, aclaró —: Mi hermano Edmond.

—¿Eres el esclavo de tu hermano menor? —manifesté de forma burlona y mordaz.

El vampiro frunció el ceño antes de aproximarse a mí.

—No me pongas una mano encima —le advertí, alejándome.

—¡Qué miedo tengo! —se mofó con aburrimiento.

Me agarró el brazo con brusquedad y me arrastró fuera del dormitorio hacia un pasillo oscuro, donde apenas podía distinguir las paredes.

—¡Suéltame, miserable infeliz! —protesté.

—¿Puedes callarte?

—¿Y si no lo hago? ¿Irás a quejarte con tu hermanito menor?

—¡Perra! —masculló entre dientes.

Podría haber sacado la daga para enfrentarlo, pero tenía la impresión de que Edmond sería aún más peligroso y que la necesitaría más tarde. Bartholomeo me empujó dentro de un salón y se quedó afuera. La sala parecía ser una especie de oficina, con un escritorio grande y un imponente sillón de cuero. Sentado sobre este se encontraba el pequeño y siniestro rubio, con una sonrisa astuta y demoníaca.

Le sonreí amargamente.

—Hablemos —me propuso.

—Bien, ¿por dónde empezamos? ¿Debo decirte cuánto te repudio y te aborrezco? —escupí esas palabras cargadas con veneno.

—Te haré mi esposa —soltó de manera calmada. Mi cara perdió su color—. Ofreciste tu vida por la de tus amigos, ahora serás mía.

—Qué buena broma —resoplé—. ¿Casarme con un niño? ¿Qué clase de enferma crees que soy?

Mi comentario no fue de su agrado. Pareció a punto de perder el control.

—¿Tienes idea de con quién estás hablando?

—No me importa si eres un embajador con poderes vampíricos, el rey de Transilvania, un mafioso o si tienes cuarenta mil siglos de vida. Sigues siendo un mocoso malcriado.

Igual que un gato salvaje, Edmond se abalanzó sobre mí. Atrapó mi cuello con sus manos, estrujándome con mucha fuerza.

—Será mejor que te comportes —amenazó—, porque todavía tengo a tus amigos en mi poder, y te dolerá mucho ver a tu amante sufrir.

Mi garganta ardió cuando intenté tragar; sus dedos me oprimían con tanta fuerza que temí que mis huesos se quebraran. El chiquillo era increíblemente fuerte para su juvenil apariencia.

Finalmente, liberó mi cuello y acarició mi cabello como un desvergonzado.

—¿Dónde están? —balbuceé entre tos y bisbiseos.

Me sonrió, repleto de malevolencia.

—¿Quieres verlo a él? Puedo adivinar que los otros no te importan en absoluto, solo ansías verlo a él —acusó—. Sé quién eres, pequeña pecadora.

¿A qué se refería?

Edmond me estaba empujando contra la pared, y cuando finalmente me soltó, caí al suelo. Luché por controlar mi pulso y mi respiración. Se arrodilló frente a mí, a mi nivel. Sujetó mi rostro y me besó a la fuerza. Traté de empujarlo sin éxito hasta que por fin se apartó. Después de limpiar mis labios con mi brazo, me puse de pie.

Él abrió la puerta de la oficina.

—Llévala a ver a su amante —le ordenó a Bartholomeo, quien aún aguardaba afuera—. Trátala bien.

El hermano de Edmond me llevó a través de pasillos oscuros antes de arrastrarme por unas escaleras que descendían.

Se detuvo delante de una enorme puerta de madera y, con una llave dorada, la abrió. Del interior emergieron decenas de murciélagos. Instintivamente, me cubrí el rostro con los brazos hasta que los animales se alejaron volando.

Estupefacta, contemplé el interior de la habitación. Las paredes estaban cubiertas de espejos de todas las formas y tamaños, como en un laberinto de feria, con un aspecto sombrío y aterrador. Millones de reflejos me observaban.

Joe se encontraba sentado en el suelo, reclinado contra una de las paredes reflectantes, con la mirada baja y los brazos apoyados en las rodillas.

Cuando corrí en su dirección, la puerta se cerró a mis espaldas.

Él se encogió y retrocedió un poco, como si temiera que lo lastimara, como si yo fuera una amenaza.

—Angelique —su voz fue una alerta—. No me toques.

Me arrodillé a su lado, luchando con mi voluminoso vestido.

—Si me tocas, recibiré descargas eléctricas hasta quedar calcinado. —Levantó la bota de su pantalón para mostrarme un dispositivo electrónico que rodeaba su tobillo como un grillete.

De cerca, vi las magulladuras y moretones en todo su cuerpo. Sus labios estaban lacerados, había rastros de sangre en sus mejillas y sus brazos estaban cubiertos de hematomas. Lucía demasiado frágil.

—¡Oh, por Dios! No puedes estar hablando en serio —exclamé, con el corazón en un puño.

—Lo sé, es un maldito enfermo —respondió—. Me pusieron esto hoy para que vinieras a verme. Es una especie de tortura mental, quiere que estemos juntos sin poder tocarnos.

—¿Fue Edmond?

—No exactamente Edmond, pero él da las órdenes.

—¡Mierda! ¿Qué te hicieron? —pregunté con voz temblorosa por la angustia.

Deseaba tocar su rostro, sanar sus heridas, pero temía lastimarlo.

—Solo he tenido unas cuantas peleas —dijo—. Pero estoy bien. No creas que fui el único que recibió golpes, esos vampiros también obtuvieron lo que se merecen. Lo importante es que tú estás bien, te ves hermosa.

Me sonrojé en menos de un segundo.

A pesar de las heridas, Joe lucía atractivo. Sentí el impulso incontrolable de aliviar el dolor de sus labios magullados con un beso suave y apasionado. Sentí ganas de sostenerlo entre mis brazos.

—Te lastimaron —murmuró. No era una pregunta, sino una afirmación—. ¿Quién te hizo esto? —preguntó mientras miraba mi brazo.

Fue entonces cuando noté las marcas de dedos en mi piel.

—Bartholomeo me ha apretado muy fuerte.

—Y tu cuello, también está marcado.

—Eso fue obra de Edmond —respondí rápidamente.

—Voy a matarlos —habló con los dientes apretados.

Cuando lo miré a los ojos, me di cuenta de lo mucho que lo extrañaba. Estaba justo frente a

mí, pero no era suficiente. Ansiaba su boca, sus brazos fuertes, su aliento en mi cuello, su cuerpo apretado contra el mío, sus manos en mi cabello, sus caricias en mis labios, su calor en mi piel, su peso sobre mí... Deseaba que saboreara mis curvas, mi lengua, que me hiciera el amor...

Suspiré, anhelándolo intensamente.

—Angelique, perdóname —me dijo, su mirada fija en la mía.

—¿Por qué?

—Por haber sido un cretino contigo —expresó finalmente—. Estaba enojado y celoso. ¿Sabes? Siempre te quise para mí y, cuando creí que serías mía, solo estabas interesada en Donovan. Eso me enfurecía. Fui un idiota, lo sé, pero ¿me perdonas?

—No lo sé, tendré que pensarlo —respondí, tratando de bromear.

Sonrió de manera seductora.

—No tienes idea de cuánto deseo besarte —confesó.

Uff, por supuesto que tenía idea. Yo sentía las mismas ganas de fundirme en sus labios, pero... ¿Por qué tenía que decirme esas cosas? ¿No sabía que me hacía derretirme como una barra de chocolate en un horno microondas?

—Joe... ¿A qué te refieres con que siempre me quisiste para ti? Quieres decir, ¿desde la noche del baile de máscaras?

Para mi sorpresa, negó con la cabeza.

—La primera vez que te vi fue hace dos años —admitió, sonrojándose—. Yo era un cazador y escuché que una jovencita muy popular celebraría su fiesta de cumpleaños. Mucha gente asistiría. El lugar perfecto para capturar vampiros que salen a alimentarse. Así que decidí presentarme.

Separé los labios, asombrada por aquellas declaraciones. Luego esboqué una sonrisa traviesa, haciendo memoria de lo que había ocurrido en aquella época.

—Entonces esa es la razón por la que tanta gente asistió a mi fiesta sin invitación.

Su mirada estaba fija en un punto imaginario, como si recordara aquel momento.

—Definitivamente, esa noche fuiste la protagonista. Te robaste la atención de todo el mundo. Incluso la mía —hizo una pausa—. A primera vista pensé que eras ingenua e inocente, pero luego descubrí que no era así. De todas formas, siempre me gustó tu lado oscuro.

Parpadeé repetidamente, atónita.

—¿Has estado ahí todo este tiempo? ¿Sabías de mí desde hace años y yo ni siquiera sabía de tu existencia?

—Creo que he estado enamorado de ti desde que te vi por primera vez. Te observaba desde lejos, pero nunca me acerqué porque eras despiadada y caprichosa —susurró, aproximándose a una distancia dolorosamente segura para los dos—. Sé perfectamente quién eres, Angelique Eve Moore. Tu vanidad, tus caprichos. Te dedicabas a humillar a cada ser que se interponía en tu camino. Recuerdo aquel día en los juegos interescolares de tu secundaria cuando besaste a Brad, el novio de tu amiga. La destrozaste, la hiciste sufrir y te reíste luego. Él ni siquiera te gustaba, parecía que solo querías demostrar tu superioridad ante todos. Y aunque ese lado tuyo siempre me atrajo, sabía que no me convenía involucrarme con una chica como tú. Eras tan déspota... Y, ¿por qué? Simplemente nunca te entendí. Lo tenías todo, la mejor ropa, autos, chicos, belleza, ¡tu familia te amaba! Eras tan envidiada como adorada.

—Todo menos a ti —proferí.

Él tenía razón. Sabía quién era yo realmente. Siempre tan malvada, despiadada y sanguinaria. Me escondía detrás de una fachada inocente y lastimaba a todos, pero, ¿por qué?

Honestamente no tenía ninguna excusa que justificara mis actos. Simplemente había algo que me faltaba en la vida, algo que no podía identificar, pero su ausencia me hacía sentir vacía, a pesar del amor que me rodeaba. Y aún ahora me preocupaba seguir siendo esa misma joven sin empatía.

Edmond lo había dicho: "Los otros no te importan en absoluto, solo ansías verlo a él". En lo más profundo de mi ser, sentía que Joe me llenaba tanto que no podría amar a nadie más. Como si todo mi corazón le perteneciera y no existiera lugar para otra persona. Era una sensación frustrante. Estaba profundamente enamorada, pero ¿por qué? ¿Por qué él?

¿Cómo pasó todo esto? Me pregunté.

La culpa me estaba consumiendo, todo era verdad. Siempre había tenido ese lado oscuro en mí, oculto detrás de una máscara. No obstante, lo que más me había desconcertado era que él realmente me conocía, ¿y aun así me amaba?

Conociendo mi cara sombría, sabiendo que no era la persona que aparentaba, me amaba, tal como era. Pero me costaba creer que él sintiera lo mismo que yo. Lo mío era tan diferente, tan posesivo. Nunca antes había experimentado algo así. No era una simple atracción, no era un amor adolescente ni un capricho. Era como si ambos nos perteneciéramos.

Confesarme a mí misma que lo amaba fue incluso más difícil que confesárselo a él. Me negaba a aceptar que tal vez me había obsesionado con Joe.

—No te sientas mal —murmuró—. Yo tampoco he sido precisamente un santo.

—No te conozco lo suficiente.

—Me conoces más de lo que crees. Tú y yo nos parecemos bastante.

—No lo creo. Tu pasado... Eras un cazador, hacías el bien. Entonces, ¿por qué dices que no eras tan bondadoso? —indagué.

Sus rasgos se suavizaron antes de responder. Podía oír su respiración calmada.

—Solo me convertí en un cazador para vengar la muerte de mi familia, pero no es lo que parece... Ellos murieron por mi culpa.

A pesar de que Joe parecía querer continuar, se interrumpió a sí mismo. El silencio reinó nuevamente.

—No lo entiendo, ¿por qué sería tu culpa?

Permaneció callado durante mucho tiempo, y me aterrorizaba romper ese silencio. Su mirada era fría y profunda.

No me responderá. Supuse.

Me dolió que se negara a hablarme de sí mismo. ¿Acaso no confiaba en mí?

Mi corazón se hundió y una sensación de opresión llenó mi pecho.

—Ha sido suficiente —intervino una voz severa a mis espaldas.

Era Bartholomeo, que giraba en su dedo un aro del que colgaba esa llave dorada y antigua. Su silueta se reflejaba en todas partes, lo cual me impedía saber en dónde se encontraba realmente. Miré a Joe con angustia, preocupada por dejarlo solo.

—Anda, vete —me tranquilizó—. Estaré bien.

Me puse de pie para marcharme y caminé hacia la salida, levantando la falda de mi vestido para no tropezar.

El hermano de Edmond me condujo al mismo dormitorio donde había estado antes. Una vez a solas, batallé para deshacerme del corsé que me estaba apretando las costillas.

Durante todo el día, permanecí encerrada bajo llave en la misma habitación. Los ventanales estaban sellados y bloqueados, lo que me hacía imposible escapar o ver lo que sucedía afuera.

Pero podía escuchar el sonido de la lluvia, lo que me proporcionó cierta sensación de tranquilidad.

A la mañana siguiente, una doncella humana me llevó el desayuno a la cama, que incluía un poco de sangre, y dejó un vestido al pie del colchón, al que apenas presté atención.

—Edmond quiere que uses este traje hoy —habló la muchacha con una vocecita tímida y nerviosa.

Cuando la joven se retiró, la oí asegurar la cerradura desde el otro lado.

Aparté la comida a un lado para salir de las sábanas. Examiné el atuendo que habían elegido para mí. Un vestido corto de un delicado tono rosa pálido, aparentemente costoso. En la mesa de noche encontré joyas: una gargantilla plateada, un anillo, pendientes y una pulsera hecha de... ¿esos eran diamantes?

Sentí como si estuviera a punto de vender mi alma al diablo o firmar un pacto peligroso si me ponía esa ropa y joyas. De modo que lo descarté y di un par de mordiscos a las tostadas francesas que me habían traído antes de beberme la sangre.

Después de unas horas, Bartholomeo irrumpió en la habitación.

—¿Por qué no te has puesto el vestido? —dijo con amargura.

—Porque no lo haré.

El hombre dio un par de zancadas hacia mí, su semblante se endureció.

—Deberían pagarme por esto —refunfuñó—. Escúchame, creo que preferirías ponerte la ropa tú misma antes de que me vea obligado a hacerlo yo por la fuerza.

Aunque sentía miedo, no iba a permitirme actuar como una tonta asustada.

—¿Qué vas a hacer? ¿Golpearme? Eres despreciable —lo repudié—. Sí, debí haber sabido que eras poco hombre.

Los ojos de Bartholomeo se encendieron como llamas, apretó los puños y se acercó aún más a mí con pasos pesados. Me hubiera gustado saber lo que estaba pensando, parecía que quería matarme.

—Lo diré una última vez —me amenazó—. ¿Vas a vestirte o lo hago yo?

De acuerdo, lo haré, pensé para mí misma.

Bartholomeo sonrió.

—Así me gusta. Si no fuera porque Edmond me pidió que te tratara bien, te habría cortado la cabeza, pequeña zorra.

Dije mil maldiciones en mi cabeza. Si él podía leer mentes, sabría que lo estaba mandando al infierno.

—Voy a esperarte fuera —me indicó antes de marcharse.

Con manos temblorosas de furia, me desvestí para ponerme el vestido. Después de colocarme también las joyas, salí al encuentro de Bartholomeo.

Una vez más, me llevó a ver a Joe. Era como si quisiera torturarnos. Porque aún tenía ese dispositivo en su tobillo. Ambos queríamos tocarnos, besarnos, abrazarnos... Pero si lo hacíamos, saldría lastimado.

Aquel día Joseph parecía más herido y frágil que el anterior, cuando se suponía que debería haber sanado. No quería ni imaginar lo que le estaban haciendo en mi ausencia. Me destrozaba verlo así.

Durante toda esa semana, transcurrieron sucesos similares: me mantenían en reclusión, me trataban con excesivos lujos, ropa cara, joyas y comida en la cama. Aunque Bartholomeo no se atrevía a tocarme siquiera un cabello, su tortura era psicológica.

Una vez al día me ponía en el salón de los espejos junto a Joe, sin darme la posibilidad de tocarlo. Y cada día que pasaba lo veía más herido físicamente. Pasábamos nuestro tiempo conversando, básicamente diciendo tonterías, como si fuéramos amigos o... ¿novios?

Desde nuestra captura, ninguno de los dos había tenido noticias del resto de los chicos. La situación me tenía preocupada; tan solo unos días en ese lugar me estaban enloqueciendo. Pensaba en escapar, pero primero tenía que liberar a Joe y hallar a los demás.

En uno de nuestros encuentros habituales, hacía tanto frío en el cuarto de los espejos que parecía el interior de un refrigerador. Joe estaba a mi lado, sentado tan cerca que, si se movía un poco, estaría rozándome. No me cansaba de contemplarlo mientras luchaba contra la tentación de tocarlo.

Mis dedos anhelaban sentir su piel cuando lo veía sonreír, o apoyar las manos sobre sus muslos, o hacer esos gestos graciosos cada vez que hablaba. Cuando me miraba con esos hipnotizadores ojos o cuando su ropa se apretaba a su cuerpo a causa de la tensión de sus músculos.

—Esto es insoportable, una tortura —le susurré.

¡Dios Santo!

Me moría por besar el lunar junto a su mentón y sentir su rasposa barba incipiente sobre mis mejillas. Mientras veía la vena que sobresalía en su cuello, imaginaba sus colmillos penetrando en mi garganta.

—Da igual —me respondió—. Ya es suficiente tortura cuando no estás aquí. Me basta con solo mirarte.

—¿Has bebido sangre? —inquirí, preocupada.

—No, nada desde que me trajeron aquí.

¿Cómo podían torturarlo de esa manera?

Sin saber qué responder, me quedé callada. Joe hizo lo mismo, posando la vista en sus manos. Lo único que se escuchaba eran nuestras respiraciones y latidos.

Al cabo de innumerables minutos, corté súbitamente el silencio:

—¿En qué piensas?

—En mi hermano —dijo antes de hacer una pausa—. Te juro que lo que hice no me deja dormir. ¿Cómo pude matarlo? Era mi única familia, lo único que me quedaba. Ahora no tengo a nadie.

Por el tono quebradizo de su voz, parecía que tenía ganas de llorar. Lo escuché tragar saliva y maldecirse a sí mismo.

—Lo siento mucho, ha sido mi culpa —agaché la cabeza, avergonzada.

—¿De qué estás hablando? —Se giró para ver mis ojos—. Escucha, sé que te dije que tenías la culpa, pero no es así. Soy el único culpable. ¡Dios! Soy una bestia. No debes creer todo lo que digo; no hago más que herir a la gente. Siempre he sido tan malo amando...

—Pero eres muy buen amante —lo animé.

Una pequeña sonrisa destelló en su rostro.

—Siempre sabes cómo levantarme el ánimo. Te quiero, chica diabólica.

—¿Chica diabólica? —cuestioné, alzando una ceja mientras le sonreía—. Lo tomaré como un cumplido.

—Créeme, lo es —me dedicó un coqueto guiño.

Mi sonrisa se borró tan pronto como recordé en dónde estábamos.

—Joe, tenemos que salir de aquí.

—No seas ilusa, no podemos enfrentarnos a esos despiadados monstruos, son demasiado poderosos.

Antes de que pudiera replicar, comenzó a gritar de dolor, sacudiéndose en el suelo.

¿Qué está pasando?

—¡Joe! ¿Qué sucede? —chillé, consternada.

¡Santo cielo! Era el dispositivo, le estaban enviando descargas eléctricas.

¡Pero ni siquiera nos habíamos tocado!

No sabía qué hacer, ni cómo detener su sufrimiento. Estaba presa del pánico.

Después de unos segundos, dejó de gritar, quedándose completamente inmóvil. Su pecho subía y bajaba agitadamente. Su rostro aún tenía una mueca de dolor, con los ojos cerrados y los labios apretados.

—¿Qué te han hecho? No te he tocado. ¿Qué clase de enfermos son Edmond y su hermano? —mi voz temblaba, estaba al borde de las lágrimas.

Mientras Joe todavía largaba gemidos cortos de dolor, la puerta se abrió detrás de mí.

—Joe, ¿estás bien? Dime algo, por favor.

—Vete, es hora de que te vayas —murmuró con voz lastimera, intentando sentarse al tiempo que su cuerpo trepidaba.

Sin mirar hacia atrás, sentí una poderosa presencia a mis espaldas, como si alguien me estuviera observando.

Cuando me giré para comprobarlo, vislumbré bajo el umbral a nuestra posible salvación.

—¡Oh, Darius! Dime que viniste a sacarme de aquí —exclamé al verlo ahí parado, con su típica indumentaria antigua y su palidez mortal.

—¿De qué estás hablando? —interrogó Joe, recuperándose.

—Darius ha venido a sacarnos de este lugar.

Darius se adentró en el salón.

—¿Quién? —dijo Joe, llevando una mano a su frente.

—Darius Ross —lo señalé—, el chico del que te hablé.

—¿Te sientes bien? —cuestionó Joseph, poniéndose de pie.

—Sí, lo estoy —proferí, extrañada—. ¿Por qué lo preguntas?

—Por nada.

—Angelique, salgan de aquí —indicó Darius—. La zona está despejada.

—Vámonos, Joe. Hay que salir de este lugar.

Sacudió la cabeza en señal de negación.

—Si salimos de aquí, me atraparán y me cortarán en pedacitos.

—Joe, no hay nadie afuera. Es nuestra oportunidad para escapar.

—No, Angelique, esto no va a funcionar.

—Por favor, Joe. ¿Cuándo te volviste tan cobarde?

—Es por ti, no quiero que te pase nada —insistió en tono firme.

—No va a pasarme nada, y a ti tampoco. Confía en mí, Darius nos ayudará.

Guardó silencio, mirándome como si quisiera rebatir mis palabras.

Finalmente, suspiró con frustración.

—Angelique, no hay ningún Darius —explicó de forma calmada—. Aquí solo estamos tú y yo...

Largué un resoplido burlón.

—¿Qué quieres decir?

—Entiendo que puedas estar un poco alterada. A veces, en situaciones como esta, nuestra mente nos juega trucos... —estaba dando rodeos, sin llegar a lo que realmente quería decir—. Tu amigo Darius no está aquí.

—¡Joe, él es Darius! —Apunté mi dedo hacia mi amigo, que estaba justo a mi lado. Él negó con la cabeza.

—No hay nadie aquí salvo nosotros dos, Angelique —repitió pacientemente.

¿*Qué demonios está diciendo? No lo entiendo.* Pensé, mirando a Darius con incredulidad. Él estaba ahí, claro que lo estaba.



CAPÍTULO 14: TI VOGLIO

Darius negó con la cabeza antes de echarme un vistazo, encogiéndose de hombros.

—No puede verme ni escucharme —aclaró—. De hecho, nadie puede hacerlo, salvo tú.

Me quedé paralizada al tiempo que mi rostro palidecía. Volví la mirada hacia Joe.

No puede ser, pensé. No puedo creer esto. ¿Estoy volviéndome loca?

¿Todo este tiempo, Darius nunca existió? ¿Era producto de mi imaginación?

Deslicé la mano desde mi frente hasta el nacimiento de mi cabello, observé a mi alrededor y, solo entonces, lo noté. En los espejos, únicamente estábamos Joe y yo. El reflejo de Darius era invisible.

Suspiré, resignada.

—Debo estar enloqueciendo —mascullé, todavía sin poder creerlo.

—No estás loca. Es normal que, tú sabes... —balbuceó Joe.

—Angelique, deberían huir ahora mismo —continuó Darius.

—Joe, voy a marcharme sola por el pasillo si no vienes conmigo —le advertí.

Aún no sabía si Darius era real o no, pero sabía que debía intentar largarme de una vez por todas. También sabía que Joe no me permitiría aventurarme sola en esa osadía.

—Pequeña testaruda —gruñó por lo bajo.

Supuse que se sentía extorsionado y sonreí ante la idea.

Sus gestos denotaban cansancio. Pasó una de sus manos por su barbilla, como si estuviera pensando, aunque a mi parecer, estaba más bien conteniéndose para no sacudirme histéricamente. Cuando le di la espalda para marcharme, no tuvo otra opción que seguirme.

Darius comenzó a caminar, guiándome a través del pasillo. Tal como me había advertido, estaba despejado. Quizá no estaba completamente loca después de todo. Avancé con cautela, sin saber a dónde íbamos.

—Angelique, han desactivado el dispositivo de Joe. Ahora puedes tocarlo —me avisó.

Instintivamente, me giré hacia Joe, pero no lo toqué. Tenía miedo. Si Darius resultaba ser una invención mía, saldría lastimado.

A través de las paredes, escuché el sonido de sollozos en la cercanía. Y mi miedo aumentó. Aquello me provocó unas incontrolables ganas de acurrucarme en el pecho de Joe. Sin pensarlo, me acerqué más a él y puse la mano en su hombro.

—¡No! —gritó, retirando mis manos de su cuerpo.

No obstante, se percató con rapidez de que nada sucedía y enmudeció súbitamente.

—Está desactivado —le informé.

—¿Cómo lo supiste?

—Darius me lo dijo —respondí sin vacilar.

De un momento a otro, reposó sus manos sobre mis hombros.

Su mirada se volvió hambrienta, casi salvaje. Con una urgencia abrumadora, me acorraló en la oscuridad y besó mis labios furiosamente. Sus brazos se ciñeron alrededor de mí con tanta fuerza que me hacía daño. Sin embargo, el ardor de su boca golpeando la mía y su lengua húmeda en mi interior hacía que valiera la pena.

Enloquecida, me dejé llevar por el fervor de aquel beso desenfrenado, aferrándome a sus labios con una pasión inusitada y fusionándome con su cuerpo como si fuéramos uno solo. Fue un beso efímero, pero cargado de deseo reprimido.

Él se detuvo abruptamente cuando el llanto resonó más cerca de nosotros. Jadeé para recuperar el aliento.

Siguiendo los sollozos, avanzamos a través de las penumbras hasta que reconocí la voz de Nina y el inconfundible aroma de Adolph. Era ella quien lloraba inconsolablemente.

¡Mierda, ¿qué le habían hecho?! La preocupación se reflejó en mi rostro.

—¡Me violó! —chillaba ella, temblando de pánico—. ¡Ese maldito abusó de mí!

En ese momento la encontré sentada en el suelo, apoyada contra una fría pared de piedra, sus rodillas dobladas y su rostro oculto entre los brazos de Adolph. Él la sostenía con dulzura, meciéndola suavemente al tiempo que le acariciaba el cabello.

—¡Por Dios! —corrí en su dirección.

Me dejé caer de rodillas junto a ella antes de envolverla en mis brazos.

¡Pobre chica!

Mi rostro enrojeció de ira. ¿Cómo podían hacerle algo así?

Joe se puso en cuclillas para estar a nuestra altura. Su semblante lucía deformado por la rabia.

—¿Quién fue el desgraciado que hizo esto?

—Fue Bartholomeo —respondió Adolph antes de dirigirse a Nina—. No te preocupes, princesa, me encargaré de despedazarlo con mis propias manos. Juro que no descansaré hasta verlo muerto.

Aunque no podía distinguirla con claridad entre las sombras, había vestigios en su cuerpo de aquel ataque. Moretones, la ropa hecha jirones, la camisa medio abierta por falta de botones y una herida sangrante en sus labios. Estaba descalza, con el cabello enmarañado, el cual le cubría su rostro húmedo. También tenía manchas de maquillaje y un rastro de lágrimas mezcladas con máscara de pestañas que iba desde sus ojos verdes hasta su cuello.

Adolph tampoco estaba en mejor estado. Su camisa estaba teñida de sangre en el centro del pecho y tenía magulladuras y lesiones en muchos lugares visibles de su cuerpo.

—Alan y Donovan se encuentran en el piso de abajo, luchando contra Edmond y su hermano —intervino Darius.

Por poco había olvidado que estuvo allí todo el tiempo.

—¿Los chicos están peleando contra esos monstruos? —pregunté.

Adolph asintió con la cabeza.

—Joe, debemos ayudarlos —profirió—. Angelique, quédate aquí con Nina. Por favor, no se muevan.

Ambos se pusieron de pie antes de desaparecer en la oscuridad. Darius permaneció junto a mí.

—No podemos quedarnos aquí —la voz de Nina se abrió paso entre sus sollozos—. Tenemos que bajar. Necesito estar con Alan.

No me opuse, sentía que tampoco podía dejar solo a Joe, aunque él supiera defenderse mejor que yo. Nina se secó las lágrimas rápidamente con los brazos al tiempo que trataba de apaciguar sus sollozos dando respiraciones cortas e interrumpidas.

Las dos nos aventuramos por los pasillos hasta hallar unas escaleras de piedra en espiral que conducían al piso inferior. Darius venía detrás de nosotras en completo silencio. Los escalones eran altos y anchos, lo cual me hacía perder el equilibrio o quedarme atrás. Con sus últimas fuerzas, Nina me agarró de la muñeca para hacerme descender más rápido.

Antes de siquiera bajar por completo, comenzamos a escuchar gritos y espeluznantes estruendos.

—¡Madre mía! —susurré al ver la escena que se estaba llevando a cabo delante de mí.

Donovan yacía en un charco de sangre, la cual había empapado casi todo su cuerpo. Sus ojos estaban cerrados y su piel era de un tono blanco translúcido.

¡No podía estar muerto! ¡No era posible!

Al mismo tiempo, la batalla se desarrollaba frente a nosotras. Bartholomeo tenía a Joe agarrado por el cuello en una mano y a Adolph en la otra. Ambos luchaban desesperadamente por liberarse.

—¡La daga! La que escondes en tu ropa —clamó Darius.

¡Ah, sí! Recordé.

La daga que todos los días ocultaba en mi vestido y que siempre olvidaba utilizar. De forma inadvertida, desenfundé aquella cuchilla envuelta en la tela de mi falda y la sostuve firmemente en mi mano derecha.

¡Gracias a Dios que Darius está conmigo!

Alan combatía cara a cara contra Edmond. Y aunque tenía menos heridas visibles que el resto, su ropa estaba bastante ensangrentada. Los dos se movían como depredadores acechándose mutuamente.

Mientras que Bartholomeo parecía haber salido de "La Masacre de Texas", cubierto de líquido carmesí; Edmond por el contrario no tenía ningún cabello fuera de lugar. Su traje lucía

impecable y sus zapatos brillantes.

Probablemente al niño no le gustaba ensuciarse las manos.

Llena de valor, levanté la pesada daga, la empuñé con determinación y la arrojé hacia Bartholomeo. La hoja se clavó en su espalda y, con un gemido, dejó caer a los chicos. Sus cuerpos impactaron en el suelo con un sonido sordo.

Escuché a Edmond rugir como una bestia mientras su hermano avanzaba hacia mí con un semblante asesino.

Nina tiritaba de miedo.

—¡Sucio infeliz! —lo insultó.

Bartholomeo frunció el ceño hasta que sus cejas se juntaron. Tan pronto como sentí sus dedos cerrarse en mi garganta, escuché el sonido metálico de la daga siendo enterrada en su carne. Joe estaba detrás de él, empuñando el arma y hundiéndola entre sus omóplatos una y otra vez, sin detenerse. El Zephyr me soltó y se giró hacia él antes de propinarle un fuerte golpe en el rostro que lo derribó.

—¡Joe! —vociferé, aterrada.

Todo estaba ocurriendo al mismo tiempo. Edmond sostenía a Alan en lo alto, agarrándolo por el cuello de la camisa. En un abrir y cerrar de ojos, lo arrojó al otro lado del recinto. Cuando el cuerpo de mi amigo impactó contra una ventana, tuve una visión fugaz de fragmentos de vidrio estallando por los aires. El cristal se hizo añicos con un estruendo ruidoso.

Y Alan cayó hacia la oscura noche, desapareciendo por completo de nuestra vista.

Sin poder evitarlo, Nina y yo atravesamos la sala corriendo, dispuestas a mirar por esa ventana.

Al posar mis manos en el alféizar, unos cuantos trozos de vidrio me laceraron la piel, rasguñando mis dedos.

Del lado de afuera, lo único que podía apreciarse era un lúgubre callejón desolado. El suelo se encontraba a unos tres o cuatro pisos de distancia y los cristales rotos se habían dispersado en el asfalto, arrojando destellos a mis ojos. Sin embargo, Alan no estaba donde se suponía que debería haber caído. Ni siquiera había rastros de su sangre, parecía como si nunca hubiera tocado el pavimento.

—¿Qué diablos...? —empezó a decir Nina, pero su frase fue interrumpida por un gemido de dolor.

Bartholomeo estaba pateando las costillas de Joseph, que se encontraba tumbado en el suelo sin poder hablar. Lo único que hacía era emitir quejidos de resignación.

Sentí la necesidad de llorar y rendirme. Todo lo que estaba sucediendo era demasiado para mí. Las náuseas volvieron y mis palmas ardieron cuando clavé mis uñas en ellas. Me mordí los labios hasta hacerme daño...

Fue entonces cuando Edmond pareció notar mi presencia.

—¿Estás enfadada, belleza? —me dijo con su voz infantil y páfida.

—Maldito crío del infierno —lo insulté.

Me dedicó una sonrisa despiadada.

—Bartholomeo —exclamó—, acaba con Blade.

Obediente, el hombre retiró la daga clavada en su espalda y se arrodilló. Presionó el filo del arma en el lado izquierdo del pecho de Joe, pero antes de que pudiera cortar la piel, Adolph embistió con su cuerpo al Zephyr.

De pronto, Alan reapareció desde las escaleras, respirando agitado como si estuviera

exhausto. Probablemente había corrido para regresar velozmente a la batalla.

Edmond abrió los ojos de par en par, observándolo con incredulidad.

—¡Vaya! Parece que Black es un hueso duro de roer.

—Soy bastante difícil de matar —presumió Alan antes de golpear una columna de piedra con su puño cerrado, la cual se desmoronó en una nube de polvo—. Sabes que soy mejor que tú. Y ya me rasuro —añadió con humor satírico.

El niño esbozó una sonrisa amarga para disimular su furia.

—¿Eso crees? Entonces, ¿por qué no jugamos un juego? —la voz de Edmond adquirió un tono aún más aninado y siniestro—. Después de todo, eso es lo que hace un niño, ¿no? Todos ustedes serán mis títeres.

—¿Por qué no mejor arreglamos esto entre tú y yo y dejamos a los demás fuera? —propuso Alan.

Sigilosamente, gateó hacia el cuerpo inmóvil de Donovan. Al acercarme, vi que tenía los labios ligeramente separados y todo su cuerpo estaba empapado en ese líquido rojo. Había una herida abierta en su cabeza de la que brotaba más sangre. Consternada, coloqué las manos en su rostro magullado y manchado de escarlata. Su piel se sentía fría como el hielo. Podría haber jurado que estaba muerto.

—No lo creo —decía Edmond sin prestarme atención—. Quiero jugar con tus amiguitos también.

Cuando toqué el pecho de Donovan, sentí la tela mojada de su camisa bajo mis dedos. Mis ojos se iluminaron al percibir el movimiento de su pecho. Su corazón luchaba por latir, golpeando lentamente contra sus costillas lastimadas. Retiré los cabellos húmedos adheridos en la piel gélida de su rostro.

—Donovan, no te mueras —musité, mi voz era un sonido rasgado y trémulo.

En ese momento, un estruendo me distrajo. Me volví hacia la escena de la batalla, donde Joe escupía sangre y Adolph se estaba intentando poner en pie. Por otra parte, Nina se hallaba oculta en un rincón alejado mientras que Alan presionaba a Edmond contra el suelo, subido encima de su cuerpo y sosteniendo mi daga en su mano, la cual apoyaba con fuerza en el cuello del pequeño demonio.

—De acuerdo —cedió finalmente Edmond, su voz salió como un ronquido agudo—. Será entre nosotros, asegúrate de que tus amigos se retiren ahora.

—Ya escucharon, lárguense —vociferó Alan con autoridad—. Puedo encargarme de esto solo.

—No te dejaré aquí, hermano —dijo Adolph, apartando a Bartholomeo de su camino.

—Puedo lidiar con estos dos idiotas solo —insistió Alan, elevando la voz—. Por favor, Adolph, llévatelos. Confía en mí.

Escuché el silencio por parte de Adolph, que vacilaba en dar una respuesta. Joe gruñía algo por lo bajo mientras que los demás solo aguardaban sin decir una palabra, con la respiración agitada. Nina parecía estar en un impenetrable estado de conmoción, enmudecida.

Edmond gimió entre dientes cuando Alan hundió aún más la navaja en la piel de su garganta.

—¿Estás seguro? —cuestionó Adolph.

—Lo estoy —gruñó Alan en respuesta, abriendo los dedos para dejar caer la navaja intencionalmente.

El arma produjo un ruido metálico al chocar contra el suelo y rebotar un par de veces.

De pronto, desde la boca entreabierta de Donovan brotó un coágulo de sangre gelatinosa, empapando aún más sus labios. Sus párpados empezaron a moverse, al igual que su pecho.

¡Estaba despierto! ¡Dios mío, estaba despierto!

Aturcido y lastimado, abrió los ojos. Una mueca de dolor curvaba sus gestos. Pestañeó varias veces, contemplándose.

En ese momento sentí que tiraban de mi brazo. Alcé la vista por encima de mi cabeza y vi a Joe tratando de levantarme.

—Joe, ayuda a Donovan, por favor.

—¿Estás bromeando? —me respondió con actitud de desagrado.

Su semblante endureció de disgusto. Me miraba con irritación y confusión, como si mi solicitud lo hubiera ofendido. ¿En qué estaba pensando? ¿Dejaría que Donovan se desangrara?

—¿Vas a dejar que muera aquí? —lo cuestioné.

—Él haría lo mismo —rebatí, a la defensiva.

Negué con decepción.

Joseph escupió un poco de sangre de su boca antes de limpiarse los labios con el dorso de la mano. Luego inclinó su cuerpo hacia abajo para alzar a Donovan con sorpresiva delicadeza, manchándose de su sangre. Temblando, el Succubus continuaba tosiendo coágulos escarlatas oscuro. Cabeceaba, intentando mantenerse de pie y despierto.

Pasando un brazo por encima de sus hombros, Joe le ayudó a caminar, pero no sin dejar de evidenciar su molestia con expresiones de hastío.

Siempre supe que terminaría cediendo, no podía ser tan resentido. Que hubiera dado el paso de salvarlo significaba mucho, incluso si tenía planeado darle una paliza cuando se recuperara.

Después de todo, ellos no eran precisamente... amigos.

—No querrán irse sin esto —dijo Bartholomeo al tiempo que le mostraba las llaves del Chevy a Adolph.

Nuestro líder le arrebató el llavero de las manos antes de tirar de Nina para llevarla consigo.

—¡Vámonos! —ordenó rigurosamente mientras sujetaba a la chica por la cintura para darle soporte.

Con un suspiro, me puse de pie.

Entorné los ojos al ver que Alan era vapuleado brutalmente por Edmond y su sucio hermano.

—Saca a tus amigos de aquí ahora mismo antes de que me arrepienta y los aniquile —gruñó Edmond después de haberse apoderado de la daga.

—¡Angelique, corre, maldita sea! —me ordenó Joe.

Vacilante, comencé a seguir al grupo. Decididos, ellos recorrieron tan rápido como pudieron el camino hacia la salida. Joe llevando a Donovan y Adolph prácticamente arrastrando a Nina. Cada pasillo era más oscuro que el anterior. Personas y vampiros desconocidos parecían aparecer en cada rincón del edificio, acechándonos con miradas frías y desconfiadas.

Descendimos una gran cantidad de escalones mientras mi corazón latía tan rápido que sentía que mi pecho se estremecía. Cada peldaño que bajábamos me dejaba más sin aliento. Nina, normalmente parlanchina, estaba sumida en un inusual silencio, sin pronunciar una sola palabra. Fue entonces cuando me percaté de la ausencia de alguien.

¡*Darius!*

Una vez más, se había esfumado sin dejar rastros.

Finalmente, llegamos a una enorme antesala donde se encontraban varios ataúdes. La tenue

luz de unas velas creaba una atmósfera sombría y aterradora en el lugar. Tragué saliva, aterrorizada por lo que podría haber dentro de aquellos féretros.

La aparente salida se encontraba obstruida por algunos muebles de madera. Adolph se abrió paso por la habitación hasta que logró apartarlos y golpear la puerta con fuerza, embistiéndola con su cuerpo repetidamente.

Entretanto, Donovan continuaba en un estado crítico. Su piel blanca perdía aún más color mientras la sangre se esparcía por su cuerpo. Cuando me acerqué a Nina para verificar cómo estaba, noté que sus ojos mostraban pura angustia.

—Adolph —dijo Joe de forma calmada—. No queremos que te disloques los hombros en el intento.

En respuesta, el vampiro echó un rápido vistazo a Joe. Su mirada parecía hablar por sí sola, como si cobrara vida. Había dicho mil insultos sin necesidad de abrir la boca.

En un último intento desesperado por huir, empujó la puerta de manera más agresiva. La cerradura no cedió, pero la madera se rompió. Él se sujetó el hombro derecho con la mano contraria y emitió un quejido bajo. Se había lastimado.

A través del agujero en la puerta ingresaron ráfagas de viento frío y una luz plateada proveniente de la luna en el exterior. Adolph arremetió contra los restos del trozo rectangular de madera, pateándolo y sacudiéndolo hasta que quedó lo suficientemente destrozado como para que pudiéramos salir.

Nina agarró mi mano de forma protectora, intentando conducirme fuera. Sus dedos temblaban y su piel estaba gélida. Cada cosa que se movía a mi alrededor me causaba paranoia, temor. Sentía que nada había terminado, que podía ser una trampa.

Tan pronto como salí, vislumbré la noche encumbrada y la carretera alargándose hasta el horizonte, que finalizaba con un panorama de montañas apenas visibles tras la espesa oscuridad. El siempre fiel Chevy Impala se encontraba aparcado sobre el pavimento con los faros encendidos, alumbrando la vía.

Éramos libres.

Con sumo cuidado, Joe ayudó a Donovan a subir al asiento del copiloto. Donovan jadeaba mientras luchaba por respirar. Los demás nos acomodamos en el asiento trasero al tiempo que Adolph ponía en marcha el auto.

Aún me sentía nauseabunda, mareada, con un dolor de cabeza punzante y un ligero sabor a hierro en la boca. Mi cuerpo se estremeció de manera absurda e irracional cuando Joe tomó mi mano y acarició mis dedos suavemente en la oscuridad del automóvil. Mi corazón dio un vuelco, como si alguien lo hubiera sacudido dentro de mi pecho.

—¿Estás bien, Donovan? —preguntó Adolph mientras conducía y miraba de reojo a su compañero agonizante en el asiento del copiloto.

No obtuvo respuesta.

Donovan, di algo, supliqué dentro de mi cabeza.

El sonido del motor del auto cortaba el aire mientras cruzábamos las calles desiertas y veía el mundo a través de la ventana, moviéndose a toda velocidad. El cielo nocturno cada vez se llenaba más de las luces de la ciudad, que se acercaba rápidamente.

—¡Donovan! —insistió Adolph al tiempo que tomaba una curva.

Cuando un gruñido de dolor escapó de los labios del Succubus, apreté la mano de Joe dentro de la mía.

La ciudad comenzó a tomar forma en mi campo de visión y nos sumergimos en el tráfico,

rodeados de humanos por todas partes. Un ruido desconocido surgió de la nada, dando paso a una espesa nube de humo grisáceo que inundó la cabina del auto.

—¡Maldición! —farfulló nuestro líder cuando el vehículo se detuvo en medio de la nada—. Y ahora es cuando este pedazo de chatarra decide quedarse varado.

—¿Qué haremos ahora? —le preguntó Nina.

—Erick. Él nos conseguirá un lugar.

Y sí que lo hizo.

De alguna forma, terminamos en un lujoso chalet en Manhattan, en una zona habitada por personas adineradas. El lugar tenía una arquitectura impresionante, con un diseño moderno: paredes blancas, grandes ventanales de vidrio, escaleras en la entrada y un pórtico espectacular con vista a la ciudad.

El interior estaba elegantemente decorado en un estilo contemporáneo. Una fuente en el centro del salón principal emitía un relajante sonido acuático. Sofás blancos y divanes se combinaban perfectamente con los sillones. El suelo de mármol reflejaba la luz de las bombillas que iluminaban la estancia y un televisor de pantalla gigante ocupaba toda una pared. Había ocho habitaciones, cada una con su propio jacuzzi en el baño.

Parpadeé un par de veces antes de poder creerlo.

¡Era asombroso!

—Wow —Nina separó los labios y abrió ampliamente los ojos al contemplar los lujosos muebles.

Casi al amanecer, Alan seguía sin aparecer. Donovan yacía en el sofá mientras yo le desinfectaba y vendaba las heridas. Estaba llena de nervios, preocupada por él y por Alan. Sin embargo, esa parte maliciosa de mí no dejaba de preguntarse si Joe estaba celoso al verme curar las heridas de su rival.

—Angelique —balbuceó Donovan—, duele —gimoteó cuando apliqué con cuidado un algodón humedecido en alcohol sobre la magulladura de su frente.

Me he metido en un gran embrollo, pensaba, ensimismada.

Mi mente debatía en una confusión abrumadora que siempre parecía llevar al mismo punto: Donovan o Joseph.

¡Maldición! Creo que amo a Joe en serio.

Simplemente no podía apartarlo de mis pensamientos ni por un segundo, sin importar cuánto lo intentara.

¿Por qué, Joseph Blade? ¿Por qué me robaste el corazón, maldito ladrón?

Lo vi mirarme desde el sillón con absoluta seriedad. No me quitaba los ojos de encima. Aquello me llevaba a imaginarme escenarios en los que me encontraba entre sus brazos mientras su ardiente lengua se adentraba en mi boca, provocando que mi cuerpo trepidara de éxtasis.

Comprendí que mi deseo por ese vampiro se estaba volviendo más incontrolable a cada momento. Él poseía algo que me envenenaba y me hacía palpar desde mis adentros.

¿Qué estás haciendo conmigo, diabólico chupasangre?

Tan pronto como el sol empezó a filtrarse a través de las cristalinas ventanas, se levantó con apatía para cubrirlas con las cortinas.

Y de un momento a otro, Alan atravesó la puerta de entrada. Estaba de pie bajo una ola de luz del sol, su cuerpo cubierto de manchas escarlata y heridas secas, su cabello ligeramente empapado de sangre y sudor. Sostenía una daga en la mano derecha.

Nina atravesó el aposento antes de arrojarle a sus brazos. El Zephyr la rodeó con fuerza y

se besaron con triste y hambrienta desesperación. Parecía que ella estaba a punto de llorar mientras lo besaba una y otra vez, sin descanso.

—Me diste un tremendo susto, sanguinario Zephyr —se quejó entre besos.

—Lo importante es que estamos a salvo. —El muchacho sonrió después de devolver otro beso a su novia.

Donovan apretó mi mano cuando, sin intención, presioné demasiado en una de sus laceraciones.

—Lo siento —susurré, poniendo atención en tratarlo con delicadeza.

—¿Qué ha sucedido? —profirió Adolph, pasando las manos por su cabello cobrizo.

—Maté a Bartholomeo. No podía dejarlo con vida después de lo que le hizo a Nina —contestó Alan—. Y llegué a un acuerdo con el demonio en miniatura de Edmond. No nos molestará más...

—¡Vaya! No tenía idea de lo influyente que eras.

—¿Qué le diste a cambio, Alan? —interrogó Nina con recelo.

Alan sonrió, mostrando sus colmillos relucientes.

—Dejarlo con vida.

Me puse mis gafas de sol antes de salir al pórtico de nuestra nueva villa en Manhattan y me senté a admirar la hermosa vista. El Chevy había regresado a nosotros, se hallaba estacionado en el asfalto con las puertas abiertas. Adolph estaba en el asiento del conductor, tratando en vano de encender el motor, mientras Joe...

¡Oh, por Dios! ¡Joe!

Se encontraba reclinado en la parte delantera del automóvil con la compuerta del capó abierta sobre su cabeza. El sol brillaba sobre su cuerpo perfecto, haciéndolo lucir radiante y vital. Llevaba una camiseta blanca sin mangas que realzaba sus succulentos brazos al tiempo que se ceñía a su musculoso torso. Era tan irresistible y apetitoso que se me hacía la boca agua.

Mis dientes comenzaron a arder, creciendo hasta lacerar mi lengua, como si me exigieran hundirse en su garganta. Cada centímetro de mi piel se erizaba ante la visión del delicioso vampiro que tenía a escasos metros de distancia.

¡Maldición, esos pantalones ajustados a sus fuertes piernas y trasero...!

Era simplemente demasiado para mi deleite.

No pude evitar fantasear con su cuerpo. Me lo imaginaba empujándome contra la pared, arrancándome la ropa de un tirón.

¿Qué me está sucediendo? Me está volviendo loca, completamente desquiciada.

¿Por qué me siento así?

Tenía la sensación de que estaba perdiendo la cabeza. Joe me consumía, metiéndose en mi subconsciente de manera tan dañina como una enfermedad mental. Me estaba controlando. Y era tan fácil perderme en el oscuro sendero del vampiro seductor y sensual.

Para mi desventaja, él tenía ganas de jugar. Lo supe cuando levantó la mirada hacia mí y me guiñó un ojo, regalándome una perfecta sonrisa deslumbrante.

Sus manos manchadas de fluidos negros del motor estaban puestas sobre la máquina mientras intentaba reparar los daños, adoptando el papel de mecánico sexy. Con el antebrazo se secó el invisible sudor de su frente. Luego, tomó una botella de agua que descansaba en el suelo y la vació sobre su cabello negro.

Mi cerebro quería googlear: "¿Cómo evitar el derretimiento inminente?".

¡Llaman a los bomberos! Pensé lascivamente. Porque me estoy incendiando como un trozo de madera en una hoguera. ¡Madre mía!

El agua de la botella de plástico se deslizó desde el cabello de Joe, trazando de manera provocativa los ángulos de su rostro antes de caer sobre sus anchos hombros y finalizar empapando su camiseta. La tela se adhirió a sus abdominales y su escultural pecho, volviéndose translúcida para mayor contemplación.

Mis mejillas ardían. Esperaba no estar tan sonrojada como me sentía. Mi sangre hervía en mi interior, mis músculos se tensaban. Necesitaba deshacerme de esas lujuriosas fantasías.

Me dirigí hacia él con otra botella de agua en la mano. La excusa perfecta.

—¡Enciéndelo! —lo escuché gritarle a Adolph.

El coche emitió un relinchido metálico durante unos segundos antes de volver a silenciarse. Me recosté en la parte delantera del mismo, cerca de Joseph. El metal calentó mi piel. Adolph se deslizó fuera del vehículo, visiblemente acalorado.

—Voy por una soda —expresó el hombre al tiempo que se alejaba.

Con una sonrisa esbozada en el rostro, acerqué la botella de agua fría a Joe. Él abandonó momentáneamente sus asuntos en el motor para sonreírme maliciosamente con los ojos entrecerrados.

Tuve que parpadear varias veces para reorganizar mis precipitadas hormonas. Me urgía aplacar el fuego en mi interior y recuperar el aliento que me había robado.

Contemplar de cerca sus húmedos músculos bajo su camiseta, la sensualidad de su rostro, la textura de sus labios jugosos y las gotas que se deslizaban por su piel, me llevaba a imaginar una picante escena en la que Joe estaba entre mis piernas.

Cuando rodeó la botella con su mano, nuestros dedos se encontraron, enviando una corriente de calor a través de mí. Inmediatamente retrocedí.

—Gracias, preciosa —murmuró antes de beber un trago, inclinando la cabeza hacia atrás.

—Deja de jugar —le reproché con los dientes apretados.

—¿Jugar? —preguntó con una expresión inocente—. No estoy jugando.

Entorné los ojos.

—No te hagas el inocente, Blade. —Mi sonrisa se agrandó—. Estás intentando seducirme.

Alzó una ceja, manteniendo la misma mirada traviesa. Advertí que un grupo de chicas que pasaban por allí se detuvieron para observarlo de manera impertinente. Abrí la boca para seguir dialogando, pero luego la cerré.

—Dímelo, ¿está funcionando? —me tentó—. ¿Te sientes encendida, acalorada?

Lo sabía. Lo estaba haciendo a propósito.

—Eres perverso —lo inculpé, moviendo los lentes de sol desde el puente de mi nariz hasta la parte superior de mi cabeza.

—Hey, me la debías —se defendió apresuradamente—. Aquella tarde en el bar de Jacob comiste esa fresa de una forma tan... Y luego lamiste tus dedos de esa manera... No creas que no me di cuenta de que fue todo intencional. Tuve que dejar de mirarte para evitar tener “problemitas” en público. Eso sin mencionar que la noche que salimos juntos maquillaste tus labios como si...

—Calla —lo interrumpí—. Ya entendí.

—Entonces —habló, acortando la distancia entre nuestros rostros—, ¿estás un poco enfebrecida?

Tan pronto como sus labios estuvieron a escasos centímetros de los míos, situé mis manos

encima de su pecho mojado y lo empujé suavemente, entrando en su juego.

Estaba mucho más que “un poco enfebrecida”.

Lo atrapé observando al pórtillo por encima de mi hombro, como asegurándose de que no había nadie cerca.

De pronto, sujetó mi cintura de manera exigente, presionándome contra su torso. Y su lengua recorrió mis labios con intensidad. Me petrifiqué, como si me hubiese besado por primera vez.

Tenía una técnica tan experta al besar que cada sensación era nueva, amena. Le rodeé el cuello con las manos para besarlo con todos los instrumentos. Con mis labios, mi lengua, mi cuerpo entero...

El deseo crecía tan vertiginosamente dentro de mí que creí que perdería el control. En cualquier momento me pondría de rodillas y le rogaría que me desvistiera en medio de la calurosa calle.

El ardor que había suscitado ese hombre en mí era tal, que el sol se sentía como una inofensiva luz en el cielo.

—Ti voglio, bella ragazza —lo oí susurrar contra mis labios.

No tenía idea de lo que había dicho, pero independientemente de su significado, sus palabras provocaron una intensa oleada de ardientes escalofríos en todo mi cuerpo.



CAPÍTULO 15: SEÑORITA ESCURRIDIZA

Separé mis labios de los suyos.

—¿Qué dijiste? —inquirí.

—Es italiano —contestó Joe, lanzándome una mirada coqueta y una sonrisa pícara.

¿Italiano? Me quedé boquiabierta.

—¿Qué significa? —pregunté, aún rodeando su cuello con mis brazos.

—No lo sé —mintió—. Mejor dicho, no te lo diré.

Su aroma me envolvió. Tenía una fragancia masculina, inmaculada y seductora. Parecía diseñada para embriagar los sentidos. Olía a excitación, como si estuviera preparado para beber sangre.

—Significa que te deseo —confirió finalmente, antes de que pudiera insistir.

—¿Cómo aprendiste italiano? —susurré antes de mordisquear sus labios.

Volví a besarlo, entrelazando mis dedos en su cabello enmarañado y húmedo. Mi lengua acarició su piel mientras le suministraba cortos besos por todo su agraciado rostro. Empecé por su mandíbula, recorrí su barbilla y mejillas, y terminé en sus húmedos labios.

—Ya sabes... —contestó, permitiendo que lo besuqueara por todas partes— Hace tiempo yo... salí con una chica italiana —me detuve cuando un perturbador sobresalto me barrió los sesos. *¡Maldición! Espero que no sean celos.* Me dije, sintiéndome inexplicablemente sofocada —. No es que hable fluidamente, sólo me enseñó algunas frases aquella noche.

La sensación de opresión en mi pecho se estaba volviendo cada vez más insoportable. Deseaba que Joe dejara de hablar. Realmente, en ese momento no me interesaba saber cómo demonios había aprendido ese sugerente idioma. No quería imaginarme a la chica italiana seduciendo a mi hombre con su cuerpo de diosa mientras le susurraba al oído "te deseo".

Apreté los dientes, conteniendo una mordida.

—Dame un beso —me exigió él—. En el cuello.

No estaba segura de si debía hacerlo. Temía que no pudiera resistir la tentación de morderlo

cuando su piel estuviera bajo mis labios. Sin embargo, me acerqué al hueco de su garganta y lo besé suavemente. Pude percibir su deseo y el modo en que su pulso latía, indicándome que la sangre fluía por sus venas. Tuve que retroceder para reprimir el impulso de hundir mis dientes en él.

Debo estar hambrienta, pensé. Ya que por alguna razón, mis colmillos seguían instándome a morder de una vez por todas.

Él relamió sus labios antes de aproximarlos a mi cuello. Me devolvió el beso, recorriendo mi garganta con su lengua de manera lenta a la vez que dejaba pequeñas mordidas marcadas en mi piel. El interior de mi vientre se apretó, mandando oleadas de calor a mis piernas.

—¿Sabes? —dijo, apretando mis caderas contra las suyas de manera demandante—. Quiero darte una noche especial, una noche como tú te mereces.

Instantáneamente, las comisuras de mis labios se curvaron hacia arriba. Definitivamente necesitaba que lo hiciera, que me tocara como sabía hacerlo.

Manteniendo la sagacidad en mis ojos y en mi sonrisa, puse mis manos dentro de los bolsillos traseros de sus pantalones para atraerlo más cerca de mí. Él me acorraló contra el automóvil y me besó con vehemencia mientras manoseaba mis pechos. Al sentir que perdía el aliento de un tirón, jadeé impacientemente.

Gimió en mi boca. Al mismo tiempo, escuché los pasos de Adolph aproximándose.

Cómo dos adolescentes pillados con las manos en la masa, nos separamos precipitadamente. Todavía respirábamos con pesadez cuando el vampiro apareció en la entrada de la mansión con una Coca Cola en la mano.

Repentinamente, el calor comenzó a afectarme. Para aplacarlo, sacudí el cuello de mi camisa antes de deslizar mis anteojos de regreso a mis ojos.

—¿Qué estaban haciendo? —preguntó Adolph después de engullir un sorbo de su bebida.

—Hablando —respondió Joe.

Noté que su voz a duras penas salió de sus labios. Su respiración seguía agitada, al igual que la mía.

Adolph me regaló una sonrisa encantadora, a la que respondí antes de retirarme tímidamente hacia el interior de la casa.

Mientras me dirigía hacia la puerta, escuché el motor del auto rugir y a Joe festejar.

—¡Sí, finalmente ha encendido este pedazo de chatarra!

Se limpió las manos ennegrecidas con un pañuelo y chocó palmas con Adolph.

Una vez que estuve dentro, encontré a Alan recostado en el sofá frente al televisor de tamaño monumental.

—¿Qué tal? —me saludó, sonriente—. Te noto un poco sonrojada.

Lo estaba. Y probablemente empeoró en el instante en el que lo evidenció.

—Sí, hace calor, ¿no lo crees?

—Seguro —dijo, ampliando su sonrisa sagaz.

—¿Dónde está Nina? —quise cambiar el tema.

Su sonrisa se desvaneció.

—No lo sé —habló con seriedad.

—¿Está todo bien? —curioseé—. Quiero decir, ¿todo bien con Nina?

Soltó un suspiro. Su rostro y gestos se endurecieron.

—¿Puedo confiarte algo? —Me miró directamente a los ojos.

—Lo que sea.

—Ven, acércate —expresó, haciéndome señas para que me sentara a su lado. Tomé asiento en el sofá con cautela—. Sé que te dije que no suelo hablar de los pensamientos de la gente, pero... amo a Nina y ella... me oculta cosas.

—¿Te oculta cosas? —repetí, extrañada.

—Hay cosas de su pasado que la atormentan y no confía lo suficiente en mí como para hablar de ellas. Ni siquiera me ha dicho que está casada con Adolph —dijo en voz baja.

—¿Que está qué? —susurré, estupefacta—. ¿Dices que Nina y Adolph están casados?

—Sí, se casaron hace mucho tiempo. Aunque legalmente aún no se han divorciado, su relación terminó hace años —me aclaró—. Ella no me lo ha dicho, ni siquiera planea hacerlo, pero yo lo sé todo, principalmente porque a menudo entro en su mente.

Alan me había confesado algo muy personal, había depositado su confianza en mí. Lo que significaba sin duda que quería un consejo de mi parte.

Mi mente se llenó de pensamientos y especulaciones.

—Alan, sabes bien que todos ocultamos cosas —manifesté, asimilando la noticia de que Nina y Adolph estaban... ¿casados?—. Incluso tú le escondes que puedes entrar en su mente a diestra y siniestra.

—No es solo eso, pero... creo que tienes razón —suspiró nuevamente antes de rodearme los hombros con un brazo—. De todas formas, tengo miedo de perderla. Me he vuelto demasiado dependiente de ella y temo que, sin ella, no sea nadie.

—Te entiendo —le aseguré—. Más que nadie sé cómo te sientes, pero no tienes de qué preocuparte. Tú y Nina son el uno para el otro. Confío en que siempre estarán juntos.

—Espero que tengas razón —había una nota de duda en su voz.

Forzando una sonrisa, me despeinó el cabello cariñosamente con sus manos.

De repente, Nina apareció desde el pasillo. Llevaba puesta una mini falda de color negro, pantimedias agujeradas y un top que combinaba con su peluca púrpura. Nos miró a ambos con una sonrisa alegre y se sentó en las piernas de su novio antes de besarlo apasionadamente. Alan le correspondía con ternura.

Sonreí al verlos.

¡Pero qué dúo más adorable!

Al mismo tiempo, Donovan se presentó con el cabello desordenado y el rostro lleno de vendajes y moretones. Arrugué la nariz.

¡Ouch!

Solo verlo era doloroso.

—¿Por qué estás fuera de la cama? —le regañé—. Deberías estar descansando.

Esbozó una sonrisa torcida y encantadora.

—De hecho, ya estoy mucho mejor —aseguró—. Quizás no pueda enfrentarme a ningún Zephyr, por ahora. Pero cuídate, Alan, porque pronto estaré listo para darte una paliza —bromeó.

—Estoy seguro de que lo harás —respondió Alan, casi de forma burlona. No obstante, percibí un dejo de recelo en su tono. O tal vez eran solo ideas mías.

Esa noche, me dirigí al bar junto a la piscina en el patio trasero y preparé un batido de fresa mezclado con un toque de licor de limón que había encontrado en el almacén. Agregué al vaso un par de cubos de hielo antes de recostarme frente a la piscina. El agua estaba iluminada por la tenue luz de la noche y los destellos de la ciudad, mientras que las estrellas decoraban el cielo como una obra de arte valiosa.

—Darius Ross —dije en voz baja tan pronto como su nombre cruzó mi mente.

Después de beber lo que quedaba de mi trago, regresé furtivamente a casa. Me puse mis tacones y colgué un bolso en mi hombro antes de escabullirme fuera en medio de la noche. Con las llaves del Chevy en mi puño, cerré la puerta principal con el menor ruido posible.

Crucé la calle a oscuras y me arrellané en los cómodos asientos de tela del Chevy, con cuidado de no activar la alarma. Puse la llave en el contacto y lo encendí. A esas alturas los chicos debían haber escuchado el rugido del motor. Sin embargo, antes de que pudieran intervenir, presioné el acelerador y... nada sucedió.

¡Maldición! Pedal equivocado.

Estaba claro que mi experiencia al volante era escasa.

Aceleré de golpe y conduje a través de Manhattan, agarrando el volante con nerviosismo, mis músculos tensos. Las avenidas, aunque poco iluminadas, estaban repletas de actividad. Todo parecía normal a medianoche.

Sentí que una voz interior me juzgaba.

¿Qué? Le repliqué.

Su respuesta llegó a mi mente con brusquedad:

¡Qué diablos! Es más de medianoche, estás fuera de casa, eres menor de edad, no tienes los documentos del auto ni una licencia, y además, has bebido antes de conducir. Para colmo, Angelique Moore, estás siendo buscada por la policía por tu desaparición. La presa perfecta para unos cuantos oficiales.

A lo que argumenté:

Soy un vampiro, no debería preocuparme por unos cuantos policías armados, ¿verdad?

Esperé pacientemente a que el semáforo cambiara, a pesar de que no había otros autos cerca y la avenida estaba desierta. La luz roja me iluminaba la cara como una cascada brillante.

En el trayecto, me distraje observando dentro de las pesadas sombras de un callejón a unos cuatro vampiros jóvenes alimentándose de su indefensa presa. Sin pensar demasiado en ello, continué mi rumbo.

Finalmente, llegué a Deadly Hall. En concreto, me dirigía a la mansión de las hermanas Salem.

¡Oh, sí! Un territorio peligroso.

Pero fue allí donde conocí a Darius y esperaba encontrarlo en el mismo lugar. Solo debía cuidarme de uno que otro cazador e intentar salir con vida.

¡Bah! ¡Nada de qué preocuparse!

Ahí estaba ese mismo letrero deteriorado:

"Welcome to Deadly Hall".

Insegura, apiqué frente a la "mansión embrujada". Después de apagar el motor, salí del vehículo en silencio. Los vellos de mis brazos se erizaron.

Estaba, bueno, ¿cómo decirlo? ¡Aterrada!

Hacía un frío mortífero, lo cual me hizo darme cuenta de que debí haber llevado un abrigo. El aire gélido me estaba congelando mientras batía mi cabello. Di temerosas zancadas hacia la verja del castillo.

¡Argh! Un mal día para llevar una falda.

Con precaución, me agarré a la verja de hierro, preparada para treparla. El castillo de las trillizas se perfilaba al final del sendero empedrado, tan oscuro que parecía abandonado, oculto bajo la niebla ominosa. Me aferré a los tubos de acero oxidado hasta llegar a la parte superior de

la reja, donde me detuve, temerosa de saltar al otro lado. Desde esa perspectiva, el suelo parecía más lejano de lo que realmente estaba.

Para mantener el valor, me repetía una y otra vez que era una vampira malvada. Fue así como reuní el coraje para saltar y aterrizar con gracia en la hierba. Me hallaba oficialmente dentro de la trampa para osos. Y yo era el oso, arriesgándome a ser enjaulada por cazadores.

No dudé en atravesar el sendero que me acercaba cada vez más hasta esa mansión espeluznante.

¿Y ahora qué hago? Me pregunté, consciente de que esa había sido una de las ideas más estúpidas que había tenido. Los chicos me matarían si volvía a casa con vida.

Rodeé el castillo, avanzando con cautela. Había gárgolas inmóviles que parecían estar más vivas que yo. Inhalé profundamente y, a través de la densa niebla, vi la terraza saliente de la habitación donde solía dormir. Frente a esta, se extendía un lúgubre cementerio lleno de lápidas, flores marchitas, cruces y tumbas. Por un momento, sentí un escalofrío de pavor. Me aproximé a la verja que rodeaba el lugar y examiné las lápidas desgastadas, identificando nombres en las piedras.

Michelle Peters. Leí el nombre en una de las lápidas antes de depositar mi mirada en la siguiente.

RIP Brenda Simon. Decía en letras borrosas.

Steven Thompson.

Dante Damien. Logré leer el siguiente nombre en la losa contigua.

Jamie Salem.

Y en el centro del siniestro terreno, había una lápida de piedra con una cruz como cabecera, en la que se leía la inscripción: "Descanse en paz nuestro más entusiasta adversario. Sea consagrada su sátira ironía. Darius Ross". Me quedé inmóvil, mi rostro palideció y sentí un escalofrío recorriendo mi espalda.

¡Santo cielo! Darius está muerto, confirmé mis sospechas, congelada.

Un perturbador estremecimiento me recorrió las entrañas.

Todo este tiempo he estado tratando con un... ¿un fantasma? ¿Un muerto? ¿Un espectro? ¿Un zombie?

Entonces, una corriente de aire frío rozó mi piel, como si alguien me estuviera tocando. Y así era, porque Darius Ross apareció de repente frente a mí. Algo me hizo callar antes de que pudiera abrir la boca para lanzar un estrepitoso grito de pánico.

—Siempre he pensado que eres muy inteligente —susurró el muchacho con voz apenas audible—. Pero hoy, a pesar de que diste conmigo, has cometido una gran insensatez. ¿Qué estabas pensando al venir aquí? Si tienes deseos suicidas, al menos avísame para que deje de protegerte, chiquilla impertinente.

Lo miré, sin palabras para responder. Abrí la boca, pero ningún sonido salió. Solo dejé escapar mi aliento antes de pronunciar la mitad de una palabra.

—Dar... —quería decir su nombre, pero era difícil en ese estado.

—Sí, Darius es mi nombre —dijo—. Ya que veo que no podrás hablar, te diré lo que quieres saber. Pero ¿puedes al menos hacerme la tarea más fácil? Cada día me haces más dura la labor de cuidarte —suspiró, haciendo una larga pausa antes de continuar. Me miraba con sus ojos de color añil como el cielo en pleno día—. Yo solía ser un vampiro, como tú. Era de alto rango, muy antiguo, pálido, poderoso, sin alma, un bebedor de sangre profesional y un sanguinario asesino. Tenía una estricta dieta de sangre y, por supuesto, era despiadado y cruel, como todos

ustedes.

Dio pasos a mi alrededor. Luego, siguió con su monólogo:

—Un simple vampiro, que no se cansaba de batallar con un trío de hechiceras y que un día se descuidó y fue asesinado por esas tres hermanas inmortales. Ese solía ser mi otro yo. Ahora llevo siglos siendo el espíritu de un vampiro muerto que busca irse al otro mundo, fuera de este infierno terrenal. ¡Algo loco! —Mi rostro tenía una expresión de asombro que no podía ocultar mientras oía su discurso—. La cosa es así: no fui un buen vampiro cuando estuve con vida, las hechiceras me lanzaron una maldición y ahora estoy condenado a permanecer en este desgraciado mundo. Para librarme de mi maldición y redimirme de mis culpas, se me ha asignado la tarea de protegerte y ser tu guardián. Hasta que no cumpla con ese mandato, no podré cruzar el umbral que separa la tierra del paraíso.

Cuando terminó su explicación con una sonrisa amable, sus ojos azules brillaron intensamente. Seguía tan pálido como siempre, con la piel traslúcida y vistiendo ropajes arcaicos que recordaban siglos pasados.

—Eso es... —balbuceé.

—No me importa lo que opines. Ahora, corre, estás a punto de ser perseguida por el malvado mayordomo —dijo de manera afable.

Abrí los ojos de par en par y Darius desapareció de mi vista, como si se hubiera evaporado en el aire.

Efectivamente, pude escuchar pasos acercándose y percibir el aroma de un vampiro. Casi no tuve tiempo para girarme, pensar o parpadear. Harvey se arrojó sobre mí y me atrapó con su cuerpo, provocando que mi cabeza golpeará el césped. Emití un grito desde el fondo de mi garganta.

Ante mis alaridos de terror, el hombre se cubrió las orejas con las manos, haciendo un mohín de disgusto, como si hubiese saboreado algo muy agrio.

—Shhh —me ordenó, y yo jadeé para recuperar el aliento que había perdido con mi aullido—. Cuidado con mis oídos, son sensibles.

Después de sonreír de manera insolente, cubrió mi boca con su mano. Forcejeé para salir del espacio entre el suelo y su pecho.

—Me alegra que hayas vuelto. —Me mostró sus alargados colmillos con un gruñido.

En serio, ¿qué demonios estaba pensando cuando decidí venir aquí? Me pregunté arrepentida.

—Me pregunto lo mismo —murmuró Harvey—. ¿En qué estabas pensando? Esta vez no tendrás tanta suerte como la anterior.

Recurrí a mi técnica de "en caso de emergencia, muerda aquí" y le mordí la palma. Largó un bramido de dolor antes de soltar mi boca. Agitó su mano ensangrentada.

—¡Zorra! —me insultó.

—Maldito —respondí, dándole un fuerte empujón con el que conseguí apartarlo unos centímetros de mi cuerpo, lo suficiente como para poder rodar hacia mi costado y salir de sus brazos.

Me tambaleé al levantarme del suelo y corrí con todas mis fuerzas a través del terreno, recorriendo la senda que me había llevado hasta allí. Sentía a ese vampiro persiguiéndome. Cuando miré hacia atrás por un breve segundo, lo vi muy cerca. Repetí esta acción varias veces hasta llegar a la enorme verja de hierro con la aldabilla cerrada.

La escalé igual que un gato. Y salté al otro lado, donde el vejestorio que llevaba como

coche estaba aparcado. Busqué las llaves en el bolsillo trasero de mi falda, las sostuve en mi puño y, antes de poder abrir la puerta, Harvey me bloqueó el camino, mirándome con una sonrisa que me hacía saber que ya estaba perdida.

Estoy muerta, pensé con una pizca de humor resignado.

Pero en ese instante, Darius se materializó a mi lado y contempló a Harvey como si éste también pudiera verlo. Levantó una ceja mientras negaba con la cabeza, centrando su atención en el psicópata mayordomo.

—Maldita sea —balbuceó Harvey, perplejo, al tiempo que veía en dirección al fantasma. Su rostro palideció.

Aproveché su aturdimiento para empujarlo hacia un lado y entrar al auto. Un segundo más tarde, cerré la puerta con fuerza. Justo cuando inserté la llave en el contacto, escuché cómo el cristal de la ventanilla lateral se resquebrajaba debido a que Harvey acababa de darle un puñetazo.

Aceleré rápidamente, adentrándome en esa difusa carretera envuelta en neblina. En el espejo retrovisor, vislumbré un último reflejo de Deadly Hall. Darius se hallaba en la entrada del castillo con los brazos cruzados, observando cómo Harvey corría tras de mí. No obstante, el auto era una ventaja. No me llevó mucho tiempo perder de vista a ese vampiro obstinado.

En Manhattan, reduje la velocidad, quería aminorar el ritmo lo más posible. No me apetecía mucho la idea de enfrentar a los chicos, que seguramente me estaban esperando en medio del oscuro salón, sentados en los sillones, caras largas y aspecto atemorizante.

Aparqué el vehículo en la entrada de la casa. Las luces estaban apagadas. Apenas salí del auto, Adolph, Nina y Alan aparecieron en el pórtico, con los brazos cruzados.

¿Dónde estaban Joe y Donovan?

Sin moverme, los miré acercarse.

Sí, parecían molestos.

Les sonreí con nerviosismo.

Adolph se puso de pie delante de mí, Nina estaba erguida a su derecha y Alan a su izquierda. Los tres me examinaban con el ceño fruncido y gestos de desconfianza.

—¿Cómo estás? —departió Adolph, apretando los dientes—. Si te hicieron daño, tendrás problemas con todos nosotros.

—Estoy bien —diserté con inquietud.

—Más te vale —soltó Nina.

Adolph miró por encima de mi hombro con los ojos entrecerrados.

—Angelique —tomó aire profundamente para después dejarlo salir lentamente—, ¿qué diablos le has hecho a mi auto?

Cuando me volví hacia la ventana rota del Chevy Impala, reviví el momento en que Harvey golpeó el vidrio mientras trataba de atraparme.

—Oh, Dios, pudiste haber muerto —interrumpió Alan.

Era evidente que estaba indagando en mis pensamientos. Seguramente había descubierto dónde había estado.

Adolph tocó la ventana agrietada del vehículo.

—¿Dónde demonios estabas, pequeña incorregible?

—Fui a la mansión Salem —admití avergonzada.

No había necesidad de mentir, especialmente si Alan podía leer mi maldita mente.

Nina se quedó boquiabierta, Adolph se puso aún más serio y Alan me miró con recelo, sus

brazos seguían cruzados y sus ojos entrecerrados mientras negaba con la cabeza. La comisura de sus labios había formado una fina línea.

—Dime que estás mintiendo —expresó Adolph.

Mordí mis labios.

—¡Santo cielo! —vociferó escandalosamente Nina—. Eres ruda, ¿eh? ¿Cómo conseguiste regresar con vida?

Darius Ross. Fue la respuesta que vino a mi mente.

—¡No dramaticen! Estoy sana y salva.

—Te lo dejaré pasar esta vez —me advirtió nuestro líder, ahora más interesado en su coche con cinco décadas de antigüedad—. Pero si vuelves a hacer algo así, te encerraré en el ático durante dos siglos. ¿Entendido? —cuando creí que había concluido, prosiguió—: ¡Oh, casi lo olvido! Ahora que sé que no te ha sucedido nada, me gustaría decir lo mismo del auto. Que no se repita o serán tres siglos.

Separé los labios para decir “lo siento”, pero Nina me detuvo.

—Solo una cosa más... ¿qué estabas haciendo en ese lugar? —preguntó curiosa.

—Eso no importa. Lo siento, ¿de acuerdo?

Ella me observó con sospecha.

—Pensé que estabas con Donovan.

Alan y Adolph sacudieron la cabeza, seguros de que no era así.

¿Donovan tampoco estaba en casa?

¡Oh, cierto! Era más de medianoche.

La chica se mostró confundida mientras caminábamos hacia las escaleras del porche.

—¿Cómo estaban tan seguros de que Donovan no estaba con Angelique? —nos adelantó, enfrentando a los chicos para tratar de detener su paso.

—Linda, creo que hay algo que debes saber. Todos lo sabemos, a excepción de ti, por supuesto —comentó Alan. Nina esperó atónita la confesión de su novio—. Nuestro amigo Donovan es un Succubus.

La pobre chica, con su cabello de un matiz naranja, abrió la boca con asombro.

—¿Estás bromeando? ¿Todos ustedes sabían esto? ¿Hasta ella? —Me señaló.

Los cuatro nos detuvimos.

—¿Cómo es que todos lo saben? —refunfuñó Adolph, observando con sorpresa a su amigo.

—¿Cómo es que yo no lo sabía? —siguió protestando Nina.

—Angelique te escuchó hablar con Donovan y le ha preguntado a Joe lo que significaba Succubus —contestó Alan a nuestro líder.

El rostro de Adolph se llenó de recelo.

—¿Y cómo te enteraste de todo esto? ¿Cómo sabes qué así lo supieron Angelique y Joe?

¡Oh, lee mentes! Me tenté a decir, pero me mantuve en silencio.

—¿Creen que son los únicos que tienen oído súper desarrollado?

—Creo que soy la única que no lo tiene —exclamó Nina indignada antes de seguir andando—. Al parecer nunca me entero de nada.

Aguanté una sonrisa mientras pensaba en lo graciosa que solía verse Nina cuando se enojaba.

—¿Dónde está Joe? —pregunté, tratando de parecer desinteresada.

—No lo sé —respondió Nina, fingiendo más enojo del que en realidad tenía—. Hace un rato estaba aquí, parecía un poco irritado.

Asentí levemente y me escabullí por el pasillo hasta mi nuevo dormitorio. Al abrir la puerta, vislumbré a Joe acostado en mi cama con las piernas cruzadas, sosteniendo un libro en sus manos, cuya portada no distinguí entre las sombras. Sin poder ver su rostro debido a que estaba oculto tras el libro, lo saludé.

—¿Hola?

Arrojó el libro al suelo. La rudeza de sus facciones era irrefutable mientras me inspeccionaba de arriba abajo. Apoyó la cabeza en sus manos antes de pestañear un par de veces.

—¡¿Hola?! —repitió, como si yo hubiera dicho algo completamente absurdo—. ¿Por qué demonios te has ido esta noche, señorita escurridiza?

—Oh —dije, y luego más lentamente—: ¡Oh! Solo estuve recorriendo algunas discotecas y paseando por algunos clubes.

Me sonrió ampliamente, dejando a la vista esos afilados colmillos. Era una sonrisa maligna.

—Estoy enojado, estoy furioso contigo. —Se levantó de la cama para aproximarse hacia mí de forma extremadamente seductora y amenazante—. Si crees que bromeando voy a olvidarme de que pusiste tu vida en peligro una vez más, te estás equivocando.

¡Madre mía!

Él llevaba tanta ropa encima... le hacía falta deshacerse de unos cuantos harapos. En cuanto se acercó y su aroma se hizo más envolvente, no pude resistir la tentación de agarrar las solapas de su abrigo y tirar de él hacia mí.

—No te pongas caliente, no me ha sucedido nada —susurré contra su cuello.

—No estoy caliente —dijo con severidad mientras mis manos se deslizaban en el interior de su abrigo, acariciando sus hombros—. Si sigues haciendo eso, me pondré realmente caliente.

Reprimí una sonrisa astuta que quería escaparse de mis labios.

Mi piel se encendió como si estuviera en llamas. En mi interior se avivaron andanadas de fuego cuando sus manos rodearon mi estrecha cintura. Me quedé casi inmóvil.

—Estoy profundamente molesto contigo —continuó con firmeza.

—¿No tienes un poco de calor? —Me sorprendió escuchar lo increíblemente sensual que sonaba mi voz.

Sosteniendo sus fornidos hombros, empujé hacia atrás su abrigo y lo deslicé por sus voluminosos brazos.

—Hey, no es justo que empieces a desvestirme cuando pretendía mostrarme muy, muy enfadado.

—¡Oh, no pienses mal! Creí que tenías calor, solo eso —jugueteeé con los botones de su camisa luego de terminar de quitarle el abrigo.

Se inclinó para besarme, pero me escurrí fuera de sus brazos, alejándome con una crueldad intencionada.

—Eres tan... tan imposible, tan irresistible. En serio, ¿cómo lo haces? —se quejó.

Su mirada me siguió cuando crucé la habitación.

Por el rabillo del ojo, noté cómo se reclinaba contra la pared, cruzando los brazos.

Sentí mi corazón acelerarse en mi pecho y mi temperatura aumentar.

¡Por Dios!

¿Cómo podía estar tan enamorada de ese hombre?

Era tan atractivo, tan seductor, tan perfecto y sublime. La fantasía de cualquier mujer en la Tierra.

—¿Sigues enfadado? —murmuré con inquietud y nerviosismo.

—Eso intento.

Me detuve frente al espejo de pared y examiné mi reflejo con detenimiento. Aparté el cabello de mis hombros, colocándolo detrás de mi espalda. Luego, me quité los pendientes y los guardé en el cajón de la mesita de noche. Empecé a desmaquillarme y me quité los zapatos de tacón.

De manera discreta, noté que Joseph tenía los ojos clavados en mi cuerpo. Intimidada, guardé silencio.

Alboroté mi cabello antes de proceder a desabrochar el collar que rodeaba mi cuello. Estiré los dedos hasta mi nuca para alcanzar el broche de la gargantilla.

—Angelique, quiero... Es decir, me gustaría... —Joe vaciló—. ¿Podrías complacerme en algo?

Me giré para verlo, sorprendida.

Como si no estuviera muriendo de curiosidad por saber lo que quería pedirme, continué lo que estaba haciendo. Busqué una toalla y la puse sobre mi hombro, preparada para entrar al cuarto de baño.

—Eso depende —respondí, pretendiendo poco interés—. ¿Qué es lo que quieres?

Abrí la puerta del cuarto de baño, ignorando a Joe. Me dirigí lentamente hacia el jacuzzi que se encontraba en medio y giré ambos grifos de agua antes de regresar a la habitación.

—Desvístete —lo escuché decir—. Desvístete para mí.



CAPÍTULO 16: STRIPTEASE

Supe en ese mismo instante lo que era arder súbitamente.

Tenía la sensación de que Joe siempre tenía el control. En todo momento, en cada situación, lograba avasallarme. Me pedía que lo besara, lo hacía. Me decía cosas bonitas, me derretía en sus brazos. Me pedía que me desvistiera y yo...

¿Lo haría?

Lo observé con una ceja levantada.

—¿Quieres que yo...? —pregunté, patidifusa—. ¿Quieres que haga un striptease para ti?

Se encogió de hombros mientras me arrojaba una mirada casi inocente, alzando ambas cejas.

Asentí lentamente con la cabeza al tiempo que planeaba mi dulce venganza.

—Lo haré exclusivamente por ti, pero... —respondí con voz suave y un toque de altivez, enfatizando la última palabra—, ¿por qué no le damos un giro más interesante?

Su sonrisa se extendió hasta alcanzar sus traviesos ojos, y se acarició la barbilla en un gesto pensativo.

—De acuerdo, ¿qué tienes en mente?

Mordí mis labios, mi sonrisa destilando malicia.

—Quiero que también te desvistas para mí —propuse. Sin borrar ese gesto bosquejado en sus labios, sacudió la cabeza en señal de negación. En respuesta, saqué mi as bajo la manga—: No voy a hacerte un striptease personal sin recibir nada a cambio.

Lo oí suspirar con resignación.

—Está bien —accedió finalmente—. Comienza tú.

Largué una risita discreta antes de arrojar la toalla sobre la cama. Imaginé en mi mente una sensual melodía antes de comenzar mi acto. Nunca antes había hecho algo parecido. Joe fue el primero en tener el privilegio de ver mi cuerpo íntegramente desnudo. El primero en tocarme con

lujuria, en hacerme el amor... Y ahora el primero en tener derecho a un striptease privado.

Al principio me sentí llena de inseguridad. Vacilé antes de comenzar a moverme. No obstante, después de contemplar a Joe e imaginarme su delicioso cuerpo debajo de la ropa, mi sangre se encendió de tal forma que lo único que deseaba desesperadamente era despojarme de mi indumentaria.

Empecé a bailar al ritmo de una música ilusoria. De manera sensual, recorrí mi cuerpo con mis manos, descansé mis dedos en el escote en "V" de mi camisa y jugueteé con los botones antes de desabrocharlos.

Esperé a que Joe hiciera algún movimiento antes de continuar con mi función.

Mantuvimos una distancia de al menos un metro entre nosotros. Sonreí al ver que comenzaba a arrancarse de forma precipitada el primer botón del cuello de la camisa.

—Hazlo lentamente —lo interrumpí mientras danzaba.

Cuando abrí el primer botón de mi propia camisa, sentí que su mirada de deseo dejaba quemaduras sobre mi piel.

—¿Cómo pretendes que lo haga lentamente cuando bailas de esa forma? —rezongó.

Uno a uno, seguí desabrochando los botones hasta que la prenda estuvo totalmente abierta. Acaricié mi abdomen desnudo que se asomaba a través de la tela mientras bajaba en un paso de baile sensual.

Con las manos temblorosas y casi con desesperación, Joe deslizó su camisa fuera de sus hombros antes de lanzarla al suelo. Para mi desdicha, llevaba debajo otra camiseta sin mangas de color negro. Sin embargo, la visión de sus rígidos brazos hacía que mi cuerpo trepidara y se estremeciera. El simple hecho de contemplarlo y deleitarme con su cuerpo, me hacía gemir. Batallé para controlar mis arrebatados impulsos, me costaba trabajo respirar. Sentía mi corazón golpear mis costillas con violencia.

Deslicé hacia abajo el cierre delantero de mi sujetador al tiempo que trataba de distinguir las expresiones en su rostro ensombrecido por la oscuridad.

Lentamente, muy lentamente, sujetó el borde de su camiseta y empezó a levantarla. Sus abdominales comenzaron a mostrarse poco a poco, luego sus bien definidos pectorales.

Tragué saliva con dificultad. Seguir meneando mi cuerpo se estaba volviendo a cada segundo una tarea más ardua. Sus movimientos me incitaban, me estimulaban, me hacían descontrolarme... Lo tenía frente a mí con el torso desnudo, descalzo y con esos jeans gruesos ajustados a sus masculinas piernas.

Traté de comportarme lo más sensual posible al dejar caer mi blusa a través de mis hombros. En el mismo ritmo, empecé a mover mi pecho, alzándolo hacia afuera, lo que permitía que mi sujetador se abriera ligeramente y dejara a la vista parte de lo que él quería ver.

Con mucha suavidad, mis manos ascendieron desde mi vientre hasta mis pechos. Amasé la tierna carne con mis palmas, por debajo de la tela del sujetador. Sentí cómo mis pezones se endurecieron bajo mis manos.

Como si no pudiera contenerse, Joseph abrió el cierre de su pantalón antes de apresurarse hacia mí. Una vez que acortó la distancia entre los dos, sentí el calor de su cuerpo, el cual se mezclaba con su aroma a dioses. Estaba muriéndome por saborearlo. De la misma forma que mi piel rogaba ser saboreada por él.

Impaciente, puso las manos sobre mi cintura. Ese contacto me suministró una oleada de éxtasis, electrificando todo mi cuerpo.

—Lo siento, pero no voy a dejarte terminar —murmuró, aproximando peligrosamente sus

labios a los míos al tiempo que introducía sus manos en mi sujetador.

Sus dedos pellizcaron con suavidad mis pezones, provocando que mi cuello se arqueara. No pude evitar gemir con fuerza. Con caricias lentas y apasionadas, terminó de arrancarme el brasier.

Me aventuré a besar obscenamente la superficie de su pecho descubierto. Entretanto, los dos comenzamos a bajar mi falda. Su boca se acercaba impulsivamente a la mía, pero luego retrocedía, como si quisiera contenerse de besarme. Estaba dudando, igual que un adolescente antes de dar su primer beso. Sus labios fluctuaban, su respiración acariciaba mi rostro y su aliento de menta se mezclaba con el mío. Dentro de su pecho podía percibir los latidos agitados de su corazón.

Avanzó con pasos amenazadores, haciéndome retroceder y conduciéndome hacia el interior del cuarto de baño. Cuando su vientre rozó el mío, sus manos se posaron sobre mi rostro.

Nuestras últimas prendas cayeron en los azulejos del baño. Me ofreció su mano para ayudarme a entrar al jacuzzi. Una vez dentro, nos abrazamos, de pie en medio del agua tibia que llegaba a la altura de mis rodillas. Besó mi cuello despacio, humedeciendo mi piel con su lengua.

No podía dejar de pensar en la sensación de su pecho contra los míos y de su erección rozando mis muslos.

Me obligué a separarme de su cuerpo para tomar una esponja de baño y sumergirla en el agua. Gentilmente, froté la esponja contra su rostro. Contemplé cómo las gotas rodaban por sus pómulos igual que pequeñas lágrimas. Su dedo pulgar acarició mis mejillas, luego mi labio inferior.

Poco a poco, nos fuimos recostando, sumergiéndonos dentro del agua efervescente. Me acosté con la espalda contra su pecho y giré el rostro para saborear sus labios, introduciendo mi lengua en su boca. Los dos gemimos a la vez. Aquel sonido hizo vibrar todos mis sentidos.

Cada vez que sentía su miembro rozar mis nalgas a través del agua, algo se apretaba en mi interior, dejándome completamente adolorida, necesitada.

De pronto, sus manos se apretaron a mis muslos, separándolos ligeramente. Y cuando sus dedos se posaron sobre mi clitoris, un temblor me recorrió el cuerpo, casi haciéndome gritar. Me aferré a los bordes del jacuzzi, respirando con dificultad contra su boca.

—¿Estás bien? —me dijo, examinando mis expresiones.

Asentí antes de volver a besarlo.

—No te detengas —le rogué en medio de un beso y otro.

Lo escuché dar un gruñido de triunfo, vanagloreándose del efecto que producía en mí.

Con una mano siguió provocándome mientras que la otra me rodeó la garganta, apretando ligeramente. Mi mente comenzó a nublarse por el placer y mis gruñidos de goce empezaron a volverse gritos, jadeos.

Se detuvo, torturándome.

—No tan rápido, preciosa. —Mordió mi oreja con delicadeza.

Casi chillé de anhelo al sentir que sus dedos se alejaban. Mi pecho se movía acelerado.

En ese momento tenía ganas de rogarle, suplicarle que me diera más. Sin embargo, se me ocurrió algo mejor.

Con el cuerpo enfebrecido, me giré para subirme a horcajadas sobre sus caderas. Joseph se aferró a las mías con mucha fuerza, sus dedos me apretaron hasta dejarme marcas rojas.

Había entendido que ahora era yo quien tomaría el control.

Lo besé, agasajándolo con mi lengua, y comencé a moverme contra su masculinidad. Su

beso se volvió más hambriento, sus dientes atrapaban mis labios con fuerza.

—¿Qué me estás haciendo? —resonó su voz ronca—. No entiendo qué es lo que haces para volverme tan loco. En serio, Angelique, me estás enloqueciendo.

Seguidamente, se apartó de mi boca para bajar a mis pechos. Los succionó al tiempo que su lengua jugaba con mis pezones rígidos. Después dejó pequeñas mordidas marcadas en ellos mientras mis dedos se entrelazaban en su cabello, halándolo levemente.

Retrocedí un poco para sujetar su ardiente erección en mi mano, guiándolo hacia mi interior. Cuando bajé lentamente encima de él, los dos gritamos.

Comencé a mover mis caderas mientras disfrutaba de sus manos inquisitivas, que ahora apretaban mis nalgas. Cada embate saciaba mis ansias, al mismo tiempo que me dejaba necesitada por más.

Incapaz de contenerme, empecé a gemir más alto, más seguido.

—Angelique, por el amor de Dios... —gruñó Joe.

—¿Qué? —mi voz sonó más como un jadeo.

—Tus gemidos me están haciendo muy difícil contenerme. Me estás matando, mujer.

—Entonces no te contengas —me meneé más rápido contra él.

Cerró los ojos, lanzando la cabeza hacia atrás, como si estuviera tratando de concentrarse para no correrse.

—Joe —susurré con voz temblorosa y hundiendo mis uñas en su espalda. Un grave bramido salió de su garganta—. ¿Estás bien? ¿Te sucede algo?

Abrió los ojos y me miró fijamente.

—Te amo —murmuró despacio—. No te alejes nunca de mí.

Mi corazón dio un vuelco y sentí cómo mis ojos se llenaban de lágrimas que luché por reprimir. Sus palabras penetraron en lo más hondo de mi corazón. Joe había quebrado la armadura de metal que lo endurecía, había derribado un muro más entre nosotros. Por primera vez, sentí que realmente me amaba con todo su ser, al igual que yo lo hacía.

—Cariño —susurré, mi mente nublada y mi cordura desvaneciéndose—. Te amo, te amo tanto.

En ese momento mi cuerpo se rindió a cientos de andanadas de placer que hicieron que mi vientre se apretara alrededor de Joe y que mis piernas trepidaran. Aquello fue suficiente para que él también sucumbiera a su propio orgasmo dentro de mí, mientras gruñía en mi oído palabras inentendibles.

Me dejé caer sobre su pecho, apoyando mi cabeza en su hombro. Mi cuerpo se sentía tan débil que prácticamente no podía moverme. Sus brazos me envolvieron inmediatamente, sosteniéndome con cariño. Me sentí increíblemente unida a él, tal como si fuéramos un solo ser. Lo amaba con cada parte de mi alma. Me pertenecía.

Cuando depositó un dulce beso en mi cuello, sus colmillos me rasguñaron.

Solo en ese instante recordé que estaba acostándome con un vampiro. Y que yo también era uno.

Por increíble que pareciera, hasta ese momento no había tenido el deseo de morderlo. Habíamos hecho el amor sin compartir sangre. Eso era algo... nuevo.

Sus dedos recorrieron mi espalda húmeda al tiempo que las gotas de agua se deslizaban a través de mi columna, causándome escalofríos.

Una vez que nuestros cuerpos se recuperaron por completo del éxtasis arrebatador, agarré una barra de jabón, con la cual froté su torso desnudo. Él volvió a besarme, saboreando el

interior de mi boca.

Después de que salimos del jacuzzi goteando, me encargué de secar con la toalla su perfecto cuerpo. A pesar de que él lucía satisfecho, no dejaba de besarme, tentándome con esa lengua que era capaz de desquiciarme y de hacerme adicta a su maldito sabor afrodisíaco.

Joseph me embelesaba con su absoluta belleza. Era simplemente perfecto en todos los sentidos. Estaba completamente dotado de un cuerpo y rostro de dios y de un carácter de seductor graduado profesionalmente. Conseguía hacerme desearlo con voracidad. Me obligaba a perder el pudor y el discernimiento.

Envuelta en la toalla, regresé al dormitorio. Empecé a buscar algo de ropa para ponerme cuando sentí que Joe rodeaba mis caderas desde atrás y besaba mi cuello.

¡Cielo Santo! Aquí vamos otra vez, pensé, notando que mi cuerpo palpitaba y ardía con avidez.

—¿Piensas vestirme tan pronto? —protestó—. Aún tengo hambre. Y sed.

Al sentir sus labios rozando mi garganta, me doblegué a su voluntad. Quería gritar, rogarle que quitara las cadenas de la tentación y pedirle que detuviera ese hipnotizador encanto con el que nuevamente me estaba envolviendo.

Porque, de alguna manera, me sentía impotente, incapaz de romper el hechizo que había usado para poseerme. Como si estuviera bajo su control, para mi fortuna.

Tan pronto como mi respiración comenzó a alterarse, apreté los puños fuertemente. Y en el momento en el que sus caninos perforaron mi cuello, grité de excitación. A pesar de que no me había esperado esa mordida, las sensaciones que me causó avivaron de nuevo mi fuego.

—¡Ah, Joe!

Dejó de beber para hablar.

—¿Qué pasa? —había preocupación en su voz—. ¿Te he mordido muy fuerte?

—No —me apresuré a decir—. Es solo que... yo...

Me estremecí al sentir la sangre bajando hacia mi clavícula. Él lamió mi herida. Me giré para enfrentarlo y hundí mis colmillos en su piel. Lo escuché sisear complacido antes de desenvolver la toalla de mi cuerpo para luego arrojarme a la cama con dosel.

Y comenzamos de nuevo hasta caer rendidos en una infructífera lucha contra el sueño.

Por primera vez habíamos pasado una noche completa juntos. Había dormido en su pecho, con sus brazos rodeándome cariñosamente, lo cual me hacía completamente feliz.

Esa noche, tuve un sueño:

"Joe estaba entre las penumbras, sus labios manchados con sangre y sus dientes resplandeciendo con gotas carmesí. De pronto, me miró con una sonrisa maliciosa, casi diabólica, y relamió sus labios para saborear el líquido sobre ellos. En su mano apretaba una manzana de un rojo intenso y fulgente. Sus ojos parecían poseer un brillo misterioso mientras acercaba la fruta a sus labios para morderla con pasión."

El extraño sueño fue interrumpido por la respiración agitada de Joe. Desperté con su aroma impregnado en mi piel y mi cabello esparcido sobre su pecho rígido. Sentí la tensión de sus músculos bajo mis dedos. Tenía la mandíbula apretada y los ojos cerrados con fuerza.

Aún dormido, cerraba los puños con tal vigor que sus nudillos se volvieron blancos y las uñas se clavaron en sus palmas, haciéndolas sangrar. Estaba jadeando, sudando y cabeceando al tiempo que su pecho se movía con agitación.

Con preocupación, coloqué las manos en sus brazos. Joe finalmente abrió los puños, revelando sus manos heridas.

—Joe —balbuceé con temor—. ¿Qué te ocurre?

Se quedó inmóvil, tumbado en la cama, y abrió los ojos.

—Tuve... —musitó, jadeante—, tuve un mal sueño.

—Pero, Joe, mira tus manos.

Se incorporó bruscamente, dejando caer las sábanas al suelo. Y se vistió de manera apresurada.

—¿A dónde vas? —inquirí—. ¿Estás bien?

—Sí, yo... estaré en mi habitación.

Casi cerca de la medianoche, Joe se encontraba engalanándose frente al espejo de la sala. Entretanto, yo estaba reclinada en el sofá, observando cómo me lanzaba guiños en el reflejo y me coqueteaba sin que nadie lo notara. Adoraba que compartiéramos esos gestos de complicidad en secreto. Lo vi ajustarse la chaqueta de cuero y peinar su cabello con los dedos.

Por otro lado, Donovan ocupaba el sillón frente a mí, mientras que Nina elegía el color de su peluca y Alan y Adolph aguardaban afuera en el Chevy.

Le devolví una sonrisa a Joseph al tiempo que resolvía en mi mente el dilema sobre qué labial usar.

Rojo, pensé, a Joe le gusta el rojo.

La mirada penetrante de Donovan estaba fija en mí, lo que me hacía sentir un poco intimidada.

De forma intencional, Joseph y yo decidimos esperar para ser los últimos en salir de la casa. Mientras el resto de los chicos aguardaban en el vehículo, Joe seguía fingiendo arreglarse, y yo aplicaba mi labial rojo.

—Adoro cuando te pones ese color —me dijo de forma masculina.

Sonreí y me aproximé lentamente a él, percibiendo su aroma a colonia de hombre, cuero y champú. Era delicioso. Sujetó mi barbilla entre su dedo índice y pulgar, acercando mis labios a los suyos para besarme, pero en un movimiento rápido, giré el rostro, esquivándolo.

—Un día voy a atarte y besaré cada parte de ti a la fuerza —habló con los dientes apretados y una media sonrisa en la comisura de sus labios.

Lo que acababa de proponer sonaba incluso tentador.

Rechazaba sus besos para torturarlo un poco, aunque mi único anhelo era degustar sus labios.

—Y yo haré el horrible sacrificio de comportarme y recibir tus besos —contesté de forma burlona.

Aprovechando que estábamos solos, deposité un breve beso en sus labios antes de salir por la puerta principal y entrar al auto con los demás. En público, los dos evitábamos las demostraciones de afecto. No es que los chicos no supieran que estábamos juntos, pues seguramente lo habían adivinado, sin embargo, cuando estábamos acompañados, Joe actuaba como si nada hubiera pasado entre nosotros. En general, yo también me sentía más cómoda manteniendo nuestros momentos románticos en privado.

Las calles estaban iluminadas y llenas de actividad. Seis jóvenes malévolos salieron de un Impala negro estacionado frente a una encantadora casa de dos pisos al norte de Manhattan. Es decir, nosotros, los seis vampiros perversos, llegamos a una mansión cuyo jardín estaba atestado de jóvenes universitarios animados. La música se escuchaba a dos cuadras de distancia. Las luces destellaban desde las ventanas, arrojando una paleta de colores en el aire.

Esto es absolutamente genial, me dije.

Nunca antes había asistido a una fiesta universitaria, porque ni siquiera había terminado la secundaria. No obstante, había hecho cosas peores, como ingresar en clubes nocturnos y discotecas salvajes con mi pandilla de chupasangres.

Los ingenuos humanos nos miraban mientras cruzábamos el jardín hacia la entrada.

—Hola, hermosa, te veré adentro —me habló un chico algo mayor que yo, sosteniendo una botella de cerveza.

Era fornido, moreno y llevaba una chaqueta de su equipo de fútbol.

Pobre tonto, si supiera que esta noche será mi cena. Sonreí en silencio.

Me tomó por sorpresa ver que Joe avanzaba más rápido, situándose protectoramente delante de mí. Sus amenazantes ojos grises hicieron que el muchacho moreno se alejara rápidamente.

—Hey —me quejé—. Deja de ahuyentar a mis conquistas.

—Estúpido mortal —resopló Joe—. No se da cuenta de que no mirarás a nadie más teniendo a un hombre tan encantador a tu lado.

Estallé en una carcajada estridente.

—¿Qué te hace pensar eso? —cuestioné entre risas.

Él trató de mantener una expresión estoica, aunque sus labios se curvaron ligeramente, reprimiendo una sonrisa.

—Solo mírame. ¿Acaso no soy un galán? —su tono era completamente serio—. Por ejemplo, esa chica allá me está observando con una sonrisa insinuante. Te apuesto lo que quieras a que quiere ligar conmigo.

Instantáneamente, odié a la chica de cabello naranja que le lanzaba esa mirada a Joseph.

Riendo con amarga ironía, respondí:

—Oh, seguro que sí. Ahora lleva tu trasero y tu ego lejos de ella.

Joe acarició mi barbilla con sus nudillos.

—Dios, todos estos idiotas te están viendo —gruñó—. Eres malditamente hermosa. Odio que todos tengan que girar la vista cuando apareces.

—¿En serio hacen eso?

—No actúes como si no lo supieras.

En la entrada, dos hombres imponentes, vestidos de negro y con los brazos cruzados, bloqueaban el acceso. Uno de ellos era un vampiro, alto y fornido, con piel bronceada y cabello largo. El otro era humano, de piel oscura, musculoso y cabeza rapada. El vampiro nos sonrió y se apartó del umbral.

—Las bebidas están por allá —dijo, señalando hacia el interior de la casa.

Me pregunté si se refería a algo más que alcohol.

Abrumada por la música ensordecedora, fruncí el ceño mientras estudiaba el lugar. Había jóvenes ebrios, una fiesta de besos en el sofá, personas bailando de manera desinhibida, mujeres empapando sus camisetas en alcohol, geeks intentando coquetear y chicas de secundaria asustadas en los rincones. En ese momento, tuve la urgencia de reír despiadadamente.

Soy una sanguinaria vampira que disfruta bebiendo sangre de inocentes humanos.

Y, ¡demonios! Cada vez me gustaba más formar parte de esa banda de asesinos seductores.

Cualquier padre lloraría si su hija de diecisiete años se convirtiera en lo que yo era.

Mis pensamientos se interrumpieron bruscamente cuando vi pasar a esa mujerzuela de quinta vestida de rojo, Deborah Russell.

Por suerte, Joe pareció no notar su presencia.

—Estaré bailando por allá —anunció Nina, asegurándose de que la escucháramos por encima del ruido.

Se alejó agitando su cabello postizo y, en el mismo segundo, Adolph ya tenía en sus brazos a una joven atlética y atractiva.

—¿Bailas? —escuché cerca de mí una voz masculina y juvenil.

Al girarme hacia la voz me encontré con un chico atractivo de sonrisa cautivadora

Perfecto, mi próxima víctima.

Él me tomó del brazo y me alejó de Joseph para conducirme a la pista de baile, que en esta ocasión ocupaba la sala principal de la casa de un chico cuyos padres seguramente estaban de viaje. Pasé mis brazos alrededor de su cuello mientras nos movíamos al ritmo de la música, sus manos descansaban en mi cintura. Olía a alcohol y a sangre fresca.

Tan pronto como la canción terminó, fingí estar acalorada.

—¿Sabes? —murmuré en su oído—. Tengo un poco de sed. ¿Por qué no vamos por unas bebidas?

—De acuerdo —vociferó—. Luego podemos ir arriba, a mi habitación.

Exactamente...

En su habitación sería mucho más cómodo saciar mi sed de sangre.

—¡Oh! ¿Así que eres el responsable de esta catastrófica fiesta? —bromeé antes de seguirlo hacia la mesa de bebidas.

Su dormitorio estaba tan desordenado como el de cualquier joven universitario desenfadado. Me empujó, esperando que cayera como una pluma encima de su cama. Sin embargo, no era lo suficientemente fuerte como para realmente mover a un vampiro. Me reí y me arrojé sobre el colchón, fingiendo que había sido todo su mérito.

Cuando se abalanzó sobre mí y empezó a besar mi cuello, me giré para sentarme a horcajadas sobre su cuerpo. Lo sujeté con fuerza contra la cama. El pobre se veía sorprendido.

—Dime —le sonreí, mostrándole enteramente mis dos colmillos superiores—, ¿te gustan los vampiros?

Pasé mi lengua por la superficie de mis dientes expuestos antes de atacar directo a su cuello. Escuché sus gritos de terror y dolor mientras sentía su sangre caliente en mi lengua, descendiendo hacia mi garganta. Hacía tiempo que ansiaba sangre humana y la suya era particularmente deliciosa.

Se resistió como si tuviera alguna esperanza de escapar. A pesar de ser bastante fuerte para un humano, no consiguió escapar de mí. Poco a poco, lo sentí debilitarse hasta que no tuvo fuerzas para seguir gritando. Estaba prácticamente seco cuando su corazón se detuvo por completo.

Ese joven simplemente había sido un aperitivo, un tentempié de medianoche, porque mi sed parecía haberse incrementado después de aquel encuentro.

Tambaleándome sobre mis pies, abandoné el cuarto. El pasillo estaba repleto de universitarios.

—Hola —me saludó una chica.

—Cazadora —gruñí entre dientes.

La muchacha estaba llena de amuletos y sus armas podían apreciarse bajo su suéter.

—¡Qué ingeniosa eres! —dijo burlonamente—. Estaré bailando, niñita, pero más tarde te atravesaré el corazón con una estaca.

—Ella no está sola —le respondió una agradecida voz a mis espaldas. Era Donovan—. Hay

varios como nosotros en este lugar, será mejor que vayas a cazar a otro sitio.

La cazadora retrocedió lentamente. Logré incluso olfatear su miedo. Estaba asustada de Donovan. Él le enseñó los colmillos con un gruñido y en cuanto la chica desapareció de nuestra vista, me sonrió de manera agradable.

—Te estaba buscando, Angelique —comentó—. Tenemos que irnos, pronto vendrá la policía a detener esta fiesta. Será mejor marcharnos.

Asentí antes de seguirlo entre la multitud hacia la salida.

En el automóvil, el resto de los chicos nos esperaban, excepto Joe.

—¿Joe no viene?

—Dijo que nos alcanzaría más tarde —me contestó Nina—. No lo extrañes, volverá pronto. Me sonrojé.

—¡JA! No lo extraño. —Solté un resoplido mientras el vehículo empezaba a avanzar.

—¡Sí, cómo no! —contraatacó ella con astucia—. ¡Vamos! Reconoce que Joseph es un bombón y que te parece súper sexy.

—¿De qué estás hablando? —mi voz temblaba y mi rostro estaba más ruborizado de lo que hubiera querido admitir.

Nina, ¡no en frente de los chicos!

Donovan lucía claramente incómodo, Alan y Adolph se rieron discretamente y Nina mantenía una sonrisa llena de picardía.

—Me parece que te has sonrojado —se burló—. Oh, no, eso también debe de ser mi imaginación.

Le dediqué una mirada asesina.

Una vez en casa, encendí el televisor y vi programas hasta quedarme dormida sobre el sofá.

Los labios de Joe se posaron en los míos; lo supe por su textura, suavidad, sabor y la manera en la que se movían. Lo primero que vi al despertar fueron sus ojos grises, como dos lunas en medio del cielo.

En ese momento me percaté de que aún llevaba la misma ropa y zapatos de la noche anterior.

Había amanecido y la luz hería mis pupilas. Sujeté a Joseph desde las solapas de su chaqueta de cuero para atraerlo hacia mí. Todo mi cuerpo palpitó, estremeciéndose. Su nariz estaba enterrada en mi cuello y cuando me olfateó, mi corazón latió desenfrenado. Me apreté contra su pecho y finalmente tomé una bocanada de aire.

Entonces me quedé tan inmóvil como una figura de cerámica. Joe, su aroma... tenía el olor de esa mujer en su ropa.

Deborah.

Arrugué la frente, sintiéndome terriblemente mal; era como si mi pecho se estuviera cerrando.

—Joe —lo confronté—, estuviste con ella.

—¿Cómo? —preguntó. Hizo una pausa antes de continuar—. ¿Te refieres a Deborah, verdad?

Me levanté del sofá, empujándolo a un lado.

—Estabas con ella, por eso te quedaste en la fiesta —le reproché—. ¡Ah, lo sabía! Eres un desgraciado, Blade.

Esbozó una sonrisa. Era tan descarado como para sonreír de esa manera.

—¿Celosa?

Le dediqué una mirada rencorosa antes de comenzar a alejarme. Él sujetó mi cintura, impidiendo que me marchara.

Absorta por la sensación de su cuerpo rozando el mío, me quedé callada durante varios segundos.

—No estoy jugando, Joseph. —Entorné los ojos al verlo.

Quería odiarlo, maldecirlo, golpearlo, gritarle... Pero ¿quién era yo para reprocharle que hubiera estado con esa diabla? No iba a armarle una escena de celos, ¿o sí?

—Yo tampoco estoy jugando —objetó—. ¡Dios! Te ves hermosa cuando te enfadas.

Cuando me atrajo hacia sí con más fuerza para intentar besar mis labios, tuve que hacer un gran esfuerzo por mantener la compostura. Debía ser firme.

—Joseph Blade, suéltame ahora mismo.

—Hermosa, ya deberías saber que no sigo órdenes de nadie —dijo con esa sonrisa suya—. Pero me gusta que me llames por mi nombre completo.

—Suéltame, Joe —repetí furiosa.

Estaba iracunda, ardía en cólera. Me enojaba que siempre estuviera detrás de esa mujer fatal, sin importar cuántas veces me dijera que me amaba. Me enfurecía su actitud seductora justo cuando estaba a punto de desmoronarme. Me irritaba no poder resistir su atractivo y que su piel en contacto con la mía alterara mi respiración. En mi mente, lo estaba insultando.

Al sentir que mis ojos empezaban a llenarse de lágrimas, aparté el rostro a un lado y respiré profundamente para evitar llorar.

—Hey, linda —me insistió, poniendo sus manos sobre mis mejillas para obligarme a mirar sus ojos—. Te juro que no estuve con Deborah. Bueno, estuve con ella, pero no como tú crees.

—No quiero saber más, déjame ir —le pedí, hablando con mis dientes apretados tan fuerte que mi mandíbula dolía.

—Escúchame, Angelique. La saludé y nos tomamos un trago, no pasó nada.

—Está bien, no tienes que darme explicaciones, puedes hacer lo que quieras con esa asquerosa mujer. Ahora déjame en paz.

Forcejeé para salir de sus brazos, pero me apretó con más fuerza y suspiró con frustración.

—Cálmate, por favor —juntó su frente con la mía—. No sabía que te molestaría tanto, yo... Solté un resoplido burlón.

—No me molesta, no estoy molesta —mentí.

—Sabes que no es verdad. ¿Qué debo hacer para que olvides esto?

—Nada, estoy tranquila, solo necesito que me sueltes.

Tiré de mi brazo con más fuerza y me liberé de sus poderosas manos. Tan pronto como le di la espalda para retirarme, volvió a atraparme desde el codo, haciéndome girar bruscamente hacia él.

—Estás furiosa.

—Claro que no.

—Claro que sí.

No tuve tiempo para pensar, sus labios capturaron los míos sin previo aviso.

¡Maldita sea! ¿Dónde quedó mi fuerza de voluntad?

Cada vez que me besaba, me venía abajo. Su diabólica mirada conseguía derribar todas mis barreras.

Con sus labios separó los míos e introdujo su lengua en mi boca. Me costaba respirar, mi

corazón parecía detenerse por momentos. Involuntariamente, mis labios comenzaron a moverse, correspondiendo a su beso.

Detuve las caricias de su lengua al encontrarme sin aliento.

—Basta —jadeé.

Cuando acarició mi rostro con sus nudillos, no pude evitar regocijarme de placer. Era una gran injusticia.

—¿Sabes que te amo? ¿Te lo he dicho alguna vez? —musitó cerca de mi boca—. Porque parece que no te ha quedado muy claro.

Fingí disgusto, aunque no se me daba nada bien. No obstante, cada vez que olía su esencia y percibía el aroma de esa mujer, un arrebato de celos me hacía retorcerme y enrojecer de ira.

—Deberías darte una ducha, hueles como ella —refunfuñé.

—¿No quieres darte un baño conmigo?

—Olvidalo.

Guardó silencio por un momento.

—Iré a ducharme y luego hablaremos.

Me robó otro beso corto antes de soltarme e irse dando trancos firmes.

Crucé los brazos sobre el pecho y, cuando desapareció en el pasillo, solté un suspiro ansioso, pasando las manos por mi cabello. Tenía ganas de golpear algo, cualquier cosa. Sentía un nudo en la garganta que me impedía respirar, así que traté de tomar aliento lentamente y sosegar la rabia que me invadía.

Salí al patio trasero y me tumbé en las sillas de plástico junto a la piscina. Cerré los ojos mientras el sol abrasaba mi piel hasta herirme. Me ardía, me quemaba desde adentro.

Después de algunos minutos, comencé a marearme. El suelo daba vueltas, me estaba volviendo loca y delirante debido al calor.

¡Odio a Joe, odio a Deborah! Repetía en mi cabeza, conteniendo las ganas de llorar.

De repente, noté un aroma familiar y, al abrir los ojos, vi a Donovan frente a mí.

El Succubus apartó el cabello de mi rostro con las puntas de sus dedos.

—¡Dios! ¿Quieres derretirte o calcinarte viva? —Se inclinó sobre mí.

Extendió su mano para ayudarme a ponerme de pie. Luego me condujo hacia la sombra, agarrándome desde la cintura. Arrastró cerca de mí una silla alta del bar y me invitó a sentarme.

—¿Quieres un trago? —me ofreció, cogiendo un par de vasos. Asentí tímidamente—. ¿Por qué te has quedado bajo el sol? ¿Estás loca?

Él preparó un batido con hielo y me lo tendió de inmediato. Sostuve la copa que contenía una sustancia rosa fuerte y probé la primera bocanada. El líquido con sabor a cereza logró refrescar ligeramente mi temperatura.

Donovan se sentó a mi lado antes de beber de su propio vaso.

—Déjame adivinar, Joe te ha lastimado.



CAPÍTULO 17: DULCE VENGANZA

El nudo en mi garganta se volvió más apretado, me asfixiaba.

—No, nada de lo que haga el imbécil de Joe puede lastimarme —refuté.

—No te creo —rebatí Donovan—. Estás herida, y apuesto a que esto tiene que ver con Deborah y Joe. Vi a esa mujer en la fiesta. Él se quedó allí por ella.

Mascullé una maldición y tomé otro sorbo del líquido rosa.

—Ellos no estuvieron juntos —afirmé con seguridad.

—¡Cómo eres de ingenua! —Donovan atrapó mi mano con la suya—. ¿Eso fue lo que te dijo? Te juró que no estuvo con ella, que te amaba y todo el protocolo. No seas tonta, Angelique.

Cada una de sus palabras era como el filo de una navaja. Me hacía daño. Porque en el fondo quería confiar en Joe, pero Donovan tiraba mis esperanzas a la basura. Mis ganas de llorar se multiplicaron.

—Donovan, por favor, no quiero hablar de Joseph.

—Ni yo —estuvo de acuerdo—. Quiero hablar de ti. Él te hará daño.

Guardé silencio, meditando sobre lo que acababa de decir.

—Por favor, cállate, no quiero oír más —le supliqué antes de beber de un sorbo lo último que quedaba de mi néctar de cereza.

—Tengo razón, por eso te duele. —Llenó mi vaso con más líquido—. Solo quiero saber una cosa, ¿de verdad amas a ese patán mentiroso?

Separé los labios para contestarle, pero me retracté en el mismo segundo, temiendo que mi voz sonara quebradiza y endeble. En cambio, asentí con la cabeza mientras vaciaba mi segundo vaso de esa bebida dulce.

—Siempre supe que ese imbécil te lastimaría —aseveró, sirviéndome otro trago con hielo—. Quizás no te haga llorar ahora, pero a largo plazo te causará mucho daño. Joe no es un hombre de una sola mujer, Angelique. Es un mujeriego irresponsable, nunca te hará realmente feliz. Lo único que quiere de ti es sexo. No te ama, a diferencia de mí.

Por un momento me sentí mareada. Mi sangre parecía calentarse al tiempo que me tambaleaba ligeramente sobre la silla. Un súbito dolor de cabeza me invadió mientras ese líquido frío y dulce descendía por mi garganta.

—Eres tan ciega, ¿qué será lo que habrás visto en ese tipo?

Me pareció que Donovan estaba llegando demasiado lejos con sus palabras.

—¿Por qué me hablas de ese modo? —lo increpé.

Me dirigió una mirada acusatoria antes de responder.

—Lo siento, pero quiero abrirte los ojos, quiero protegerte —exclamó, vertiendo más del líquido rosado en mi vaso, a pesar de que aún no lo había terminado.

Con cierta sensación de vértigo, me recosté contra su pecho. Una oleada de náuseas amenazaba con atrapar mi garganta.

—Donovan, esto... —balbuceé, contemplando el trago que tenía delante—. ¿Qué es lo que me diste?

Sonrió perversamente.

—Prometí que te emborracharía para que fueras mía. Y fue más fácil de lo que pensé.

De improviso, sujetó mi rostro con brusquedad, de forma casi violenta. Demasiado débil para apartarme, cerré los párpados. Y él depositó un tórrido beso en mis labios. Permanecí inmóvil, sintiendo que su lengua forzaba mis labios a abrirse. Al darse cuenta de que no respondía a su beso, movió sus labios hacia el costado de mi cuello.

Exaltada, abrí los ojos y me separé de su cuerpo.

Me puse de pie. Aún no estaba lo suficientemente ebria como para pensar de manera incoherente. Mientras me daba la vuelta para marcharme, me congelé, dejando caer el vaso de vidrio, el cual resbaló de mi mano y produjo un estridente ruido al impactar contra el suelo empedrado.

Joe estaba descansando contra una pared, observándome con los brazos cruzados.

Tragué saliva.

¡Mierda! ¿Qué ha visto?

El vampiro me sonrió cariñosamente antes de comenzar a caminar hacia el interior de la casa. Lo seguí cautelosamente.

—¿Joe?

Se detuvo para mirarme a los ojos con una expresión de pesar. Su cabello estaba húmedo y tenía aroma a jabón.

—Sé que te prometí que hablaríamos, pero estoy cansado. ¿Podemos postergarlo? —comentó con un dejo de tristeza en la voz y una sonrisa que no alcanzaba a sus ojos—. Estaré en mi habitación.

Confundida, acepté un dulce beso suyo. Casi temblando, apoyé mi peso en Joe, deseando besarlo plenamente, con arrebato, pero se apartó y se alejó por el pasillo.

Desde la tarde anterior, después de que Donovan hubiera intentado emborracharme, no había vuelto a ver a Joe. Al parecer, había abandonado la mansión sin decirle a nadie.

—¿Saldremos esta noche? —cuestioné, sentada en el sofá junto a los demás.

—No sin Joe —se apresuró a contestar Adolph.

Donovan, mirando fijamente el televisor, dejó escapar un resoplido irónico.

—No sé ustedes, pero yo me largo.

Se levantó, atravesó la sala, tomó su abrigo y fue directo hacia la puerta.

Ahora que todos sabían lo que hacía cada noche, podía dejar de ocultar sus escapadas.

Cuando Donovan abrió la puerta, para sorpresa de todos, encontró a Joseph de pie del lado de afuera. Este inclinó la cabeza a un lado antes de dedicarle una sonrisa desafiante al Succubus.

—Mi máspreciado amigo —lo saludó Joe cínicamente.

De inmediato, dio un paso adelante y se dejó caer en los brazos de Donovan, dándole un apretado abrazo.

—Suéltame, imbécil —gruñó su oponente antes de empujarlo.

—¿Qué pasa? —dijo Joe de forma burlona—. ¿No habíamos acordado ser amigos?

En un abrir y cerrar de ojos, Joe le devolvió el empujón, obligándolo a entrar a la casa. Soltó una amarga risotada mientras daba amenazadores pasos hacia adelante. Inesperadamente, le propinó un puñetazo en la cara.

Desde el suelo, Donovan escupió sangre. Y, enfurecido, se levantó para abalanzarse sobre Joseph.

Estupefacta, cerré los ojos. Solamente escuchaba los golpes y maldiciones que lanzaban.

Sin vacilar, Alan y Adolph se apresuraron para detener la pelea. Sujetaron a los dos combatientes que arremetían con patadas al aire, intentando hacerse daño.

—Infeliz —vociferó Donovan con la respiración agitada. Sus colmillos sobresalían inevitablemente.

—Te quiero, compañero —se burló Joe con una carcajada mientras Alan lo mantenía sujeto desde atrás—. Bastardo.

—¿Desde cuándo has estado bebiendo, Joe? —gritó Nina, alarmada.

Sin responderle, el vampiro continuó provocando a Donovan mientras forcejeaba para liberarse de Alan.

—Joe, ¿puedes calmarte y decirnos dónde has estado? —gruñó Adolph.

—Por supuesto, estoy calmado —permaneció inmóvil, con una sonrisa, pretendiendo mantener la compostura para que lo soltaran. Una vez libre, se acercó lentamente a mí y me miró con avidez—. Pregúntame dónde he estado, Angelique.

Lo miré asustada. Un temblor me recorrió la espalda.

—¡Hazlo! —gritó, logrando que me sobresaltara.

—¿Dónde estuviste, Joe? —inquirí en un murmullo.

Se rio con satisfacción.

—Estuve con ella, estuve con Deborah —admitió sin vergüenza—. La llevé a la cama, al igual que la noche de la fiesta. Te he mentado, te he engañado, tonta.

En ese momento me estaba costando horrores contener las lágrimas.

Era prácticamente imposible describir lo que sentía en ese instante. Me dolía el pecho y me encontraba repentinamente indefensa, sola, abatida. Descubrí mis manos temblando cuando las entrelacé en mi cabellera.

¿Qué podía decir en mi defensa? Él me había engañado y humillado delante de todos. Donovan se regocijaría de placer al decirme: “Te lo dije”.

Me quedé en silencio, obligándome a no llorar. Un segundo después, me levanté del sofá para huir de allí. Di zancadas torpes y apresuradas hasta casi estar corriendo.

Sentí que Joe venía detrás de mí.

—Ten cuidado con ella, Joseph —escuché la advertencia de Adolph a mis espaldas.

Atravesé el pasillo a toda velocidad antes de entrar en mi habitación. No obstante, en el

momento en el que quise cerrar la puerta, Joe irrumpió dentro a la fuerza.

—¡Fuera! ¡Vete de aquí! —le grité, perturbada.

Su sola presencia me hacía estremecer. Me miró a los ojos con intensidad y adoptó una mirada gélida y severa que me dejó sin aliento.

Lentamente, me arrinconó entre las penumbras. Estaba tan cerca de mí que podía percibir su aliento a whisky. Su peligrosa mirada me perforaba. La forma en la que sus ojos me quemaban, doblegaba mi delirante sentido común.

Con brusquedad, me sujetó los brazos. El roce de su piel me hizo tensarme mientras aproximaba su rostro al mío.

¿Por qué nunca podía dejar de ser tan atractivo? ¿Por qué me sometía a su voluntad de esa manera con solo tocarme?

Cuando inhalé su aroma, confirmé que no había mentido; había estado con esa mujer. Su cuerpo seguía impregnado de su perfume. Adicionalmente, había manchas de labial en el cuello de su camisa.

—Mírame —su tono sonaba más como una súplica.

—No me toques, miserable infeliz —dije con la voz quebrada y lágrimas picando en mis ojos, a punto de caer sobre mis pómulos—. Eres un maldito, Joseph. ¡Te odio tanto!

Maldita fuera la atracción que despertaba en mí ese hombre. Mi cuerpo imploraba que me abrazara y me besara con pasión. Me sentía vulnerable ante su presencia. Contuve la respiración.

—Bésame, sé que quieres —me ordenó, aspirando el olor de mi cuello.

Mi piel se erizó.

—¡Lárgate!

Lo empujé y comencé a golpearlo en el pecho con mis manos hechas puños.

—Por favor, Angelique, deja de querer parecer herida —murmuró con enfado.

—¿Crees que estoy herida? —contraataqué—. Te dije que no me importa lo que hagas con otras mujeres.

Continué vapuleando inútilmente su bien formado y duro torso.

—¿Ah, no? —gruñó él—. Entonces no te importará saber lo buena que es ella en la cama, lo mucho que sabe tocarme y lo ardiente que es cuando me besa.

Sin poder resistirlo más, empecé a sollozar descontroladamente. De pronto, reuní toda mi fuerza y le propiné una dolorosa bofetada al condenado vampiro. Él apretó los dientes, giró la cara y se llevó la mano a la mejilla.

—¡Te odio, eres un desgraciado, una basura! —le reclamé entre llanto mientras seguía agrediéndolo físicamente.

Llena de furia, comencé a lanzarle todo lo que encontré cerca: almohadones, zapatos e incluso una lámpara. Él esquivaba mis ataques con facilidad, también iracundo.

—¡Cálmate! —Me sujetó nuevamente de los brazos y me arrojó a la cama.

—¿Vas a golpearme? —pregunté.

—No, no golpeo a las mujeres —se arrodilló en la cama y me sujetó el rostro fuertemente con una mano. En silencio, me escuchó llorar—. ¿Sabes qué es lo que más me duele? Tener que besarte sabiendo que ese repugnante cerdo ha estado en tus labios.

—¿Qué? —balbuceé, sintiendo cómo los dedos de Joe apretaban mis mejillas.

—¿Qué pasa? ¿Te harás la desentendida ahora? —Frunció el ceño—. ¿Cuántas veces te has acostado con él desde que estás conmigo?

Sentí un nudo en el estómago.

—¿Estás hablando de Donovan?

—A menos que haya otro, sí —me contestó, sosteniendo mi cara con más firmeza para obligarme a observarlo—. Y no intentes mentir, los vi besarse.

La venganza, tan dulce como justa, se sentía como miel en mis labios. Él me había engañado primero. Nuestra relación se había basado en una red de mentiras. Sucio, vil engaño. Que se hubiese atrevido a estar con otra persona, significaba que sus palabras de amor hacia mí eran un fraude. Me había mentido, manipulado mis sentimientos, y me había hecho creer que me quería. Todo había sido una farsa, una burla. Se merecía lo peor, una cucharada de su propia medicina.

—¿Qué importa cuántas veces hemos tenido sexo o nos besamos a tus espaldas? —lágrimas salían de mis ojos a chorros, mi voz se quebraba cuando hablaba—. Ahora veo que siempre estuve equivocada acerca de ti. Felicidades, lograste engañarme. Conseguiste lo que querías de mí, caí en tu artimaña y me creí, como una ingenua, que me amabas, que eras sincero. Te desenvolviste perfectamente.

Yo, que siempre había luchado tanto por ser fuerte y ocultar mis lágrimas al mundo, me encontraba llorando debido a un miserable chupasangre. Lo que más me avergonzaba era precisamente eso: mostrarme vulnerable y herida frente a él.

Lo peor de todo era que su cercanía seguía inquietándome. Era como si un centenar de llamas besaran mi cuerpo, encendiendo mi interior. Un simple contacto podía hacerme alcanzar el cielo. Era el único hombre que tenía ese poder sobre mí.

—¡Estuviste revolcándote con él! ¡Deja de fingir, Angelique! —respondió alterado.

—Y es mucho mejor que tú —solté.

Sus ojos se volvieron salvajes e indómitos.

—No lo es. Y lo sabes —susurró contra mi piel al tiempo que su mirada se oscurecía.

Me apretó contra su torso con tanta fuerza que a duras penas me dejaba respirar. Mi estómago dio un vuelco tan pronto como mis pechos tocaron el suyo. Mi corazón se aceleró notablemente.

De pronto, acercó mi rostro al suyo y presionó sus labios sobre los míos. Me besó de manera impúdica, salvaje. Su lengua penetró en mi boca con furia al tiempo que inexplicables oleadas de placer se amontonaban en mi vientre. Un temblor involuntario me recorrió la espalda.

Después de terminar completamente debilitada debido a su ardiente beso, me alejé para no volver a caer en la tentación de sus labios.

—No hagas esto —le supliqué.

—Él no puede ser mejor que yo —replicó con arrogancia—. ¿Acaso Donovan te hace perder la cordura como yo lo hago? ¿O vas a decirme que puedes resistirte a mí si te vuelvo a besar, o te muerdo, o mejor aún, te despojo de tu ropa?

Tenía razón, mi sensatez se desvanecía cuando me tocaba. Simplemente no era capaz de apartarlo o despreciarlo. Lo amaba demasiado.

—Déjame en paz, Joe. Actúas como un idiota inmaduro —dije, limpiando mis lágrimas con el dorso de mis manos.

Cuando las puntas de sus dedos removieron las gotas saladas sobre mis pómulos, un escalofrío erizó mi piel. Lo escuché jadear mientras se recostaba sobre mí, encarcelándome entre su cuerpo y el colchón. Apoyó sus manos a cada lado de mi cuerpo, estirando sus brazos para no aplastarme con todo su peso.

Arqueé la espalda al sentir que acariciaba mi columna, introduciendo las manos por dentro

de mi camiseta. Sin fuerza de voluntad, largué un gemido. Un segundo más tarde, su lengua lamíó mi cuello.

—Por favor, no sigas —le rogué con la voz rota y aguda.

¡Por Dios!

¿Cuándo me había enamorado de tal manera?

Ni siquiera era capaz de detenerlo. Por el contrario, estaba presa de placer. Lo deseaba. Necesitaba quitarle la ropa, morder su apetitoso cuello.

Sin embargo, si seguíamos jugando a los amantes, iba a terminar lastimada. Lamentablemente, había desarrollado sentimientos muy profundos por él. Por ese motivo, no podía seguir soportando que me utilizara mientras se veía con otras mujeres.

Nunca, jamás pensé que podría enamorarme. Sencillamente no creía en el amor, era escéptica. O tal vez amar no era algo propio de mí. A lo largo de mi vida, había tenido muchos novios, pero nunca experimenté más que una simple atracción física hacia esos chicos.

¿Y ahora, el único hombre que logró robarse mi corazón completamente, me haría sufrir? ¿Yo aprobaría tal cosa?

No, esta vez no podía permitirme entrar en su juego.

Oír la respiración agitada de Joe me excitaba. Jadeé mientras mordía los tirantes de mi blusa hasta arrancarlos con sus colmillos. Cuando comenzó a suministrarme besos en los pechos, mi ropa interior se humedeció aún más.

—Detente. —Mis sollozos se mezclaban con mis propios gemidos.

Él saboreó las lágrimas que rodaban sobre mi clavícula antes de detenerse debido a mis demandas.

Se puso de rodillas, con las piernas aún entrelazadas con las mías, y contempló pacientemente cada parte de mi cuerpo mientras yo luchaba por disipar el llanto. Adoptó una mirada contrariada, casi como si estuviera herido.

—Me voy. No me gusta verte llorar —admitió con aparente frialdad al tiempo que negaba lentamente con la cabeza de forma desaprobatoria—. No entiendo por qué me hiciste esto.

¿Qué fue lo que le hice?

Joseph salió de mi dormitorio, dando un portazo al marcharse.

A solas, me dejé caer en la cama y cubrí mi rostro con una almohada para ahogar los sollozos. ¡Qué fácil me resultaba llorar ahora que no había nadie que pudiera verme!

Durante la noche, tuve pesadillas incoherentes, y aquel sueño de Joe mordiendo una manzana se repitió en mi cabeza una y otra vez.

Al despertar a la mañana siguiente, mi rostro estaba hinchado y con manchas oscuras bajo los ojos. Para ser un vampiro, tenía un aspecto horrible por haber llorado tanto.

Escuché que llamaban a mi puerta y, descalza, me dirigí a abrirla. En el pasillo, encontré a Alan y Nina.

—Buenos días, bella durmiente —saludó Alan con una sonrisa—. Queríamos saber cómo estabas.

Pasé una mano por mi cabello enmarañado, que seguramente estaba hecho un desastre.

—Estoy... —titubeé—, bien.

—Supimos que tuviste una discusión con Joe anoche y estábamos preocupados por ti —interrumpió Nina—. Él estaba mal, devastado. Se bebió todo el licor del almacén y se marchó con el coche en medio de la madrugada. Fue una noche dura tratando de tranquilizar a ese chico borracho después de que salió de tu habitación. Luego intentó darle una golpiza a Donovan y

arrojó cosas por todas partes mientras gritaba maldiciones.

—¿Por qué ha hecho tal cosa? —balbuceé, recordando las escenas de esa noche.

—Porque te ama y asegura que lo has traicionado —contestó Alan.

Negué con la cabeza.

—Eso no es cierto, no me ama.

Alan abrió los brazos y me envolvió con ellos. Sabía que necesitaba consuelo.

—Créeme, realmente te ama.

Continué sacudiendo la cabeza, totalmente convencida de que ese sexy vampiro no sentía nada por mí. ¿Cómo pude creerme esa gran mentira?

—Sí —afirmó de nuevo Alan—. Está muy enamorado de ti.

A pesar de que podía leer mentes, no le creí en absoluto. No era como si no pudiera mentir.

—Es cierto, anoche se veía tremendamente herido —intervino Nina—. Estamos un poco preocupados porque no sabemos en dónde está. Además, Adolph está de mal humor porque se llevó el auto estando extremadamente ebrio.

—Gracias por preocuparse, chicos, pero estoy bien —aclaré de forma calmada antes de estirar mi mano para mover un mechón de cabello detrás de la oreja de Nina—. Mejor dime, ¿cómo estás tú? No hemos tenido la oportunidad de hablar sobre cómo te sientes después de...

—No —me cortó ella, entendiendo inmediatamente a qué me refería—. No quiero recordarlo, Angelique. Todo lo que debes saber es que también estoy bien. Y me reconforta saber que el infeliz de Bartholomeo está en el infierno.

—¿Por qué no vas a la cocina a tomar un té o un poco de sangre? —me ofreció Alan—. Te hará sentir mejor.

Mientras bebía sangre de mi copa, sentada a solas en la barra de la cocina, Donovan se acercó desde mi espalda. Ya veía venir su reprimenda acerca de Joe.

—¿Cómo te encuentras? —resonó su voz.

Engullí otro trago al tiempo que meditaba mi respuesta. En mi corazón rondaba una amarga soledad.

—¿Por qué todos preguntan lo mismo?

—Lo siento, solo me preocupo por ti.

Puse los ojos en blanco, reclinándome sobre la mesa.

—¿Creían que iba a suicidarme o algo parecido?

Donovan se aproximó alarmantemente.

—No sé tú, pero tu príncipe azul estaba hundiéndose en la marea —el Succubus sonrió antes de agarrar mi mano cautelosamente—. Es un idiota.

—Al menos coincidimos en algo, es un completo idiota —mascullé—. Adelante, ¿por qué no me dices “Te lo dije”? Anda, lo estoy esperando.

—¿Me crees tan cruel? Soy tu amigo, estoy aquí para que llores en mi hombro cuando quieras, no para decirte mil veces lo mucho que te advertí que ese chico es un canalla.

Se situó delante de mí, prácticamente acorralándome. Giré el rostro para evitarlo antes de advertirle con severidad:

—Aléjate.

—Vamos, linda. —Sujetó mi barbilla, forzándome a regresar la mirada a sus ojos—. Sabes que, a diferencia de ese cretino, yo nunca te haría daño.

Largué un resoplido.

—¿El mismo que me confesó que estaba dándome alcohol sin mi conocimiento para emborracharme y llevarme a la cama? ¡Lo siento si no puedo confiar en ti!

Acercando sus labios a los míos, me aprisionó contra la mesa, desplegó sus colmillos y me observó detenidamente, hambriento.

—Confía en mí —musitó de forma perversa mientras acariciaba mi cabello—. Nada más quiero amarte. Mírame a los ojos, te quiero.

Al capturar su mirada, me percaté de que había algo hipnotizante en sus ojos. De repente, me sentí dispuesta a hacer lo que quisiera. Cerré los párpados con fuerza, notando cómo me aplastaba entre la barra de la cocina y su torso.

—¡Hey! —protesté—. ¿Qué crees que estás haciendo?

—¡Qué suerte que tiene Blade! Ese bastardo no te merece. Es muy injusto que una mujer tan hermosa como tú esté enamorada de un perro faldero como Joseph —Donovan mordisqueó mi cuello antes de continuar—: Escúchame bien, Angelique. Para mí eres una mujer, para Blade siempre serás una chiquilla, una niña.

Inesperadamente, sujetó mis muñecas y comenzó a besar mis pechos a través de mi ropa. Le grité que me soltara, pero ignoró por completo mis quejas. Empecé a forcejear, exigiéndole que me dejara en paz.

Todo se salió de control cuando comenzó a tocar mis piernas. Luché con todas mis fuerzas para liberarme de sus manos.

—¡Aléjate de mí, suéltame! —vociferé.

Mis dientes ardieron y mis músculos se tensaron por el enfurecimiento que me invadía.

Donovan era tan fuerte como Joe, y no me quedó más opción que utilizar mis colmillos. Ataqué directamente su hombro, mordiénolo con mucha, mucha fuerza. Finalmente, accedió a soltarme y se dejó caer lentamente al suelo, jadeando y sangrando, mientras comprobaba su herida.

—Al fin... he... he conseguido que me muerdas —dijo con la respiración entrecortada, desde el suelo. Se sentó contra la pared—. No... no ha sido... como yo quería, pero... ¡Ah! ¡Sí que me proporciona placer!

Escupí su sangre de mi boca y limpié los restos en mis labios con el cuello de mi camisa.

—Me he decepcionado tanto de ti... Pensé que eras diferente, ¡pero resulta que eres igual a todos los demás! ¡Incluso peor!

Me alejé, alterada.

Él me siguió con la mirada.

—Apuesto a que me estás comparando con ese imbécil, que probablemente está llorando en algún rincón porque me besaste —hizo una pausa desdeñosa—. Bueno, técnicamente fui yo quien te besó, pero eso es algo que nadie tiene que saber... Lo que de verdad no entiendo es por qué se cabrea. ¿Acaso no me engañaste antes a mí? Soy yo el que debería estar furioso.

¡Así que soy la villana de la historia! La que engañó y traicionó a todos...

Aquello era una completa injusticia.

Ahora lo veía todo más claro, a Donovan se le había caído la máscara. No era el mismo chico guapo, amable, considerado y tierno que siempre creí que era. Su hostilidad me estaba hastiando.

—¿Qué fue lo que te pasó? ¿En qué te has convertido, Donovan?

—Nada me sucedió, simplemente me cansé. Estoy harto de ti y de tus juegos. Nadie nunca me ha rechazado, pero tú... Tú has llegado y me has desplazado como si fuera un juguete viejo.

No voy a fingir más, me cansé de adularte, de tener que decirte que te amo y de hacerme el romántico contigo. Es simple, me harté de comportarme como un caballero para conseguir tan poco de ti —sonrió de manera páfida—. Lamento si no te gusta que te obliguen a hacer las cosas utilizando la fuerza, o a base de engaños. Si te soy sincero, me pareces una mujer cualquiera, solo que más ardiente. Sin embargo, estoy muy encaprichado contigo y me propuse hacerte mía como sea. Porque todo lo que he deseado ha sido mío. No serás la excepción.

Salí de la cocina precipitadamente, absolutamente sobrecogida e igual de desalentada que antes.

Mientras corría para refugiarme en mi dormitorio, tropecé con Alan, quien me sujetó con firmeza para evitar que perdiera el equilibrio. Su agarre fue mucho más fuerte de lo que jamás había experimentado, su fuerza de Zephyr se hacía evidente mientras me sostenía sin tambalearse ni despegar los pies del suelo ni un solo milímetro. Era más poderoso que cualquier otro vampiro que hubiera conocido. Podía sentir que se esforzaba para no lastimarme ni quebrarme los huesos.

—¿A dónde vas tan apresurada? —fingió desconocer la respuesta—. Escucha, saldré a buscar a Joe con Nina y Adolph, ¿quieres venir con nosotros?

—No —farfullé con un nudo en la garganta, pero luego recordé mi deseo de no quedarme a solas con Donovan. Las palabras del Succubus volvieron a mi mente—. Bien, yo... quizás...

—Espera un momento —dijo Alan con una mirada de sospecha—. ¿Donovan intentó sobrepasarse contigo?

—No se vayan, por favor, no quiero quedarme sola con él, y tampoco quiero ir en busca de Joe. No quiero verlo más, no quiero tener que enfrentarlo y que piense que lo estuve buscando.

Alan asintió ligeramente con la cabeza.

—Tengo que hablarte sobre un par de cosas. Ven conmigo —me dijo antes de tirar de mi brazo y conducirme a la habitación más cercana—. Siéntate.

Me arrellané en un sillón que estaba delante de la cama. Comprendí que estábamos en su dormitorio debido a que su ropa y la de Nina estaban por todas partes.

Suspiré.

—¿También vas a darme un sermón?

Se sentó sobre su cama, frente a mí.

—Llámalo como quieras, pero tienes que saber la verdad. Me harás romper todos mis códigos sobre no mencionar lo que veo en la mente de los demás. De todas formas, siento que ahora es necesario y verdaderamente me has demostrado que puedo confiar en ti.

—Te escucho.

—Con respecto a Joe... —comenzó.

Genial, pensé irónicamente. ¿Por qué todos insistían en hablar de Joe?

—Él no te ha engañado —continuó antes de que pudiera refunfuñar—. No se acostó con Deborah. Mintió para herirte porque te vio besándote con Donovan. En la fiesta, nada ocurrió entre Joe y Deborah, ni después. Tú y ese chico son obstinados y tercos. Probablemente ahora Joe esté buscando consuelo en esa mujer. Y en cuanto a Donovan, ten cuidado. No debes confiar en él. En su vida humana era un poco como... como tú eras en tu vida humana, pero mucho peor. Es un muchacho caprichoso, está acostumbrado a conseguir lo que quiere cuando lo quiere. Nunca fue un buen tipo. Pensé que podría cambiar, mas todo lo que ha hecho es ir por el camino incorrecto. Es egoísta y quiere independencia. Por lo tanto, se la daremos. Su estadía con nosotros pende de un hilo. Si te hace daño, lo echaremos de aquí.

—Ese asunto de su condición de Succubus se está saliendo de control —continuó

explicándome—. Cada noche se reúne con los vampiros equivocados, que le ofrecen poder a cambio de hacer cualquier cosa que le pidan. Por eso necesita salir a medianoche sin nosotros. Se está volviendo adicto a ese poder, lo que podría sacar a relucir su malevolencia aún más. Cada vez que hace lo que debe con esas mujeres en sus habitaciones, recibe a cambio más poder o habilidades —hizo una pausa mientras las comisuras de sus labios se elevaban levemente—. Alan Black conoce cada oscuro secreto de esta pandilla de mugrosos vampiros, pequeña.

Atónita, tragué saliva.

Joseph Blade. Necesitaba conocer su pasado, y este era el momento perfecto para preguntar.

Mi corazón se paralizó de pronto cuando escuché el estruendo del viejo Chevy siendo aparcado fuera. Joe había regresado a casa.

Alan se levantó y me hizo un saludo militar antes de abandonar la habitación. Lo seguí a hurtadillas hasta el final del pasillo y me oculté entre las sombras para observar sin ser vista la escena que se desarrollaba en la sala principal. Mi pecho se apretó al advertir lo hermoso que era Joe, inclusive cuando no se había afeitado, llevaba la ropa a medio abrochar y su cabello estaba despeinado. Lucía abatido. Por alguna razón, sus mejillas y sus labios estaban sonrosados de manera hermosa y sensual. Se tumbó en el sofá y cubrió sus ojos con uno de sus brazos.

Nina y Adolph estaban con él.

—Joe, has estado bebiendo durante varios días. ¿Quieres morir? —lo increpó Nina.

—No seas dramática, Nina —murmuró, todavía ebrio—. Solo he tomado un par de copas.

La chica cruzó los brazos sobre el pecho al tiempo que Alan tomaba asiento cerca de ambos.

—¿Estás bien, Joe? —departió Adolph—. ¿Necesitas algo?

—Estoy muy bien. Solo necesito que ella me abrace —lo escuché responder con martirio atragantado en la voz, sus palabras eran difíciles de entender.

Me dejé caer de rodillas en el suelo, consciente de que todos esos vampiros habrían percibido incluso el más mínimo ruido que hice al caer. Creí desfallecer mientras mis ojos se llenaban de lágrimas. Sentí que me desmoronaba. Era doloroso escucharlo hablar de ella de esa manera, como si necesitara su abrazo para respirar, para seguir viviendo. Me lastimó oír aquello de sus perfectos labios, cuando yo estaba allí, muriéndome por arrojarme a sus brazos y rogando por un beso suyo.

Comencé a sollozar en silencio y apreté los puños. Mientras más se cerraba mi garganta, más me faltaba el aliento.

—Voy por un trago —anunció Joe, poniéndose de pie.

—Olvidalo, amigo —Adolph se situó delante de él—. No permitiré que sigas bebiendo.

Joe soltó una carcajada desdeñosa.

—¡Qué gracioso! —se burló con un bufido irónico—. Necesito al menos un poco de whisky —apartó a Adolph de su camino—. No me dirás qué hacer.

—Adelante, hemos vaciado el almacén, no encontrarás nada —habló Alan tranquilamente.

—Maldita sea —soltó Joe con frustración. Por un momento hizo silencio mientras yo me moría de furia—. ¿Dónde está Angelique?

Un millar de emociones me atravesaron al escucharlo decir mi nombre. Era como si un hormigueo ascendiera por mi cuerpo lenta y tortuosamente.

¡Por Dios! Había preguntado por mí.



CAPÍTULO 18: INMORTAL

—Creo que está en su habitación —contestó Nina.

—¿Cómo está ella? —indagó Joe.

¿Se preocupaba por mí?

Por un instante mi pulso se aceleró tanto que creí que perdería el conocimiento.

—Está mejor que tú —comentó Alan.

Me pareció ver que Joe se estremecía.

—¿Tan mal aspecto tengo?

—Sí, terrible —le respondió Nina.

¡Demonios!

¿Era normal que a mí me siguiera pareciendo absolutamente hermoso?

Cuando Joe se dirigió hacia el pasillo, me levanté del suelo para evitar que pudiera verme. Como no tuve suficiente tiempo para correr y ocultarme en una habitación, me dispuse a limpiar los rastros de las lágrimas en mi rostro y apaciguar mi respiración. Él se detuvo para arrojarme una mirada penetrante al pasar por mi lado, la cual me provocó escalofríos en todo el cuerpo.

Mi respiración se alteró. Contuve el aliento para no evidenciarlo. A pesar de eso, sospeché que mis ojos mostraban todo mi desconsuelo.

Seguidamente, agachó la mirada, alzó la mano y recorrió mi nuca con un dedo. Sentí que mi cordura abandonaba mi cuerpo. Inmediatamente, exploró con las yemas de sus dedos la línea de mi clavícula hasta detenerse en el cuello de mi blusa, el cual sujetó con extraordinaria fuerza entre su puño.

Por un momento creí que tiraría de la tela para alzarme y me golpearía en la cara. Pero se limitó a juntar su nariz a mi garganta antes de absorber una bocanada de aire. Me estaba olfateando. Rápidamente se separó de mí y me echó otra mirada acusatoria, llena de desprecio, mientras negaba lentamente con la cabeza, como si estuviera decepcionado de mí.

Se marchó sin decirme una palabra. Me di cuenta de que había estado observando mi

camisa manchada de rojo. Por supuesto, la había utilizado para limpiar la sangre de Donovan de mi boca. Era evidente que Joe pensaba que mordí al Succubus. Y lo hice, pero no de la forma que se estaría imaginando en ese momento.

¿Qué debía hacer? ¿Correr a rogarle perdón? ¿Darle explicaciones?

No, mi orgullo no me lo permitía.

Me encerré el resto del día. Estaba acostada en mi cama con los ojos cerrados cuando el reloj digital colgado en la pared emitió dos cortos bips, indicando que era medianoche. Al mismo tiempo, golpearon mi puerta. No tenía ganas de levantarme.

—Adelante —murmuré de mala gana—. Está abierto.

Al instante, cesaron los golpes en la puerta y escuché el leve crujido cuando se abrió. Su aroma penetró en mi habitación, dejándome completamente mareada.

¿Qué hacía Joe en mi dormitorio?

Me incorporé para comprobar lo que ya sabía.

El vampiro cerró la puerta a sus espaldas. Se encontraba de pie delante de la misma, sosteniendo un capullo de rosa roja, el cual se llevó a la nariz para inhalar su fragancia. De haber tenido un par de hermosas alas negras en la espalda, habría parecido un perfecto ángel maligno.

Abrí la boca para hablar, sin saber qué decir. Él se aproximó un poco más.

—¿Qué haces aquí? —protesté—. ¿Te has equivocado de habitación?

Negó.

—Es más de medianoche. Feliz cumpleaños.

Alargó su brazo, ofreciéndome la rosa.

Desconcertada, pensé: *¿hoy es mi cumpleaños?*

Ante mi rostro bañado en confusión, respondió:

—Revisa el calendario. Hoy estás cumpliendo diecisiete años... de nuevo.

—¿Estás bromeando? —pregunté sin tener la menor idea de la fecha en la que nos encontrábamos.

Joseph señaló con la flor al reloj de pared. Me volví y observé la fecha ilustrada debajo de la hora.

Cierto, era mi cumpleaños.

Una vez más diecisiete, porque soy inmortal.

—¿A qué se debe esto...? —interrogué, sin entender sus intenciones.

—Solo quería traerte un regalo —se excusó—. No es que quiera recordártelo, pero ya que tu familia no está aquí para celebrar contigo, quise darte algo especial.

Permanecí callada, cavilando.

—Dime algo —continuó luego de un largo silencio—, cualquier cosa. Extraño que me hagas preguntas como una loca, extraño que andes por ahí parlotteando, te extraño a ti. Porque, para mi desgracia, estoy enamorado de ti.

Joseph rodeó la cama antes de sentarse a mi lado. En respuesta, mi corazón comenzó a latir más rápido.

—Eres un mentiroso —gruñí, recostándome en una pila de almohadas—. Lo único que extrañas de mí es llevarme a la cama, no me amas. Me deseas, nada más.

Sacudió la cabeza.

—Te deseo demasiado, pero te amo todavía más.

—Basta de mentirme —repliqué—. Te escuché rogando por un abrazo de esa mujer hace un

rato.

Soltó un resoplido de indignación.

—No hablaba de ella, hablaba de ti.

Petrificada, luché contra la tentación de satisfacer sus deseos. No podía dejarle saber que también anhelaba a muerte sentirme rodeada por sus fuertes brazos.

De manera distraída, tomó una de mis almohadas, la llevó a su nariz e inhaló profundamente el aroma en el cojín de satén.

—Huele a ti, a tu perfume, a tu cabello. Delicioso —dijo en tono bromista.

—Si... "me amas" —continué, haciendo énfasis en las últimas palabras y representando comillas imaginarias con mis dedos—. ¿Por qué estás con esa... —vacilé antes de mencionar su nombre—, Deborah?

Sonrió débilmente.

—Porque no puedo tenerte —suspiró—. No sé cómo amar. Y, para ser honesto, necesito dejar de amarte. Estoy seguro de que esto nos va a lastimar. El amor es dañino, ¿sabes? Te mata. No es como lo pintan en las películas; siempre terminas herido si amas. Es solo una debilidad. —Se detuvo por un momento—. Bueno, míenteme. Quiero que me mientas y me digas que nunca has estado con Donovan, que no han tenido sexo jamás, que te ha besado a la fuerza, que me amas...

Reflexioné sobre cada palabra que había dicho, sobre sus expectativas acerca del amor, su creencia de que era destructivo... Como si hubiera sido profundamente herido, como si hubiera sufrido mucho en el pasado. Me dolía escucharlo hablar de esa manera. Por otro lado, si obedecía sus caprichos de decirle lo que quería escuchar, realmente no habría sido una mentira.

—Nunca he estado con Donovan, no hemos tenido sexo jamás, me ha besado a la fuerza y te amo, Joe —dije cada palabra que había memorizado.

Joe sonrió de mala gana, interpretando que le estaba mintiendo.

—Gracias —lo oí balbucear—. Y... ¿aceptarás mi regalo?

Me ofreció una vez más la rosa que sostenía entre los dedos. Extendí mi brazo para sujetarla, pero antes de que pudiera hacerlo, Joe acarició el largo de mi nariz con los pétalos rojos. Sentí su textura aterciopelada y percibí la fresca fragancia que desprendían. Mi piel se erizó.

—Cuidado —me advirtió, su voz sonando extremadamente sensual—. Tiene espinas.

Cautelosamente, agarré el tallo entre mis manos. No obstante, las espinas laceraron las puntas de mis dedos de forma inevitable y mi sangre comenzó a gotear. Instintivamente, dejé caer la flor en mi cama.

Joe se tensó y, con un veloz movimiento, atrapó mi muñeca. El placer abrasó mi cuerpo tan pronto como me tocó. De improviso, acercó mis dedos a sus labios y comenzó a lamerlos uno a uno con la punta de su lengua. La sensación en las yemas de mis dedos al rozar sus exquisitos labios y su ardiente lengua húmeda me suministraba fuego desde mi interior; las magulladuras ardieron.

—Ya está —anunció—. Me voy. Espero que duermas... bien, y que tengas un buen cumpleaños. Tal vez debería recordarles a los chicos qué día es hoy, quizás...

—No —lo interrumpí—. No importa. Adiós, buenas noches.

Se puso en pie y salió sin hacer ruido. Mientras atravesaba la puerta me quedé inmóvil, asombrada, observando cómo la rosa roja comenzaba a marchitarse repentinamente. Sus pétalos adquirieron un matiz ocre, o pardo oscuro, secándose al tiempo que el vampiro se alejaba por el

pasillo.

Durante el desayuno, Alan me estaba mirando de una manera peculiar, y Nina observaba a Alan de la misma forma. Él buscaba mis ojos, lo cual me hizo sentir ligeramente intimidada.

—Deja que adivine —dijo finalmente—. Hoy es tu cumpleaños.

—¿Hoy es su cumpleaños? —preguntó Nina, susurrando—. ¿Cómo sabes eso?

—Un pajarito me lo ha comentado —repuso Alan antes de guiñarme un ojo—. Feliz cumpleaños.

¿Un pajarito? Deja de entrar en mis pensamientos, Alan, pensé.

—Angelique, siento mucho no haber sabido que hoy es tu cumpleaños, de verdad —se disculpó su novia—. Felicitaciones.

Sonreí educadamente.

—Gracias, chicos.

—¡Angelique! —me llamó Adolph desde la sala principal.

Engullí el pedazo de tostada francesa que tenía en la boca antes de abandonar la mesa. Caminé hasta el hombre, que sostenía un trozo de papel y un sobre de color negro.

—¿Qué sucede? —cuestioné.

—Angelique, tú... —me contestó con la vista puesta en el pequeño papel—, has sido invitada a la famosa fiesta de los Ravenwood.

—¿Que yo qué?

—Has sido invitada a una famosa fiesta que se celebra todos los años de una ilustre familia de vampiros. Y no entiendo por qué. No he sido invitado a esta celebración desde hace unos... treinta años, ¿y ahora te invitan a ti? —declaró con el ceño fruncido.

—¡Es su cumpleaños! —cantó Nina mientras irrumpía en la habitación.

—¿Es tu cumpleaños? —Adolph dejó de mirar la invitación para posar sus ojos en mí.

Me encogí de hombros y asentí.

—¡Eh! ¡Felicidades! —exclamó antes de regresar al tema de la fiesta—. Esta es la ceremonia de los Ravenwood, no hay forma de rechazar algo de semejante magnitud. Quiero que te compres un traje y vayas allí.

El hombre sacó de su abultado bolsillo un fajo de billetes y me los entregó. Sorprendida, pero dudosa, tomé los dólares.

De pie frente al moderno televisor de la sala, contuve la respiración al tiempo que Nina subía el cierre en mi espalda del hermoso vestido de etiqueta que abrazaba mi figura.

—Listo —anunció ella con una sonrisa—. Estás hermosa, espera a que Joe te vea.

Mi respiración se alteró al escuchar su nombre.

Fuera, una limusina negra, alargada y reluciente, contratada por Adolph para la ocasión, me esperaba. Entretanto, me preguntaba qué tan importante era esa extraña celebración. Adolph parecía genuinamente entusiasmado con la idea de que asistiera al festejo vampírico.

Caminé frente a Joe, contoneándome con un toque de sensualidad y una mirada diabólica. Tenía que admitirlo, quería volverlo loco.

—Cuídate —me aconsejó Adolph—. Lo digo en serio.

—No debería ir sola a ese lugar —aseveró Joseph.

—Sabes que es exclusivamente para invitados, nadie puede ir con ella —objetó Adolph.

—Insisto, alguien debería seguirla y estar a su alrededor.

—Joe, tus problemas de celos puedes dejarlos para otro momento —replicó Donovan, apareciendo a sus espaldas—. Angelique es independiente, no nació pegada a ti. También tiene derecho de divertirse sola.

La ira se apoderó de la mirada de Joe, quien abandonó apresuradamente la sala.

De cualquier forma, tampoco quería estar sola en una festividad de desconocidos.

Adolph me escoltó hasta el elegante carruaje.

—De verdad, ten cuidado, Angelique —me advirtió una última vez.

Durante todo el trayecto, observé la ciudad a través de la ventana, las luces parpadeantes y la actividad en las calles de Nueva York. La limusina se detuvo frente a una majestuosa mansión iluminada por farolas con velas y decorada con esculturas en un exuberante jardín. Desde la entrada principal hasta la acera, se extendía una alfombra roja, la cual atravesaba aquel césped en el que descansaban candelabros.

Contemplé el lugar en silencio hasta que el conductor, ataviado con esmoquin, apareció para abrirme la puerta de la limusina.

Cuando esta se abrió, el aire cambió, de uno artificial acondicionado a una gélida brisa natural. Tan pronto como el chofer me ofreció su mano, la tomé y bajé con cuidado.

De repente, me sentí asquerosamente pequeña y tímida, sola en ese colosal espacio mientras cruzaba una alfombra roja que parecía no tener fin y que hacía más amena mi tardanza de camino a la entrada.

Mientras mi cabello ondeaba al viento, me cuestionaba qué diablos hacía en una fiesta llena de vampiros sin ningún acompañante, donde no reconocía ni a mi propia sombra. Al llegar a la entrada, con escalofríos inquietantes recorriéndome, un vampiro pálido me sonrió.

—¿Cuál es su nombre, joven? —preguntó al tiempo que sostenía un pergamino dorado.

—Moore —revelé—. Angelique Moore.

Sin consultar la lista de invitados, sonrió aún más ampliamente, asintió y se apartó para dejarme entrar.

—Diríjase a la mesa principal, los Ravenwood la esperan —indicó—. Están ansiosos por conocerla, señorita. Cuando distinga a la familia de rostros pálidos con vestimenta negra, sabrá de quiénes hablo.

Al ingresar, descubrí un salón gigantesco amueblado con mesas de fiesta, ceniceros de oro, copas de cristal y comida suficiente para un ejército.

¡Qué irónico! Como si necesitáramos comida.

Vampiros de belleza deslumbrante adornaban cada rincón, al tiempo que camareros distribuían licor y copas con sangre.

En el centro, divisé una mesa alargada con unos doce puestos ocupados por hombres, mujeres y niñas de palidez mortífera, todos vestidos de negro. Debían de ser los Ravenwood.

Con inseguridad, me dirigí hacia ellos. Había dos parejas que aparentaban tener entre dieciocho y veinte años, así como ocho chicas con vestidos góticos, de edades entre cinco y quince años, con pieles traslúcidas y ojos rojos.

Aterradoras.

En ese momento me di cuenta de que prefería a los vampiros jóvenes y bronceados como... no lo sé... Joe, quizás, con su piel dorada y sus mejillas y labios sonrojados. Eso era mucho mejor que estos seres del infierno.

—¡Buenas noches! —me saludó cordialmente un hombre junto a su posible esposa, puesto que llevaban anillos en conjunto—. Debes ser la señorita Moore, es un placer conocerte.

Nunca me había sentido tan cohibida como en ese instante. El sujeto extendió su brazo para darme un apretón de manos; las suyas estaban frías.

—Igualmente —correspondí con una sonrisa tenue.

—Estábamos ansiosos por verte, Edmond nos ha hablado mucho de ti —continuó con excesiva amabilidad.

—¿Edmond? —balbuceé, atragantada—. Él... ha sido él...

No logré concluir mi frase sin sentido.

—No te asustes, querida —trató de tranquilizarme el apuesto chupasangre—. Soy Jonathan Ravenwood —señaló a la mujer a su lado—, y ella es mi esposa. Este es mi yerno. —Apuntó hacia el único hombre además de él en la mesa—. Y todas ellas son mis hijas. —Hizo un gesto hacia las jóvenes y niñas que lo rodeaban—. Edmond es uno de mis hermanos, al igual que lo era Bartholomeo. Pero, no te preocupes, no ha sido ese pequeño el que te ha invitado, ni ninguno de nosotros. Aun así, anhelaba conocerte. Y todo lo que puedo decir es que estoy encantado... fascinado con tu insignificante presencia.

Levantó mi mano, aún dentro de la suya, y me dio un corto y frío beso en la parte trasera de mi palma.

—Gracias, es un honor, también estoy... —¿Aterrada? Pensé, tratando de mantener la sonrisa en mi rostro—. Encantada.

Todavía mostrando sus perfectos dientes, dejó ir mi mano y besó a su esposa.

—Ve a divertirme, cara mia.

Esa pareja parecía demasiado joven para tener tantos hijos y tan mayores.

Todos en la familia estaban esbozando una perfecta sonrisa, equipada con letales colmillos. Me observaban como si quisieran darme un buen recibimiento, pero su calidez era tan apócrifa y forzada que resultaba escalofriante.

Me alejé de ellos después de hacer una reverencia cortés, y cuando estuve lo bastante apartada como para permitirme respirar, pensé en la estúpida pregunta que olvidé hacer:

¿Quién me ha invitado a esta vampírica celebración?

La música clásica resonaba entre las paredes y el aroma era fresco. A diferencia de los lugares atestados de humanos, donde solía oler a sangre comestible, sudor, cigarrillo, alcohol y sexo; en este ambiente, el aire tenía un atípico olor a rosas, diferentes perfumes costosos y cocteles de frutas. ¡Bastante grato!

Cada vampiro estaba ensimismado en su grupo de conversación; ninguno se detenía a admirar los alrededores tal y como yo lo hacía. Solo en ocasiones se volvían para mirarme franquear el lugar.

Sin saber qué hacer ni adónde ir, caminé desorientada hacia un pasillo en el que entreví dos puertas de caoba con el símbolo representativo de los baños. Entré al de mujeres, verificando que se encontrara vacío.

Me miré al espejo. Podía pasar toda la noche allí sola, contemplando mi inocente reflejo. Casi parecía tan buena... Me acerqué más al vidrio y saqué de mi bolso en forma de sobre mi clásico labial rojo. Tan pronto como empecé a delinear el borde de mis labios, apareció en el reflejo la última persona a la que quería ver.

—Rojo —dijo Deborah a mis espaldas—, a Joe solo le gusta porque yo lo utilizo.

Detuve mi mano a mitad de la aplicación del labial y puse los ojos en blanco, sintiendo cómo la ira me inundaba hasta ahogarme.

La vampiría meneó su larga cabellera antes de reclinarse sobre la barra del lavamanos.

Maldita mujer anciana con medidas perfectas y curvas tan cerradas como las de una carretera...

Era toda una zorra en traje de diablo, con colmillos y mirada asesina. Ella extrajo de su diminuto bolso un lápiz labial escarlata.

¡Bueno! Entonces era cierto. Utilizaba el mismo tono.

Ladeé la cabeza con malicia y esboqué una sonrisa desafiante a su reflejo en el espejo. Yo también podía ser tan sanguinaria y malévola como esa arpía. Era mi turno de mostrar mis garras, o colmillos. Solo quedaba ponerme manos a la obra después de que esa prostituta barata me dejara claro lo buenas amigas que podríamos ser. Había insinuado una competencia por el hombre trofeo, Joe, convirtiendo la situación en un juego de "¿Qué estúpida caerá más rápido en sus brazos?".

No es que quisiera reclamarlo como premio, pero disfrutaba coquetear con la idea de la victoria, sobre todo si eso enfurecía al resto de las participantes.

—¡Curioso! —murmuré con una expresión sarcástica y una tonalidad venenosa e inocente a la vez—. Juraría haber escuchado a Joe decir que prefiere el rojo en mis labios.

Guardé mi barra de labios en su estuche y me di la vuelta para retirarme. Apenas tuve tiempo de colocar mi mano en el pomo de la puerta cuando sentí un frío metal tocando mi cuello. Una daga.

—Querida, debes entender que Joseph Blade es mío —declaró, apretando el filo con más fuerza sobre mi garganta.

—No he dicho que no sea tuyo. Sin embargo, él no parece estar al tanto. Cada vez que te das la vuelta, cae rendido a mis pies.

Angelique, ¿qué estás diciendo? Esta mujer podría rebanarte la piel en un abrir y cerrar de ojos. Me dije, afligida.

Ella largó una pérfida carcajada.

—Pobre niña —escupió con soberbia—. ¿Sabes que podría matarte ahora mismo? No estoy sosteniendo un cuchillo de juguete, es de plata. Podría enviar tu cuerpecito infantil a un cementerio si lo deseara, pero te daré una advertencia: aléjate de él.

Me tensé al sentir el filo punzante presionando mi cuello hasta lastimarme. No obstante, aunque muriera ahí mismo, necesitaba ponerla en su lugar, que se revolcara en su propio infierno.

—¡Oh! Pero si no estamos en un concurso de belleza —respondí con acrimonia—. Es más bien una competencia para ganar al chico hermoso que acompaña a Barbie en su caja. ¿Cuánto tiempo estuve equivocada de concurso?

Deborah soltó una maldición entre dientes.

—¡Qué dulce! ¿Crees que eres competencia para mí? Joseph ya es mío.

Estallé en carcajadas.

—¿Le gustan los vejestorios y perras de burdel? Entonces has ganado, felicidades —me mofé.

Ella me agarró del hombro, dándome la vuelta para propinarme una fuerte bofetada que me arrojó al suelo. Con la mano extendida sobre mi mejilla, solté un quejido agudo de dolor. Sus largas uñas me habían hecho rasguños profundos a lo largo de la cara. Y, ¡oh!, estaba sangrando.

—¡Cielos! Te ves como mujer, pero golpeas como hombre —gruñí, sin mostrar cuán adolorida me encontraba.

Una vez que me levanté, contemplé mi reflejo en el espejo, horrorizada por la sangre que

manchaba mis labios y mejilla.

—Destrozaré esa carita de muñeca de porcelana que traes, y Joe jamás volverá a mirarte, ¡zorra! —La diablo me sujetó del cabello, tirando de un puñado de mechones castaños entre sus dedos.

Largué un corto chillido poco audible.

—¡Anda! Haz lo que quieras, bruja —le ultrajé más seriamente—. No te tengo miedo, puedes hacerme lo que quieras. No creas que voy a salir huyendo porque me has golpeado o amenazado con tu navaja de plata. No pienso esconderme de ti, ni hacer nada de lo que me digas.

—Puede que no te importe lo que pueda hacerte a ti, pero sé que te importará si le hago daño a él —manifestó la víbora antes de soltarme—. No pienses que no soy capaz de lastimarlo. Si no es mío, no será de nadie.

Abrí la llave de agua del lavabo y comencé a limpiar las heridas en mi rostro, quitándome el maquillaje en el proceso y manchando de sangre la cerámica blanca. Petrificada, observé mi reflejo al tiempo que ese líquido carmesí corría por el desagüe.

Deborah agarró su bolso y se encaminó hacia la salida.

—Adiós, querida, lamento haber arruinado tu maquillaje —se despidió de manera vil—. ¡Ah! Por cierto, he sido yo la que te ha invitado.

Una vez que salió por la puerta, tomé aire profundamente. Aguardé unos minutos, conteniendo la furia, y luego me marché, todavía ensangrentada. Mientras atravesaba el salón principal, todos los vampiros se giraron instintivamente al olfatear mi sangre. Estaba a punto de llegar a la salida cuando Jonathan Ravenwood se interpuso en mi camino.

—Te llevaré a casa —se ofreció inesperadamente—. Para mí es una vergüenza que te haya sucedido esto en mi fiesta. Déjame compensarte.

Sin dirigirle la palabra, negué con la cabeza antes de continuar caminando con atolondradas zancadas.

Aturdida, tomé un taxi afuera y regresé a casa con esos horribles arañazos en el rostro.

Al entrar, noté que todo estaba oscuro. Lancé mis cosas sobre la mesa, me senté en el sofá y me quité los zapatos.

—¿Qué estás haciendo aquí tan pronto? —Adolph emergió de las sombras y advirtió mi mejilla magullada—. ¡Mierda! Siento mucho haberte hecho ir a ese lugar. ¿Quién te ha hecho eso?

—Esa diablo... —musité con odio.

Adolph intentaba reprimir una carcajada.

—Haré responsable de esto a Joe —contestó, le estaba costando horrores no reírse de mí—. Al menos dime que tú has ganado. ¿Le diste una paliza?

Lo aniquilé con la mirada.

—No es gracioso —protesté antes de ponerme de pie—. Ni siquiera la golpeé, pero de seguro le ha dolido todo lo que dije. Ha de estar ahogándose con su propio veneno.

Adolph rodeó mis hombros con su brazo.

—Mucho mejor así. Aunque habría sido interesante darle una paliza, recuerda llamarme la próxima vez que tengan un enfrentamiento. —Se rio—. Solo bromeo, pero ¿quién va a curarte ahora? Tú eres la enfermera aquí.

—Se curará solo. Estoy bien —respondí con desgana.

Al girarme para irme, noté que Joe salía de su habitación. Cuando vio mi rostro lacerado, hizo una expresión de desagrado.

—Dejé claro que no era buena idea que Angelique se fuera sola —se quejó con Adolph antes de dirigirse a mí—. ¿Quién te ha lastimado?

Las comisuras de mis labios se elevaron en una satírica sonrisa.

—Adivina.

—Deja los rodeos, dime quién fue y lo asesinaré —sentenció Joe, cargando amargura en su voz.

Me reí a carcajadas y, a mis espaldas, también atendí a la risa discreta de Adolph.

—Eso quiero verlo —me regodeé—. Dime, ¿ya has decidido golpear mujeres? Sería un espectáculo ver cómo acabas con esa diablo.

De repente, Joe se mostró estupefacto.

¿Qué pasa? ¿No te lo esperabas, cariño? Quise decir, pero Adolph hizo su jugada para tratar de poner fin a la discusión.

—Joe, ¿has visto mi jersey?

¡Qué mal intento de apagar el fuego de un futuro altercado!

Me regocijé al ver la expresión atónita de Joseph. Podía apostar a que había pensado que su diablo era una dulce angelita caída del cielo, incapaz de cometer tales actos.

—No —le contestó a Adolph, sin siquiera haber escuchado la pregunta. Me miró fijamente—. ¿Deborah te hizo esto?

—¿Te sorprende? ¿Aún no te has enterado de que no es más que una perra?

Su rostro perplejo indicaba que no podía creerlo. ¿Tan ciego estaba por esa mujer?

—Yo... aún me cuesta asimilarlo —murmuró.

Lancé un resoplido, absolutamente decepcionada. Debí prever que no me creería. Indignada, hice ademán de marcharme, pero Joe me sujetó del brazo.

—¡Espera! —exclamó—. ¿Cómo pasó?

—Joe, ¡no lo sé! ¡Corre a preguntarle a ella! Seguro que te dirá la verdad porque, claro, es todo un ser de luz. Sería incapaz de lastimarme. Es una mujer maravillosa. ¿Por qué no se casan? Hacen una pareja perfecta, ambos son tan sucios y repugnantes... —repuse con acritud.

—Iré a hablar con ella —rebatí, recogiendo su abrigo del perchero antes de dirigirse a la salida—. Adolph, aquí está tu jersey.

—Sí, vete a besuquearla para recompensar el trabajo que hizo rompiéndome la boca.

—Voy a decirle que te deje tranquila.

—¡Qué lástima! Por un momento pensé que la ibas a eliminar. ¿No era eso lo que habías dicho que harías con mi agresor? —continué de forma mordaz—. Espero que no vuelvas.

—No te lleves el auto —le advirtió nuestro líder.

Después de que el vampiro se hubiera retirado rápidamente, me dispuse a irme, pero antes de que pudiera moverme, Adolph me detuvo.

—Angelique —dijo en tono paternal—. No permitas que los celos acaben con lo que tienes con Joe. Sé por experiencia que los celos son un veneno letal para el corazón. Los dos sufrirán mucho cuando terminen alejados y amándose. Porque todo lo que existe en este mundo es finito y posible de destruir, excepto el amor.

—¿Por qué me estás diciendo esto?

—Tú y Joe están enamorados y se han sobrepasado provocándose celos. Lamentarán el día en que tengan que vivir con ese dolor permanente en el pecho, mientras siguen adelante a pesar de las heridas.

Después de un breve instante de reflexión, refuté sus palabras:

—Adolph, estás equivocado. Él no está enamorado de mí, está enamorado de ella. ¿Y sabes qué más? Ya ni siquiera me importa.

Pasada la medianoche, mi cumpleaños llegó a su fin. Había recibido dos obsequios: una paliza y una rosa que se marchitó al instante. Nunca había tenido un cumpleaños tan desolador.

Recostada en el sillón de la sala, con el control del televisor entre mis manos y abrigada con cobijas, cerré los ojos, esperando sumirme en un sueño profundo y olvidar todo. Hasta que distinguí los pasos y el aroma de Donovan en la proximidad.

—¿Duermes? —me interrogó. Abrí los ojos y sacudí la cabeza—. Ya lo sabía.

Del otro lado de la puerta de entrada, se escuchó el tintineo de unas llaves. Joe había regresado.

—Bésame, Donovan —le rogué entre susurros, sabiendo que entraría en cualquier momento.

Sin dudarlo, me sonrió y tomó mis manos para ayudarme a ponerme de pie. Dejé caer al suelo las mantas al tiempo que cerraba los párpados, esperando el contacto con sus labios. El Succubus me apretó contra su cuerpo antes de tomar mi boca. Consciente de que Joe acababa de ingresar a la sala, puse los brazos alrededor del cuello de Donovan mientras le devolvía el beso.

Eso tenía que dolerle...

Sin interrumpirnos, Joseph se alejó hasta que dejé de percibir su olor, momento en el cual desistí de besar a Donovan.

—No —se negó el Succubus a mi rechazo—. No te irás ahora que me has utilizado. Nadie me utiliza. Tendrás que ofrecerme algo a cambio del favor que acabo de hacerte.

—¿Qué es lo que te pasa? ¡Ya puedes soltarme, enfermo!

Pero Donovan hizo lo contrario. Me sujetó con más fuerza y empezó a besar mi cuello. Me resistí, tratando de empujarlo o gritar. Sin embargo, me cubrió la boca con una mano mientras con la otra intentaba subirme el vestido. Acto seguido, golpeé su entrepierna con mi rodilla, lo cual lo obligó a soltarme. Se dobló adolorido, sin aliento.

—Desgraciado —jadeé, poniendo distancia entre los dos.

—Ven aquí.

Tan pronto como se recuperó, me agarró de la muñeca e inesperadamente me propinó una bofetada en la misma mejilla donde Deborah me había golpeado.

—Me golpeaste, maldito —balbucí, horrorizada.

Cuando me eché a correr, me dejó huir. Sabía que había demasiadas personas en casa como para intentar algo más. Y ya me había golpeado.

Al transitar por el pasillo, descubrí la puerta abierta del dormitorio de Joseph. Sin poder evitarlo, me detuve para observar lo que el vampiro hacía. Tenía el rostro enrojecido y una expresión de frustración mientras guardaba todas sus pertenencias en su inconfundible mochila negra. Supe al instante que se había dado cuenta de que lo estaba contemplando desde el umbral.

—¿Qué sucede? ¿Peleaste con tu amorcito? —refunfuñó sin mirarme, al tiempo que empacaba sus cosas.

—Algo así —dije con frialdad e indiferencia antes de entrar—. ¿Qué estás haciendo?

—Empacando —espetó, como si no quisiera hablar.

—Gracias por la aclaración, Mr. Obvio —solté irónicamente—. Quiero decir, ¿por qué diablos estás empacando tus cosas?

Joe permaneció en silencio durante numerosos segundos. Entretanto, no pude evitar admirar

su belleza y los músculos tensos bajo su ropa. Su fragancia impregnaba todo el cuarto y cada inhalación de su exquisito perfume, me embriagaba como si fuera una droga.

¡Dios! Esos labios.

No, no debes pensar en sus labios.

¡Cielos! Me dolía no poder estar entre sus brazos, dolía que estuviera tan cerca y, al mismo tiempo, tan distante. Me dolía que fuera tan perfectamente hermoso.

—Me voy —explicó finalmente—. Dejaré el clan. No soporto estar aquí más.

Sentí que se formaba un nudo en mi garganta.

—Quieres decir que... —vacilé, asombrada de lo que acababa de escuchar—. ¿Te irás? ¿Dejarás de vivir aquí?

—Sí. No volverás a verme, eso debe hacerte muy feliz.

—Pero... ¿por qué?

Por primera vez desde que había entrado a su dormitorio, me miró a los ojos. Cuando se acercó y sujetó mi mentón entre sus dedos, me estremecí.

—No puedo más —confesó—. Ya no soporto tener que verte besándolo. Siento que debo alejarme de ti para siempre.

—No tienes que irte por mi culpa, Joe —dije con seriedad y miedo. Miedo de perderlo—. Tú estuviste aquí primero; si alguien tiene que irse, seré yo.

—No digas tonterías. ¿Tienes idea de lo que eres? No tienes experiencia siendo vampiro. ¿Sabes lo peligroso que es que una novata como tú esté sola vagando por el mundo? —aproximó sus labios mucho más a los míos, sus palabras rozaban mi piel—. Ya he tomado una decisión y nada me hará cambiar de parecer. A partir de ahora, andaré solo.



CAPÍTULO 19: LUNA LLENA

—No me mientas, Joe —le supliqué—. Te irás con esa mujer. Quieres marcharte para ser feliz con ella sin que esté en medio de ustedes. Dime la verdad, podré superarlo.

—No comiences con eso, Angelique —refutó—. Déjame olvidarte. Solo quiero alejarme y perderme.

Sin doblar siquiera su ropa, lanzaba con arrebato sus camisas y pantalones dentro del bolso. Mi cabeza daba vueltas y mi corazón se sentía afligido. El impulso incontrolable de querer llorar se hacía cada vez más difícil de reprimir.

¿Iba a marcharse realmente?

¡Oh, Dios!

Ni en mis peores pesadillas pensé que actuaría de esa manera. Siempre imaginé que estaría ahí, sin importar lo que pasara entre nosotros. No sabía que nuestras acciones acabarían haciéndonos daño a ambos. Prefería tenerlo a mi lado, peleando conmigo mientras nos maldecíamos y nos seducíamos mortalmente, antes que tenerlo lejos, sabiendo que estaría con otra.

No podría soportar su partida.

Empecé a considerar lo mucho que necesitaba que se mantuviera junto a mí y todo lo que iba a echar de menos de él. Sus labios, su cuerpo, esa preciosa sonrisa sesgada en su boca, cada vez que me sobre protegía y cuidaba de mí...

Extrañaría esos ojos grises que llameaban la mayoría del tiempo. Y la forma en la que me hacían el amor con solo mirarme. Echaría de menos su humor picante, la sensación de sus manos palpando mi cuerpo, su ardiente lengua besándome, sus brazos envolviéndome, su succulento aroma, su comportamiento vanidoso y presumido... También sus caricias, sus celos, sus agasajos y sus besos.

No... no podría sobrellevar que me abandonara. Era adicta a él, totalmente dependiente. Podría morir sin mis dosis frecuentes de Joe.

Lo necesitaba, lo amaba. ¿Cómo era capaz de partir así? ¿Ni siquiera iba a extrañarme? ¿Dejarme era tan fácil para él?

En ese instante, experimenté un incomprensible dolor físico por todo el cuerpo. Era como si me quemara por dentro. Me dolía, me estaba haciendo daño.

Lo único que deseaba en ese momento era refugiarme en el pecho de Joseph y llorar. Busqué silenciosamente sus ojos, consciente de que mi mirada estaba vidriosa por las lágrimas que luchaba por retener.

No llores, Angelique, me exigí en mi mente.

Cuando por fin volvió a verme, me permití respirar. La proximidad de sus labios me hacía trepidar y me provocaba escalofríos en todo el cuerpo.

Sabía lo que debía hacer si quería mantenerlo conmigo: pedirle perdón. Abrazarlo e implorarlo que se quedara. Debía confesarle todo lo que Donovan me había hecho y cuánto realmente detestaba a ese malnacido malcriado. Tenía que bajar la guardia y rendirme si realmente quería tenerlo a mi lado, pero no podía. Mi estúpido orgullo, aunque lo intentara, impedía que las palabras salieran de mi boca.

Sentí cómo mi pecho se expandía y contraía al ritmo de mi respiración agitada mientras el calor de su cuerpo me debilitaba.

—Sí, lo mejor será que te vayas —fue lo que salió de mi boca.

Y me arrepentí enseguida, pero era demasiado tarde. Todo estaba dicho.

Sin previo aviso, Joe se aferró a mi rostro y me besó.

¡Joder! Cada vez parecía besar mejor. Y ya era increíblemente difícil superar la excelencia de sus besos. Solo él podía superarse a sí mismo. Mi cuerpo se sentía envuelto por llamas, mi piel ardía. Sus labios me convertían en su pequeña y débil presa, su lengua se movía con pasión. Desenfrenada, respondí a su beso, rodeando sus hombros con mis brazos. No quería dejarlo ir, quería tenerlo unido a mi boca el resto de mi vida.

Para siempre.

Pero algo en ese beso me hizo sentir que sería el último. Era un beso de despedida. Entonces cada contacto comenzó a volverse más doloroso y placentero al mismo tiempo. Lo abracé con fuerza, como nunca antes, enterrando mis dedos en su musculosa espalda.

Tan pronto como abandonó mis labios, compartimos una mirada de anhelo y volví a besarlo con desesperación.

No me dejes, por favor, le rogué en mis pensamientos.

Era muy duro apartarme de su boca sabiendo que se iría y que yo me echaría a llorar en cuanto lo viera esfumarse.

—Te amo —murmuró entre jadeos mientras recuperaba el aliento perdido.

Era hermoso verlo así, jadeando agitado, con los labios hinchados y enrojecidos por devorar mi boca. Tenía el cabello desordenado y las mejillas ruborizadas, lo cual le daba un aire infantil, casi angelical.

La ama a ella, no a mí, me convencí, sintiéndome a cada segundo más atormentada y descorazonada.

—Yo también te amo, te lo juro. Joe, te lo estoy jurando —susurré con angustia, cerrando mis puños en su camiseta.

Él sonrió, siempre lo hacía. Pero ahora su sonrisa era débil y desconsoladora. Limpió con sus dedos el labial corrido en mi barbilla antes de darme otro beso corto e incitante.

—Sé que estarás bien sin mí —afirmó.

Era otra gran mentira, jamás podría estar bien sin él.

—Joe, por favor dime que no la amas y me tendrás rogándote que te quedes —admití, angustiada.

—No la amo —aseveró—. Pero no puedo dejarla.

Sentí que me derrumbaría, que acababan de apuñalarme.

—¿Por qué? —mi voz salió a duras penas.

—Angelique —enunció—, me he vendido a esa mujer. Hace mucho tiempo le pertenezco. Es por eso que estoy atado a ella.

—¿Qué quieres decir?

—Exactamente eso. Me vendí. Juré que haría lo que deseara si me sacaba de la cárcel y me convertía en vampiro —aclaró antes de largar un suspiro de cansancio—. Sí, hace menos de un año, me encontraba preso.

—¿Cómo es eso posible? ¿Por qué estabas en prisión?

—Siempre fui un rebelde. Desde que llegué a esta ciudad comencé a salir de fiesta muy seguido y desarrollé un gusto especial por la vida nocturna. La pasaba realmente bien, hasta que descubrí la existencia de los vampiros. Y me obsesioné con ser uno de ellos. Empecé a juntarme con clanes de vampiros peligrosos y criminales del bajo mundo. Bebía, robaba, fumaba... Era un delincuente capaz de dar la vida por convertirse en un chupasangre. Deseaba más que nadie ser lo que soy.

Hizo una pausa, aguardando mi reacción, como si esperara que lo juzgara. En su lugar, permanecí en silencio.

—Un día fui traicionado por la pandilla de vampiros con la que andaba. Ellos irrumpieron en mi casa y asesinaron a mi familia. Todo fue mi culpa. —Su mirada se oscureció—. En busca de venganza, mi hermano y yo nos unimos a los cazadores. Cuando Christian creyó que había muerto, aproveché la oportunidad para alejarme y hacer lo que realmente me gustaba... estar con vampiros. Después de varios crímenes absurdos, como hurto o posesión de armas, la policía me atrapó. Y estaba hundiéndome en mi propia miseria en esa maldita celda. Había perdido a mi familia por mi culpa, había hecho daño a muchas personas, había colaborado con vampiros en asesinatos, me había apartado de mi hermano menor y lo había dejado solo, batallando contra el mundo. Lo único que deseaba era morirme —la forma en la que su voz se quebró me dejó ver cuán afectado estaba—. ¿Entiendes que soy el único culpable de que todo lo que he amado se haya esfumado?

Mi pecho dolió al imaginarme el sufrimiento que debía estar sintiendo en su alma. La culpa.

—Creí que ser un vampiro limpiaría un poco mi conciencia, porque la vida humana o sus problemas comenzarían a parecerme más insignificantes. Después de todo, no te preocupan los sueños y aspiraciones de un trozo de carne en tu plato —explicó con calma—. No sé si funcionó, pero definitivamente me volvió más insensible. Sin embargo, todo el tiempo las voces de los que dañé me persiguen, me atormentan. No de los que maté para alimentarme, sino de los que me amaron y confiaron en que jamás los lastimaría —se detuvo por un instante antes de continuar—. Deborah me encontró en mi peor momento y se aprovechó de mi agonía para seducirme. Caí rendido a sus pies, creí amarla. Me prometió que me sacaría de prisión y me convertiría en vampiro si me entregaba a ella en cuerpo y alma. Por lo que, no solo mi cuerpo le pertenece, sino también mi alma. —Acaricié mi mejilla con sus nudillos suavemente—. Lo siento mucho.

Mi corazón dio un vuelco, saltándose un latido.

—Entonces, ¿te irás con ella? —murmuré, casi temblando.

Asintió.

—Perdón —se disculpó una vez más—. Prométeme que estarás bien.

No podía prometer algo que sabía que no podría cumplir.

—Vete —le ordené después de un largo silencio.

Joseph nunca hacía lo que le ordenaban. Sí le decía que se fuera, quizás podría retrasar su partida.

Su sonrisa se hizo más amplia, dejando ver un toque de picardía. Había comprendido mi intento por retenerlo.

De todas formas, no salió como esperaba.

Se apartó de mí después de cerrar la cremallera de su mochila, la cual arrojó sobre su hombro antes de abandonar la habitación.

—¡Que sean felices! —vociferé, siguiéndolo a través del pasillo. Mi voz hacía eco entre las paredes.

Estaba furiosa por su partida.

Él simplemente me ignoró. Siguió su camino como si mis palabras no le afectaran.

Al perseguirlo, luchaba por tragar el nudo en mi garganta y contener el llanto. Cuando llegué al salón, lo hallé debajo del umbral de la entrada. Se volvió hacia mí y me vio agitada por haber corrido tras él, al borde de perder el control y sollozar. Sin decir nada, me ofreció el llavero con su conjunto de llaves.

—Aquí tienes —indicó. Cerré el puño con fuerza alrededor de estas—. Así te aseguras de que no volveré.

Un torrente de lágrimas amenazó con escapar, y supe que ya no podría ocultarlas.

—¡Vete! —grité, empujándolo fuera. Mi voz sonaba quebradiza y endeble—. Lárgate de una vez.

Cerré la puerta con prisa para evitar que viera mi llanto. Apoyé la espalda contra la misma y comencé a sollozar en silencio, tratando de que no me escuchara. Porque sabía que aún estaba del otro lado. Mi espalda se deslizó a lo largo de la madera hasta que estuve sentada en el suelo. Rodeé mis rodillas con mis brazos y continué gimoteando quedamente hasta caer dormida.

—¿Pequeña? ¿Te encuentras bien? —la voz de Adolph me sacó del sueño, retumbando en mis oídos.

Cuando abrí los ojos, me sobresalté al escuchar los gritos provenientes de la cocina. Llegué rápidamente a la escena luego de que Adolph me ayudara a ponerme de pie.

Nina se encontraba en un rincón con los ojos bien abiertos mientras su novio sostenía a Donovan desde la camisa. Justo después, lo golpeó con su puño en el estómago, provocando que el Succubus soltara un gemido.

—Eso es para que te quede claro que aquí no atacamos a las mujeres. ¿Qué clase de enfermo eres? ¡Basura! —gruñía el Zephyr con los dientes apretados—. No volverás a tocar a Angelique, ¿de acuerdo?

Con una expresión de miedo, Donovan asintió. Alan lo dejó caer al suelo y después lo pateó en un costado.

—Lárgate de aquí, rata —le exigió Adolph.

El bastardo de Donovan ni siquiera podía levantarse por lo adolorido que estaba.

—¿Qué esperas? —insistió Alan con furia—. ¿No vas a marcharte?

Esforzándose por respirar, se movió lentamente para erguirse. Alan volvió a golpearlo,

dejándolo nuevamente tendido en el suelo.

Se lo merecía.

Molesto, el Zephyr lo sujetó de la ropa y lo alzó al ver que no lograba ponerse de pie por sí solo.

—Vamos, fuera de aquí.

Donovan pasó por mi lado.

—¡Putas, serás mía! —Se inclinó para susurrarme al oído, a pesar de que sabía que todos podrían oírlo.

Adolph lo agarró del cuello y lo expulsó de casa a patadas.

Una vez que todo se quedó en silencio, Nina suspiró.

—Parece que ahora somos solo cuatro —comentó—. Admito que todo será más aburrido sin Joe aquí —largó un resoplido—. A Donovan no voy a extrañarlo, ¿quién se cree ese imbécil para violentarte?

Encogí los hombros, aún aturdida.

Alan se acercó a la chica y la besó con ternura, mientras Adolph me brindaba un abrazo reconfortante.

—No bastaba con las feas marcas que te dejó Deborah en la cara, también llega este sucio Succubus a golpearte. ¿Te ha lastimado?

—No tanto.

Joe me ha lastimado más, dije en mi mente.

¡Maldición! Alan ha de haber escuchado.

—Gracias por todo esto, chicos. Aprecio mucho cómo me cuidan. Pero ahora... quiero descansar un rato.

Regresé a la sala principal y me dejé caer en el sofá.

Me sentía sola y abatida, con el deseo incesante de seguir llorando. Lo peor era que Joe era la causa. Lo extrañaba, lo quería conmigo.

Después de un rato, Nina se hizo un espacio a mi lado en el sofá. Como me encontraba hecha un ovillo cerca de sus piernas, comenzó a acariciarme el cabello. Un gesto que solo haría una amiga para consolar a otra. Ella entendía que no me sentía bien.

—Angelique, ¿quieres salir esta noche? —me propuso amablemente. Cuando negué débilmente con la cabeza, insistió—: Anímate, podrías conocer a unos cuantos vampiros atractivos.

Cubrí mi rostro con un cojín.

—¡Vamos! —se unió Adolph, intentando convencerme—. Iré a comprar motocicletas. Si vienes, te dejaré elegir una para ti.

¿Joe se fue para siempre? Era lo único en lo que podía pensar.

—Volverá. —Me conmoví al escuchar que Alan me contestaba—. No puede vivir sin ti.

Bajo el manto de la luna, los vampiros se preparaban para surcar la ciudad en sus lujosas motocicletas, envueltos en cuero y ansiosos por hundir sus colmillos en el cuello de algún mortal indefenso. Estaban listos para hacer correr sangre en los lúgubres callejones de Manhattan.

—Ven con nosotros —me invitó Nina por quinta vez. Una sonrisa juguetona iluminaba su rostro.

—Está bien —accedí finalmente—. Pero con una condición... Deben permitirme acabar con todos los tragos del lugar.

Ella me miró con astucia.

—Como quieras. —Se rio—. Estaré vigilando que no cometas locuras.

Ataviada con unos jeans rotos, me subí a la motocicleta; Alan rápidamente me ajustó un casco.

—¿Has conducido antes una de estas? —preguntó Adolph.

Asentí.

—A los dieciséis años escapé de casa con mi amigo Liam en una igual —revelé.

Todos subieron a sus respectivas motos. Encendí el motor de la mía, agarré con fuerza el manillar y, cuando aceleraron, salí disparada detrás.

Franqueamos las avenidas a un ritmo frenético; solo escuchaba el rugido de los motores y la brisa golpeándome el rostro. La velocidad me llenaba de adrenalina mientras mi chaqueta de cuero ondeaba tras mi espalda. Todo parecía más oscuro a través del visor del casco y las puntas de mis dedos se enfriaban debajo de los guantes.

Por primera vez desde que me uní a esa pandilla de chupasangres, no llevaba zapatos de tacón. Mis pies estaban enfundados en unas botas de cuero imponentes. Me veía letal. Y lo era.

El viejo cabaret en el que aparcamos estaba abarrotado de personas y vampiros. Apagué el motor, descendí de la máquina y me quité el casco.

Los chicos permanecieron a mi lado durante toda la noche. Traté en lo posible de esbozar una sonrisa para no hacer notar mi mal humor. Me senté en la barra del bar, degustando tragos, cócteles y licores, sin interesarme siquiera en la sangre o en los humanos. Hasta que vi la musculosa espalda de un hombre de cabello negro. Era tan atractivo desde atrás que apenas podía imaginar lo hermoso que sería su rostro. En ese instante, se giró y me miró fijamente.

¡Oh, no!

—¡Nina! —la llamé en un grito ebrio—. Dime que pusieron algo en mi bebida y que estoy alucinando. Dime que no es Joe el chico que está observándome y... acercándose.

—Estás completamente borracha, pero aún no estás alucinando. Es Joe quien viene hacia aquí.

También debo estar escuchando mal, no puede ser Joe.

Pero él se aproximó y su presencia era inconfundible. No podía ser otro.

—¿Una motocicleta? —le reclamó a Adolph—. ¿De quién fue la idea de darle una motocicleta a Angelique? De verdad, esta chica es peligrosa con un alfiler en las manos. Será un caos montada sobre ese vehículo de alta velocidad.

Me esforcé por pensar; *¿Una motocicleta?*

¿Eso era lo que le interesaba?

Tuve que procesar sus palabras antes de darme cuenta de que estaba preocupándose por mí. Pero... ¿no se suponía que no debíamos volvernos a ver?

Los chicos respondieron a Joe con palabras que no tuve interés en escuchar, seguía estupefacta.

—Y, ¿qué es esto? —Él me arrancó la copa de las manos—. ¿Cuántos cócteles se ha bebido? ¿Seis o siete copas? Seguramente ya está viendo borroso. ¿Piensan dejar que conduzca así?

—Joe —objeté—. ¿Por qué estás aquí? Me prometiste que no volvería a verte. ¿Ni siquiera me darás tiempo de extrañarte?

Era tan doloroso mirarlo... Era perfecto. Mis labios ardían de necesidad.

—Sí, debo dejar de frecuentar estos lugares —se excusó.

—Parece que has dejado a Deborah en casa —le dije con una aguda nota de malicia al notar su ausencia.

—Es perfecto —respondió Joseph, sonriendo con suficiencia y viéndome con esos ojos plateados—. Porque veo que tampoco has traído a Donovan.

Ninguno de los dos había cambiado.

Dispuesta a retirarme, me levanté de la silla y lo miré por el rabillo del ojo con desdén.

—¿Adónde vas? —me detuvo Adolph.

—A beber sangre —balbuceé sin darme cuenta de que estaba rodeada de humanos que podrían escucharme.

Me adentré en la multitud y, con una copa en mano, empecé a bailar con desconocidos mortales que se embelesaban al verme.

De improviso, advertí que me llamaban mientras sacudía el cuerpo al compás de la música. Cuando alguien tocó mi hombro, me giré por instinto, solo para encontrarme de frente con esa mujer.

Le sonreí de manera arrogante.

¡Y yo que pensaba que Joseph había dejado en casa a la serpiente que tenía de mascota!

—Veo que aún llevas las marcas de mis uñas en tu repugnante rostro de muñeca —siseó Deborah, igual que una víbora.

En un arrebato de furia, apreté la copa en mi mano antes de vaciar su contenido deliberadamente sobre su bonito vestido.

—¡Ups! —me burlé, fingiendo estar avergonzada por lo ocurrido—. Lo siento. Veo que te he manchado un poco. No fue intencional, de verdad.

Ella se quedó boquiabierta, incapaz de creer que su precioso vestido estuviera manchado de color púrpura y que la pequeña Angelique hubiera sido lo bastante atrevida como para responder con la misma cantidad de malevolencia y veneno.

De manera inadvertida, la mujer alzó el borde de su vestido, revelando la línea de sus medias de malla y sacando un pequeño revólver plateado de una funda atada en la parte superior de su muslo. Dejé de respirar cuando levantó el arma y, con una sonrisa páfida, apuntó justo entre mis cejas.

Estupefactas, las personas a mi alrededor se alejaron, gritando de miedo. Percibí decenas de corazones paralizándose de súbito, para luego comenzar a latir a toda velocidad. La música se apagó.

—¿Eres tan valiente ahora? —cuestionó Deborah.

Escuché el chasquido sordo del arma cuando la amartillé. Entretanto, la multitud se arremolinaba alrededor de la escena, formando un círculo, como si estuvieran listos para presenciar un espectáculo. Algunos murmuraban sobre llamar a la policía.

Mi boca se curvó en una sonrisa desafiante.

—Es interesante ver cómo caes tan bajo por la atención de un hombre —contraataqué—. Déjame adivinar, necesitas aprobación masculina para sentirte superior, ¿no es así? ¿Has probado ir a terapia? No deberías seguir humillándote de esta manera.

—¿Qué estás haciendo aquí, Deborah? —oí la voz de Joe detrás de mí.

—Amor mío... ¿qué te parece que hago? —contestó con apatía.

Todo pareció suceder en cámara lenta. De un momento a otro, me golpeó en el rostro con la empuñadura del arma. Lo siguiente que vi fue el suelo mientras un líquido caliente me recorría la frente. Escuché los alaridos de la muchedumbre, sus pasos apresurados y el horrible estruendo

del arma siendo disparada hacia alguna dirección.

Mi visión se volvió borrosa y opaca. Mi cabeza palpitaba con un dolor brutal. Había sangre en el suelo, mi propia sangre. Era cada vez más difícil respirar, un ligero sabor metálico descendió por mi garganta. Jadeé, incorporándome boca abajo sobre mis codos. Quería ponerme de pie, pero todo se volvía más difuso a cada segundo que pasaba.

Deborah me propinó un fuerte puntapié, obligándome a girar sobre mi espalda. Incliné la cabeza hacia atrás en busca de aire mientras esa perra aplastaba su tacón en mi abdomen con mucha fuerza. Su intención era clara: quería acabar conmigo. El entorno estaba empañado por la oscuridad y el humo del cigarrillo, ¿o tal vez era mi visión desvaneciéndose?

Por debajo del bullicio de la multitud, escuché que Joe soltaba un gemido de dolor. Repentinamente, sirenas de patrullas resonaron en el aire.

—Llévatela —ordenó Deborah categóricamente.

Frente a mis ojos, vislumbré la figura de Jonathan Ravenwood. Él me alzó con facilidad mientras intentaba forcejear, pero mi cuerpo estaba demasiado débil. Aunque estaba consciente del peligro, no pude evitar pensar en lo bien que olía ese vampiro. Mi lucidez parecía desfallecer por momentos. No podía distinguir la realidad de mis alucinaciones moribundas.

Ravenwood corría conmigo en brazos al tiempo que Deborah taconeaba a su lado. Las puntas de mis dedos hormigueaban y mis labios trepidaban. Hacía mucho frío. ¿Cuánta sangre había perdido?

Cada vez que el hombre daba saltos conmigo en brazos, mi cuerpo se agitaba. Mis extremidades gélidas colgaban a cada lado. A medida que avanzábamos, más se desvanecía el ruido externo.

—¿D... do... dónde es... está... J...? —fue lo único que logré murmurar.

—¿Joe? —completó mi frase Jonathan.

Asentí después de entreabrir los ojos. Un cielo de un profundo azul oscuro con una enorme luna llena resplandecía tras las cimas de los edificios. Ravenwood cruzaba tejados con la agilidad de una criatura mítica.

Al no obtener respuesta sobre Joe, mis ojos se cerraron involuntariamente. Estaba mareada, con la cabeza adolorida.

Solo escuchaba el aire cortarse debido a la excesiva velocidad a la que se movía el vampiro. Los pasos de Deborah lo seguían de cerca.

Cuando Jonathan saltó desde un rascacielos hasta el suelo, un cosquilleo inquietante inundó mi estómago. En pocos segundos impactamos bruscamente contra el pavimento. A duras penas conseguí separar mis párpados.

Me hallaba en un callejón solitario, tan oscuro y silencioso que no parecía haber señales de vida a kilómetros de distancia.

El hombre me dejó tendida delicadamente sobre el asfalto cuando Deborah emergió de las sombras.

Entonces así se sienten mis víctimas cuando las capturo...

—¿Cómo te sientes, pequeña ramera? —me insultó la mujer.

Me incorporé, descansé una de mis manos en mi cabello y escupí la sangre concentrada en mi boca.

—¿Qué es lo que quieres de mí? —reuní todas mis fuerzas para hablar—. Mátame de una vez si eso es lo que deseas.

—Sí —farfulló lentamente, saboreando la palabra con satisfacción al tiempo que me

apuntaba con su pistola como una profesional—. Quiero sacarte de mi camino, pero no te daré el lujo de un final rápido. Será lento, muy lento. ¿Quién se ríe ahora, niñita?

Mr. Ravenwood retrocedió, se reclinó contra un muro y aguardó de brazos cruzados.

Largué un resoplido. Había un agudo dolor haciendo palpitir mi estómago y mi cabeza aún sangraba.

—Espero que celebres tu victoria —dije con cierta gracia.

—¡Por Dios! ¿Es que acaso no le temes a nada? —intervino Jonathan—. ¿Sabes que su arma está cargada con balas de plata? Eso podría matarme incluso a mí.

La diabla sonrió.

Estaba tan adolorida que veía doble. Aun así, con el arma a pocos centímetros de mi cabeza, lo único que quería era escupirle en la cara a esa mujerzuela. No le temía a la muerte.

Cada minuto que transcurría, mi cuerpo segregaba más sangre. Para este punto, se había formado un gran charco debajo de mí.

¿Acaso aquel disparo me había alcanzado?

Ella se agachó para estar a mi altura antes de presionar el revólver contra mi sien. El metal gélido me causó escalofríos. De repente, golpeó mi abdomen una vez más. Las lágrimas de agonía brotaron. Dolió más de lo que pensé, mi cuerpo apenas podría resistir más. Gimoteé, herida y tiritando.

—Esto, querida amiga —reveló—, es por compartir la cama con mi hombre. Desde que te acostaste con él, lo único que hizo fue rechazarme una y otra vez. No veo la hora de enviarte al otro mundo para que Joe encuentre consuelo entre mis pechos. Pero tampoco puedo esperar para hacerte sufrir hasta que desees tu propia muerte más que ninguna otra cosa en el mundo. Romperé tus huesos uno por uno, y repetiré el proceso después de que hayan sanado. Me divertiré mucho.

—Deborah, termina con esto rápido, quiero su alma. Mi tiempo se agota —interrumpió su hastiado compañero.

¿Quiere mi alma?

A lo lejos, oí pisadas, acompañadas de respiraciones pesadas. Quien fuera, se estaba aproximando a un paso veloz.

—Shh —ella silenció a su pálido amigo—. Ahí viene.

Mi corazón latió con más urgencia. Joe debía estar cerca.

Esperé en silencio hasta que llegó, sin aliento.

—¡Angelique! —jadeó tan pronto como me vio.

Deborah no se movió, continuaba apuntándome con su arma.

—Esto se está poniendo interesante. Los protagonistas de la historia se han reunido —dijo Jonathan riendo—. Cuando me lleve el alma de esta chica, estos dos no volverán a encontrarse jamás.

—No eres solo un vampiro, ¿cierto? —interrogó Joseph con voz afligida.

¿Estaba herido?

Ravenwood avanzó hacia mí.

—Por supuesto que no. Soy un demonio. Necesito un alma ahora o mi vida terminará. Y nadie quiere eso. Tengo tantos años que dudo que puedas contarlos. —El hombre se volvió hacia Deborah—. Querida, ¿podrías torturar a esta niña después de que me lleve su alma? Eso es por lo que me trajiste aquí, ¿verdad?

—¿Podrías aguantar un poco, cariño? —respondió Deborah—. No tiene sentido torturar a

alguien sin alma. No es divertido.

Sin previo aviso, sentí otro fuerte impacto en la cabeza. Me había aporreado de nuevo con su pistola. Sollocé.

—Deborah... —suplicó Joe en voz queda—. Por favor, suéltala. Juro que haré cualquier cosa que me pidas. Me quedaré contigo, pero déjala ir. Ahora. O no responderé de mí mismo. Soy capaz de matarte.

—Mi amor. —Sentía náuseas cada vez que esa mujer lo llamaba así—. Le prometí un alma a este demonio y debo entregársela. Incluso si le permito vivir, se convertiría en un vampiro desalmado. Y eso es mucho peor que estar muerto. Además, sé que mientras ella esté cerca de ti, jamás lograrás olvidarla. ¿No lo entiendes? Ella está entre nosotros, debo apartarla del camino. Tenemos derecho a ser felices. Porque te amo, Joseph.

Mientras agonizaba, ahogándome en mi propia sangre, escuchaba cada palabra atentamente. Puntos negros empezaron a aparecer en mi campo de visión, nublándome los sentidos.

—¡Santo Dios! Ha perdido demasiada sangre, va a morir. Nunca me perdonaría que te pase algo, Angelique. Nunca me perdonaré esto —oí la voz rota de Joe—. Jonathan, si quieres un alma, te daré la mía, ahora mismo. Mi vida y mi alma a cambio de la suya.

Comencé a llorar por lo bajo. No estaba dispuesta a vivir sin Joe.

—Eso suena tentador, necesito una vida ahora mismo. —De forma súbita, Jonathan empezó a reír a carcajadas—. He presenciado tantas veces cómo dan la vida uno por el otro... Pero ahora es diferente, no podrán librarse de esta condena.

¿De qué estaba hablando?

—¡No! —exclamó Deborah en voz alta antes de aproximarse a Joe—. ¿No entiendes que no solamente quiero tu cuerpo? Te quiero a ti, porque me perteneces: tu alma, tu cuerpo... Tu fuego. Eres mío.

—Estás loca, Deborah —le reprochó Joe.

—Joe... —murmuré con esfuerzo.

Necesitaba asegurarle que estaría bien, que no se preocupara por mí.

Él se arrodilló a mi lado. Cuando sus dedos apartaron el cabello húmedo de mi rostro, me hizo temblar y arder al mismo tiempo.

—Nena, te amo —susurró.

Luché por enfocar mi visión y me percaté de que tenía una mano bañada en sangre apoyada en un costado de su abdomen. Había sido herido. Mi pecho se sacudió, mi respiración se agitó. Sucedió cada vez que lo escuchaba decirme te amo. Mi alma se deslizaba hacia un lugar cálido. También lo amaba, deseaba tocar su rostro y besarlo, pero no tenía fuerzas para hacerlo.

Mis labios tiritaron cuando quise hablar.

—Te amo, Joe —balbuceé.

Deborah largó un gruñido desde su garganta.

—¿Se aman, verdad? —espetó cínicamente, amenazándonos con su arma de fuego—. Se aman tanto... ¿Por qué nunca me amaste así, Joseph? —Instaló la punta del revólver en la espalda de Joe, justo donde una bala de plata podría atravesarle el corazón. Él pánico creció en mí, temía que se atreviera a apretar el gatillo y acabara con su vida—. ¿Saben? Yo tengo mucha misericordia y clemencia cuando se trata del amor. Jamás me atrevería a separar a los verdaderos amantes. Es por eso que les juro que los enterraré juntos y me aseguraré de que ambos vayan al mismo infierno. Lo prometo.



CAPÍTULO 20: UNA NOCHE CON EL DIABLO

Tan pronto como comencé a toser, Joe tomó mi mano. Apreté la suya con fuerza.

—Vamos, Joseph, levántate —le amenazó Deborah con el arma. Él me soltó antes de ponerse de pie obedientemente—. Ahora muéstrale a esta malcriada cómo me tocabas cada noche. Dame un beso, acaríciame.

Ella le acarició el torso mientras lo miraba con lujuria. Intenté enfocar la vista para observar claramente lo que sucedía.

Joe esbozó una sonrisa repentina.

—No me gusta tratar mal a las mujeres —reconoció—. Pero, Deborah, en este momento eres la mujer a la que más desprecio. De hecho, ya no provocas ningún efecto en mí, simplemente me repugnas. Vale, una noche contigo está bien. De vez en cuando puedes permitirte pasar una noche con el diablo, pero no pretendo pertenecer al lado oscuro. Al menos no del todo.

—Tal vez yo sea peor que el mismo diablo —afirmó ella al tiempo que rozaba el cuello de Joe con la punta de su revólver—. Sabes mejor que nadie que a ningún hombre repugno. Todos me desean, todos caen rendidos ante mi cuerpo. Y no eres la excepción, Blade.

Joe lucía muy tenso.

—Lo sé —estuvo de acuerdo—, ya me has hecho volver loco. Por suerte, me he escapado de tus garras —había cierto humor irónico en su forma de hablar—. Gracias por esas noches, pero hay mejores mujeres que tú.

Irascible, la vampiresa le mostró sus puntiagudos caninos.

—¿Cuántas veces va a repetirse esta historia? —terció Jonathan desde su sosiego—. Mis queridos bebedores de sangre, si no terminan rápido con esta repetición constante del génesis, creo que me volveré tan loco que destruiré todas las biblias.

—¿De qué estás hablando? —cuestionó Joe después de largar un resoplido de burla—. Tengo la sensación de que no entiendo ni una palabra de lo que dices, y hasta donde sé,

hablamos el mismo idioma.

—Querido amigo —continuó Jonathan—. He vivido tanto como para saber a la perfección quiénes son ustedes tres. Conozco sus identidades. Desde el principio del mundo los he visto caer en la tentación una y otra vez. Ustedes dos: Joe, Angelique; son grandes pecadores. ¿O debería llamarlos... Adán y Eva?

—Sigo sin entender nada.

Jonathan suspiró con frustración.

—¿Cuántas veces más tendré que contarles la misma historia? —se quejó el demonio, mortificado—. Mis queridos mártires, ustedes son lo que yo llamo... la viva reencarnación de los mismísimos Adán y Eva. Se han buscado el uno al otro en cada una de sus vidas, destinados a pecar cada vez que se encuentran. Su tormento acabaría si fueran lo bastante pacientes e inteligentes para permitirse ir al paraíso, pero siempre arruinan su final feliz apresurándose. ¿Piensas seguir mordiendo esa manzana por el resto de la eternidad, Joseph Blade, hijo de Dios?

Las imágenes del sueño en el que Joe mordía la manzana volvieron a mi mente. Sabía que debía significar algo. Solía soñar con poca frecuencia y, cuando lo hacía, no conseguía ver más que a Joe con el fruto prohibido entre sus dientes.

Joe estaba rígido, estupefacto. Negó, tratando de mantener la sonrisa.

—¿Crees qué estoy mintiendo? —preguntó Jonathan—. A ver, dime, ¿cuál es tu segundo nombre?

No hubo respuesta.

—Vale, parece que ahora te has quedado muy calladito —siguió presionando Jonathan—. Lo sabes, acabas de atar cabos. El nombre de ella es Angelique Eve Moore, ¿y el tuyo? ¿Cuál es tu nombre completo?

—Joseph Adam Blade —respondió finalmente en un susurro.

—¡Bingo! En sus segundos nombres de bautizo se esconde su verdadera identidad. ¿O también piensan que es una coincidencia? El destino es astuto. Finalmente, en esta vida han alcanzado la inmortalidad para amarse eternamente sin tener que perderse. Lo que no saben es que han cometido un grandísimo error. Al convertirse en vampiros, lo único que lograron fue adquirir la condición de mitad demonios, por lo que jamás pertenecerán al paraíso. Están condenados a residir en este infierno terrenal por el resto de los días. A menos que mueran como vampiros, ya que eso implica ir directo al infierno a quemarse entre las llamas, sin tenerse el uno al otro. O, a menos que me lleve el alma de uno de ustedes dos, lo cual sucederá. Así nunca volverá a repetirse esta maldita novelilla de amantes.

Deborah estaba muy quieta, atenta a nuestras reacciones. Ravenwood caminó hasta estar más cerca de ella.

—Y tú, Deborah —prosiguió el hombre—. ¿No te cansas de estar en medio de esta relación? Hace más de doscientos años regresaste del infierno y te hiciste terrenal. Los dos hemos presenciado la muerte de esta pareja en varias oportunidades. Hemos visto cómo se aman desesperadamente y cómo se han buscado y hecho cosas imposibles para estar juntos, mientras tú interferías en su bonito amor. —Soltó una risotada páfida—. ¿No es gracioso? Has tenido que esperar a que el muchacho nazca y luego crezca lo suficiente como para acostarse contigo en muchas oportunidades. ¡Por Dios! En su vida pasada le quitaste la virginidad a sus catorce años. Incluso en términos infernales eso es bastante turbio. ¿No crees que eres demasiado mayor para este vampiro?

—Cállate —le ordenó la mujer, irritada.

Ravenwood se rio.

—No te enojés. Lo importante es que aprovechaste la mínima oportunidad que tuviste para hacer que Adán fuera igual a ti, solo que no contabas con que él trajera a su amada Eva a su mundo. Ahora tenemos a tres inmortales en una escena de terror en un callejón de Nueva York. ¿Qué harás ahora, Lilith? —¿Había llamado Lilith a Deborah?—. Lilith, según demonología, la primera mujer vampiro en la tierra, reina de los Succubus. Pero mi versión de los hechos es un poco más explícita. Antes de que siquiera existiera Eva, fuiste la primera esposa de Adán, creada a su semejanza. Sin embargo, ustedes nunca encontraron la armonía juntos. Te negabas a tener relaciones sexuales, porque te parecía injusto yacer debajo de él. No aceptaste tal subordinación y abandonaste el paraíso para tomar un camino más oscuro. Cansada de Adán, te marchaste al Mar Rojo, entregándote a la lujuria con muchos demonios, hasta que finalmente fuiste castigada por Dios. Pero no quiero entrar en detalles. Te convertiste en la amante de Lucifer y en una perversa mujer demonio, visitante nocturna de hombres que pierden la cordura por tus curvas, promotora del mal. ¿Cuántos corazones de jóvenes hombres llevas enredados en tu cabellera? Es cierto, todos quedan atrapados en tu hechizo.

El demonio puso las manos detrás de su espalda antes de rodear caminando a Joseph.

—Entonces Dios creó a Eva —siguió su relato—, perfecta para ti, Adán. Creada de tu costilla, sumisa, delicada... prohibida —se volvió hacia Deborah—. Solo me pregunto... Lilith, ¿por qué has vuelto por Adán? ¿Estás un poco resentida porque el joven pecador prefirió probar un poco del fruto prohibido? Honestamente, es difícil resistir el sabor de una manzana tan dulce, tan tierna... ¿O todo esto es porque ofendió tu ego al no preferirte? —El hombre se mantuvo callado durante algunos segundos, esperando una respuesta—. Y yo... yo soy un simple demonio que ha presenciado todo, lamentablemente. Deborah, ¿cuándo entenderás que esto no es un triángulo amoroso, sino una constante persecución? Incluso yo me he hastiado de esta historia. La única razón por la que estoy aquí es porque necesito pronto un alma para perpetuar mi vida eterna. Bueno, también porque me gusta dar largos monólogos, no voy a mentir.

—Me cansé —alzó la voz esa mujer, con desdén—. Acabaré con esta chica de una vez.

Joseph la sujetó de los hombros, interponiéndose entre ella y yo.

—Corre, Angelique —me ordenó con los dientes apretados.

Rodé una vez sobre el asfalto, sintiendo que mi cuerpo empezaba a recomponerse. Mis heridas estaban sanando lentamente para un vampiro y demasiado rápido para un humano. Me arrodillé, lista para recurrir a mis remotas fuerzas y levantarme. No iba a salir corriendo y dejar a Joe allí. Hubiera dado mi vida antes de permitir que le sucediera algo.

Cuando Deborah presionó el cañón de la pistola contra el pecho de Joseph, dejé de respirar.

—Joe, apártate —le exigió—. No me importará atravesarte el corazón con una bala si eso es necesario para mandar a esa niñita tres metros bajo tierra.

—Entonces hazlo. Dispara el arma.

Una vez que estuve de pie, aguardé detrás de Joe, paralizada.

—Angelique, te ordené que te fueras. ¿Qué estás esperando? ¿Por qué no corres? ¡Maldita sea!

—No me iré sin ti.

—Vete. ¡Lárgate! —me gritó—. Estás molestándome, ¿no lo entiendes?

Sacudí la cabeza, negándome.

Jonathan largó otra risotada siniestra. Parecía disfrutar de lo que estaba sucediendo.

—Joseph, déjala en paz —intercedió Deborah, riendo con cinismo—. ¿No ves que quiere

ser mi amiga? A mí no me molesta que se quede.

—A mí sí —contestó él—. Angelique, nunca entiendes nada. ¡Corre, sal de aquí! No te quiero conmigo, me agobias. ¿Debo repetírtelo?

Al oír esas palabras sentí por un instante que me asfixiaba. Me faltaba el aire. Luego pensé más racionalmente.

No era estúpida, sabía lo que estaba intentando. Tenía que estar mintiendo. Minutos antes había ofrecido su vida por la mía. Eso no lo hacía cualquiera. No podía estar hablando en serio.

Él apartó delicada y seductoramente el arma que la diabla apuntaba a su pecho, acercó su rostro al de ella y la besó con intensidad. Apasionadamente.

Espasmos dolorosos me atravesaron el cuerpo por lo que acababa de ver. No logré decir una palabra, mas mi cara comenzó a mojarse de lágrimas involuntarias.

¡Maldición! No puedo llorar ahora. ¿Por qué justo ahora? Me dije.

Di trancos hacia atrás, tambaleándome mientras desfallecía por dentro. Arrastrando mis pies, empecé a correr. Casi podía contar mis pasos, mis jadeos, mis lágrimas derramadas en el suelo... Con la mirada puesta en el pavimento, me calmé para reflexionar sobre lo que había ocurrido.

Joe había conseguido lo que quería, que me marchara. Únicamente deseaba que me alejara y salvara mi vida, eso lo llevó a besarla. Sabía que aquello me haría tanto daño que no lograría resistirlo por...

—¡Angelique! —lo escuché vociferar mi nombre.

Justo en ese momento, un dolor agudo me recorrió la espalda. Caí de hinojos en el suelo, deslizándome casi dos metros a través de la calle y desgarrando mis jeans todavía más. Mis rodillas sangraban y, del mismo modo, sentí un líquido caliente descendiendo por mi columna.

Sollocé, adolorida por el nuevo impacto que había recibido. No estaba segura de qué me había golpeado por detrás, pero incluso mi nariz estaba sangrando. Me tumbé boca abajo.

Inhalé el aroma a cuero y fragancia masculina cuando Joe se aproximó y me sostuvo en sus brazos.

—¡¿Una estaca?! —gritó con furia—. ¡¿Qué es lo que te sucede, malnacido?!

Sentí que extraía el punzante objeto fuera de mi cuerpo mientras Jonathan reía de manera perversa. Perdí por completo la visión, incluso la voz de Joe se escuchaba lejana.

—Hey, hey, regresa, linda —me suplicó desesperadamente al tiempo que sujetaba mi rostro—. Angelique, nena, estarás bien, ¿cierto? No me dejes también tú. Sabes que eres lo único que tengo y que amo. Lo único que me queda.

Qué difícil era la petición que me estaba haciendo.

Aunque luché por respirar, no había aire en mis pulmones. Y de mis fosas nasales brotaba sangre. Ni siquiera podía pensar, ni siquiera podía responderle que también lo amaba.

—¿Nena? ¿Angelique? ¡Angelique, despierta, por lo que más quieras! —oí su alarido de agonía.

A pesar de que su voz era lejana, podía percibir el temblor en ella. Estaba llorando. Aquel conocimiento hizo que mi alma se quebrara en dos.

No quería dejarlo, no quería que sufriera.

—Por favor, bonita, dime algo —me reclamó entre sollozos—. ¿Ni siquiera me dirás adiós?

Después de escuchar su llanto silencioso durante algunos minutos, sentí que se ponía de pie y se alejaba de mí.

Entre agonizantes jadeos, conseguí tomar una bocanada de aire. Y respiré, exasperada.

Cuando mi visión comenzó a aclararse, pude notar que Deborah caminaba hacia mí al tiempo que soltaba carcajadas profundas. Entretanto, Joe corrió al encuentro con Jonathan, furioso.

—Así te quería ver —me dijo la mujer demonio de manera soberbia—. Agonizando y bañada en sangre.

Ella me dio la espalda para vislumbrar la lucha que comenzaba a desarrollarse entre Joseph y el demonio.

—¡Miserable infeliz! —gruñó Joe, abalanzándose sobre el hombre antes de propinarle un puñetazo en el abdomen. Su lado irracional emergió con ferocidad.

Ravenwood no hizo más que tambalearse un poco y burlarse de su intento fallido por hacerle daño.

Joe respiraba igual que un toro herido, a punto de embestir. De pronto, pareció recordar que traía en su otra mano la estaca que había retirado de mi espalda.

—¡Voy a matarte!

Seguidamente, alzó el arma por encima de su cabeza antes de dar una estocada contundente.

No obstante, Jonathan atrapó su muñeca y la apretó hasta que la estaca de madera se escurrió de sus dedos.

Iracundo, Joe consiguió sacar otra arma del interior de su chaqueta. El brillo de una navaja resplandeció en su mano. En un movimiento veloz, cortó el cuello de Ravenwood.

Me sorprendió escuchar la risa diabólica del demonio tan pronto como el filo rebanó su piel. Me esforcé para mirar en la oscuridad y advertí que la laceración en la garganta del hombre se cerraba milagrosamente rápido.

¡Dios! Joe estaba perdido.

—¡Maldito seas! —exclamó, parecía haber perdido la razón.

Enloquecido, comenzó a golpear a su oponente una y otra vez, gimiendo de rabia, hasta que sus nudillos sangraron y se dio por vencido, exhausto. Las heridas de Jonathan sanaban al mismo tiempo que Joe las infligía.

Abatido, bajó los brazos.

—Mi padre siempre me decía que debía comportarme con educación, incluso con mis enemigos —susurró para sí mismo antes de girarse para mirar a la mujer a sus espaldas—. No has conseguido más que lastimarme, Deborah. —Su cuerpo se unió lentamente al de ella—. Dime, ¿por qué me odias tanto?

—Joseph, ella no te merece —siseó Deborah después de acariciarle el pecho—. Yo soy para ti, me amas a mí.

Él respiró hondo antes de envolverla entre sus fuertes brazos. La abrazó como un niño desconsolado, descansando la cabeza en su hombro.

—Eso es, Adán —ella empezó a tocarle el cabello—. Abrázame, pronto olvidarás a esa mujer. Te ayudaré a olvidarla.

—Por favor, ayúdame, te necesito —balbuceó, arrastrando las palabras—. Hazme olvidarla. La amaba demasiado.

Con lágrimas de pena sobre sus mejillas, puso los labios sobre los de ella. Y la besó con mucho ímpetu, acariciando todo su cuerpo. Algo en mi interior se derrumbó, convirtiéndose en polvo.

Empecé a incorporarme, mareada y adolorida. Mis músculos trepidaban. Me arrodillé silenciosamente en el asfalto cuando nadie me estaba viendo. Contemplé mi sangre que goteaba,

manchando el negro suelo. Intenté no jadear ni sollozar.

Mientras Joe la besaba con los ojos entreabiertos, consiguió arrebatarle con suaves caricias el revólver de las manos antes de arrojarlo a sus pies. Advertí la débil señal que me hizo para que me alejara, suplicándome con la mirada que lo obedeciera.

Me di cuenta enseguida de que estaba tratando de ganar tiempo para permitirme huir.

Quizás yo tampoco hago lo que me ordenan...

En lugar de levantarme para correr, me arrastré sobre mis rodillas y codos. Me faltaba fuerza. Alargué mi brazo con dificultad para agarrar la pistola que reposaba en el pavimento, pero debía acercarme mucho más si quería alcanzarla.

Al darse cuenta de esto, Joe pateó el arma hacia mí. Esta rodó, cruzando el suelo al tiempo que hacía un sonido por la fricción. Deborah abandonó los labios del vampiro tan pronto como se percató de lo que acababa de suceder. Posó sus ojos en mí, iracundos, al igual que su compañero Jonathan.

Sin perder tiempo, me abalancé sobre el revólver para atraparlo. Y lo conseguí. Lo sostuve, cerrando mi puño alrededor del metal. Sin respirar, recurrí a todas las fuerzas que me quedaban para ponerme de pie.

Temblorosa y al borde de las lágrimas, tomé la pistola con ambas manos, apuntando directamente a Deborah. Estaba decidida a dispararle a ella y a su amigo demonio.

—Imbécil —insultó la mujer a Joe—. Casi me trago tu teatro barato. Maldita escoria, sí que sabes actuar.

Joe se limpió los labios con el antebrazo y escupió la saliva de la mujer. Intenté poner mi cara más amenazante al mirar a esa diabla con desprecio.

—Seré yo quien te mate, perra —le aseguré—. Igual que a ti, Jonathan.

Mi forma de sostener el arma no era nada profesional. La sujetaba con ambas manos, cuidándome de que nadie pudiera arrebátarmela.

—Cálmate, niña —me aconsejó Jonathan con aires de superioridad—. Sabes bien que no tienes ni idea de cómo disparar un arma. Y no confíes en que el bisoño de Darius estará aquí para salvarte, porque se ha ido. Ya sabes... al otro lado. Ha cruzado la línea.

Mis piernas flaquearon debido a mis temblorosas rodillas. Mis dedos también tiritaban. Sin embargo, no debía demostrar cuán conmocionada me encontraba.

Joseph dio algunos pasos hacia mí.

—Ahora dame el arma, Angelique —decidió.

Negué con la cabeza.

—Yo misma acabaré con esta mujer, Joe —murmuré, apretando la mandíbula.

—No es necesario que ensucies tus manos, no tienes que hacerlo. —Extendió su brazo para que le entregara la pistola.

—Ella no va a matarme —se mofó Deborah—. No es capaz de asesinar.

—He matado a mucha gente —proclamé—. No me importará en absoluto apretar el gatillo y terminar contigo, anciana.

—Vamos, dispara —me instigó Ravenwood, increíblemente entretenido, como si estuviera viendo una película en una sala de cine.

Vacilé.

Aunque estaba convencida de hacerlo, había escuchado el rugido de varias motocicletas aproximándose, lo cual me hizo sobresaltar.

En menos de diez segundos, Adolph, Nina y Alan irrumpieron en el callejón y estacionaron

sus tres motos. Se despojaron de los cascos y descendieron de los vehículos.

Jonathan amplió su sonrisa.

—Esto es perfecto, cada vez me entretengo un poco más. Lamentablemente, mi tiempo se está acabando.

Alan contempló la escena atentamente, pasmado por el asombro.

—Angelique, ¿por qué no le entregas el arma a Joe? —me dijo con cautela.

—¡No! —negué con un imponente grito.

Ravenwood suspiró.

—Parece que tengo suficientes almas como para elegir. —El demonio me miró desafiante, ignorando por completo que traía una pistola en mis manos—. Nina le Boursier, has cambiado un poco, pero sigues igual de sexy. De hecho, más. ¿Qué te ha sucedido? ¿Dejaste de bailar en el tubo?

El rostro de la muchacha enrojeció de furia.

—Será mejor que dejes de hablar —le advirtió Alan.

—Alan Black, naciste sin alma. Aun así, puedes amar, es bastante extraño —continuó el demonio—. A pesar de que no tienes demasiada edad, sigues siendo un adversario digno para mí. Podrías darme una dura batalla, aunque no estoy seguro de que puedas vencerme.

Joe permanecía a mi lado, a la espera de que le entregara el arma. Deborah se hallaba de pie con las manos en la cintura, casi sonriendo.

—Nina, ven aquí —le ordenó Jonathan. Ella intercambió una mirada intensa con el demonio, observándolo fijamente a los ojos.

Después de un largo minuto, obedeció y dio dos pasos hacia adelante, pero Adolph la sujetó de un brazo, impidiéndole continuar.

—No me hará daño, suéltame —objetó Nina con gentileza.

—No des un paso más, quiere robar tu alma. Por favor, Nina —se opuso nuestro líder.

—No soy tan estúpida, Adolph. Voy a estar bien.

—Nina, no. No te dejaré ir.

Ella lanzó una maldición en voz baja.

—Estoy cansada de que me des órdenes —protestó—. ¿Cuándo dejarás de intentar controlarme?

—Escúchame —le pidió el hombre con más urgencia—. No es que quiera controlarte, es que me importas. No quiero perderte. ¿Acaso no sabes lo que significas para mí? —El silencio reinó por un extenso momento antes de que nuestro líder dejara escapar un suspiro de rendición—. Nunca dejé de amarte. Lo sabes, ¿verdad?

Posiblemente Alan había escuchado esa declaración de amor en la mente de su amigo antes de que fuera puesta en palabras. Sentí pena por el Zephyr. Sin embargo, para mí no fue realmente una enorme sorpresa.

Estupefacta, lo único que hizo Nina fue liberarse del agarre de Adolph. No se movió ni se acercó a Jonathan.

Del interior de su abrigo de cuero, Alan extrajo uno de los vasos térmicos que utilizábamos para la sangre. Se aproximó despacio hasta Jonathan y vació el contenido del recipiente sobre el demonio. Era agua.

Sin esperarse aquel ataque, Jonathan Ravenwood comenzó a lanzar graves alaridos mientras caía de rodillas. Parecía extremadamente adolorido, como si el líquido estuviera quemando su piel. Los gritos de agonía del demonio hicieron eco en las calles desiertas hasta que, segundos

más tarde, se desvaneció sin dejar rastro.

—Agua bendita —aclaró Alan.

Inesperadamente, gotas heladas salpicaron mi rostro. Lluvia.

Centré mi mirada en Deborah, cerré los ojos y disparé dos veces.

Una vez que se desplomó en el suelo con el pecho teñido de rojo, bajé los brazos a ambos lados de mi cuerpo, dejando que el arma resbalara de mis dedos.

La vi agonizar sobre el pavimento hasta que sus ojos se cerraron.

Me puse de rodillas despacio, agotada.

—¿Se terminó? —pregunté en un débil susurro.

Joe se agachó a mi altura y acarició mi rostro, dedicándome una sonrisa tranquilizadora.

—Se acabó, linda. Ya no hay nadie entre nosotros. —Elevó mi mentón suavemente—. Estuviste increíble. No tienes idea de lo sexy que te ves sosteniendo una pistola.

No pude evitar reír.

Él sujetó mis hombros, ayudándome a ponerme de pie.

—Está hecho. Sean felices —celebró Adolph.

Joe avanzó como un depredador, obligándome a retroceder poco a poco hasta que mi espalda tropezó contra un muro. Me contempló con detenimiento, de pies a cabeza.

—¿Estás bien?

—Lo estoy.

—No lo dudo. Vestida de motorizada te ves realmente bien —coqueteó.

—¿Y tú? —interrogué, preocupada por sus heridas.

—Nunca había estado mejor.

Apenas se aproximó, sentí que mi cabeza daba vueltas. Delicadamente, comenzó a lamer la sangre de las magulladuras en mi rostro. La lluvia también contribuía a limpiarla. Después de apartarse, se apresuró a rasgar una parte de su camiseta y usó la tela para limpiar los restos carmesí sobre mi piel. Se interrumpió a sí mismo para presionar sus labios contra los míos en un largo y apasionado beso, casi obsceno.

Sus brazos apretaron mi cuerpo mientras mis dedos se enredaban en su cabello húmedo. Acaricié su lengua con la mía, hambrienta. Cada parte de mí palpitaba de deseo a la vez que ardía por todas las laceraciones que cubrían mi piel. Había una enorme herida abierta de estaca en mi espalda y otras de las cuáles no estaba segura. No obstante, poco me importaba el dolor que sentía si tenía sus deliciosos labios unidos a los míos.

Liberé un gemido, pero esta vez de dolor debido a que Joe me abrazó con demasiada fuerza. Al escucharlo, me soltó bruscamente. Ambos respirábamos agitados mientras atendíamos al rugir de las motocicletas encendiéndose. Observé a los chicos preparándose para subir en ellas.

Joe me había besado frente a ellos. Habíamos superado una barrera más. En ese momento, casi estaba segura de que me amaba.

Cuando intenté apartarme, me envolvió de nuevo con sus brazos.

—Hey —me dijo—, mira esto. —Metió sus manos en su chaqueta de infinitos bolsillos y sacó una rosa muerta. Mi rosa—. Cuando decidí irme de casa, robé tu flor. Quería llevarme algo tuyo.

—Está marchita —murmuré melancólicamente.

—¿Estás segura? —preguntó mientras acariciaba el puente de mi nariz con el capullo.

De repente, sentí que los pétalos sobre mi piel cambiaban de textura, de ásperos y quebradizos a suaves y aterciopelados. La rosa había vuelto a la vida.

Lo miré con total escepticismo.

—Es una rosa muy especial —explicó.

Después de examinarme de arriba abajo con detenimiento, esbozó una sonrisa traviesa.

—¿Qué? —pregunté al notar sus ojos clavados en mí.

—Tú camisa —comentó—, está mojada... No tienes idea de lo caliente que eso me pone.

Me sonrojé.

—¿Vienen con nosotros o se quedan? —intervino Alan.

Joe rodeó mi cintura y caminamos juntos hacia el grupo. Nina había dejado su motocicleta libre para nosotros dos.

Mis labios se separaron levemente al notar que ella se aproximaba a la moto de Adolph en lugar de la de Alan. Sin dar ninguna explicación, se sentó sobre el regazo de nuestro líder.

Permanecí en silencio, perpleja.

—Yo conduzco —reclamó Joe mientras sostenía el casco.

—¡Vaya! —dije en voz baja para mí misma, sin poder creer lo que acababa de vivir.

—¿Qué sucede? —curioseó Joseph.

—Has engañado a todos, eres muy buen actor —le recordé—. Ya no sé cuándo actuabas y cuándo eran genuinas tus palabras.

—Cuando te dije que te amaba... —remarcó—, era cierto. Cuando te dije que eres lo único que tengo, también era cierto. No estaba actuando, me has hecho llorar. Eso debería hacerte feliz, no suelto lágrimas con facilidad. Pensé que morirías, que realmente te perdería. Pero mientras golpeaba a Jonathan, te oí respirar y comprendí que estarías bien.

Puso el casco en mi cabeza y cerró el broche antes de subir al vehículo.

—Angelique, dejamos tu moto en el club, deberíamos ir a buscarla —propuso Nina desde debajo de su casco.

Cuando me senté detrás de Joe, un incesante cosquilleo revoloteó en mi estómago.

¡Dios! Me encontraba junto al único hombre que amaba en una motocicleta. Era como un sueño. Sonreí al tiempo que mi mirada exploraba el extraordinario cuerpo de mi amado.

El motor se encendió.

—Sujétate —me advirtió, girando la cabeza hacia mí por encima del hombro—. No quiero que salgas volando.

Rodeé con mis brazos su cintura. Una fragancia a dioses impregnaba su ropa y piel.

Las tres motos aceleraron, atravesando el asfalto mojado a toda velocidad. Nos abrimos paso en la autopista mientras la lluvia se intensificaba. Las espesas gotas golpeaban mi cuerpo y mi cabello húmedo volaba detrás de mí. Apoyé la cabeza en la espalda de Joe, sintiendo el cuero de su chaqueta adherido a mi mejilla. El aire era tan gélido que mi aliento era visible.

Joe y yo liderábamos, a unos metros delante de nuestros compañeros. Cuando nos acercábamos a una curva cerrada, se volvió ligeramente para hablarme.

—¡Nena, te amo! —vociferó, asegurándose de que pudiera escucharlo por encima del ruido del motor.

A pesar de que estaba increíblemente mareada y de que sentía que mi cuerpo se estaba abriendo en dos a través de la herida en mi espalda, en ese instante fui la mujer más feliz del universo. Estaba tan satisfecha que no deseaba que ese momento terminara jamás.

Abruptamente, un Lamborghini negro se cruzó en nuestro camino. Sus faros nos cegaron. Joe maniobró la moto para evitar el impacto, pero el agua en las calles nos hizo derrapar metros y metros a la distancia. En su intento por controlar la situación, apretó los frenos de forma

instintiva.

No obstante, era demasiado tarde. El automóvil se giró hacia nosotros.

Todo sucedió demasiado rápido. Las luces blancas viniendo a toda velocidad hacia mis ojos, el Lamborghini golpeándonos con fuerza... En menos de un segundo, rodé por encima del coche y mi cabeza impactó contra el vidrio parabrisas. Sin embargo, en ese breve parpadeo pude divisar con claridad al conductor del auto.

Donovan Fox.

Resbalé una vez más hacia el suelo empapado, sintiendo cómo la lluvia corría por mi cara. Había sangre en el pavimento siendo arrastrada por el agua. Entretanto, la motocicleta y mi rosa roja yacían a un lado de la carretera, sumergidas en un gran charco.

Al volver mi vista hacia el otro costado, vislumbré el perfecto rostro de Joe, quien también se encontraba tumbado sobre su espalda. El lápiz labial que se había caído de mi bolsillo rodaba lentamente hacia él.

—Rojo —murmuró.

—¿FIN?—

NOTA DEL ORÁCULO DE TINTA

Este es solo el comienzo de la travesía. Si has sobrevivido a las intrigas de este libro, prepárate para el siguiente acto en "Seducción", el segundo libro de la saga.

Las sombras esconden más secretos, y solo los valientes se aventuran más allá.

Te prometo que lo que encontrarás en "Seducción" es incluso más sensual y aterrador.

¿Vienes?

Siguiente libro de la saga:

“Seducción”, libro II de la saga de “Tentación”.

Sinopsis

Angelique Moore ha estado coqueteando con la muerte y está siendo seducida por las atrayentes fragancias del más allá.

Atrapada en un mundo oscuro y de secretos, desea buscar la salida y reencontrarse con su eterno amante, Joseph Blade, que se encuentra al borde de perder la razón.

Por algún motivo, ellos han vuelto a perderse el uno al otro en un camino muy difícil de retomar, donde las sombras te invaden y no hay más luces que las llamas del infierno.

Si el bien y el mal existen... ¿Qué camino elegirías?

Si amar es peligroso... ¿Qué estarías dispuesto a entregar por amor?

STEPHANY OWEN

Nacida el 23 de octubre de 1993 en Valencia, Venezuela. Desde temprana edad, demostró un gran interés por la escritura y la narrativa, lo que la llevó a perseguir una educación formal en el campo de la comunicación. Se graduó como Licenciada en Comunicación Social con mención en Audiovisual en la Universidad Arturo Michelena, Venezuela.

Stephany Owen destaca por sus prolíficas obras en el género de la novela. Ha escrito un total de 13 novelas largas y algunas historias cortas, incluyendo:

- La Saga "Tentación"
- La Saga "La Ciudad Violeta"
- Novelas independientes: "Señoritas de vestidos azules", "Más allá de la atracción", "Tú, yo y él"

Su novela "Señoritas de vestidos azules" fue finalista en los Wattys 2023, un reconocimiento importante que destaca el talento y la creatividad de los escritores en la plataforma Wattpad.